GARA ALOM

A ti y a mí nos unió el volcán



de Papel
EDITORIAL

GARA ALOM

A ti y a mí nos unió el volcán

de Papel
EDITORIAL

Título: A ti y a mí nos unió el volcán
© del texto, Gara Alom
© de las ilustraciones, FreePik
© Editorial B de Papel

Diseño de cubierta: Gabriela Antón Rey (@madameardent)
Maquetación: Gabriela Antón Rey (@madameardent)
Corrección: Lorena Pérez Regalado (@lorenapereztr)

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición, abril de 2026
Impreso en España
ISBN: 978-84-09-84816-4
Depósito Legal: TF 207-2026

«A veces pasas toda una vida construyendo
una coraza dentro de la que sentirte cómoda
solo para descubrir que, el día que la rompes,
es cuando eres verdaderamente feliz».

Prólogo

San Cristóbal de La Laguna, isla de Tenerife
Cuatro años antes
Sábado, 24 de junio de 2017

Famara 🎤

Siento cómo me quema el aire al inspirar y, cuando espiro, solo derramo lágrimas. Mi corazón galopa mientras me acuno, sentada en el suelo, sin dejar de hacer presión con mis pies en el escritorio de caoba y con la espalda contra la puerta de mi habitación. No quiero que entre. Es posible que yo también esté gritando; no lo sé bien. Tengo las manos contra mis oídos porque no quiero escuchar ni una palabra. No puedo con ninguna palabra más. Tengo que concentrarme en respirar. Me duele el pecho; si no recupero el control, voy a colapsar por la ansiedad.

Apoyo la cabeza en la puerta y la siento moverse en el momento en el que mi madre intenta entrar de nuevo, pero sigo sin querer

que lo haga. No quiero saber más. Solo debo pensar en respirar. La palabra Canadá me da vueltas en la cabeza. Trato de espantarla, pero me está venciendo la ansiedad. Canadá. Canadá. No quiero ir a Canadá. Eso ahora da igual, solo tengo que centrarme en respirar o el corazón se me atragantará.

Creo que ella también se ha sentado al otro lado de la puerta. Coger aire profundamente. Soltarlo despacio. Oportunidad, unidos, Canadá, egoísta, ignorante, Canadá. No, no, Famara, no te desvíes; recuerda: solo respira. Despacio. Respirar. En algún momento dejo caer los brazos. Luego la oigo levantarse:

—Ya lo entenderás.

Siento cómo sus pasos se alejan. Poco a poco, tomar aire deja de dolerme y hace rato que no lloro.

Ha oscurecido y la luz de la calle hace que brille el satén de mi vestido azul de graduación; es tan bonito y me queda tan bien. Estoy más tranquila y pienso en mis compañeros de clase. ¿Cómo lo estarán pasando? Es una pena que el vestido vaya a quedarse sin estrenar. Lloro de nuevo, esta vez serena: una lágrima solitaria.



Alargo la mano sobre la cama y miro el móvil: son las seis de la mañana. Es posible que desconectase. Está claro que, en algún momento de la noche, me he dejado dormir.

Todo estalló antes de las siete de la tarde de ayer. Llegaba a casa con retraso, como siempre. Tenía que ponerme el vestido, arreglarme y coger un taxi para unirme a mis compañeros de instituto en la gala de graduación.

Ahora miro mi móvil y tengo un montón de llamadas perdidas. Me tiemblan las manos y me duele mucho la espalda de estar tantas horas sentada en el suelo de madera. Algunas son de Yeray, mi chico; la mayoría, de mi amiga Catha. Estarán preocupados, aunque no me siento capaz de explicar lo que ha pasado: Canadá. No sé siquiera si puedo levantarme de lo dolorida que estoy, aunque tengo que hacerlo.

Mis amigos, mi casa, Yeray, mi abuela, mis planes, mi ciudad. No, yo no quiero ir a Canadá. No voy a ir a Canadá.

Apoyo la espalda en la puerta y las manos en la cama de hierro forjado que está a mi lado. Cojo fuerzas y me pongo de pie. Me paso las manos por la cara y compruebo que mis lágrimas están secas. Me estiro para desentumecerme. Cojo mi cartera, las llaves, el móvil y una sudadera gruesa de la gaveta. Abro la puerta muy lentamente. Escucho el silencio. Me escabullo de casa antes de que Bentor o mi madre se despierten.

Echo a andar con paso ligero. Es finales de junio, aunque en La Laguna, de madrugada, siempre hace pelete. A esta hora de un sábado no salen guaguas hacia la zona de Jardina, así que tardaré más de una hora en llegar a pie. No me importa, necesito reordenar todo lo que me atasca la cabeza ahora mismo. Poco a poco dejo a mi espalda la torre de la Concepción y las imponentes casas señoriales, con sus bejeques y sus grandes puertas, ceden el paso a las huertas de papas y a las vistosas viviendas de bloques con grandes salones debajo. La niebla baja me acompaña en este tramo del camino.

Llego a las casitas rosadas en las que se encuentra la residencia en la que vive mi abuela y aún falta media hora para que comiencen a admitir visitas. Deshago parte del camino y lo vuelvo a rehacer en un intento de escapar de la humedad que me infecta los huesos, mientras procuro ordenar mis ideas. Cada paso reafirma mi decisión: no sé cómo, pero voy a quedarme y sé que ella va a señalarme el camino. Escucho el rillar del fechillo de la verja y, al girarme, veo la bonita sonrisa de mi abuela asomar por encima de su eterna cobertura de luto.

Nos abrazamos, me besa la cabeza, y tras atravesar las zonas comunes de la residencia, nos dirigimos con paso lento hacia el balcón de su habitación. Me pide que lleve la cafetera y las galletas, que dejo sobre el cristal de la mesita, y me siento en una de las heladas sillas blancas de hierro. Ella lo hace a mi lado, dándome una palmadita en la mano.

—Mi niña ya habló contigo, ¿no?

La miro y sonrío, siempre me ha parecido curioso que la siga llamando «mi niña»; supongo que una hija siempre lo es. Puedo imaginarlas sentadas aquí mismo, mi madre igual de perdida que yo, pidiéndole consejo sobre cómo venderme la gran noticia, para luego hacer lo que ella considerase políticamente correcto.

—Y está claro que no ha seguido mi consejo, porque entonces no estarías aquí con esos ojitos de besugo, en vez de estar llegando a casa con los pies destrozados y los tacones en la mano —suspira.

—Eso parece, abuela. —Hago un mohín con la nariz.

—Ya le dije yo que tenía que contarte las cosas según le llegaban a ella; al golpito. Que irte a Canadá no iba a ser un buen regalo de graduación para ti. —Aprieta mi mano—. Sé que dejas muchas cosas importantes aquí, mi niña. No olvides que eres fuerte y es una bonita aventura; una oportunidad.

—No dejo nada, abuela. No me voy a ir. —La miro fijamente a los ojos y veo cómo su gesto se entristece—. No sé cómo voy a hacerlo, pero no pienso dejarte a ti, ni a Yeray, ni al grupo. —Poso la mirada en La Vega cultivada que se extiende frente a nosotras—. Ni a esta tierra, abuela, yo pertenezco aquí. Anoche me sentí acorralada. Creo que no fui justa tampoco con mamá. En cambio, hoy sé que, si lo busco, voy a encontrar un camino, una forma correcta de hacerlo.

—Lo hay. No quisiera que te separases de mi niña y mucho menos formar yo parte de ese lastre que te impide volar, pero lo hay. Y lo sabes bien; de lo contrario, no estarías aquí. ¿Has repasado bien los porqués? Sabes que eso es lo más importante: lo que mañana puede hacer que te enorgullezcas de ti o que te arrepientas y avergüences. Ni yo ni ese chico tuyo deberíamos rezar en tu lista de

motivos.

—Lo he hecho, y claro que los dos están en la lista, abuela. Son importantes para mí. ¿Cómo voy a separarme de ustedes?

—¿Y de mi niña sí? Habrás rumiado eso.

—Yo sé que mamá ha hecho muchos sacrificios por mí. Es que vemos la vida de forma muy diferente, abuela, tú lo sabes. Sé que apostó por mí estando sola, que se merece disfrutar de todas las oportunidades del mundo y ser feliz con Bentor. Y yo quiero que lo sea, de verdad. —Suspiro—. Pero, al mismo tiempo, yo también quiero vivir mi vida. Este curso los chicos vienen a estudiar a Tenerife, es lo que siempre hemos querido: estar todos juntos. Y tengo la plaza en Periodismo. ¡Es mi ilusión! Lo que no sé es si voy a ser capaz de estudiar mientras hago algún trabajo que me permita mantenerme. Si tengo que tardar el doble en terminar mis estudios, lo voy a hacer sin rechistar.

—Tienes la herencia de tu padre.

Eso sí que no me lo esperaba.

—No puedo creer ni que lo nombres siquiera.

—Famara, querida, quiero a mi hija sobre todas las cosas, y ella a ti también. Pero, te guste o no, tuviste un padre.

—Sí, que no quiso saber nada de mí —la interrumpo.

—Así lo vivió mi niña, aunque él te dejó cuanto tenía, por poco que fuera, sin haber podido siquiera llegar a conocerte. La nota decía que lo intentó.

—Sabes que no he leído esa nota. No me interesa. Mamá estuvo sola. Hiciera él lo que hiciera, no fue suficiente. —Me toma de nuevo la mano.

—Famara, mi niña. Un día aprenderás que la verdad no existe. Cada uno vive su historia, cada cual de forma diferente, y para cada uno su vivencia es la verdad. Eso no resta valor a nuestras versiones, aunque has de saber que no son infalibles. Piénsalo.

Se levanta y la oigo salir de la habitación. Me deja sola, para que reflexione, como siempre hace; con los pies en la barandilla y la

cabeza bullendo.

Capítulo 1

San Cristóbal de La laguna, isla de Tenerife
Domingo, 19 de septiembre de 2021

Famara 🎤

A mediodía, el sol es abrasador. Me gusta pasear tranquila cuando voy a trabajar: las manos en los bolsillos, las gafas de sol y la sonrisa puestas. Escucho a lo lejos las familiares campanadas de la torre de la Concepción mientras desgasto los adoquines del casco antiguo. Es un privilegio saberme rodeada de siglos de historia en forma de casas de colores. Después del paseo que suelo dar, ya en la zona de bares, subo la persiana metálica del local en el que trabajo, con esa sensación embriagadora de saberte afortunada.

Lo peor de los restos de la noche anterior ya está recogido. Los baños, vasos y platos los dejamos limpios antes de cerrar, así que me pongo a conciencia con las mesas, sillones, taburetes, barra... El suelo apenas acaba de secarse cuando oigo a los chicos llegar: Rayco, Xerach y Tanausú. Abro la persiana y se van directos a la

mesa de billar, mientras yo cierro de nuevo y les sirvo unas garimbas sin que las pidan.

El dueño nos permite reunirnos aquí antes de abrir. Dejamos siempre todo impoluto y se hace un poco de caja: los domingos por la tarde la zona está muerta, así que no le viene mal. Y, para qué mentirnos, yo creo que le gusta recordar sus tiempos de juventud y patrocinarnos nuestro punto de encuentro, como él lo llama: «nuestro espacio guateque».

Mientras los chicos estrenan su segunda ronda de cañas y se pican mientras juegan a Bola-8, yo repongo las bebidas dando viajes al sótano, que hace las veces de almacén.

El bar es acogedor, no aparenta ser el antro de perdición en el que se convierte de madrugada los fines de semana. La luz es tenue, anaranjada, lo que hace que destaque toda la decoración de madera. El aspecto es algo americano-rural. La música de ambiente ahora es *Turn your lights down low*, un viejo compacto de Lauryn Hill que ha traído Tana, el encargado de poner banda sonora viejuna a nuestras vidas.

Doy otro viaje al sótano con Xerach, que es el que está más fuerte, para que me ayude a subir un bidón de cerveza y, apenas hemos puesto un pie en el primer escalón, alguien aporrea la verja desde la calle sin piedad. Se oyen gritos y nos preocupamos. Soltamos el bidón, subimos corriendo y distingo claramente la voz de Catha. El corazón se me pone en la garganta.

Él abre la persiana metálica a toda velocidad y la vemos: tiembla, con el móvil en la oreja y el rímel arrasado por las lágrimas.

—¡La tele! ¡Enciendan la tele! —nos incita, mientras se dirige a toda prisa hacia el interior del local.

Me acerco, la abrazo e intento acompañarla a una de las mesas con sillón. Sin embargo, no me deja y se zafa de mí para quedarse justo debajo de la televisión. Rayco ya tiene el mando en las manos, y el piloto verde indica que el aparato está a punto de encenderse.

—Pon La Canaria, por favor, date prisa —nos pide.

Ella no deja de temblar, y no nos permite acercarnos, toda ella

destila tensión y fatalidad. Estoy preocupada de verdad, me percato de que a todos nos están sonando un montón de notificaciones de mensajes a la vez, y la imagen que aparece en la pantalla no hace más que confirmar nuestros peores terrores. Por fin, Catha me abraza y llora desconsolada.

—¡Es en casa, Fa! ¡El volcán ha salido en casa!

El titular es claro: un nuevo cráter ha abierto sus fauces en Cabeza de Vaca. Que lo humano y lo divino nos asistan, porque eso es junto a Los Llanos. Nunca he vivido algo así, pero se me ocurren pocos sitios peores por donde pudiera emerger. ¿No es Los Llanos el municipio más poblado de la isla? ¿Qué perímetro afecta una erupción?

Guardamos silencio, apagamos la música y subimos el volumen de la televisión. Catha y los chicos son palmeros y, aunque yo nací en Tenerife, mi familia materna proviene de allí. Es nuestro nexo en común, el lugar al que siempre volvemos. Estamos muertos de miedo. Lloramos en silencio, cogidos de las manos, sin quitar ojo de la pantalla. Es como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros. El INVOLCAN, el Instituto Volcanológico de Canarias, ya había avisado de que había altas posibilidades de que esto sucediese, aunque a solo cincuenta años del Teneguía, creo que ninguno lo habíamos tomado en serio.

La realidad se nos echa encima de nuevo y el tiempo vuelve a correr. Los móviles no paran de sonar, los chicos hablan con su gente. Tana, Xerach y Rayco son de Santa Cruz de La Palma; sus padres están nerviosos, aunque bien. Los padres y la hermana pequeña de Catha viven en Todoque, muy cerca del cráter; demasiado cerca. Están muy asustados. Ella está intentando convencerlos para que cierren la casa y se vengan a Tenerife, pero ellos quieren esperar a ver cómo evoluciona todo. Tienen un volcán frente al balcón; sin embargo, la vida real es inexorable y no pueden dejar sus trabajos así como así.

Escribimos a amigos y conocidos en nuestra Isla Bonita. La gente tiene pánico, está desubicada. Nos sentimos impotentes y muertos

de miedo por todos ellos. Las decenas de vídeos que recibimos reafirman lo que ya sabemos: se ha desatado el infierno en la isla. Palabras aborígenes como «Guayota» o «Echeyde», que jamás utilizamos, regresan con fuerza a nuestro vocabulario, sin que en realidad sepamos bien su historia o su significado.

Suena el teléfono fijo del bar. Por un momento ni siquiera recuerdo que hubiera uno; mucho menos dónde se encuentra. Al fin reacciono y lo localizo sobre uno de los lavavajillas; ya ha dejado de sonar. Miro la llamada perdida y el número me resulta conocido. Lo tecleo en mi móvil: es de La Canaria, la televisión autonómica. Tengo cinco llamadas perdidas. Es extraño. Terminamos nuestras prácticas allí hace meses. Devuelvo la llamada y la voz de Ayoze, mi antiguo tutor, suena al otro lado.

—Hola, Ayoze, ¿ocurre algo?

—¿Algo? ¿Es que no estás viendo las noticias?

—Sí, claro. Aquí estoy con Catha y otros amigos de La Palma. Estamos muy asustados.

—Genial, es decir, genial localizarlas, no lo que ocurre. También quería hablar con Cathaisa. Me daban línea ocupada las dos. Hasta que me he acordado del bar. ¿Cómo se encuentra? ¿Su familia?

—Bien, con mucho miedo. La boca se ha abierto muy cerquita de su casa, Ayoze. Está intentando que se vengan, pero parece que quieren continuar allí hasta que sepan algo más.

—Lo entiendo. ¿Crees que está demasiado asustada o la ves preparada para ir para allá? ¿Irías?

—¿A La Palma? ¿A… cubrir la noticia? ¿Me hablas en serio?

Hago señas a Catha para que se acerque. Un subidón de adrenalina que no casa muy bien con la tristeza que siento recorre mi espina dorsal. Mi respuesta puede que sea terrible e incluso incongruente; también es inequívoca:

—Sí. ¡Claro que sí! Sería un privilegio poder contarlo desde allí.

Levanto la vista hacia mi amiga, que me mira ojiplática.

—Muchacha, ¿estás chiflada o qué? ¡Hay que salir de allí, no ir!

—Ayoze, cuenta conmigo. ¿Cuándo tendríamos que salir?

—El próximo barco es el de Fred Olsen; sale a las ocho y media del puerto de Los Cristianos. Tienen que estar allí a las siete y media, aunque primero necesito que pasen por los estudios a recoger algunos equipos. Tenemos cámaras y presentadores allí, pero no disponen de todo el material para un trabajo continuado de, quizá, semanas.

—Entiendo que cuentas con que llevamos el coche, ¿verdad?

—Sí, sí, ahora mismo alquilar allí es imposible, y del alojamiento ni hablamos. Famara, ustedes son mi mejor opción: conocen bien el trabajo, tu desparpajo, la imagen de Cathaisa, tienen vocación, están afectadas personalmente, con coche, seguro que alguien las invita a dormir. No me obligues a continuar la lista. Háganme un hombre feliz y díganme que sí.

—Dame quince minutos para hablar con ella. Te adelanto que mi respuesta es sí.

—Las necesito a las dos, Famara, al equipo: delante y detrás de la cámara.

—Sí, sí, lo comprendo. Necesito algo de tiempo. Hasta ahora.

Dejo de nuevo el teléfono sobre el lavavajillas y los escucho a todos protestar:

—¿En serio piensas meterte ahí? ¿Es que estás boba? —me espeta Xerach mientras señala la televisión—. ¿Me quieres explicar cuál es la necesidad de complicarte la vida de esta manera?

—A ver, tranquilos. Tal y como yo lo veo, ¿quién puede transmitir lo que sucede con más cariño que nosotras? Por supuesto, los palmeros que ya están allí, pero no tienen suficiente gente para hacer todos los programas. ¿Creen que lo hará mejor alguien que traigan de fuera y no conozca la isla ni a la gente? Y, además, a nosotras nos supondrá una oportunidad para entrar en televisión. Saben que es lo que deseo. Y, Catha, mírame: ¡es tu sueño también! ¡Tu primer contrato serio como cámara!

—Fa, es que ¡yo no quiero poner mi vida en peligro!

—¡Pues claro que no! ¿Crees que yo sí quiero? Estoy segura de que las autoridades van a controlar todo. No nos van a dejar pasar a ningún sitio peligroso. Ellos son los primeros interesados en que nadie salga herido de todo esto. Y, si vemos que la cadena nos aprieta para que corramos riesgos, pues nos volvemos y ya. No podemos desperdiciar esta oportunidad. ¡Contar la erupción, Catha! ¡Dime que no quieres ir a grabarlo!

—Yo, ahora mismo, lo único que quiero es sacar a mi familia de allí.

Miro hacia Tana, siempre tan razonable, en busca de apoyo.

—Lo siento, Fa, a mí aún me parece precipitado. ¿No pueden esperar, aunque sea un día? No sé… ¿Hasta que veamos cómo evoluciona?

—¿Días? ¡La noticia es ahora! Sabes cómo funciona esto, Tana. Llegar esta noche ya es tarde. O damos el paso ya o lo estarán dando otros. ¡Venga! Catha, sabes tan bien como yo que, aunque hicimos unas prácticas excelentes, esta oferta no es habitual. No soy tonta: tenemos casa, coche y podemos desplazarnos sin casi pensarlo porque no tenemos grandes responsabilidades. Le ahorraremos muchos quebraderos de cabeza a la cadena, y ellos lo saben.

Rayco vuelve a la mesa de billar y se sienta encima.

—Es una puta locura, aunque Fa tiene razón. Todos lo sabemos, lo que pasa es que acojona. Niñas, esto tiene que ser una decisión de ustedes. Si les pasa algo, yo no quiero, ni estos tampoco —mira hacia Tana y Xerach—, tener sobre mis hombros el peso de haberlas apoyado. No, ni de coña.

Nadie dice nada más. Los mensajes siguen sonando, pero ya no los miramos. Catha se apoya en la pared y se deja resbalar por la madera hasta quedar sentada en el suelo, con la cabeza gacha y los brazos sobre las rodillas.

La conozco bien; solo necesita reubicarse. Ella es mucho más valiente que yo, sé que vendrá.

Me dejo caer a su lado y le acaricio el brazo con el dedo índice. Ya

no me aparta; es una buena señal. Los chicos se baten en retirada y salen a la calle en silencio. Xerach me hace señal de que hablaremos más tarde.

Miro fijamente las botellas de licores del expositor que cuelga del techo y que reflejan la luz naranja. Intento darle el silencio acompañado que sé que necesita. No sé cuánto tiempo pasa, pero percibo que todo está bien.

—Llama a ese jefe tuyo y dile que va a necesitar a alguien para cubrir tu ausencia en este antro, anda.

—Sabía que vendrías.

Le intento pasar el brazo por encima y ella se levanta como un resorte antes de que apoye mi cabeza en su hombro.

—No te pongas mimosa ahora, espabila o no vamos a llegar. —Vuelve a ser ella de nuevo.

Llamo a mi jefe. Hasta este momento no he pensado en cómo le puede afectar esta oportunidad.

—Hola, Famara. Supongo que estás viendo las noticias. Es terrible.

—Hola. Sí. Es justo de eso de lo que necesito hablarte. Nos han llamado a Catha y a mí de la televisión autonómica. ¿Recuerdas que hicimos las prácticas allí, verdad?

—Sí, claro.

—Pues nos ofrecen ir a retransmitir la erupción, lo que ocurre es que tenemos que salir hoy. Sé que te dejo tirado, pero es una oportunidad que no puedo dejar pasar.

—Me haces polvo, Famara.

—Lo sé, lo siento. Sabes que no te haría algo así de no ser importante. Soy consciente de lo mucho que te debo.

Suspira al otro lado de la línea.

—Venga. No puedo retenerte, ¿no? Ya sabía yo que en algún momento tenías que volar. Hazte un nombre, Famara, no desperdicies la oportunidad. No me debes nada, estos años han sido buenos para los dos. Y si luego no enganchas nada dentro del

mundillo, siempre puedes volver.

—Muchas gracias, de verdad. Te dejo las llaves en el buzón. No voy a poder pasarme por la gestoría, salimos esta noche.

—Vete, anda, ya te llamarán para arreglar lo que haga falta. Ocúpate de lo importante.

—Gracias, de verdad, por todo. Hablamos.

—Cuídate del peligro y ¡destaca!

Cuelgo emocionada y cojo mi bolso al vuelo. Echo un vistazo a mi alrededor y compruebo que todo está en orden. Catha me espera junto a la persiana. Apago las luces y salgo a la calle. Pienso que ojalá sea la última vez que oigo el golpe familiar que hace al chocar el metal contra el suelo, y a la vez siento cierta nostalgia al despedirme del bar. Gracias a este trabajo pude mantenerme por mí misma mientras estudiaba, y también me sigue dando una coartada para «elegir víctima», como dice Tana. No me gustan las relaciones sentimentales, y nada mejor que ser camarera de noche para un «si te he visto no me acuerdo».

Deposito las llaves en la rendija que hace las veces de buzón y me vuelvo hacia la ciudad. La claridad me deslumbra. Son las cinco. Tenemos que darnos prisa si queremos llegar a tiempo. Nos dirigimos al pisito de estudiantes sin mi rodeo por el casco histórico. Vamos a paso ligero, sin hablar. Cuando estamos apenas a una manzana, recuerdo que no hemos confirmado a Ayoze; lo llamo.

—Dime que es un sí.

—Sí. Un sí rotundo. Estamos llegando al piso. ¿Qué papeles necesitas?

—La verdad es que me arriesgué y ya les compré los billetes, se los mando al correo. Hemos usado las copias de la documentación que facilitaron para el contrato en prácticas. No hay cambios en los datos, ¿verdad?

—No, no, todo igual.

—Perfecto, pues solo faltarían los papeles del coche. Ya están en marcha con los seguros, contratos y todo el papeleo de ustedes.

¿Algún detalle en particular que necesiten aclarar?

—Si nos da para comer, nos parece bien. Ahora te envío el permiso de circulación. Vaya, Ayoze, ¡mil gracias por pensar en nosotras!

—No me las den, son negocios. Ustedes son exactamente lo que necesita ahora mismo la cadena. No olviden pasarse por aquí de camino a coger el barco en Los Cristianos. Seguimos en contacto, te tengo que dejar; esto hoy es una locura.

Mientras hablaba, hemos llegado al piso. Catha abre la puerta, tira las llaves en el recibidor y llama a su madre para contarle la decisión que hemos tomado. La oigo discutir mientras yo me dirijo a mi habitación. Envío un mensaje a los chicos para confirmarles que nos embarcamos en la aventura y me dispongo a bajar un par de bolsos de deporte del altillo.

Ahora mismo no me siento con fuerzas para llamar a mamá. Estoy ilusionada y nerviosa, aunque también muy asustada. Es una especie de cóctel, de vértigo emocional que no sé describir demasiado bien. ¿Cuánto durará esto? No tengo ni idea. Juraría que el volcán Teneguía duró varias semanas. ¿Es eso lo normal? Me hago consciente de lo poquito que conozco nuestra propia historia, ni siquiera la más reciente.

Por si acaso, decido meter en los bolsos un poco de todo: neceser, pijamas y ropa básica de entretiempo. Un buen puñado de pañuelos de colores para el cuello y zarcillos resultones, que eso siempre pega bien en cámara. Varios bléiseres monos y un buen chaquetón; las noches van a ser frías. Unos tenis y ropa de deporte por si tengo oportunidad de desconectar. Y lo más importante: el portarretratos con la foto de abuela y el Kindle. Cierro los dos bolsos y salgo de mi exigua habitación: apenas un armario, un escritorio y una cama a la que nunca he aportado ni un triste cabecero. Estoy escribiendo un mensaje a Yasmina, nuestra compañera de piso, que debe estar de guardia en el hospital, en el momento en el que Catha sale con su maleta.

—¿Lista?

—Todo lo lista que se puede estar —dice mientras me abraza—. Sabes que, si no fuera contigo, sería incapaz de hacer esto.

—Es bueno, ya verás. Una gran oportunidad juntas. Todo va a salir muy bien.

De algún modo logro sonreír y deseo de todo corazón que sea verdad lo que le digo.

Echo un vistazo al piso que me permite vivir independiente y, una vez comprobado que dejamos todo en orden, bajamos a la calle para coger el coche. Es un Mitsubishi Montero blanco de los años noventa que compré de segunda mano hace dos años y que me da muchos disgustos y algunas alegrías. Le paso las llaves a Catha: a ella le encanta conducir y a mí, en realidad, me da lo mismo.

Bajamos a la ciudad de Santa Cruz, donde tiene los estudios la cadena. Paramos en la puerta y vemos a Ayoze, que nos espera con un montón de maletas negras. Pasamos nuestro equipaje al sillón trasero para que el material no quede a la vista y hacemos un Tetris con todo. Tras lograr que el maletero cierre, nos entrega dos sobres con la documentación contractual, nos despedimos y ponemos rumbo a Los Cristianos.

Tamborileo sobre los sobres que llevo en el regazo, ya los abriremos en el barco. Realmente sé que lo que pueda poner la documentación que contienen ahora mismo no nos resulta importante y no quiero pensar en ello. Llevamos la radio puesta y vamos pendientes, todo el trayecto, de las noticias: se abren más bocas y describen muchísima lava. Sobre todo, están entrevistando a las personas evacuadas en el campo de fútbol de El Paso y a las autoridades. Piden colaboración a hoteles, supermercados, transportistas, fincas donde acoger animales… Todo se percibe caótico, y los propios locutores destilan en sus voces temor y entusiasmo al mismo tiempo.

Hacemos una parada en una gasolinera para coger unos bocadillos de lomo y unos cafés con chocolate que nos encantan. Como decía mi abuela: «Primero la comida y, una vez resuelto lo importante, todo lo que Dios quiera mandar detrás».

De nuevo en el coche, conectan con el Cabildo de La Palma y reconozco la voz de Javier Sánchez, palmero compañero de la carrera, a quien la noticia ha pillado en plena conexión. Informa de los apoyos que el presidente del Gobierno acaba de enviar a la isla. Habla de más evacuaciones, carreteras ya cortadas por el paso de la roca líquida y ningún herido ni desaparecido por el momento. Parece un milagro que así sea, con todo lo que está sucediendo. El plan de evacuación que puso en marcha el PEVOLCA, el Plan de Emergencias Volcánicas de Canarias, parece que está funcionando.

Suena el móvil de Catha. Son los padres de Tana, para que pasemos por Santa Cruz y nos entreguen las llaves de la casa que la familia tiene en Los Llanos, y que podamos quedarnos allí. Suspiro aliviada y me da la risa tonta de los nervios que tengo.

—¿Te das cuenta de que nos hemos venido sin saber dónde dormir?

—Bueno, a lo peor mi madre nos pone un colchón en el suelo. Sí, a insensatas hoy no nos va a ganar nadie.

Al llegar al muelle de Los Cristianos, la estampa nos causa un gran impacto: donde siempre hay coches familiares y todoterrenos cargados de turistas, hoy está atestado de bomberos, policías, guardias civiles, miembros de la UME… Un baño de realidad de dónde nos estamos metiendo.

Sin darnos cuenta, mientras estamos en la cola con el coche para subir al barco, nos cogemos las manos sobre la palanca de cambios. No decimos nada. Puede que no tenga sentido, nosotras no somos creyentes; sin embargo, yo rezo y, sin mirarla, sé que Catha también lo hace.

Capítulo 2

Santa Cruz de La Palma, isla de La Palma
Domingo, 19 de septiembre de 2021

Famara 🎤

Los padres de Tana viven en un piso cerca del Barco de la Virgen, por lo que llegamos enseguida una vez desembarcamos en el muelle. Paramos el coche en la acera un momento, y nos dan las llaves y tres fiambreras con sopa, croquetas y ensaladilla, porque encontraremos la despensa vacía. Me emociona que, aun en estas circunstancias, estén tan pendientes de todo.

Nos piden decenas de veces que seamos prudentes, tengamos fundamento y obedezcamos a la policía. Nos tocan los brazos todo el tiempo y nos aprietan las manos, para reafirmar su instinto protector. El grupo se formó cuando teníamos apenas diez años, mis recuerdos de verano más entrañables son jugando a las ahogadillas y huyendo de las aguavivas en Puerto Naos. Tras tantos años, todos nos sentimos familia.

Cogemos la carretera para dirigirnos a Los Llanos. Hay que cruzar el húmedo monte de castaños y, por un rato, transitamos por otro paisaje. Un entorno mágico, fresco y frondoso donde seres sobrenaturales te protegen; un lugar donde la tierra no se abre y te agrede.

En el siguiente cruce nos detiene la Guardia Civil y volvemos al mundo real. Nos dejan pasar y nos facilitan información sobre las carreteras cortadas y las zonas prohibidas al tránsito. Parece que, ahora mismo, no hay ningún problema para acceder a Los Llanos.

Es de noche y, según nos acercamos a El Paso, vemos la luz anaranjada que contrarresta con la oscuridad del cielo palmero, habitualmente cuajado de constelaciones.

Paramos en el aparcamiento de la tienda de muebles, que está lleno de curiosos que graban con el móvil. Nos bajamos a echar un vistazo y comprendemos el porqué de tanta expectación: la imagen es estremecedora. Por alguna razón, todas las descripciones que se me ocurren incluyen una idea exaltada del infierno. La tierra vomita fuego ante nosotras y crea una extraña mezcla entre llamas y oscuridad. Ya no es la televisión, es nuestra isla herida justo delante; es la realidad.

Continuamos el camino, nosotras en silencio y la radio sin parar de sonar. La casa está cerquita del precioso parque Gómez Felipe, donde espero poder escaparme a hacer algo de ejercicio si quiero desconectar. Es un lugar que me encanta, tiene cierto aire al Park Güell, con su lagarto al sol, sus barandillas estrambóticas y sus azulejos de colores.

La vivienda adonde vamos era la residencia de la bisabuela materna de Tana. Como tantas otras, ha pasado de generación en generación. Los hijos arañaron espacio a la huerta, unos hermanos construyeron una habitación aquí y otros primos tiraron un tabique allá. En ella hemos pasado inolvidables días de verano; la consideramos como si fuera nuestra.

No queremos perder mucho tiempo, así que dejamos nuestros enseres sin deshacer junto a la cama de pino, las fiambreras en la

nevera, que enchufamos previamente, y ponemos rumbo a la iglesia de La Sagrada Familia, donde nos esperan los compañeros que nos van a poner al día.

El tráfico es denso en dirección contraria a la nuestra y eso nos mantiene en tensión, una señal inequívoca de que nos estamos adentrando en la boca del lobo. Observamos grupos en las azoteas y en cualquier elevación de terreno despejado que aporte un poco de visibilidad al apocalipsis rojo que surge de las entrañas del suelo.

Al llegar a Tajuya, la policía nos indica dónde dejar el coche y nos dirigimos a la plaza a paso ligero. Allí, otros periodistas de distintas cadenas están en plenas emisiones en directo. Me comienzan a sudar las manos; la adrenalina hace acto de presencia.

Vemos a Arure, una de las regidoras de la cadena, que nos hace señas para que nos acerquemos. Está muy acelerada; aunque bien es cierto que no recuerdo haberla visto nunca antes de otra manera. A su alrededor, lo mejor del canal: las caras principales de los informativos y de los programas de entretenimiento de las horas punta. Según nos comentó Ayoze, unos han llegado en avión y otros estaban ya aquí en la grabación de un especial sobre la posible erupción. Ahora mismo están en directo con el informativo.

—Chicas, veamos… —consulta sus documentos— Famara y Cathaisa, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, ustedes son las que disponen de coche propio, ¿no es así?

—Sí, está ahí detrás —señala Catha.

—Perfecto, aquí tienen los papeles para que puedan pasar el kilometraje. Alquilar en la isla es imposible ahora mismo, así que, por el momento, van a tener que utilizarlo para trabajar.

—Sí, claro, no es ningún problema. Ya lo hemos hablado con Ayoze.

—Bueno, a lo que nos ocupa entonces. En principio, los informativos van a realizarse todos en directo desde aquí. Los presentadores ya se están desplazando.

»Por el momento, no las necesitamos para ese contenido, aunque todo se irá adaptando en las próximas jornadas según veamos necesidades y testeemos cómo funcionan las ideas que vamos a poner en marcha. A ustedes las queremos para dos cosas, principalmente. La más importante, queremos grabaciones diurnas que podamos utilizar por la noche en el especial diario de *Una hora menos*: entrevistas a afectados, soluciones a problemas concretos… Sobre todo, una visión cercana. Me han vendido que ustedes se saben mover bien aquí. Tienen libertad para plantear temáticas, así que aprovéchenla. Recuerden: contenido para todos los públicos, sobre todo emocional y canario, que refuerce nuestros valores.

»Lo segundo serán conexiones en directo con el programa. Saben que es nocturno, así que serán muchas horas de trabajo. Habrá otras dos parejas de equipos con las mismas indicaciones. Por favor, coordínense para no presentar en la reunión de la mañana las mismas propuestas de contenido. Serán Zebenzuy a la cámara con Ancor y Yaiza con la tercera cámara, acompañando a Hara; creo que ya los conocen.

—De acuerdo. Sí, los conocemos. Entonces, ¿nos organizamos nosotras? —pregunto.

—Sí, no andamos sobrados ni de personal ni de material, Ayoze ha puesto mucha fe en ustedes. Espero que sepa lo que hace, porque de entrada no me entusiasma la idea de tener por aquí personal escaso de experiencia; pero es lo que hay. Y, sobre el material, me comentó que traían ustedes lo básico que nos falta.

—Sí —confirmo—. Está todo en el maletero.

—Bien. Cathaisa, quédate con un juego de cámara y lo demás… —Hace señas a dos chicos que hay cerca—. Ellos las acompañan al coche para descargar. Las dejo veinte minutos para que se hagan cargo de la situación. A las doce y media las quiero aquí para entrar en directo.

¿Habla en serio? ¿Ya? ¿Hoy?

—¿Ahora? Tendré que ponerme al día con la información y cambiarme —apunto.

—Nada, así. Hoy estamos todos como nos ha cogido la situación. Aquí tienes un guion con los datos más relevantes de hoy. No lo olviden, buscamos realismo, cercanía; olviden todo lo demás.

Vamos al coche y los chicos descargan el maletero. Caminamos hacia la parte trasera de la iglesia, donde los focos de los compañeros molestan menos, y nos dejamos sobrecoger por las circunstancias. La noche es negra; sin embargo, el resplandor anaranjado la interrumpe justo frente a nosotras. El rugir nos envuelve, incansable, es abrumador.

—Joder, Fa.

—Sí. Joder.

Nos damos la mano y guardamos silencio. Ante nosotras, El Valle: una fuente de fuego que lanza bramidos sobrecogedores y, debajo, la más absoluta oscuridad por las evacuaciones y los cortes eléctricos debido a la lava. La imagen impacta, pero el sonido… El sonido estremece, inquieta, no deja lugar para la paz.

La vibración de la alarma del móvil me saca de mi ensimismamiento, es difícil no interpretar que lo que vemos es una película. Se nos ha ido el tiempo contemplándola, y ya es la hora de ponerse a trabajar.

Mientras nos cuentan cómo va a ir la conexión, me doy pellizquitos en los cachetes y un poco de cacao en los labios. Entramos en diez minutos para que toda Canarias vea con nitidez la imagen de la tierra que se ha abierto y se derrama frente a nosotros.

En el momento en el que el piloto verde me indica que estoy dentro, me concentro en no sonreír. En este instante, se me antoja una falta de respeto. Doy los datos que me han facilitado: existen cinco bocas abiertas que se alternan en su cometido. No es algo estable, unas se caen y se abren otras nuevas. La lava avanza a unos setecientos metros por hora y se calculan unos cinco mil evacuados, sobre todo en el barrio de Las Manchas. Hay casas afectadas, aunque aún no se dispone de un recuento oficial. Dejo de mirar a la cámara y me vuelvo hacia el volcán.

—La verdad, todo esto no son más que números; sin embargo, quisiera que pensaran en las personas que hay detrás de cada cifra. Tener que salir corriendo de casa con el miedo en el cuerpo y no saber, a estas horas, si aún existe tu hogar. Les pido que observen esta imagen como yo lo hago ahora: lo cierto es que parece que Guayota ha venido desde el Teide y se abre paso entre la tierra para, en cualquier momento, presentarse ante nosotros.

Un carraspeo de Victorio, el presentador, por el pinganillo me devuelve a la realidad, y me giro de nuevo hacia la cámara sin limpiarme los ojos, que tengo anegados de lágrimas.

—Sí, Famara, en efecto, la imagen que nos presentas es desoladora. Gracias por mostrarnos tu corazón roto. Así es como nos sentimos hoy todos los canarios.

—Sí, hoy todos somos La Palma.

—Todos somos La Palma.

El piloto pasa a rojo y Catha se me acerca y me abraza.

—Es una mierda —dice—. Pero ha salido sensacional.

La miro fijamente a sus bonitos ojos grises y no puedo evitar reírme y llorar al mismo tiempo. Arure se nos acerca.

—Genial, chicas. Esto es lo que buscamos. Mañana tendrán quince minutos a la misma hora. Conexión local y fragmentos de lo que nos preparen durante la mañana. Les enviaremos indicaciones temprano. Vayan a dormir, van a ser días largos.

Vaya, quince minutos es muchísimo tiempo. Debería estar contenta, aunque todo se me revuelve y no termino de saber interpretarme a mí misma.

Ya en casa, no somos capaces de pegar ojo. Cuelo la sopa y caliento un cuenco solo con el caldo, que es lo único que ahora mismo nuestros estómagos son capaces de admitir.



Nos levantamos sobre las siete. Los nervios y el rugir del volcán no nos han dejado descansar bien. Hago café mientras Catha se ducha. Antes, al hacerlo yo, descubrí ceniza en los lugares más insospechados de mi cuerpo. Ayer no era consciente de ello. Creo que hoy deberíamos rescatar las mascarillas de la pandemia; algo harán. Desayunamos en silencio, tras encontrar, agradecidas, una talega con dos panes y una cuña de queso ahumado en la puerta: los padres de Tana nos cuidan desde lejos, y eso reconforta.

Me pongo unos vaqueros oscuros, una blusa color mostaza, unos bonitos zarcillos dorados y un pañuelo blanco enredado en el cuello. Septiembre y mayo son mi espada de Damocles: las temperaturas cambiantes suelen provocarme largas afonías, y eso ahora mismo es algo que no me puedo permitir.

Salimos en dirección al Ayuntamiento de Los Llanos, donde nos indican que los evacuados continúan teniendo como punto de información el campo de fútbol de El Paso. Según nos trasladan, el presidente del Gobierno llegó anoche y todos los periodistas nacionales de renombre están ya aquí. Nos dirigimos hacia El Paso. La carretera está concurrida, esta vez en ambas direcciones. Han comenzado a evacuar Puerto Naos, temiendo que en cualquier momento queden incomunicados.

Por el camino vemos de lejos el cráter que los vecinos comienzan a llamar «El cumbre vieja», que es el nombre de la zona donde se ha abierto. De día no provoca pánico de la misma forma que por la noche. De no ser por el ruido que produce, parecería que el fin del mundo no se acaba de desatar.

Dejamos el coche algo lejos del campo, según las indicaciones de

la policía. Los carteles de la cooperativa Cupalma en la entrada me recuerdan la fragilidad de las plataneras que, si me ubico bien, se encuentran en el camino que creo puede llevar la lava en su periplo descendente hacia el mar. Me siento negativa. No puedo evitar sospechar desgracias tras cada espacio, cada dato. La Palma, como todas las Canarias, baila una danza peligrosa con su economía. Si el turismo falla, y con la erupción fallará, no se puede permitir que la agricultura también resulte tocada, o la emigración volverá a ser parte del día a día de esta isla indiana.

Pasamos la mañana recopilando información útil para los afectados y para todas las personas que quieren colaborar con ellos. La cesión de habitaciones en hoteles, apartamentos, pisos… de forma gratuita se mezcla con otros que han quintuplicado su precio. Cadenas de supermercados locales y nacionales comienzan a realizar envíos necesarios, pero sin orden. Farmacias, papelerías, talleres, anónimos… Es emocionante sentir cómo todo el archipiélago está unido. En las entradillas que grabamos se repite constantemente el «Todos somos La Palma», que se ha convertido en una especie de mantra que cuida y que, según nos manifiestan los entrevistados, los hace sentir arropados. Del mismo modo que los foráneos les repetimos estas palabras, ellos nos trasladan el «No nos olviden» con fervor. Espero que seamos capaces de responderles como merecen.

Apagamos el equipo, tenemos suficiente información útil y entrevistas para montar la conexión de esta noche. A Catha se le ha ocurrido una buena idea: nos vamos a acercar a la plaza, sin micro ni cámara, a preguntar a los vecinos cómo se sienten con el tratamiento de las diferentes cadenas y qué echan en falta para encontrarse más cómodos con las retransmisiones. Me parece una idea excelente y, con el ánimo de dedicar a ello la tarde, me dispongo a recoger, pero veo que Catha enciende de nuevo la cámara y se dirige a un chico alto que entra con varios bolsos de deporte en las manos.

—Eh, Nau, ¡hola!

—Oh, Catha —dice mientras se lleva la mano a la nuca—. ¿Qué

pasó?

—Pues estamos grabando para la conexión de esta noche. ¿Aún vives en El Paraíso?

El chico está de espaldas a mí. Lleva vaqueros y una chaqueta de cuero negra, como su pelo.

—Sí, claro. Bueno… No, supongo que ya no.

Catha se coloca de nuevo tras la cámara.

—Nauzet, ella es Famara. ¿Te importa si te grabamos?

Él se gira y yo siento que algo implosiona dentro de mí cuando me arrollan su intento de sonrisa y sus tristes ojos verdes.

—Hola. Yo… —De nuevo se lleva la mano a la nuca, y yo no puedo evitar fijarme en sus anchos hombros y sentirme mal por tener estos pensamientos en unas circunstancias tan terribles—. Sí, aunque no creo que tenga nada interesante que decir.

Catha carraspea y me señala los bolsos que él ha dejado en el suelo. Intento sonreír y me sujeto al micrófono inalámbrico como si estuviera anclado al pie y me sirviese de apoyo para no caerme. Mirarlo a los ojos me pone nerviosa y, sin embargo, no puedo dejar de hacerlo. Me siento muy inexperta.

—Hola, Nauzet, nos cuentas que eres vecino de El Paraíso, ¿verdad?

—Sí. —Se pone algo colorado y se sopla el flequillo que le cae sobre los ojos—. No sé si lo correcto sería decir que lo era. La colada pasó anoche sobre nuestra casa. —Aparta la mirada, triste, hacia sus pies, junto a los bolsos.

—Entonces, ¿estos bolsos de aquí? Supongo que necesitarás enseres para ti y tu familia. Las islas se están volcando, seguro que has conseguido todo cuanto necesitas.

—No. Por favor, no. Yo, en realidad… —Se pasa las manos por la cara, no sé si para centrarse o de exasperación. He preguntado y contestado yo misma; un error de principiante—. Inauguraba hoy una exposición en Tenerife, soy fotógrafo. El caso es que tenía mis cosas en el maletero, de camino al barco, en el momento en el que

pasó. Y ahora… En fin, yo tengo suficiente con unas cuantas mudas. El resto lo traigo aquí; a muchos vecinos les hace falta. Sé que la mayoría no ha podido salvar nada. No sé muy bien dónde dejarlo —dice mientras rompe el contacto visual y observa su alrededor.

Soy consciente de que lo he encasillado de forma errónea y quiero salir de allí, pero su mirada regresa y no me lo permite. Su nobleza me derrota y siento cómo las lágrimas hacen su aparición.

—Perdona —digo, y me giro llevándome las manos a los ojos—. Esto es muy intenso. Perdón —repito—. Qué te voy a decir a ti. —Cojo aire como puedo e intento sonreír—. Tanta solidaridad es abrumadora, y tus circunstancias… Me dejas sin palabras, de veras. Deberíamos cuidar nosotros de ti, no al revés.

Él me sonríe como se hace a los niños pequeños que no comprenden una situación; con suavidad. Intento devolverle el gesto y señalo las mesas del final del local, donde los voluntarios clasifican las donaciones para su distribución.

—Gracias.

No suelto el micrófono mientras lo sigo con la mirada. Estoy tan emocionada que no soy capaz de hablar, así que, al ver que Catha continúa con la grabación, le hago señales para que corte. Se me acerca y me da con su hombro mientras se ríe.

—Deberías verte la cara, amiga. —Me muestra una foto en su móvil—. ¡Acabo de grabar un flechazo!

—¡Venga ya! —La empujo—. ¿En serio? Fuerte metida de pata, no me lo puedo creer.

—No, es cierto, ha sido la mejor toma del día.

—Pero ¿tú estás boba? Ni se te ocurra utilizar esa grabación. Me ha parecido tan noble compartir lo que no tiene. Me he quedado lacia, sin palabras.

Pasamos por casa de los padres de Catha a comer algo rápido. Están más tranquilos e intentan continuar su vida con la mayor normalidad posible. La pequeña Daida no tiene clases y se está quedando con una vecina mientras ellos salen a trabajar. La vida

continúa sin piedad.

Nos dirigimos al quiosco de la plaza de España para poner en marcha nuestra idea de tomar el pulso a los vecinos sobre cómo están viviendo las retransmisiones.

Lo hacemos sin cámaras. Nos acercamos a jóvenes y mayores, pagamos varias cañas y algún café, intentamos ser cercanas. Nos apretamos las manos en aquellos momentos en los que sentirse se hace relevante.

Doña Argensola vive en Todoque y está muy asustada; sin embargo, nos invita a hablar con ella siempre que lo necesitemos. Ha vivido tres volcanes y desea que este sea el único que veamos en nuestras largas vidas.

Don Manuel se siente como en un zoo: tantas cámaras, tantos periodistas famosos. Dice que buscamos la carnaza sin pensar en sus sentimientos.

Los más jóvenes, Romén y Acaimo, están hartos de los vídeos en las redes y la televisión en los que se ve cómo la lava se adentra en sus casas. El dolor es terrible para ellos y lo sienten como un escarnio, como si ellos no importaran.

Yurena nos rompe el corazón mientras sujeta las manos de Catha y llora desconsolada porque nunca podrá volver a su casa. Tiene la llave colgada al cuello, y resulta desgarrador cómo describe el dolor que siente al pensar que sus hijos no podrán volver a jugar en su barrio.

Estamos emocionalmente agotadas cuando nos retiramos a ordenar las notas que hemos tomado; sin embargo, sentimos que no tenemos derecho alguno a sentirnos cansadas. Al revisar el material, concluimos que es evidente que algo en nuestro ámbito no se hace bien, al menos no de la mejor manera posible dadas las circunstancias.

Nos vemos con Arure de nuevo en la Iglesia de Tajuya. Es un lugar acogedor. Don Domingo, el cura, ha puesto una de esas cafeteras pequeñas de cápsulas, mantas y una caja con medallitas de la Virgen junto a una alcancía. Cojo una, la engancho en mi

pulsera y dejo un billete para colaborar y que puedan seguir acogiendo a los vecinos y visitantes con este despliegue de calor y cariño.

Delante hay dos adultos con unos siete niños que rezan el rosario, y por el resto del templo, personas que descansan, toman café, charlan… Nos sentamos en uno de los bancos de detrás y procuramos hablar bajito. Es Catha quien se arranca.

—A ver, no sabemos muy bien cómo plantear esto. Nos pediste que, en nuestra condición de llanenses, enfocáramos la información tal y como los vecinos la necesitasen. —Me pica el ojo.

—Sí, creemos que esta es una oportunidad para asentar la vocación de servicio público de la cadena —confirma Arure.

—Bien. Esta mañana hemos hecho muchas tomas con todo lo relacionado con las donaciones y la necesaria coordinación.

—Hemos intentado entrevistar a algunos vecinos, tanto colaboradores como afectados, y que la información sea clara y concisa. Ahora mismo, la confusión es importante en los dos colectivos.

—Y emocionante. ¡Tenemos una toma que te va a encantar!

Abro los ojos como una coruja, no puedo creer que quiera sacar ese tema.

—Eso lo discutiremos luego —la interrumpo con una falsa sonrisa —. El caso es que después fuimos al quiosco de la plaza y hablamos con varios vecinos: no se están sintiendo bien con el trabajo de los medios en general. Creo que es una oportunidad para diferenciarnos y hacer una buena labor.

—¿Qué proponen exactamente?

—Empezar por no emitir imágenes de casas particulares en el momento en el que la lava las devora. Eso sería lo primordial. Iría bien si tuviésemos algún profesional de la psicología que hablara del daño que hace a los vecinos afectados ver todo el tiempo esas imágenes, para fomentar que la gente también deje de compartirlas de forma particular.

—Catha tiene razón, y además tenemos un contacto del Colegio de Psicólogos por las grabaciones de la mañana que podría encajar. También creemos que las entrevistas a los vecinos no deberían buscar la lágrima fácil. Eso es inevitable, pero han de ser entrevistas con un fin determinado: destapar una necesidad para buscar juntos una solución. No contar historias personales emotivas sin más fin que emocionar.

Arure se lleva el bolígrafo a la boca y muerde la tapa con fruición.

—Bien, bien. En realidad, es de sentido común. Hago un par de llamadas y hacemos algunos cambios. Creo que puede funcionar. Famara, ve preparándote: entras en directo en treinta minutos. No te cambies, que se vea que llevas todo el día en la brega. Aquí tienes un resumen de los datos más relevantes de hoy. Cathaisa, tú ven conmigo y vamos a revisar las tomas. Vamos justas de tiempo.

Se nos echa el minutero encima y conectamos desde la plaza, donde hay muchos más medios que ayer y más vecinos. Incluso creo identificar los logos de varias cadenas extranjeras. Empieza a oscurecer y la imagen vuelve a ser impresionante. Hay que estar aquí para sentir cómo te comprime.

Explico a los telespectadores que, aunque se esperaba, al final no creemos que el magma llegue hoy al mar, puesto que ha ralentizado notablemente su avance, y que Tacande ha sido evacuado tras la aparición de una nueva boca eruptiva. Los compañeros intercalan imágenes aéreas generales con mis intervenciones. Bien. Estoy contenta, creo que esta es la línea que debemos seguir.

Conecto con la presidenta del Colegio Oficial de Psicología de Santa Cruz de Tenerife, que alaba el nuevo enfoque y aporta evidencias científicas sobre la repercusión que puede tener en los vecinos afectados la constante visualización de sus pérdidas, añadida a todo el drama que estamos viviendo.

Terminamos con datos de relevancia para donaciones o cobertura de necesidades y con las tomas de la mañana en el campo de fútbol. Me quedo helada al escucharme a través del pinganillo decir: «Hola, Nauzet, nos cuentas que eres vecino de El Paraíso, ¿verdad?». No

puedo creerme que hayan metido esta toma. Voy a matar a Catha. En cuanto despido la conexión y se apaga el piloto, me pongo a chillar como una fiera.

—¿Por qué has tenido que hacer eso? ¡Te dije muy clarito que no quería que lo utilizaras! ¡Ese chico estaba destrozado y yo le hablé como una imbécil!

—Eso es lo que tú ves, Fa. Yo veo en él una acción noble y una conexión de miradas que pone los pelos de punta. Arure también lo ve así.

—Sí, claro que lo han visto. Ahora, de hecho, ¡todas las islas lo han visto! ¡Ese chico merece intimidad, Catha! ¿No llevamos hablando de eso todo el día? Y ¿mirada? ¿Qué mirada? ¿En serio? ¿Con miraditas a mí a estas alturas?

Por supuesto, sé perfectamente de qué mirada habla. Todavía se me acelera el corazón si la evoco, aunque no estoy dispuesta a verbalizarlo, porque es evidente que ese chico tiene suficientes problemas como para tener que lidiar conmigo, y yo no tengo la más mínima intención de lidiar ni con él ni con nadie.

Mi móvil no para de vibrar y lo saco de mala gana del bolsillo: treinta y cuatro notificaciones de Instagram. Y continúan en ascenso.

—¿Qué diablos…?

Catha también mira su móvil, y después nos observamos. Quiero escapar de aquí. Una captura de televisión: Nauzet y yo con los ojos vidriosos, mirándonos con intensidad y la etiqueta #quieroquememirenasí. Me llevo la mano a la boca.

—Dime, por favor, Cathaisa, que no has tenido nada que ver con esto.

Capítulo 3

San Cristóbal de La Laguna, isla de Tenerife
Jueves, 23 de septiembre de 2021

Nauzet 📷

El avión de Binter se acerca a la pista del aeropuerto de Los Rodeos en medio de un banco de niebla que no me permite apreciar las casas terreras y las huertas frondosas de las afueras de la ciudad. Me sudan las manos y le doy vueltas de forma compulsiva a mi ambrosía Tirma. Cierro los ojos y aprieto la espalda contra el respaldo del sillón, esperando el impacto con la pista. No me entusiasma volar.

El aterrizaje es suave y mi tensión, igual que me bloquea en cuanto el estómago siente que comienza el descenso, desaparece sin ninguna racionalidad. No deja de impresionarme cómo pueden posar el avión con tantísima precisión cuando, en este aeropuerto, la mayoría de las veces que vengo, no se ve absolutamente nada.

Sin rastro de la presión que hace unos segundos sentía en el pecho, me pongo la chaqueta de piel, encorvado como puedo en el pequeño espacio, y espero ansioso a que llegue mi turno para bajar. Solo he traído una mochila y viene repleta de nervios. Si todo va bien, que no tendría por qué no hacerlo, el día pasará rápido y mañana volveré a La Palma para la reunión que han organizado desde el INVOLCAN.

Van a trabajar con drones de pantallas térmicas, con los que se acercarán a la erupción en lo posible, y quieren también meter otros más básicos para sacar fotografías del suceso. Me encantaría colaborar con ellos y creo que mi experiencia puede jugar a mi favor, así que me he postulado candidato.

Desde el domingo me encuentro incómodo. He tomado muchísimas fotografías, pero siento que necesito hacer algo que sirva de empuje para cambiar el curso de las cosas, y este proyecto me ha parecido que está pensado justo para mí. Ojalá pueda materializarse. Me gustaría poder mapear las zonas edificadas, para que las personas que no tienen certeza sobre si la lava ha acabado con su vivienda puedan tener pruebas tangibles de ello y hacer su duelo o, si no ha sido así, recuperar algo de esperanza.

Tras un breve recorrido por la autopista del norte, la guagua me deja en el intercambiador y paseo hasta el casco histórico de La Laguna. Siempre me ha llamado la atención cómo, con solo cruzar la Avenida Trinidad, un lugar gris, con las paredes jaspeadas de arte urbano sin orden armónico alguno, puedes llegar en dos zancadas a las Casas Consistoriales y abrumarte con su grandeza. Paseo entre las edificaciones que hablan de un pasado espléndido, cada día más opacadas por las franquicias que tanto me desagradan, y llego a la zona de la iglesia de La Concepción.

La calle está húmeda. Aún es muy temprano y la corriente en las esquinas me hace pensar dos veces la absurda idea de quitarme la chaqueta. Entro a tomar un barraquito en el bar Carrera. Me gusta sentarme en la mesa junto a la ventana y ver a los laguneros pasear. Sobre todo, a los pibes, con bermudas, cholas y sudadera con capucha; la versión de atuendo informal para el invierno que tienen

los estudiantes. Cuando las campanas de la torre dan las nueve, me dirijo a la sala de exposiciones.

Me encojo un poco al ver mi preciosa fotografía aérea de la Caldera en la fachada, acompañada de mi retrato y mi nombre: Nauzet Heraldsen Bethencourt. Como si mostrar la intimidad de tus fotografías no fuera bastante, para dedicarse a esto profesionalmente hay que rotular tu nombre y mostrar tu rostro a los cuatro vientos. Y no es que no esté orgulloso de mi trabajo, es solo que preferiría enviar mis fotos en un sobre a una redacción y recibir un cheque a cambio, a la antigua usanza. Sería más feliz con un pequeño pie de imagen que indicara N.H.B.

La puerta está entreabierta, paso y cierro a mis espaldas. Un espacio amplio, blanco y luminoso me da la bienvenida, y me siento como en casa, rodeado de mi obra. Es una residencia antigua, donde las gruesas paredes de piedra encalada y la madera son protagonistas. Paseo en silencio, valorando la calidad y el mimo con el que han sido dispuestas las fotografías a lo largo de las salas.

Que arrancaran la exposición sin mí no me apena, tan solo las circunstancias por las que ocurrió. Todo ha ido bien, mi trabajo se ha vendido hace días y en la galería están muy satisfechos con la acogida. Yo también lo estoy, por supuesto.

—¿Qué pasa, mi niño? Perdona, no te oí entrar. —Me sorprende Gregorio, el curador que ha montado la muestra.

—No, tranquilo, disfruto del silencio. ¡Qué bonita ha quedado! Muchas gracias.

—Nada, gracias a ti por acercarte hoy, aun con la que te está cayendo. ¿Qué tal lo llevas? ¿Tu familia?

—Bien, bien, no te preocupes. Lo peor es la casa, eso no es fácil de llevar, sobre todo para mi abuela, que nació en ella. Pero no es su primer volcán. Ella sabe bien que la naturaleza no pide, coge lo que es suyo. Supongo que es la más fuerte de todos nosotros —digo con pena y orgullo a partes iguales.

—¿Dónde están entonces? ¿En uno de los albergues?

—No, no ha sido necesario. Estamos en un piso que mis tíos

tienen en Santa Cruz y que, casualmente, hacía poco que habían dejado los inquilinos. De momento nos organizamos, de verdad, no te preocupes, nosotros estamos bien.

—Pues entonces centrémonos en lo positivo: esta tarde a las siete es la clausura. Hemos invitado a todos los clientes y suscriptores de la galería. También lo hemos anunciado en redes. De hecho, desde el consistorio nos han solicitado una invitación doble, por lo que es posible que se acerque el concejal de Cultura o el alcalde. Las desgraciadas circunstancias hacen que todo el mundo quiera participar en cualquier evento relacionado con La Palma. Entre eso y lo popular que te has hecho últimamente… —Me guiña un ojo—. Estamos seguros de que vamos a cerrar con broche de oro.

No me lo puedo creer. Siento cómo me pongo encarnado y me soplo el flequillo nervioso, está claro que las redes sociales llegan a más personas de lo que quiero admitir.

—Ya, eso. Bueno, no le hago más caso del necesario, una imagen sacada de contexto. Ya sabes cómo son los periodistas.

—Si, claro. En cualquier caso, no es de mi incumbencia. Sí te diré que nos ha venido muy bien. No te voy a negar que muchos jóvenes han entrado al ver el retrato de la entrada para preguntar si eras el chico de la tele. No son los que han comprado, pero han mantenido la galería llena, y eso siempre es positivo para la imagen del negocio.

—Pues habrá que alegrarse, ¿no? Entonces, esta tarde ¿baño de masas? Supongo que es lo que toca.

—Eso parece. Si puedes estar por aquí media horita antes: ropa informal y, ya sabes, no pierdas la sonrisa en toda la tarde y habla con tantos clientes como puedas.

—Bien, claro. No te preocupes, seré puntual. He quedado a almorzar con un amigo aquí cerca, no voy a salir del centro.

—Perfecto, nos vemos esta tarde.

Salgo de la galería con las manos temblorosas y húmedas, a juego con la ciudad. Me cierro la chaqueta y le subo el cuello para intentar protegerme. Procuro no pensar en esta tarde, no soy

persona de multitudes. Paseo por la ciudad y termino en la Casa Museo Cayetano Gómez Felipe, un paisano coleccionista del siglo pasado al que no debieron irle mal las cosas, a juzgar por esta maravillosa casa que poseía. Dejo pasar el tiempo mientras visito el museo.

En la tienda de artesanía de la entrada compro unas argollas canarias de plata para mi abuela. No son como las suyas de oro, que quedaron en la casa de El Paraíso y que eran herencia generacional de las mujeres de la familia. Sin embargo, la conozco bien y estoy seguro de que le gustará comenzar a construir recuerdos nuevos.

Paso al patio interior, donde se encuentra la cafetería con una fuente de piedra en el centro y unas helechas enormes. Elijo una mesa lateral por si llueve, cosa que en esta ciudad nunca se puede descartar del todo.

Estoy ojeando la carta en el momento en que oigo voces al pie de la escalera de piedra volcánica. Veo a Tana, con sus características gafas de pasta rojas y su camisa de cuadros, acompañado por Xerach y Rayco.

—¿Qué pasa, Nau? —me saluda sonriente mientras me palmea la espalda.

—Bien, bien, no esperaba tanta compañía. —Hago lo propio con los chicos—. ¡Menudas espaldas! ¿Hay mucho surf por aquí?

—Se nota, ¿verdad? —dice Xerach orgulloso—. Tienes que venirte un día a Bajamar con nosotros.

Él y Rayco están muy morenos del sol y tienen el pelo quemado, mientras que Tana está casi transparente. Me río.

—Está claro quién va a terminar la carrera y quiénes alargarán la estancia lagunera todo lo que puedan, ¿no?

Tomamos asiento y disfrutamos de un rico y calentito puchero con escaldón que Tana ha encargado. Hablamos de la erupción y de nuestras familias, de cómo es vivir allí el terror y cómo es desde Tenerife, o incluso desde el sur o la capital de la propia isla, parece un documental y las personas son capaces de apreciar la belleza del volcán.

Yo aún no estoy preparado para eso. Lo puedo comprender, sin embargo, no encuentro lo bonito entre tanta destrucción. Es por lo que tengo tanto interés en participar en este nuevo trabajo. La pantalla me ayudará a poner distancia entre el bicho y yo. Lo necesito.

—Bueno, ¿y nadie va a hablar del elefante en la habitación o qué?

Levanto la vista, desubicado.

—¿En serio, Rayco? ¡Eres un bocazas, tío! —se queja Tana.

—Coño, alguien lo tenía que preguntar, ¿no? ¿Está tremenda o no?

—¡¿Qué?! —pregunto, quemándome al tragar el escaldón.

—Venga, no te hagas el loco —me dice Xerach mientras me da un golpe con el puño en el hombro—. Está buena, ¿eh?

—¿Ustedes también con la chica de la tele?

—Fa.

—Sí, Famara. ¿Es eso? —Yo solo recuerdo mi incomodidad por el micrófono y la cámara. Eso y que me concentré en su bonito mar de pecas para poder contestar—. Sí, guapa, supongo.

—Supongo no, tío. Guapa de cojones —remarca Rayco—. Porque es como mi hermana, si no, ¡te iba a contar!

—Tío, no hables así de Fa. —Tana me mira y sonríe—. Aunque guapa sí que es. Y lista, buena, y cabezota como ella sola. Pasa de los tíos, por eso está tan rascado.

—Bien, mucho mejor. Si no estoy en su campo de tiro, no hay nada de qué hablar.

No negaré que esa información me deja algo decepcionado.

—No, no es eso. Sí le gustan los tíos, a lo que se refiere es a que pasa de ellos. Además, ¿no conoces a Tana? —aclara Xerach—. Se cree que ha visto la luz desde la famosa entrevista y te ha nombrado protagonista oficial de las películas que se monta él solo.

Miro a Tana horrorizado. ¡No querrá organizarme una cita!

—No me mires así. Yo solo digo que es muy raro que ustedes no

se conozcan de antes. Lleva pasando los veranos en Puerto Naos desde que éramos niños y…

Lo interrumpo.

—A lo mejor es precisamente por eso. Sabes que Airam y yo pasamos casi todos los veranos en Reines con mi padre.

—¡Claro, a ver a tu padre! ¡Tus viajes a Noruega con tu hermano! Es que era muy raro, ya lo sabía yo. A ver, yo solo digo que eres un buen tío y que ella tiene una especie de pantalla para relacionarse con gente nueva, que ni se implica ni quiere hacerlo. Yo creo que eres el tipo de persona que sí se podría acercar a ella.

—Joder, Tana —dice Rayco—. Pareces una abuela, solo te falta decirle que es un buen partido, lo vas a acojonar.

—¿Saben qué? Esta conversación es superincómoda. —Siento cómo me acaloro y, la verdad, no entiendo tanto interés—. Yo ahora mismo tengo la cabeza en mi familia y en mi trabajo. No quiero que se monten historias. Además, no me gusta hablar de esta manera de esa chica; ni siquiera la conozco.

—Cierto, perdona. Entonces, ¿picoteo gratis esta tarde?

—¿Se apuntan? —Agradezco el cambio de tema con una sonrisa —. Sería genial. Necesito alguien con quien ponerme a hablar y parecer ocupado si empiezo a agobiarme. Y la exposición es una gozada. Me pasé esta mañana, les va a encantar. No es porque sea mía, es que las fotografías han quedado maravillosas.

—¡Eso, que no se diga que no tienes abuela! —se ríen.

—Bueno, yo no soy un experto comercial; ahora, que mis fotos son muy buenas sí lo sé.

De algún modo, logramos dejar el tinte melancólico que últimamente sobrevuela mis conversaciones y pasamos el resto de la tarde entre risas. Contamos anécdotas de niños, aquellos tiempos en los que todos ellos me llamaban «el guiri». Un crío rellenito, de ojos y piel demasiado claros para la mayoría, y que, cada vez que volvía de Reines, tardaba meses en recuperar el acento suave de la tierra.

Ellos no sospechan que en Noruega yo era el *spansk*, que nunca

terminaba de encajar, que sentía que no pertenecía a ningún lugar. En mis dos tierras era un extranjero. Tardé años en encontrar mis personas y mi sitio. Ahora, mi lugar se lo ha llevado el volcán. Cómo es la vida. La casa de mi abuela, mi hogar, que en un momento fue primordial para ser la mejor versión de mí mismo, ahora pierde toda importancia frente a la magnitud del desastre.



La sala se llena enseguida, todo un éxito de convocatoria que Gregorio me transmite de forma insistente e innecesaria; es un hecho para cualquiera que observe a su alrededor. Suena de fondo *A la Caldera*, de Taburiente. Es la canción que ambienta cada día el terminar del programa *Una hora menos*, en La Canaria. El de la famosa entrevista con la que me agobian tanto, al que todos nos hemos aficionado y que ha hecho que esta canción tenga la capacidad de evocar al demonio natural, te encuentres donde te encuentres.

Saludo algunas caras conocidas, hay bastantes paisanos entre los asistentes. Muchos de los que vienen a la Universidad terminan instalados en La Laguna. Se trasladan para estudiar y escapar del agobio que a veces se siente en una isla pequeña, sobre todo de adolescente. En ese momento están deseando conocer mundo y terminan enamorados de esta ciudad, que es historia y tenderete a partes iguales.

Hay bastantes tanteos de compras, aunque la obra está vendida hace días, así que muchas personas insisten en que facilite nuevo material a la galería para hacerlo accesible a más compradores. Agradezco la tecnología en silencio, que me permite tener mi obra

intacta, salvo algunas colecciones personales que hice exclusivamente en analógico y que, obviamente, se han perdido. Así que aprovecho para enseñar parte de mi material en la oficina que hay en la parte trasera. Esto me permite aumentar mis ventas y quitarme de en medio a la vez, sin que parezca que estoy eludiendo responsabilidades.

Los chicos lo pasan bien. Los palmeros han hecho piña en una esquina elegida de forma estratégica para interceptar las bandejas que sacan los camareros con el vino y el picoteo. Admiro su capacidad de evasión, su perspectiva de distancia; a mí aún me cuesta.

Pienso en lo mucho que hubiera disfrutado mi abuela si hubiera venido. No he podido sacarla de la tierra. A sus ochenta y seis años, con tres volcanes a sus espaldas, dice que es más útil allí. Está de voluntaria, pone de comer a los perritos que están reuniendo en las fincas y borda las sábanas que se van a donar antes de entregarlas, «para que no se pierda el toque de la tierra». Es una mujer excepcional.

Aprovecho un breve instante en el que nadie me reclama, salgo a la calle a coger aire y me apoyo en el portón de madera de la entrada. Con las manos en los bolsillos, me siento a observar las calles llenas de vida que, a todas horas, mantiene la ciudad.

—He pensado que a Airam le gustaría tener esto. —Tana me tiende un fardo de tela negro mientras se me acerca por detrás y se sienta a mi lado en el chaplón.

Desenrollo la cinta que mantiene la tela plegada sobre sí misma. La extiendo con cuidado y descubro que protege un juego de cuchillos Wüsthof.

—¡Muchacho! ¡Esto es demasiado! —digo bajito, emocionado—. Estos cuchillos deben haberte costado un dineral.

—Bueno, sabes que intentar ser un buen médico no me está dejando una juventud llena de diversión precisamente. Con lo que me envían mis padres todos los meses y mi poca vida social, te sorprenderías de los ahorros que tengo; el desconsuelo de cualquier

jubilado. De verdad, no te preocupes.

—Le van a encantar, en serio. Gracias. Los suyos… bueno, ya sabes.

—Lo he supuesto. ¿Qué tal le va en la escuela?

—Bien, contento. ¿Sabes que hoy ha llegado un chef que, por lo visto, es muy reconocido a la isla? Tiene una ONG, World Central Kitchen, creo que se llama.

—¿José Andrés?

—Sí, ese. Pues Airam se ha presentado voluntario para colaborar con su organización junto a otros compañeros de la escuela de cocina. Es chachi para él, se siente útil. Van a repartir comidas a los vecinos afectados, a los bomberos, policía, voluntarios… Todos intentamos hacer algo.

—Es una oportunidad para que vea cómo trabaja un tío tan profesional.

—Sí. Le van a venir genial estos cuchillos. Eres grande, Tana, de verdad, gracias. —Lo abrazo, emocionado.

—Vaya, aquí estás —dice Gregorio a nuestras espaldas—. Nauzet, el alcalde ha preguntado por ti, vamos.

—El deber me llama. —Suspiro con cara de circunstancias mientras me incorporo y me sacudo un poco los pantalones—. Nos vemos dentro.

—Vamos, Steve McCurry, disfruta de la fama.

Lo malo no es que el alcalde me quiera saludar. Lo malo es que está dando un discurso y me nombra. Así que me visualizo desde arriba mientras me acerco al micro, como si no fuese yo, con una forzada media sonrisa. Se hace el silencio, solo se escucha la música de ambiente: una pieza de piano que no identifico y algún carraspeo.

—Buenas noches a todos. Muchísimas gracias por acompañarme hoy. Estoy muy impresionado por la acogida tan maravillosa que han dado a mi obra. Algunos lugares que se reflejan en ella ya no son como los plasmé, y estoy seguro de que, en los próximos días, otros

muchos dejarán también de existir. Hasta a mí, que lo he visto con mis propios ojos, me cuesta hacerme a la idea. Espero que entiendan lo difícil que me resulta estar aquí en estos momentos y combinar mi orgullo y alegría profesionales con la realidad de la destrucción de esos lugares.

»Por todo ello, no puedo más que pedirles que tengan a La Palma presente cada día. Hoy han podido degustar sus quesos, sus vinos. Pidan productos palmeros, visiten nuestra Isla Bonita. Por favor, no nos olviden.

Se me hace un nudo en la garganta y los presentes rompen a aplaudir. Alguien, al final de la sala, dice en alto:

—¡Todos somos La Palma!

Me emociono tanto que rompo a llorar y me cubro la cara con las manos porque siento vergüenza de perder los papeles de esta manera delante de tanta gente.

—Gracias. Lo siento. Lo siento tanto. Muchas gracias.

Me dirijo al lavabo y me apoyo en él con las manos; intento respirar profundamente. Escucho que los chicos se acercan sin llegar a entrar.

—Joder, Nau, ahora a ver quién coño te dice que han evacuado Todoque.

—¡Venga ya, Rayco! ¿En serio? ¿Ahora? Tiro la toalla contigo, tío —le suelta Tana, dándole un empujón en el hombro.

—Había que rebajar la tensión, ¿no?

Nadie contesta. Yo estoy con la mirada puesta en Tana, esperando a que él me mire para buscar la verdad.

—Tranquilo, nadie está afectado, aunque creen que la lava llegará al pueblo mañana. No pinta bien. Los Curbelo se han ido a un hotel en Fuencaliente que han habilitado, doña Armenia se ha ido con mis padres a Santa Cruz y la familia de Catha, a casa de mi abuela, en Los Llanos, con las chicas. Así Daida puede estar cerca de las amiguitas, parece que la niña está muy asustada.

Dejo caer mi peso en el suelo, la cabeza hacia detrás y los codos

sobre las rodillas.

—Te juro que no sé si voy a ser capaz de sobrellevar todo esto.

—Nosotros habíamos pensado en acercarnos, aunque no sabemos bien si seríamos de ayuda o un estorbo. Si tú ves que hacen falta manos, nos organizamos y tiramos para la isla.

Lloro desconsolado.

—Solo quiero volver a casa.

Capítulo 4

El Paso, isla de La Palma
Domingo, 26 de septiembre de 2021

Famara 🎤

Llevo varios días en los que no soy yo. No puedo descansar y me siento agotada. Por un lado, la erupción ha aumentado muchísimo su explosividad y el rugir se escucha en la habitación donde intentamos dormir como si lo tuviésemos encima. Han sido días de desalojos duros. Nos ha tocado de lleno: la familia de Catha ha tenido que abandonar su casa y se ha venido a vivir de forma temporal con nosotras, al menos hasta que encuentren otro sitio.

Ver a Daida, con sus apenas diez añitos, tan seriecita, con su mochila repleta, desde hace días, con sus tesoros más queridos. Se me ha roto el corazón. Hacemos como que todo va bien, y nada lo está; no lo está en absoluto. Porque Daida debería estar imaginando planes con sus amigas para el fin de semana y no haciéndose la fuerte en una casa que no es la suya, para intentar que sus padres

no sufran más por ella de lo que ya lo hacen.

Catha lo está pasando fatal. Está desubicada. Mantiene ese papel de hermana mayor que todo lo controla; sin embargo, por las noches llora muchas veces. Creo que ha sido una bendición estar aquí: poder apoyarlos, no imaginar lo que ocurre, sino verlo con nuestros propios ojos. Sentir, aunque duela.

El paisaje se ha llenado de hileras de furgones y camionetas que rebosan pertenencias, intimidad y recuerdos; vidas completas reducidas a lo que cabe en una sábana estirada en el suelo, a lo que entra en el maletero de un coche. Vecinos que lloran, ansiedad, tensión, gritos… Una peregrinación de tristeza que lo envuelve todo mientras genera una impotencia ahogante en quienes procesionan y en quienes observamos.

Si me dijeran que tengo diez minutos para sacar mis pertenencias de casa, cogería las fotos, el ordenador, los papeles del coche… Sin embargo, si aún viviese en mi antigua casa, la preciosa casona lagunera de mi abuela, la que de verdad fue mi hogar, no sabría ni por dónde empezar.

Y, por otro lado, para qué engañarnos, está el asunto de Nauzet. Sé que suena inmaduro no poder sacarme de la cabeza a un chico que ni siquiera conozco en estas terribles circunstancias; que ya estoy grandecita para estas tonterías. Lo cierto es que una no elige sus pensamientos.

Hacía tiempo que no me pasaba algo así, y me hace sentir insegura. Ya ni siquiera recuerdo si esto es normal, si es así como se siente cuando alguien te gusta por una mera atracción visual y, a la vez, sientes que hay algo más que te llama. Siempre contesto que mi preocupación es por la publicación de las imágenes, aunque, si soy franca, supe que era otra cosa mucho antes de ser consciente de lo que Catha había grabado.

La pobre se siente fatal por el revuelo que ha levantado el tema y por lo mal que me lo he tomado. Aunque, al final, no fue ella quien subió nada a las redes; fue cosa del público. ¿Es demente decir que, gracias a los desalojos, este tema ha pasado a un segundo plano y

que, de algún modo macabro, me siento aliviada por ello?

El programa es el más visto de las islas, incluso ha subido el índice de audiencia en la Península. Y no solo en la televisión, sino que las visualizaciones en YouTube se han disparado también en algunos países de Latinoamérica; sobre todo Venezuela y Cuba. Los primeros días, al grabar, no éramos demasiado conscientes de lo que estos datos significaban.

Durante todo el lunes, nuestra imagen fue tendencia en España a pesar del volcán. Visitamos a vecinos de pueblos en los que no conocemos a nadie, y ellos saben quiénes somos antes de presentarnos. Es fabuloso y agobiante al mismo tiempo.

He hablado con Tana y me asegura que Nauzet no le ha dado ninguna importancia al tema de Instagram. Hace unos días estuvieron con él en la clausura de su exposición en Tenerife. Se quedaron impresionados por el éxito de su trabajo, dicen que su obra es una verdadera joya.

Parece que es un chico bastante tímido y que lo pasó algo mal en el evento. Por lo visto, no se mueve mucho por las redes, excepto en su perfil de fotografías y solo si hace exposiciones; así que no le afecta mucho lo que ocurre en ese mundo paralelo.

Ellos lo conocen desde niños, del colegio. «El guiri», lo llaman. No han perdido la oportunidad de llamarme para hacer escarnio. Bueno, Rayco y Xerach me han vacilado; Tana, en realidad, me ha intentado convencer de que debería dejar que me lo presente y conocerlo. Por lo visto, es un puntal y seré muy tonta por no aprovechar la oportunidad de tener a alguien así de noble en mi vida. Aunque él sabe perfectamente que no quiero nada con nadie.

Catha me da un golpito en el hombro y me hace volver a la realidad. Me he quedado absorta, apoyada en la barandilla de la plaza de la iglesia de Tajuya, mientras espero la hora de la retransmisión. Hace días que ni siquiera intento aparentar que estoy bien o ponerme mona para la cámara. No me siento bien y estoy cansada, no del trabajo; de la realidad.

Ajusta el encuadre, respiro profundo y comenzamos la conexión.

Hoy la lava se ha llevado por delante el campanario de la iglesia de Todoque. Es un símbolo de la unidad de ese barrio, más allá de las creencias religiosas. Quien más quien menos conserva fotografías de sus padres y abuelos mientras levantaban el edificio. No solo el solar fue donado por un vecino, sino que el material y la mano de obra también fueron fruto del cariño y el esfuerzo personal de cada individuo.

El hecho de que la lava estuviera parada frente al edificio hizo soñar a muchos con la repetición del llamado «Milagro de la iglesia de San Nicolás de Bari», en Las Manchas. La lava del San Juan, al llegar frente a la iglesia, cambió el rumbo y evitó así muchas desgracias. Sin embargo, hoy no ha sido así, ha continuado su senda y ha arrasado con todo.

—Quizá alguno de ustedes todavía pueda pensar que quienes retransmitimos esta erupción la vemos como un espectáculo. Y no les voy a negar que ver a este diablo rugir detrás de mí cada día es, de algún modo, un privilegio. Pero todos somos parte de este dolor, la desgracia toca la puerta de cada casa. Crees que se ha saltado la tuya y, de pronto, entre sueños, escuchas ese toc, toc. —Cojo aire para lo que, previa autorización, voy a transmitir con la esperanza de llegar a rozar el corazón de los espectadores—. Todos saben quién es Cathaisa, mi cámara. Es mi amiga Catha, mi hermana desde niñas. El volcán se ha llevado el campanario de Todoque y también ha arrasado hoy su casa. Y está aquí, tragándose las lágrimas. Hoy, como cada día, ha venido a trabajar para darles lo mejor que tiene; para que todo esto sirva para algo. Ya lo saben, cada día más que el anterior: «Todos somos La Palma».

Cerramos la conexión de la que, con probabilidad, ha sido la noche de mayor carga emocional. Quizá por eso me dejo caer en el último banco de la iglesia y siento cómo, según cierro los ojos, agoto mi último recurso de energía. Me pasa a menudo: aguanto muy bien la presión y después, en el momento en el que esta disminuye, me quedo sin pilas. Catha se sienta a mi lado, no necesito verla para saber que es ella. Pongo la mano sobre la suya y apoya su cabeza sobre mi hombro. Me habla bajito:

—No quiero estar aquí, Fa. Necesito irme a casa a descansar.

Abro los ojos y fijo la mirada en la Sagrada familia que hay tras el altar. Es un Jesús niño de la mano de María y José. No me parece una imagen habitual y me resulta reconfortante que no presida el templo una de esas imágenes dolientes, cuyo excesivo uso me cuesta tanto comprender.

Salgo en silencio detrás de Catha y realizamos el corto recorrido hasta la casa. Aparto el coche a un lado sin apagarlo; la conozco y suplica espacio en silencio.

—Creo que necesito conducir un rato y despejarme. ¿No te importa? En lo que te duchas, estaré de vuelta.

—Bien, pero ten fundamento, es muy tarde y vas agotada. No le des muchas vueltas, Fa. Si lo piensas, todo está bien. Todos estamos bien.

—Apenas llevamos aquí una semana y me va a estallar la cabeza. Si me meto ahora en la cama, sé que no voy a pegar ojo. Ese maldito bicho no deja de rugir y cada día me cuesta más ignorarlo.

—Lo sé. Ve tranquila. Como algo, me ducho y nos vemos en un rato. A ver si mi madre sigue despierta y así alego con ella un ratito a solas. —Se baja del coche y entra en casa cabizbaja y con paso lento.

Conduzco despacio. En la radio suena *Dinamite*, de BTS. Hace días que conduzco sin tararear las canciones; ya no me apetece cantar. Cuando voy con Catha lo hacemos a dos voces, como si fuésemos a ir a un concurso de talentos. Desde que llegamos aquí no lo hemos hecho. Noto que nos falta a ambas una recarga de energía positiva.

Dejo atrás la casa y recorro la sinuosa carretera durante unos veinte minutos. Aparco frente al mirador de El Time. Apago el motor, cierro los ojos y recuesto la cabeza sin soltar el volante. Me interrumpe el móvil. Debe ser Catha; es la una de la mañana. Sin embargo, no. La pantalla lo deja claro: «Mamá».

Lo cierto es que dudo en cogerlo. En Quebec deben ser las ocho de la noche, probablemente no sea ninguna urgencia. Sin embargo,

la responsabilidad se impone y yo debería haberla llamado hace ya días, así que, como siempre, el «debo» gana al «necesito» y cojo la llamada.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Estás trabajando?

—No, mamá. Es la una de la mañana.

—¡Oh, claro! Te he despertado, entonces. Bueno, pues como ya estás despejada, ¡aprovechamos y charlamos un poquito!

—No te preocupes —aunque sé que no lo está en absoluto—. Estaba despierta.

—Entonces, ¿de verdad estás en La Palma? Te he visto en Instagram.

—Sí, lo siento, mamá. Debí llamarte, pero fue una oportunidad inesperada y, una vez aquí, no hemos tenido un minuto libre.

—¿Tenido quiénes? ¿Ese chico de la imagen, al que no conozco, y tú?

Pongo los ojos en blanco y me acomodo, aquí viene…

—No, mamá. Catha y yo. Hemos venido juntas. Ella es la cámara. Tenemos mucho trabajo; está siendo muy satisfactorio, abrumador, bonito y horrible, todo a la vez. Han perdido su casa, mamá. Creo que estamos sobrepasadas.

—Es que no sé qué estás haciendo ahí, cariño. ¿A qué estás jugando? No tienes necesidad de pasar por nada de eso. Encima, en boca de todos por ese chico. ¿De qué familia es? ¿Para hacerme pasar por esto no quieres vivir con nosotros? ¿Para esto dejaste a Yeray? De verdad, Famara, no te entiendo.

A veces es como si una metralleta me disparara preguntas.

—Mamá, por favor, créeme que no es el momento. ¿Has escuchado lo que te he dicho? Catha y su familia ya no tienen casa. ¿De verdad vamos a regresar a ese tema incluso en estas circunstancias? Hemos tenido esta conversación cientos de veces.

—Pues yo sigo sin entenderlo, así que deberemos tenerla una vez más.

—Pues es bastante sencillo, mamá: no quiero vivir en Canadá. No quiero dejar mi vida aquí, no quiero aprender francés y, sobre todo, no quería dejar sola a la abuela; lo sabes muy bien.

—La abuela ya no está, cariño.

—Sí, mamá, pero me he esforzado muchísimo y ahora soy una mujer adulta e independiente, trabajo, he hecho todo bien. Muy bien, en realidad. Y a ti sigue sin parecerte suficiente la vida que he conseguido llevar. Estoy cansada, mamá, de verdad, no tengo ganas de discutir.

—Estás cansada porque tienes veintidós años y no paras de trabajar sin necesidad ninguna.

—Es una forma de verlo.

—¿Y el chico? No me has respondido. ¿Sales de verdad con un completo desconocido y no fuiste capaz de darle ninguna oportunidad a Yeray, que es mi propio ahijado, de arreglar lo que tenían?

Y aquí es donde no soporto llegar una y otra vez.

—Por favor —susurro. Estoy demasiado cansada esta vez—. Mira, siempre trato de decírtelo con buenas palabras, sé que Yeray sigue siendo familia para ti y lo adoras, pero mamá, ni me acuerdo de él. Yeray fue un cabrón y un pollaboba y, aunque no lo hubiera sido, ahí no queda nada.

—¡Por favor, Famara, esa boca! No te he educado para que te expreses así. Eso lo dices porque ese chico te impide reconsiderar las cosas como deberías.

—No, mamá. Lo digo porque yo no quiero ningún Yeray en mi vida. De hecho, no quiero ningún hombre en mi vida, no tienes que preocuparte por ningún desconocido gracias a él. Hace ya un siglo de eso, mamá. ¡Éramos unos niños, por Dios! Yeray lo ha asumido, yo lo he asumido, asúmelo tú también. Y lo siento, te tengo que colgar. Es tarde y mañana comenzamos a grabar temprano.

—Bueno, cariño, no tienes por qué enfadarte. Retomaremos esta conversación en otro momento; ya estarás más receptiva.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cariño. Ten mucho fundamento, por favor. A la mínima duda, sal enseguida de ahí.

—Lo sé, mamá, no te preocupes. Un beso, adiós.

—Besos, cariño.

Cuelgo y dejo caer mi cabeza sobre el volante; estoy agotada. Arranco el coche de nuevo antes de que las lágrimas, que empiezan a brotar otra vez, vuelvan a derramarse y no me permitan ver la carretera. Antes de que tomen el control, como aquella vez.

Me yergo, eso no va a volver a suceder. Últimamente me he emocionado demasiadas veces. El llanto es algo que había logrado apartar de mi vida. Temo que no haya podido hacerlo para siempre y, por un momento, vuelve mi inseguridad.

Retorno a casa con la cabeza atascada en los recuerdos de mi graduación de bachillerato, que, de un modo u otro, siempre termina por volver a mí. Aquella noche de gritos, portazos, lágrimas… De llorar junto a la puerta temblando mientras ella la intentaba abrir y me recordaba lo desagradecida que era y las muchas oportunidades que el traslado de Bentor nos brindaba, a las que no debíamos renunciar. Allí nos quedamos mi precioso vestido azul y yo: sin fiesta, humedecidos mientras se perdía todo lo que creía conocer.

Fue Catha la que me sacó de aquella especie de estado catatónico en el que me sumí. Yo estaba dispuesta a enfrentar todo para quedarme en la isla. Entonces supe que Yeray se había acostado aquella noche con Nayra, otra compañera del instituto.

Tuvo los arrestos de decirme que me había llamado muchas veces y que había sido yo la que había pasado de él, que lo había dejado solo en una noche hecha para divertirse. ¡Quiso hacerme creer que era mi culpa! Durante mucho tiempo me quemó la rabia por dentro al recordarlo. Hoy parece que fue un sueño, una vida que no me pertenece.

Catha sí comprendió mis decisiones y mis aspiraciones. Ese verano lo pasaríamos como siempre en La Palma con toda la tropa y, por primera vez, septiembre no sería el mes de las despedidas, sino

el mes de la unión definitiva: Tana, Rayco y Xerach se vendrían a vivir a Tenerife para estudiar, donde ya estábamos Catha y yo.

Regreso de mis recuerdos y entro en casa intentando no hacer ruido, aunque no me sorprendo en absoluto al ver a Catha, con la luz de la mesita de noche encendida, moño en alto, escudriñándome con sus enormes ojos grises.

En silencio, le hago señas para que se haga a un lado y entonces veo que Daida está dormida a sus pies. Estos días, a veces se levanta durante la noche y se viene a la cama con su hermana. Me rompe el corazón. La cojo en brazos, la devuelvo a su cama y la tapo con cariño mientras la beso en la frente.

Catha dobla la página del poemario que está leyendo, cosa que me enerva, y lo deja caer con cuidado al suelo antes de levantar la sábana para que me recueste a su lado.

—Vaya, sabía que tenías esa cabecita tuya llena de malas ideas, pero no pensé que fueras a regresar así.

Me siento, apoyada en el cabecero de pino, y dejo caer la cabeza hacia atrás hasta que doy con la coleta en la pared. Parece mentira que la que esté cubierta de problemas hasta la nariz sea ella y la que esté hecha gofio sea yo.

—Nada nuevo. Llamada de mamá.

—¿Y…? —pregunta mientras me pasa un paquete de pastillas de goma con forma de fresita que me encantan, porque sabe que ahora mismo necesito un buen atracón.

—Pues que le he hablado mal, Catha. Hacía tiempo que no pasaba. Tengo ganas de llorar y no quiero hacerlo. Es que a veces no la entiendo.

—Es normal, que sea tu madre no significa que tengan que opinar igual de las cosas.

—No, no es normal. ¿Y si no es que no la entienda, sino que no hago el esfuerzo suficiente por entenderla?

—¿En serio, Famara? —Se rueda de tal forma que queda justo frente a mí, imposibilitando que rehúya su mirada—. A veces echo la

vista atrás y estoy tan orgullosa de ti que no soporto que no valores todo lo que has conseguido. ¿Quién puede decir, a nuestra edad, que es absolutamente autosuficiente? Y tú no es que lo seas ahora, ¡es que lo eres desde hace tiempo! Te has esforzado como nadie, has intentado hacer el menor daño posible a todos por el camino y, lo sabes, si has tenido que elegir, siempre has sufrido tú antes que herir a los demás. En tus circunstancias, con tu decisión, las cosas no podían hacerse mejor, Fa. Me gustaría que algún día estuvieras tú también así de orgullosa de ti misma, sin necesitar el visto bueno de los demás.

—A ver, sí lo estoy. Soy consciente de lo mucho que me ha costado tirar para adelante, de la coraza que me he puesto, que a veces no me deja respirar. Pero mamá ha sufrido con mi decisión y eso no sé cómo lidiarlo. No me gusta ser culpable de eso.

—¿Y tú? ¿Tú no sufriste con su decisión? ¿Te preguntó acaso?

—No sé. Es mi madre, su función es tomar las decisiones que cree más acertadas para mí, ¿no?

—Pues yo creo que no. Su función es hacerte una mujer fuerte e independiente y, de una forma muy enrevesada, eso lo ha bordado —se ríe, porque ella es capaz de ver lo positivo en cualquier circunstancia—. Métete en esa cabecita que una cosa es tener responsabilidad y otra distinta, la culpa. Y en ti no hay culpa —me dice mientras me da coscorrones en la cabeza.

—Supongo que es así.

—Y ahora, mi niña, a ver si cambias esos pensamientos terribles y llegas un día a estas horas para contarme que te has enrollado con alguien interesante, que desde que llegamos aquí estamos las dos en dique seco.

—¿Tú no puedes mantener una conversación seria o qué?

—Claro, porque es mucho mejor hablar de la realidad. ¡Dónde va a parar! Ahora me dirás que no tienes ganas de coger un maravilloso día de descanso y darle una alegría a ese cuerpo.

Me río. Me conoce. Es fantástico que lo haga.

—O nos dan un día libre o no respondo. —Le pico el ojo y le pellizco el muslo.

Me voy a mi cama y la miro risueña antes de apagar la luz.

—Gracias, hermanita.

—De nada. Pero a Ayoze el día libre se lo pides tú, que eres la que está más desesperada.

Transcurren unos minutos a oscuras.

—Catha, ¿sigues despierta?

—Ahora sí. Dime.

—¿Tú crees que tus padres aceptarían el dinero de la herencia de mi padre?

Capítulo 5

Tazacorte, isla de La Palma
Martes, 28 de septiembre de 2021

Famara 🎤

El Valle de Aridane es verde. Así es en mi recuerdo. Un verde fuerte, vivo, desvergonzado. El verde de los aguacateros y las plataneras que atravesábamos en cholas. Acortábamos camino protegidos por la sombra para llegar a las mejores playas, a las que no se llega por carretera; donde no hay turistas. Rapidito, para que no nos descubriera el medianero de la finca. Livianos, toalla al hombro y bote de crema, con el día completo por delante. Un verde de risas y canciones a coro; un verde sin obligaciones, de verano.

Nos hemos acercado a grabar tomas para esta noche a las plataneras de la costa, amenazadas por la lava. La roca líquida avanza poco a poco y se come todo. Engulle sin piedad mi paraíso. La Guardia Civil nos ha permitido el acceso, advirtiéndonos de que solo podremos permanecer en los invernaderos durante una hora

más, ya que se espera que la colada llegue al mar muy pronto. Lo más probable es que, gran parte del terreno que nos rodea ahora mismo, mañana ya no sea más que recuerdos calcinados e historias.

Las plataneras necesitan luz, y su ausencia es precisamente lo primero que capta mi atención: la oscuridad. La negrura es pesada, opaca. Siento que el cielo se me acerca poco a poco al pecho, como si me robara el aire mientras el universo se pliega por la mitad. Y es muy probable que así sea, porque el invernadero está cubierto de ceniza, tanto, que, en algunas zonas, el plástico que nos cubre ha cedido por el peso.

Las condiciones de agobio en las que realizan sus tareas los peones, más de las que suelen ser habituales, son contagiosas. Ahora mismo, las fincas son un hervidero de trabajadores que se afanan en recolectar todas las piñas posibles, en un intento de salvar la mayor cantidad de fruta que el volcán les permita. Salimos a una de las fincas al aire libre y Manuel, el encargado, nos cuenta entre lágrimas la situación a la que se enfrentan, para que podamos grabar y compartir su realidad con los telespectadores.

—Nosotros al menos tenemos agua para regar, otras fincas están peor. Aunque temo que quedemos desconectados. En el momento en que la lava llegue al mar, puede terminar con el sistema de tuberías para el regadío.

—Comprendo tu miedo, Manuel —le digo mientras acerco mi mano a su hombro—. Se espera que suceda entre hoy y mañana; algunas fincas quedarán sepultadas.

—Sepultadas o aisladas, eso también será fatal. Estamos tratando de cargar en los camiones todo el plátano que podemos, pero aún no es el momento de recoger la fruta, necesitamos regar durante más tiempo y que guarezca. —Llora—. Nosotros somos afortunados por tener agua, yo no pido nada más. Ver el trabajo de tantas familias que se pierde… Esto es… un desastre. Para todos.

Le cuesta terminar la frase, se cubre el rostro con las manos encallecidas por el duro trabajo y se sienta en el suelo, una alfombra de tierra seca, badana y ceniza, apoyado en una de las plantas.

Tarda varios minutos en recomponerse. Mientras, Catha apaga la cámara y la guarda con mucho cuidado para protegerla de los piroclastos menudos que se cuelan en todos los rincones. Nos sentamos cada una a un lado de él, acompañándolo en silencio. No hay nada más que podamos hacer. Sí, vamos a contar su historia; sin embargo, se siente tan poca cosa.

—No queremos robarle más tiempo, Manuel, sabemos que tiene mucho trabajo por delante. Gracias por transmitirnos su desazón. Ojalá esto sirva para que las personas que nos vean consuman más plátano palmero.

—Dios te oiga, mi niña, porque ya nos empiezan a rechazar la fruta arañada por la ceniza. ¡Y por dentro está intacta! Dulce y deliciosa como siempre, aunque no esté tan bonita.

—Nos permiten estar aquí con ustedes hasta que los desalojen. ¿Hay algo que podamos hacer en ese tiempo? ¿Ayudarles a cargar las piñas? —pregunta Catha.

—Tú serás palmera, mija. Pero ¡cómo se nota que no has trabajado en el plátano en la vida! —contesta Manuel con un amago de sonrisa—. Eso pesa demasiado, mi niña. Pueden desflorillar la fruta, y así los hombres que están con eso podrán salvar un par de manillas más antes de que nos tengamos que ir. Tengan precaución o saldrán de aquí todas sucias, y luego no hay quien saque las manchas.

—No hay problema. Si nos dice cómo hacerlo porque, la verdad, ni siquiera sé qué es eso de desflorillar.

—Por aquí. —Se incorpora.

Nos enseña y nos ponemos manos a la obra. Por lo visto, cuando la fruta ya está del tamaño adecuado, se le quita la flor del extremo para evitar que se pudra y que puedan aparecer hongos. Quizá esta fruta se la lleve el volcán antes de poder recogerla. Mientras tanto, aquí todos trabajan con la esperanza de escapar y no cejan en su intento de que, al menos por ellos, no será que se eche a perder.

A eso nos dedicamos hasta que la Guardia Civil nos desaloja a todos. Nosotras continuamos nuestro recorrido para completar las

grabaciones, mientras los trabajadores se retiran en camiones tan sucios y agotados como ellos mismos. Agradecidos, tristes y rabiosos, así están. Ahora sabemos que es posible sentir todo esto a la vez.

Visitamos una empaquetadora, y el encargado nos cuenta algunos datos que no son nada alentadores: el 13 % de la población de la isla desarrolla algún trabajo relacionado con el cultivo del plátano. Me impresiona la cifra de kilos exportados al año: ciento cuarenta millones. Es impresionante. Yo ni siquiera puedo hacerme una idea de cuánto es esa cantidad; sin embargo, interpreto con claridad que se traduce en muchísimo dinero que faltará a esta economía tan delicada.

Como siempre, pedimos permiso a todas las personas antes de comenzar a trabajar. Sin embargo, las caras que grabamos en las cintas de empaquetado no sonríen a cámara, ni siquiera nos miran. Tras los gorros y mascarillas azules hay personas dolientes. Algunos viran la cara en el último momento, en un intento de que no veamos sus ojos cuajados y, por supuesto, lo respetamos; es fácil sentir el peso del mundo sobre sus hombros. Padres y madres de familia que mañana no saben si podrán llevar un plato de comida a casa. Muchos de ellos, ya desde hace días, sin hogar.

Terminadas las tomas y apagadas las cámaras, una de las trabajadoras, de unos cuarenta años, se acerca, nos coge una mano a cada una y esboza una leve sonrisa.

—Gracias, mis niñas.

En días como este me cuesta sentirme orgullosa de mi trabajo. Yo sé bien que tanto Catha como yo estamos dando lo mejor de nosotras, aunque me encantaría que no fuera necesario, que no existiera, que el verde volviese a brillar y que, de fondo, se escuchasen solo nuestras risas rumbo a la playa, coreadas por los pájaros.

Almorzamos en casa, con los padres de Catha. Es un almuerzo pausado, con grandes dosis de silencio y suspiros. Entre nosotras no hemos vuelto a tocar el tema del dinero, porque ella no está muy

segura de lo que quiere o de lo que sus padres necesitan.

Nunca conocí a mi padre; sin embargo, con apenas catorce años recibí una herencia de él: diez mil euros y una carta que me entregaron abierta. No le di importancia; ahora no tengo claro lo que pienso de aquella falta a su intimidad. A nuestra intimidad.

Crecí sabiendo que mi madre se quedó embarazada muy jovencita de un chico que conoció al visitar él Tenerife durante su viaje de fin de curso. Era de Asturias. Se enviaron cartas durante meses, y cuando mi madre le contó que estaba embarazada, más nunca supo de él. Dadas esas circunstancias, me crio sola, con el apoyo de mi abuela, para poder terminar sus estudios sin que a mí me faltara de nada. Juzgada por los vecinos y con muchos sacrificios.

Después de irse mamá a Canadá, la abuela me animó a utilizar el dinero y leer la carta. Toqué solo lo imprescindible: la entrada del piso que alquilamos y mi Montero de segunda mano. Como decía ella: «Una guarida y una forma de escapar». El resto del dinero continúa en el banco.

Tras la muerte de mi abuela, una de esas noches en las que no podía conciliar el sueño, decidí por fin leer la misiva y mis pilares, ya heridos, se terminaron de resquebrajar y se derrumbaron por completo. Mi padre me decía que hacía apenas seis meses que, por una casualidad que me detallaba, había sospechado de mi existencia. Mediante un investigador, pudo localizar a mi madre, que le confirmó la información. También me decía que no tengo hermanos, que estaba hospitalizado con cáncer y que no tenía ya oportunidad de viajar a conocerme. Que le hubiera encantado hacerlo, que lo perdonara por no saber antes; por no saber a tiempo.

Ese dinero siempre me ha dolido. Me hace pensar en evidencias en las que no quiero profundizar. Que las verdades que vivieron mis padres son demasiado diferentes y que yo no quiero saber cómo fueron las cosas en realidad, porque no sé si podría soportar las consecuencias ni el dolor de la certeza.

¿Qué mejor destino que esta tragedia? ¿Quiénes van a aprovechar

mejor mi herencia que la familia de Catha? Buscaré la manera de hacerles llegar el dinero.

Después de descansar un poco, ya entrada la tarde, nos dirigimos al centro donde se reúne el Comité Científico del PEVOLCA, en Tajuya. Queremos que nos muestren en directo cómo es el trabajo que están realizando con los drones.

La sala no es demasiado grande. Está llena de mapas, pantallas y trabajadores que no paran de moverse con papeles o el móvil en las manos. Tiene ese murmullo apagado en el ambiente que te dice que allí nadie pierde el tiempo.

—Bienvenidas. De la Televisión Canaria, ¿verdad? Mi nombre es Doramas.

Un hombre canoso, con una amable sonrisa, se ha acercado a nosotras.

—Sí, encantadas. —Nos damos el beso de rigor—. Yo soy Famara y ella es Cathaisa, la cámara.

—Bueno, aquí todos sabemos quiénes son —se ríe discretamente —. Hacen una gran labor en el canal, enhorabuena. Y gracias por venir hasta aquí, creo que puede ser una entrevista interesante.

—Seguro que sí. Nos han dicho que trabajan con drones. ¿Cuál es su función?

—Hemos pensado que eso puede explicárselo Carlos. Él es el responsable del trabajo que se realiza con las cámaras termográficas de estos aparatos. Se acercan todo lo posible al cono y nos aportan información muy valiosa para nuestros modelos de predicción.

—Sería genial.

—Y también Nauzet, creo que ya lo conoces —ríe esta vez de forma abierta, y a mí se me para el corazón—. Su labor es mucho más cercana al público general. Él mapea toda la zona de la colada para verificar qué viviendas, fincas, negocios… han sido de verdad sepultadas y cuáles aún se mantienen aisladas dentro de la zona que se ha declarado arrasada.

—Me parece muy buena idea —me rescata Catha de tener que

hablar—. Ese es el tipo de trabajo que más nos gusta transmitir, algo que insufle esperanza a los vecinos.

—Bien, pues los chicos están atrás, si me acompañan.

—¿Sería posible emitir desde esta sala? —pregunta Catha—. Es una localización muy buena, da una imagen muy objetiva de la tensión continua de los equipos de trabajo.

—Tiene razón, se palpa la preocupación en el ambiente, creo que sería una imagen inmersiva, es justo lo que necesitamos en televisión.

—Sí, claro, sin problema. Voy a avisar a los chicos entonces.

Se aleja de nosotras, y Catha me mira fijo a los ojos.

—Coge aire, ¿vale? Te conozco, sé lo que pasa, aunque no me lo digas; quizá aún no te lo reconoces ni a ti misma.

—¿De qué hablas, Catha? —le digo mientras ella me coge por los hombros.

—De que eres una periodista fantástica y eres muy capaz de centrarte en la entrevista sin perderte en esos ojos verdes que vienen por ahí.

Levanto las cejas y la miro, actuando como si no entendiera nada, mientras ella tiene esa sonrisa descarada que tanto me gusta. Por supuesto que entiendo lo que dice; siento cómo tiemblo entera desde que sospeché que era él el Nauzet que estaba aquí, respirando nuestro mismo aire.

Pese a mis nervios, el directo se da de maravilla. La entrevista sale redonda. Carlos y Nauzet desprenden pasión por su trabajo, y estoy segura de que eso se ha reflejado en las imágenes. Ambos han sido muy didácticos en sus explicaciones, y todos hemos aprendido palabras nuevas gracias a ellos: el tremor, que no es otro que el desesperante ruido que nos envuelve; o el delta lávico, que se formará si, en el momento en que la lava llegue a la costa y se enfríe, queda en la superficie. Ese delta haría que la isla le ganara terreno al mar.

Estamos cerrando la emisión en directo con las tomas que

grabamos por la mañana, cuando noto al fondo de la sala que los trabajadores están más inquietos de lo normal; algo sucede. En ese momento, me informan por el pinganillo de que van a conectar en directo con los compañeros que están embarcados, porque el magma está a punto de tocar el océano.

Interrumpimos nuestra conexión y nos despedimos para dar paso al otro equipo. Nos trasladamos a la parte lateral de la sala, donde hay una pantalla enorme para ver, con nuestros propios ojos, ya agotados de tantas formas de destrucción, cómo el fuego líquido pasa y engulle las plataneras que visitamos por la mañana y ahora se derrama sobre el agua.

No tardo en ubicarme; es mi querida playa del Perdido. Trago, aprieto la mandíbula, intento evitar las lágrimas mientras me clavo las uñas en las palmas de las manos; nada sirve, voy a llorar. Siento una mano en mi hombro y apoyo mi cabeza en ella; sin embargo, no es la mano hermana de Catha que esperaba sentir. Es su mano, la mano de Nauzet. Me resulta reconfortante y, al final, permito que no solo sea el hormigueo nervioso que él me provoca el que me recorra por completo, sino que también mis lágrimas lo acompañen.

—Debe ser agotador narrar desgracias cada día, aunque veo que intentas aportar esperanza.

—Como tú con tus fotografías.

—Cierto.

Noto cuando retira su mano. Me recompongo un poco e intento reflejar una sonrisa a través del charco desbordado de mis ojos.

—Gracias. Creo que tú y yo no comenzamos con buen pie, ¿no?

—No le doy importancia, no te preocupes. Le pedí a Tana que te lo dijera.

—Y lo hizo, sí. Pero toda esta situación es un poco extraña. Por cierto, enhorabuena por tu exposición. Me contaron los chicos que eran unas fotografías preciosas.

—Sí. Estoy muy orgulloso de ellas. —Mira a Catha—. ¿Les apetece un chocolate calentito?

Lo acompañamos a un cuartito de descanso que nos aísla del bullicio y nos sirve los chocolates. Los tomamos en silencio, de pie. El aroma del cacao envuelve la habitación, y cierro los ojos mientras le doy vueltas a una nueva idea que me provoca destellos en la cabeza.

—Estoy pensando: ¿sería muy descabellado, ahora que todas las miradas están fijas en nosotros, que metiéramos tomas de lugares especiales? Para mitigar el miedo a venir y que la economía no se resienta tanto.

—¿Algo para atraer a los visitantes? Podría estar bien, habría que listar algunos lugares que queramos mostrar, no debería ser difícil —comenta Catha—. Además, creo que a Arure le puede gustar.

—Me parece buena idea lo que dices —añade Nauzet—. Mañana voy a visitar La Zarza. Si quieren, puede ser un buen emplazamiento para comenzar. Me podrían acompañar y grabar una muestra, a ver qué tal funciona la idea.

—¿La Zarza? —pregunto—. No lo conozco. ¿Es un sendero?

—No, qué va. La Zarza y La Zarcita es un yacimiento arqueológico con bastantes petroglifos. No es una visita habitual, por lo que cumple con la idea de atraer visitantes. Además, es posible que algunos que ya conozcan la isla no la hayan visitado y también les dé curiosidad. Es decir, que podrían querer repetir.

—Sí, estaría bien que, aunque esté el volcán, el resto del territorio mantenga su economía, ¿no? Nosotras mismas tuvimos miedo de venir. Seguro que muchas personas de fuera descartan la visita precisamente por eso, y podríamos mostrarles que, en el resto de las zonas, todo está bien. ¿De verdad no te importa que te acompañemos?

Me mira a los ojos y me sonríe mientras se sopla el flequillo. Siento que me enciendo y visualizo mis pecas tomando protagonismo y mis orejas tornándose encarnadas como el mojo picón.

—Me encantará hacerles de guía siempre que tengan tiempo suficiente, porque voy a hacer unas fotografías para una campaña

de publicidad del Cabildo, así que necesitaré estar tiempo allí. De hecho, tendré que hacer bastantes visitas a sitios especiales por este trabajo, si les viene bien engancharse, yo las puedo llevar encantado.

Carlos hace señas a Catha desde la sala y ella sale, nos quedamos solos.

—Oye, siento mucho la imagen del otro día, de verdad. Yo no sabía que…

Me interrumpe.

—Tranquila, te aseguro que no importa; no me afectan demasiado esas cosas. Aunque no lo creas, para mí las redes, como no entro, no existen. En realidad, me gusta mucho el trabajo que hacen, es solo que ese no era un buen día para mí. A veces no me resulta fácil gestionar todo esto.

—¿Te gustan las entrevistas que emitimos?

—Me gusta cómo se esfuerzan por evitar compartir la pena solo por sí misma. Noto que cada entrevista y cada historia que cuentan tiene un para qué, no es como el resto. No debe ser sencillo hacerlo así, con todo el mundo presionando para obtener exclusivas en una isla desbordada de profesionales de renombre.

—Bueno, en realidad nos lo han puesto fácil. La cadena ha dicho que sí a todas nuestras propuestas, al menos hasta el momento. Vamos a ver qué nos dicen a esta de hoy.

Mantenemos todo el tiempo la mirada enganchada, aunque ya no estoy nerviosa; me siento muy cómoda. El calor que subió a mi rostro está ahora confortable en mi pecho.

—Por cierto, para los amigos soy Nau; Nauzet solamente me llaman mi abuela y mi madre.

—Vale, yo también prefiero que me llames Fa.

Enjuago la taza en un pequeño fregadero y tomo la de él, aunque insiste en que no es necesario. Rozo su mano y siento de nuevo esa electricidad que se te despierta al conectar con alguien; cuando sabes que es mágico. Veo en sus ojos y en su sonrisa que él

también lo ha percibido. Me deshago de ello como quien se desnuda tras calarse bajo la lluvia, lanzo esa sensación bien lejos y busco resguardo.

Miro hacia Catha, que ya está libre.

—Nos tenemos que ir ya.

—Sí, es tarde. Salvo que me digan lo contrario esta noche, ¿mañana las recojo a las ocho y media? Hay algo más de una hora de camino. Están en casa de la abuela de Tana, ¿verdad?

—Claro, conoces la casa. Pues quedamos así entonces, nos vemos mañana, Nau.

—Hasta mañana, Fa.

Dejo atrás aquel espacio, dispuesta a recoger nuestras cosas y salir de allí lo antes posible. Catha ya tiene el material en las maletas, por lo que todo es más rápido y doy gracias por ello. Ya estamos en el umbral, y lo escucho de nuevo.

—¡Eh, Fa!

Me giro.

—Dime.

—Por cualquier cosa, te dejo mi número.

—Claro, perdona. —Le cedo mi móvil para que lo teclee, porque me tiemblan las manos y no quiero que lo note. Me lo devuelve levantando la vista de la pantalla.

—Ten.

—Te dejo una perdida para que tengas el mío.

—Parece justo —se ríe—. Hasta mañana, chicas.

—Hasta mañana, Nau —le dice Catha mientras nos alejamos.



Más tarde, estoy en la cama y no paro de darle vueltas a la cabeza. Arure nos ha dado luz verde a nuestra nueva idea y no logro conciliar el sueño, valorando posibilidades. Entonces veo que se enciende la pantalla de mi móvil en la mesita de noche. Lo cojo sabiendo que es él, y a la vez temiendo que lo sea.

Nau volcán: «Buenas noches».

Famara: «Nos vemos mañana 🙂».

Sé que tengo que llevar esto con la cabeza fría, como siempre he hecho. Disfrutar, nada más. Tengo muy clara la teoría. Duermo con el móvil contra mi pecho.

Capítulo 6

Santa Cruz de La Palma, isla de La Palma
Miércoles, 29 de septiembre de 2021

Nauzet 📷

Arranco el viejo Ford Fiesta verde que me regaló mi abuela cuando me saqué el carné de conducir. Ya era viejo entonces, ahora se ve por completo fuera de lugar, con sus elevalunas manuales y su radio casete con frontal. Me mantiene conectado con mi padre: le gusta traerme cintas viejas para el coche siempre que viene a visitarnos. Es pescador en su tierra, Reines, un precioso y terriblemente frío pueblo en las Lofoten, las espectaculares islas noruegas.

Aprender a tenerlo lejos no ha sido fácil, pero estar de acá para allá tampoco lo era; y, al final, cuando mi madre también se fue, mi abuela se convirtió en el hogar estable. De niño no sabía concretar de dónde era, solía decir «isleño». Al fin y al cabo, eso era una característica que cumplía tanto aquí como en Noruega. Por alguna razón, era una pregunta que los adultos me hacían sin cesar y que

me hacía sentir apátrida.

Regreso de mis recuerdos y me centro en el monte espeso que me rodea parte del trayecto. Me dejo impresionar por el túnel de la cumbre que llama tanto la atención de los turistas. Entras con la lluvia horizontal, la niebla y la arboleda, casi sin visión, y tras unos minutos, sales a la deslumbradora claridad que te acoge con la promesa de un día cálido y despejado.

Por un momento, imagino que mi casa me espera al otro lado y, aunque sé que esa ya no es la realidad, conduzco tranquilo, en paz. De algún modo, he asumido la nueva situación y, en general, soy capaz de convivir con el nudo que lleva una semana intentando asfixiarme el corazón.

Tengo una pequeña ilusión, lo admito. Algo en mí me impulsa a conocer mejor a Famara, la chica tinerfeña de la televisión. Es buena amiga de los chicos y eso ya habla bien de ella. Desde anoche siento cierta irracionalidad que me empuja a escarbar bajo sus pecas, como si supiera, antes de hacerlo, que voy a encontrar algo mágico. Es posible que lo sintiera antes, durante aquella entrevista tan incómoda: el chuchazo inesperado que me recorrió el cuerpo en el momento en el que se encontraron nuestras miradas.

Hace ya más de dos años que Mahi y yo entendimos que no íbamos a ninguna parte juntos y decidimos romper tras cinco años de sendero compartido. Desde entonces no he vuelto a sentir interés por nadie, aunque ha habido aves de paso. He estado muy bien solo, creo que lo necesitaba. Sin embargo, hoy siento cómo algo se despierta dentro de mí y me anima a sonreír más. No he sido consciente antes de cuánto echaba de menos esta sensación.

Una vez en Los Llanos, al dar la curva del parque Antonio Gómez Felipe, las localizo enseguida, apoyadas en la verja verde, rodeadas de un montón de maletas similares a las que yo mismo he cargado esta mañana en el maletero.

Echo el coche a un lado y me bajo para ayudarlas a hacer hueco a todo el material. Catha me da los buenos días animada y Famara, Fa, aunque también lo hace, no llega a mirarme. No me sorprende

que abata el asiento delantero y elija ser ella quien ocupe el sillón de detrás. Está claro que no lo voy a tener fácil para acercarme y conocerla; los chicos me advirtieron. Eso me gusta.

Ponemos rumbo hacia Garafía, al norte. Es un municipio conocido por sus cuidadas reservas naturales y por la calidad del cielo de su cumbre. Me encanta perderme por allí en mis noches libres para observar las estrellas y descubrir constelaciones. También tiene zonas arqueológicas valoradas y ese es un aspecto que los visitantes suelen desconocer.

—Creo que no voy a La Zarza desde que me llevaron con el colegio. Ni siquiera recuerdo bien el sitio —comenta Catha mientras echa un vistazo a las cintas de música de mi padre.

Sabe que las guardo en una caja de zapatos bajo el sillón del copiloto y se ha hecho con ellas en cuanto nos incorporamos a la circulación.

—Es una pena, es un sitio mágico. Espero ser capaz de mostrárselo de forma especial. A mí poco me explicaron en el colegio sobre los benahoaritas. Por no explicarme, ni siquiera me contaron que los aborígenes de La Palma se llamaban así. No sabía que en cada isla tenían su propia denominación; que no todos eran guanches.

—A mí en el colegio no me contaron nada de nada. De Canarias di los municipios, las canciones de Los Sabandeños y los microclimas —añade Fa mientras intenta acercarse a nosotros sin soltarse el cinturón—. Me encanta aprender estas cosas.

Catha pone en el reproductor una cinta de A-ha, un grupo noruego de los años ochenta, así que *The sun always shines on T.V.* suena de fondo mientras transitamos la sinuosa carretera.

—No sé si eso habrá mejorado, al menos no antes de la promoción de mi hermano Airam. Todo lo que nosotros sabemos lo hemos aprendido preguntando a los mayores y leyendo mucho. Es una pena. Si la inquietud no te nace, no tienes oportunidad de descubrir lo especial que es cada pueblo.

—Mi abuela siempre decía: «Ni mejores, ni peores, Famara;

somos diferentes. Y las diferencias enriquecen, las diferencias son especiales; no dejemos que se pierdan». ¿Te acuerdas, Catha?

—¡Claro! Nos lo repetía todo el rato. Decía: «Tú no quieres viajar a Asia para ver gente que habla inglés, come hamburguesas y viste de franquicia. Viajamos porque lo diferente nos hace soñar».

—¡Exacto! O cuando decía que leer era el billete de avión de los que no teníamos dinero para viajar. La echo de menos. Me repitió muchas veces que lo que se quedaba en el cementerio no era ella, que no perdiese mi tiempo allí. Aunque quizá, como estoy aquí, debería ir a verla. Bueno, no sé si «verla» es la palabra.

—¿Tu abuela está enterrada en La Palma? —le pregunto, extrañado—. Pensé que eras de Tenerife.

—Sí, lo soy. La enterramos en Las Manchas, ella era de allí. Se fue a Tenerife de niña con su familia, aunque nunca perdió la raíz. No dejó que ninguno la perdiéramos. Cementerio de Los Ángeles, creo que se llama. Es donde ella quería terminar, porque están también mis bisabuelos. Fue un lío traerla, pero cumplí.

Veo cómo sonríe con pena a través del retrovisor.

—Nuestra Señora de los Ángeles. Allí está enterrado mi abuelo también.

Por un segundo, nuestras miradas conectan a través del retrovisor. Sin embargo, voy conduciendo, y ese instante es toda la magia que me puedo permitir.

Llegamos al aparcamiento de La Zarza y la Zarzita cantando a voz en grito *Take on me*. Es música de antes de nosotros nacer; me sorprende que Fa se la sepa. Esta chica es una cajita de sorpresas.

El encargado del complejo nos da la bienvenida y nos regala las entradas.

—Les transmito nuestro agradecimiento en nombre del Consistorio de Garafía. Nunca hemos sido un parque destacado en cantidad de visitantes, pero desde la erupción los números no han hecho más que bajar.

—Esperamos contribuir a que eso cambie —le digo—. Conozco el

parque y estoy seguro de que saber lo que esconde atraerá muchas miradas.

—¿Saben el apodo con el que lo denominamos?

—Era algo de historia del arte —comenta Catha—. No recuerdo cómo era.

—La Capilla Sixtina benahoarita. Esa definición no es casualidad, espero que lo aprecien.

—Seguro que sí.

Saco del maletero unos carros de carga para llevar el material y nos echamos a andar por el húmedo sendero. Fa va delante, observa los árboles y los helechos que cubren el suelo como una alfombra. A veces creo que me evita. Otras veces pienso que me doy demasiada importancia a mí mismo.

—¿Qué tal lo llevan tus padres, Catha? ¿Y Daida?

—Aparentan estar bien, pero los siento muy tristes. Supongo que igual que ustedes, ¿no?

—Sí. Imagino que la adrenalina de estos días nos ayuda a no recrearnos demasiado en la realidad; a veces es como vivir dentro de una película. Intentamos vivir al día porque lo que está pasando no tiene remedio. Nos aferramos a lo que va bien. Mi abuela es un ejemplo para que logremos hacerlo. Insiste en que esto puede ser muchísimo peor, que todo está controlado.

—Y ¿qué es lo que va bien, a qué puede uno aferrarse?

Esbozo una sonrisa con pena.

—Lo sabes. Todos estamos bien, estamos vivos bajo un techo, aunque no sea el techo bajo el que nos gustaría cobijarnos.

—Supongo que es algo así. —Eleva la mirada hacia Fa y la señala con el mentón mientras da una suave patada y levanta tierra en el suelo—. Nos ha ofrecido el dinero de la herencia de su padre. Estoy intentando lidiar con eso. Nosotros nunca hemos necesitado ayuda de nadie.

—Tampoco nunca se nos había llevado la casa un volcán, Catha. No podemos enfrentar los problemas nuevos con viejos corsés,

deshazte de esa sensación o no podrás avanzar. Estoy seguro de que ella lo hace de corazón y de que a tus padres les vendrá muy bien. Y perdona por sacar el tema. Será mejor que intentemos disfrutar de esto.

Apenas quedan cien metros para llegar a la que, para mí, es la parte más especial del parque y donde quiero centrar mis fotografías.

—¡Eh, Fa! Para un segundo. —Le pico el ojo a Catha y acelero el paso.

Me acerco a ella, que se ha detenido y nos espera con los brazos en jarras.

—¡Vamos! —dice—. ¡Tengo muchas ganas de ver esto, no se entretengan!

Cojo con los dedos el pañuelo que lleva al cuello, intento no rozarla para no incomodarla. Me doy cuenta de que las pecas se le encienden y se pone encarnada, aunque no comento nada para no hacérselo pasar peor. Me gusta comprobar que esta tensión parece ser bidireccional, que lo que sentí anoche mientras nos tomábamos el chocolate no fue casual.

—¿Te puedo tapar los ojos?

Catha se lleva las manos a los ojos y se ríe sin disimular, supongo que no es ningún secreto lo que está pasando aquí.

—¿Los ojos? ¿Y cómo voy a llevar el carro sin caerme?

Me coloco a su espalda, le poso el pañuelo sobre los ojos y lo ato suavemente para no hacerle daño.

—Los carros los dejamos un momento aquí. Ven, Catha. —Le hago un gesto para que se acerque—. Cógela.

Espero a que nuestra amiga la guíe por su lado para tomarla yo también de la mano. No he hecho esto por el calor que siento ahora mismo al rozarla, lo he hecho para que la visión le resulte más impresionante. La suavidad que me regala su tacto es solo una imprevista recompensa.

La colocamos de frente a la pequeña cueva, en dirección a la

derecha, que es donde más petroglifos hay. Ya no tengo excusa y le suelto la mano; me hubiera gustado seguir manteniendo nuestro contacto.

—Ya puedes quitarte el pañuelo.

La observamos mientras ella lo hace. Se lleva la mano a la boca y es precioso ver cómo se emociona.

—Esto es… ¡Una maravilla!

Sonrío. Me siento satisfecho. En la pared frente a nosotros, un sinnúmero de espirales y círculos grabados nos hablan de los antiguos pobladores y de lo importante que era este lugar para ellos.

—No sabía que había un lugar como este, ni que se pudiera visitar.

—Es mágico —añade Catha—. Hay algunos más, pero este tiene algo especial.

—Me parece increíble. ¡Puedo tocarlos si alargo la mano! No voy a hacerlo, claro. Es que parece una locura, ¿no? Me he acostumbrado a que a las cosas valiosas hay que rodearlas de protección.

—Tienes cierta razón. Imagino que es difícil mantener en la naturaleza lo que le pertenece y protegerlo a la vez de quienes no respetan el patrimonio.

No me mira mientras le contesto; está absorta en el entorno. Yo les cuento lo que sé del parque, hago lo que está en mi mano para que mantenga esa mirada desbordada, justo como la tiene ahora.

—Para los aborígenes, esto era un santuario donde realizaban ritos relacionados con la fecundidad y con el agua. No vivían aquí, solo venían en la época estival por el agua y el forraje.

—Algo nos contaron de un joven cuando vinimos con el colegio, ¿te suena?

—Si no me equivoco, fue en esta zona donde encontraron los restos de un varón joven. Me gusta pensar que era un pastor que pereció mientras descansaba e imaginar qué lo traería hasta aquí, con la única compañía de sus cabras.

—Tuve un profesor en la universidad que siempre nos decía que

era una vergüenza que el símbolo de Canarias fuera una *strelitzia*, que quien nos ha dado siempre de comer, de beber y abrigado, en cada crisis sin excepción, ha sido la cabra, que ella debería ser nuestro símbolo —añade Fa con una sonrisa.

—No le faltaba razón, aunque supongo que es natural; sabemos muy poco de nuestra historia y a alguien debió parecerle que la *strelitzia* era muy exótica. —Me contagio de su sonrisa; no puedo evitarlo.

Pasamos un rato observando en silencio.

—Voy a acercar el material —susurro.

Doy un par de viajes hasta donde se encuentran las chicas. Llevo los carros y comienzo a preparar mi cámara. Vuelvo atrás por el sendero para fotografiar la naturaleza. Me entretengo bastante: las sombras, los grises, canelos y verdes dan mucho juego aquí.

Al acercarme de nuevo, ellas están grabando tomas para el programa. Me apoyo en la cerca de madera y disparo varias instantáneas al resguardo de un árbol. Fa narra alguno de los datos que les he contado antes. Lo hace con los ojos abiertos como faros, ilusionada. Me encanta su entusiasmo, sus ganas de aprender.

Amplío las imágenes que he tomado en la pantalla de la cámara. Lo hago hasta que solo el rostro de Famara ocupa el pequeño cristal. Levanto la vista, la observo en directo y vuelvo a mirar mi cámara. Me gusta su esencia; es preciosa.



Después de un día de mucho trabajo y risas, dejo a las chicas de regreso en casa de Tana para que terminen de preparar el programa

y vuelvo a Santa Cruz.

Paseo por la calle Real y me sorprende la capacidad que tenemos las personas para abstraernos de la realidad. Salvo porque todas las conversaciones versan sobre lo mismo, nadie diría que, al otro lado de la cumbre, se ha destapado el averno.

Las terrazas están llenas de familias. Los niños juegan a la pelota sobre los adoquines, a unos metros de sus padres, mientras estos charlan y toman café. Las parejas pasean de la mano, acariciándose con suavidad la yema de los dedos. Los ancianos otean la calle en busca de algún conocido con el que entablar conversación, pasando lista en sus lugares habituales: la farmacia, el carrito, la panadería… Nada parece haber cambiado. Nada, salvo el tema de las charlas.

Hoy me toca hacer la cena a mí. Airam duerme en casa de un compañero de clase y mi abuela está con su grupo de amigas de la infancia. Solo quedan tres y, entre ellas, se apodan «Las Mosqueteras». Esta tarde han quedado para bordar sábanas para las donaciones, las tres tienen manitas de oro.

Vuelve sobre las nueve y media, y yo ya he dispuesto todo en la pequeña mesa frente a la televisión, que ella se ha encargado de cubrir con un mantelito calado para sentirse en su hogar.

No sé si hay alguna casa en las islas donde, a esta hora, no se vea La Canaria. Termino de rematar la ensalada y la pasta fresca de trufa y setas que ha rellenado Airam antes de irse, y la llevo al salón.

Ella ya está en el sillón, con su camisón de flores y una mañanita azul flojo que tejió de joven y que vivió, hace ya mucho tiempo, sus mejores años, pero no hay forma de que nos permita sustituirla. Me sonríe y da unas palmaditas junto a ella para que me siente a su lado.

Le entrego una bandeja y me dispongo a su vera con comodidad.

—Mi niño, esto huele de maravilla. A Airam no le va a faltar trabajo. ¡Qué suerte de nietos tengo!

—Eso mismo digo yo. No presumes suficiente de nosotros. Seguro que hoy les has dicho muy pocas veces a tus amigas lo geniales que son tus nietos —sonrío.

—Diez o doce nada más. Entre puntada y puntada, tengo que dejar también a las demás que hablen un poco.

Mientras comenzamos a comer, el presentador ha hecho un resumen de la jornada. Tristemente, las emisiones de azufre, un dato clave para predecir el final de la erupción, no hacen sospechar que la interrupción vaya a ser pronta.

Conectan con un reportero joven que entrevista a un filólogo y un geoquímico, quienes explican con paciencia y de forma muy llana que se comienza a utilizar de forma errónea el término «fajana» para la nueva extensión de tierra que se está generando con la lava que llega al mar. Aunque no creen que puedan ganar la batalla al término elegido por la población, instruyen en que lo correcto sería llamarlo «delta lávico».

—En mis tiempos los volcanes solo servían para impresionar y para destruir. ¿Te das cuenta, Nauzet, de lo muchísimo que estamos aprendiendo gracias a este mal bicho?

—Preferiría aprender de cualquier otra forma, abuela.

—A mi edad, todo momento es bueno.

—Shhh, silencio —le pido—. Ahora viene el reportaje que grabaron las chicas esta mañana.

Noto cómo me mira de reojo y se ríe.

En la pantalla veo a Fa pertrechada con casco, gafas de seguridad y mascarilla. Apenas se intuye que es ella; sin embargo, mi corazón debe darse cuenta de que lo es, porque comienza a bombear con fuerza y soy consciente de que una sonrisa se instala en mi rostro.

Retoma el dato que se facilitó al inicio del programa para transmitirnos que se ha cumplido hoy el primer hito de antigüedad. Ha superado los diez días que estuvo activo el Chinyero en 1909.

—Fue la última erupción que padeció Tenerife. El Chinyero se encuentra al noroeste, en las cumbres de Abeque, y ya está declarado inactivo. Si visitan mi tierra, no dejen de recorrer los senderos de la reserva natural especial. En aquella época no tenían estos medios, y buena parte de la información se distribuyó gracias

a la labor de las palomas mensajeras; tan apreciadas siempre en estos lares.

»Fue la primera emisión en estudiarse desde una perspectiva científica, aunque muchos atribuyeron su finalización a las procesiones que se desplegaron aquellos días. Los piroclastos se expulsaron de forma tan violenta que algunos llegaron incluso a La Punta del Hidalgo, en el otro extremo de Tenerife.

En pantalla pasan maravillosas fotografías en blanco y negro. Me sorprende cómo ella y Catha han sido capaces de preparar todo esto en tan poco tiempo.

—Durante el Chinyero, por primera vez, hubo excursiones de turistas para ver de lejos el cráter activo, algo que hasta aquel momento había sido impensable. En relación con esto, queremos proponerles hoy un cierre diferente: invitarlos a visitar esta preciosa isla, a no tener miedo. Fuera de los municipios afectados, la vida continúa y la economía necesita un refuerzo. Les vamos a mostrar La Zarza y La Zarcita, una estación rupestre sin igual en el municipio de Garafía, al noroeste. Esconde unos petroglifos que, espero, les dejen tan impresionados como a nosotras.

Es una gozada cómo han sabido hilvanar un tema con otro. El montaje que proyectan es una maravilla. Logran transportarte a través de la laurisilva hasta las paredes grabadas como si fueras por un túnel perforado por la niebla a través de la vegetación. Catha ha jugado de forma espléndida con la luz y los dibujos se distinguen sin ningún esfuerzo.

—Guapa como Úrsula y muy inteligente —dice mi abuela.

—¿Úrsula?

—Sí, mi amiga Úrsula. Jugamos mucho de niñas, hasta que se la llevaron a vivir a Tenerife. Nos escribimos cartas durante décadas. En aquellos tiempos, las noticias tardaban semanas en llegar.

—Me he perdido, abuela. Me parece que no conozco a ninguna amiga tuya que se llame Úrsula.

—No. Yo diría que no. Pero esa niña tan guapa de la tele es su nieta. Y, a juzgar por la sonrisa de babieca que tienes, también diría

que esa sí que sabes bien quién es.

Me río con ganas. Definitivamente, no se le escapa una.

—Sí, es guapa, sí. Y curiosa, abuela. Me encanta que sea tan curiosa.

—Pues ponte a ello, Nau. Me da buen pálpito esa niña. Todos hablan de lo bien que lo están haciendo Catha y ella.

Cojo el móvil y busco su contacto.

Nauzet: «Ha sido un programa magnífico».

Famara lagunera: «¿Te ha gustado? A ver qué tal funciona. No sabemos si encajará bien».

Nauzet: «Seguro que sí. Mi abuela le ha dado el visto bueno».

Famara lagunera: «¿Y eso es muy difícil? 😳».

Nauzet: «No te haces una idea. Es muy exigente con las cosas de la tierra. Le caes muy bien».

Famara lagunera: «Entonces es una señora con buen gusto 😉».

Decido moverme y dar una brazada a favor.

Nauzet: «¿Libras algún día? Quizá podemos hacer algún plan fuera del trabajo. Si te apetece, claro».

Famara lagunera: «Nos han dicho que la próxima semana descansaremos domingo y lunes. Tengo que ir a Tenerife para unas

gestiones, pero el domingo por la noche queremos tomar unas copas con un grupo de amigos en Santa Cruz. ¿Te apuntas?».

Nauzet: «Cuenta con ello».

Famara lagunera: «Genial. Buenas noches, Nau. Gracias por el día de hoy ✨».

Nauzet: «Buenas noches, Fa 🌛».

—¿Alguien tiene una cita?

—No exactamente. Aunque creo que me acerco.

—Así que la nieta de Úrsula se hace de rogar. Me gusta.

—A mí también me gusta, abuela.

Capítulo 7

El Paso, isla de La Palma
Sábado, 2 de octubre de 2021

Famara 🎤

Unos rezan bajito y otros leemos los datos facilitados por el Comité Científico del PEVOLCA. Todos cruzamos los dedos. Cada uno, a nuestra manera, intentamos detectar algo que nos confirme que la aparente tranquilidad del volcán en estos días presagia un fin próximo. Los científicos no lo auguran, pese a que los vecinos lo anhelamos.

Es curioso: estos días el tremor ha descendido y, sin embargo, nos ha costado dormir. Como cuando ves una película de terror y, al irte a la cama, el silencio te parece más sospechoso que cualquier ruido que pudiera profanar tu hogar.

Hoy tenemos especial interés en cerrar la conexión. Llevamos trece días en los que hemos trabajado sin descanso y estamos

agotadas; deseosas de que llegue mañana para poder dormir y desconectar.

Catha está algo incómoda. He sacado el tema de la donación durante el almuerzo con sus padres. Veía que a ella le costaba digerirlo y decidí que, si quería lapas, tenía que mojarme el culo. A veces, los temas sensibles es mejor atajarlos de una sola vez, para no darles vueltas de forma innecesaria. El lunes estaremos en Tenerife y tengo intención de realizar las gestiones pertinentes para dejarlo todo gestionado oficialmente.

Primero fue un momento tenso, sorpresivo y, después, cargado de triste alegría. Es una combinación emocional que no conocíamos y que ahora se ha instalado en nuestras entrañas. Sé que ha sido con todo el dolor de su corazón, diría que incluso con cierto halo de vergüenza. Finalmente, la familia ha aceptado el dinero. Amenazaron con devolverlo en cuanto pudieran, claro. Yo no tengo interés en recuperarlo, aunque, si ese compromiso les ayuda a dar el paso definitivo hacia la recepción, por mí está bien.

Siempre he sabido que ese dinero no era para mí. He pensado en donarlo muchas veces y no lo he hecho por miedo al mañana. Ahora siento que no hay futuro más allá de hoy y de estas circunstancias. Estoy contenta y orgullosa de poder ayudar. La sensación de remar a favor, con conciencia de colectivo, se ha hecho muy relevante en mi día a día.

Esta noche es Catha quien se ha adelantado y ha entrado en la iglesia tras la conexión. Yo permanezco fuera, en la zona trasera. Observo la noche anaranjada, envuelta en una de las mantas que ofrece la parroquia para tratar de protegerme del frío. Intento darle su espacio, su tiempo. Se me hace raro no ver las estrellas, tener esta plancha negra sobre mi cabeza. El resplandor naranja lo hace tan dificultoso como intentar localizar la constelación de Crux, una noche como hoy, en el cielo de Shanghái.

Poco a poco han comenzado a llegar visitantes de otras islas, incluso de la Península, atraídos por el fenómeno natural. Muchos vienen en barco con su coche, una sola noche, y la pasan completa

en vela, hipnotizados por la magnificencia del evento. Ahora se ha hecho difícil estar a solas aquí, aun durante la madrugada, siempre hay alguien agazapado que observa la vileza natural que nos aterra.

A las dos no aguanto el pelete y entro a buscar a Catha. Está con Arure, que sirve café con leche de un termo enorme, mientras ella reparte pedazos de bizcochón. Se las ve a ambas relajadas. En momentos como estos, siento un calor interno que me dice que algo bueno está saliendo de aquí, que toda esta solidaridad no se va a esfumar al terminar la erupción; que no pasará como cuando abrieron de nuevo las puertas de la libertad tras la pandemia, que olvidamos todo lo que habíamos aprendido y cuidarnos dejó de ser un acto colectivo.

Siento mi móvil vibrar en el bolsillo.

Nau volcán: «¿Preparada para no madrugar? 🕺».

Famara: «Deseosa. Recogiendo para ir a casa a descansar 🥱».

Nau volcán: «Felices y largos sueños entonces. Nos vemos mañana».

Famara: «Hasta mañana 💤».

Observo la pantalla durante un largo rato para después dejarme caer en uno de los bancos de madera. Sé que no le doy mucha cancha, pobre, pero necesito que se dé cuenta de lo que estoy dispuesta a entregar: nada.

Que Nau me gusta mucho es algo que no puedo negar; al menos, no a mí misma. Me parece guapísimo e interesante, y me apetece mucho pasar un buen rato con él; es un niño diferente y eso me atrae. El problema es precisamente ese, que me gusta, que despierta mi curiosidad. Y por la senda del descubrimiento mutuo no tengo ni la más mínima intención de transitar.

Yo siento que también le atraigo, y estoy segura de que él

también sabe que es recíproco; sería más fácil si no fuera así, porque yo no me voy a involucrar. Estoy bien sola, independiente. Lo paso bien con quien quiero y cuando me apetece. Sin dar explicaciones y sin que nadie tenga el poder de volverme a romper.

Guardo el móvil en mi bolsillo y levanto la vista. Las chicas atienden a un grupo de familias que reza en la zona frontal. Se miran a menudo y se sonríen; es bonito verlas. Ver a Catha feliz me permite bajar un poco la guardia. Me acerco a ellas.

—¡Hola! Las veo entretenidas.

—Sí, ¿te apuntas? Doña Argensola ha traído dulces y bebida caliente para compartir, y la estamos repartiendo.

—No, creo que me voy a ir a casa; estoy agotada. —Le pico el ojo a Catha.

—¿Segura?

—Sí. Arure, ¿tú la alcanzas después?

—Claro, claro. No te preocupes por eso.

Y ahí está esa conexión de miradas entre ellas de nuevo.

—Venga, pues hasta mañanita entonces.

—Hasta mañana, que descanses —corean.

Salgo con la sonrisa puesta, y el viruje de fuera ya no parece tan molesto, o quizá es solo que me siento más confortable.



Abro los ojos y miro regañada el viejo radio-despertador de la mesita de noche, con sus enormes y luminosos números rojos. Ya es casi mediodía.

En la cama de al lado, Catha descansa plácidamente, con la respiración pesada y el pelo revuelto. Anoche no la oí llegar. Creo que me quedé dormida en cuanto posé la cabeza en la almohada.

Busco el móvil por el suelo y miro los mensajes.

Nau volcán: «¿Aún dormida? 🧐».

Es de hace unas dos horas.

Famara: «Recién me despierto. Necesitaba una cura de sueño 😃».

Veo que se pone en línea.

Nau volcán: «Buenos días. ¿Has descansado?».

Famara: «Como una reina. ¿Al final te apuntas hoy a unas copas? Iremos al bar irlandés que han abierto en la Avenida Marítima, en Santa Cruz 🍹».

Nau volcán: «Sí, claro. Desde que salga del trabajo me acerco».

Famara: «Genial. Sobre las nueve estaremos por allí. Nos vemos».

Nau volcán: «Hasta la noche entonces👋».

Famara: «Adiós».

Me apoyo en el cabecero y me permito sonreír por la placentera percepción de anticipación que me envuelve. Hoy me he levantado optimista, expectante: voy a ser capaz de disfrutar sin que la situación entre nosotros se confunda. Voy a tener dos días de descanso en Tenerife con Catha y los chicos. Además, estamos haciendo un trabajo magnífico. Es maravillosa esta sensación de satisfacción.

Me levanto sin hacer ruido y avanzo descalza y de puntillas por el

frío granito hacia la puerta. Puedo dejarla dormir un ratito más antes de hacer las maletas y salir para Santa Cruz.

—No seas payasa, que te vas a caer y luego me fastidias la noche sin poder bailar.

—¡Serás! ¡Si estabas profundamente dormida!

—Pero ya no. —Se incorpora con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal anoche? No te oí llegar —le comento mientras abro las cortinas.

—Muy bien. Super a gusto con Arure. Estuvimos como una horita más y me trajo a casa. Es una puntal —comenta, regañada por la luz.

—Sí. Se las veía muy bien.

—No empieces a montarte películas, Fa, que te conozco. ¡Al menos no por el momento! —se ríe.

—¿Yo? ¡No he dicho nada! —Y esquivo la almohada que me lanza.

Nos vamos a tomar café a la cocina. Los padres de Catha han ido con Daida a colaborar con los damnificados por el volcán al pabellón, así que preparamos las maletas para irnos a Los Cancajos a solas. La cadena nos ha ofrecido unas habitaciones que tienen reservadas para los trabajadores en el Hotel Taburiente, ya que salimos en el primer barco mañana y nosotras nunca hacemos uso. Nos han ofrecido dos para esta noche, así no tendremos que darnos la paliza de cruzar la cumbre de madrugada.



Al llegar, nos quedamos impresionadas con el jardín tan bonito que

hay en el interior del edificio. Los pasillos de las habitaciones están abiertos al interior, piso sobre piso, y hay unas plantas que cuelgan desde lo alto. El cielo se ve a través de una gran claraboya que da luz a todo el conjunto hasta la fuente central. Aunque hemos venido a Los Cancajos infinidad de veces, nunca nos ha hecho falta quedarnos en un hotel, y este tiene mucha personalidad.

Dejamos las maletas en las sencillas habitaciones con vistas a la piscina y salimos a dar un paseo hacia la playa, a ver si encontramos algún sitio abierto para comer algo. Más bien es la hora de merendar, y lo mismo está todo cerrado. Nuestro día apenas comienza y siento cómo cada paso nos recarga las pilas.

Aunque los veranos los pasábamos en Puerto Naos, el día de llegada mamá siempre paraba a darnos un baño en esta playa y saludar a algunas de sus amigas de Santa Cruz, que veraneaban aquí. Mis recuerdos son de la arena negra siempre hirviendo, que te obliga a llegar a la orilla sin un ápice de elegancia, al tener que correr a saltitos para sobrevivir sin ampollas en los pies.

Conseguimos que nos sirvan una jugosa vieja guisada con papitas arrugadas en una terraza desde la que vemos el arco de lava negra que enmarca la playa. Podemos sentir el salitre del mar al romper contra las rocas. Nunca lo había observado así. Sin embargo, ahora soy más consciente de cada huella volcánica a nuestro alrededor.

—Es curioso, ¿no, Fa? ¿Te has dado cuenta de que parece que no está ocurriendo nada en la isla? Los pocos extranjeros que hay están tumbados en la arena con toda normalidad, o sentados para degustar ya la cena, con esos horarios tan extraños que tienen.

—Sí. Se me hace raro.

—Es como que… Como si estuviera descubriendo ahora que la vida ha seguido, mientras para nosotras no ha existido otra cosa más que la erupción. Como que nuestra realidad se congeló, mientras aquí fuera todo continúa como siempre.

—Sí. Supongo que es normal. Hasta ahora no me lo había planteado. Parece que hemos salido de una burbuja, ¿no?

—Imagínate cómo será al llegar a Tenerife.

—Es muy extraño; prefiero no pensar en ello y centrarme en cómo vamos a aprovechar el día. ¿Qué te apetece que hagamos hasta las nueve?

—Por mí, me pondría el bañador y me vendría a la playa a echarme una buena siesta.

—¡Pero si has dormido como un lirón! —me río mientras cojo mi bolso y retomo el camino hacia el hotel.

—¿Tú sabes la cantidad de días que llevo sin poder dormir una siesta como está mandado?

—¡Hoy vas a tener que pintarte como una puerta! ¡Y no para disimular las ojeras, sino los ojos hinchados de tanto dormir!

—Sí, claro, ¡porque tú no tienes ganas!

—Venga, bajo contigo a la playa y me pongo a leer un rato mientras tú duermes. Ayer escuché una entrevista a Elsa López y me encantó. Siempre aprendo muchísimo de ella. Me dieron ganas de leer *El corazón de los pájaros*, que hace bastante que tengo la novela en mis pendientes.

—Tus pendientes; ese gran agujero negro de imposible explicación para la ciencia.

Y nos reímos a carcajadas porque, ¿para qué enfadarme? ¡Si tiene toda la razón!



Entrada la tarde, nos juntamos en mi habitación para vestirnos y maquillarnos. Hace mucho tiempo que no disfrutamos de un ratito así las dos. A mí me tocaba trabajar todos los fines de semana, así que tenía que vestirme y salir arreglada cuando muchos todavía no

habían terminado ni la digestión del almuerzo.

Catha se ha puesto un vestido gris de algodón con asillas anchas que le llega hasta los tobillos y le queda como un guante. Se plancha el pelo mientras yo me enfundo mis pantalones vaqueros negros y un suéter ajustado con escote en uve, también negro, que me encanta cómo me queda. Me subo en mis taconazos rojos y me dispongo a sacar el neceser con toda la artillería.

—Igual nos estamos pasando. Hemos quedado a las nueve. Ya te digo yo que en Santa Cruz vamos a llamar un poquito la atención de esta guisa.

—Mujer, no es para tanto. Además, a estas alturas a mí ya me da lo mismo lo que le puedan contar las vecinas a mi madre; la pobre está curada de espanto.

Me maquilla con un efecto ahumado que me destaca muchísimo los ojos y culmina su trabajo con una barra de labios rojo intenso, del mismo tono que mis zapatos. Mientras me remato el pelo con el secador, ella se dibuja con la yema del dedo una marca plateada en el lagrimal que hace que sus ojos parezcan una pieza de joyería con una perla gris engarzada. Mi Catha es preciosa.

Dejamos todo recogido y las maletas hechas porque prevemos llegar tarde y mañana nos levantaremos con el tiempo justo. El barco sale a las seis y media.

En apenas quince minutos aparcamos cerca del muelle y vamos hacia la avenida dando un paseo. Es reconfortante el sonido del mar, el cielo estrellado y las flores de colores en los preciosos balcones de madera.

El local en el que hemos quedado tiene el aspecto de un clásico irlandés, solo que nos atiende un paisano en lugar de un exótico pelirrojo cubierto de pecas. Aún no ha llegado nadie, hemos avisado a algunos amigos que viven en Santa Cruz. Nos han dicho que los fines de semana suele juntarse aquí bastante gente; claro que hoy es domingo. Comemos unos sándwiches San Patricio con queso ahumado, mayonesa de mostaza y mermelada de cebolla roja. La combinación suena igual de terrible que lo buenísimo que está.

La gente empieza a llegar y la música está cada vez más alta. Parece que tuviéramos un acuerdo tácito de no nombrar la erupción. Llegan, saludan con un beso, hacen señas al camarero para la pinta de rigor y a menearse; esa es la norma. No llevo la cuenta de las Guinness que me he tomado cuando rodamos las mesas en busca de más espacio y comenzamos a bailar en el centro del bar.

En un momento de la noche aparece Arure y, a partir de ahí, pierdo a Catha de compañera de baile para el resto de la velada. Se la cedo encantada; espero que se diviertan tanto como yo lo hago.

Voy rotando de pareja de baile sin perder de vista la puerta, pero Nau no aparece. ¿Quizá se ha echado atrás? No creo, debe haberse retrasado en el trabajo. El resto de los clientes se ha ido viniendo arriba y ahora mismo coreamos, desafinados, *Un beso de improviso*, de Ana Mena. Creo que necesitaba una buena sesión de baile, incluso más que descansar.

—¡Fa!

Me giro y tengo a Catha detrás. Intenta decirme algo, aunque la música está tan alta que no la escucho bien. Me coge la mano y nos acercamos a la puerta.

—Arure me va a acercar al hotel —me grita al oído mientras muestra sus dedos cruzados—. ¿No te importa?

—¡Claro que no, pásenlo bien!

—Qué raro que Nau no haya venido. ¿Le habrá pasado algo? ¿Estás segura de que le dijiste que era hoy, verdad?

—Sí, sí, no te preocupes. Sabes que me basto y me sobro para divertirme —le contesto mientras salimos a la calle.

—Ya…

Entonces hace un gesto extraño con la cabeza hacia las mesas que hay fuera, me da un beso y cruza la calle disparada hacia Arure, que me dice adiós con la mano desde la acera de enfrente.

Me despido y, al girarme para volver a entrar, recuerdo el gesto de Catha y levanto la vista hacia las mesas. Y allí está, atravesándome con sus ojos verdes mientras se lleva un botellín de cerveza Gara a

la boca.

—¡Oh! —saluda y alza la botella.

—¡Hola! —Me acerco, confundida—. ¿Qué haces aquí fuera?

—Digamos que los sitios ruidosos no son mis favoritos.

—¡Venga ya! ¿Llevas mucho aquí?

Mira el reloj.

—Pues más o menos una hora. Estoy cogiendo fuerzas para entrar, no creas que voy a quedarme por fuera —dice mientras bebe de nuevo—. No quiero terminar la noche sin bailar contigo.

Le dedico mi mejor sonrisa y me agacho para cogerlo del brazo y tirar de él. No dejo nada a la espontaneidad: desde su posición sé exactamente las vistas de mi escote que le regalo. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

—¡Pues claro que no!

Lo arrastro dentro del local sin soltarle la mano, mirando hacia atrás de vez en cuando para verificar que sigue absorto en mí y que no ha mudado su sonrisa. Una vez en el centro de la improvisada pista, comenzamos a bailar al ritmo de *Todo de ti*, de Rauw Alejandro.

Está guapísimo, con el pelo húmedo que le cae sobre los ojos y esa sonrisa que me hace temblar las rodillas. Tiene una camisa negra que le queda ajustada y unos vaqueros grises desgastados. No puedo evitar pensar en cómo me gustaría desabrochar poco a poco esa camisa.

Cada vez bailamos más juntos. Aunque la canción no lo pida, nuestras orejas se rozan, mi pecho siente palpitar el suyo, su mano me quema en la cintura y el calor se instala en mi bajo vientre.

Retiro un poco la cabeza y lo miro con profundidad. Hace rato que no hay nada más que él y yo, no hay música ni amigos, nada más que nuestras sonrisas. Nos observamos y me roza la mejilla con la nariz, alargando esa anticipación anhelante que precede al beso.

Trenzo mis manos tras su nuca y rozo mis labios con los suyos sin miedo, suave, una y otra vez. Soy consciente de cada contacto con

su piel caliente, de cómo él va tomando también la iniciativa, y me derrito cuando me muerde el labio inferior una, dos veces. Hasta que somos todo lengua, labios y dientes enredados. Nos convertimos en manos que buscan, miradas que dan consentimiento, sonrisas y roces.

El corazón me palpita al sentir cómo toma mi rostro con las manos y apoya la frente sobre la mía, sin dejar de mirarme a los ojos. No sé qué canción suena, nos mecemos a un ritmo que solo nosotros escuchamos, conscientes ambos, ya sin ninguna duda, de lo mucho que nos deseamos el uno al otro. Envalentonada, me acerco a su oído:

—¿Vamos a mi hotel?

—¿Segura? —Me mira fijamente.

—Solo será esta noche, Nau. Pero estoy muy segura.

Vuelve a mirarme con intensidad y hace un gesto de comprensión con la cabeza.

Vamos de la mano a buscar el coche. Llevamos el paso acelerado, tropezamos, reímos, nos besamos contra las paredes y nos regalamos los oídos. Como decía mi abuela: «Echándole un puño a la baifa».

No deja de mirarme en ningún momento; me sobrecoge y me da alas al mismo tiempo. Cuando por fin llegamos al coche, le cedo las llaves porque yo no estoy en condiciones de conducir, y nos subimos raudos, deseosos de hacer el corto trayecto. La mano de cada uno en el muslo del otro, sin dejar de acariciar.

Llegamos al hotel y hacemos un sobreesfuerzo por atravesar la recepción sin dar un espectáculo. Una vez en el ascensor, no podemos despegarnos, y antes de llegar a la puerta de la habitación, perdemos el control de nuevo.

Nau besa mi nuca y cuela las manos bajo mi suéter al tiempo que intento abrir la puerta. Me giro para volver a besarlo; entramos a trompicones y tropezamos con la maleta.

Nos reímos y, por fin, puedo desabotonarle poco a poco la

camisa. Él retira el pelo que me cae sobre los hombros y me deja hacer. Se me corta la respiración al admirar el torso que he estado acariciando, y percibo el roce que me indica que Nau está retirando también mi ropa. Mira fijamente mi sujetador negro y acaricia con lentitud el borde del encaje, mientras mi pecho sube y baja desbocado por la excitación. Lo hace despacio, con una paciencia que me desespera.

Su mano se desliza hasta mi cara y la guía suavemente hasta encontrar mi mirada nerviosa. Vuelve a besarme a la vez que me desabrocha los pantalones, y yo hago lo propio con los suyos. Me levanta en peso con facilidad y me enredo en él. Nos abrazamos con fuerza, a la vez que siento su respiración agitada en mi pelo.

—Me muero de ganas.

—Shhh, disfrutemos, no pienses en nada más.

Sonríe de nuevo con aquella condescendencia con que lo hizo tras la conexión, el día que nos vimos por primera vez; como un adulto a un niño, como si él supiera una verdad universal que yo desconozco.

Con cuidado, me posa sobre la cama y ralentiza mi ritmo. Verlo alzado sobre mí deja al alcance de mis caricias esos hoyos marcados en sus hombros que me chiflan. Sus roces suaves me estremecen y hacen que mi cuerpo clame su roce. Me besa, me mira; un círculo que comienza de nuevo, una y otra vez. Cada vez más abajo, sin dejarme apenas moverme, al límite de mi excitación.

Siento que no puedo más cuando lame con lentitud mi sexo y clavo las uñas en el colchón, arqueándome de placer. Me retuerzo y busco su mirada; necesito comprobar que sigue observándome, que por esta noche no somos nada el uno sin el otro. Una parte de mí no quiere que pare, y otra está ansiosa por sentirlo dentro.

—Ven —le suplico, desesperada.

Sonríe al regresar a mi boca, tomándose su tiempo, y lo beso como si pudiera alimentarme de él. Vuelve a tomar distancia, sin dejar de observarme. Se pone un preservativo, manteniendo el tejido de nuestra conexión visual, esa que dispara la electricidad por nuestros cuerpos cuando me penetra tan profundamente que me

deja sin aire. Entonces se detiene, dentro de mí, inspira hondo en mi cuello y regresa para conectar nuestras pupilas. Sonreímos antes de dejarnos revolcar por las exigencias del sexo y derretirnos el uno en el cuerpo del otro.



A las cinco me despierta el sonido del mar. No es que desde la habitación se escuchen las olas en la arena, al menos no tanto como para despertarme; es el evocador sonido del despertador de mi móvil. Lo apago lo antes que puedo e intento moverme lo menos posible para no despertar a Nau, que duerme de lado con la mano sobre mi cintura.

Durante unos segundos me permito observarlo; es el último regalo que me hago. Me siento satisfecha y feliz, aunque haya dormido apenas un puñadito de horas. Me gusta verlo así, con la respiración pausada y el pelo alborotado; es un bonito recuerdo. Sin llegar a rozarlo, dibujo sus labios, su cuello y llego hasta el hoyo de sus preciosos hombros. Retiro su mano y me levanto con muchísimo cuidado.

En el móvil tengo un mensaje de Catha:

Hermanita: «Estoy en recepción».

Me deslizo dentro de los vaqueros y la sudadera que dejé, bien previsora, por fuera ayer antes de salir, y meto la ropa de anoche de cualquier manera por un huequito de la cremallera de la maleta. Me hago una coleta alta y rezo para que la cara de panda que llevo no sea demasiado terrible. No me atrevo ni a ir al baño para no hacer ruido. Necesito, con urgencia, llegar a Tenerife y darme una ducha.

Salgo sigilosa, enmudecidos mis pasos por la moqueta, y siento que he cumplido con la misión al lograr cerrar la puerta tras de mí sin haber escuchado su voz. Vuelvo a respirar con normalidad.

Aprieto el paso hasta el mostrador de recepción, donde Catha me espera tras sus gafas de sol, pese a que casi no hay claridad de lo tempranísimo que es. Dejamos las llaves en el mostrador, avisamos ambas de que las habitaciones aún continúan ocupadas y salimos hacia el coche. Ya desayunaremos algo en el barco.

Mientras Catha mete su equipaje en el maletero, le escribo un mensaje a Nau.

Famara: «Lo pasé genial. Tienes la habitación hasta las doce. Aprovecha y disfruta de un superdesayuno por mí; está incluido en la reserva. Nos vemos».

Nos vemos. Si es listo, entenderá que esto que ha habido es lo único que va a haber. Catha arranca el coche y ponemos rumbo al muelle: mi forma de poner tierra y mar de por medio tras acostarme con un chico, esta vez de forma literal. Me siento feliz; satisfecha.

Capítulo 8

Tazacorte, isla de La Palma
Lunes, 11 de octubre de 2021

Famara 🎤

Han sido días terribles. El volcán ha arrasado Todoque por completo y la realidad parece que se complica cada día más. Crees que ya has vivido lo peor y que ahora será una sucesión de las mismas escenas una y otra vez; sin embargo, cada mañana te levantas para descubrir lo equivocada que estabas y que cada jornada puede ser por completo diferente.

El lunes que estuvimos en Tenerife, las explosiones en Cumbre Vieja fueron espectaculares. De un modo enfermizo, nos sentimos mal por no estar aquí. Vimos a los chicos e hicimos todas las gestiones que necesitábamos, siempre con las noticias puestas para estar al minuto de los acontecimientos.

En su tercera visita, el presidente ha prometido nuevas cantidades

colosales de dinero, aunque, ¿será suficiente? El corazón me dice que no. No solo porque el volumen de pérdidas materiales es abrumador, sino porque la evaporación de recuerdos, lugares y esfuerzo es irrecuperable e infinita en la Isla Bonita.

El miércoles, en Todoque, al final no quedó nada. Toda la esperanza de Catha de que su familia volviese a su barrio en un futuro no muy lejano, aunque fuera a otra casa, se ha perdido para siempre. La esperanza ahora es ceniza, como la que cubre cada rincón de esta tierra repleta de pena y desazón.

El silencio vuelve a comprimirlo todo. Solo se escucha el chasquido de las pisadas sobre la escoria, que se barre y reaparece en un cuento de nunca acabar. Hoy han confinado parte de Los Llanos y El Paso. Confinado. ¿Cuántas desgracias seguidas? La COVID, que segó la vida de más de ochenta personas, seguida del incendio de El Paso, que calcinó treinta viviendas, fincas de aguacates y plataneras, y ahora esto; como si todo se mezclara.

El desastre natural, que destruye y también confina, ha llegado a una zona industrial y la cementera emite gases peligrosos, así que todos están en casa, con toallas mojadas en puertas y ventanas, con magua por sus recuerdos. Atrapados en una pesadilla que no tiene visos de terminar.

Nosotras, esta noche, estamos en el mar para conectar en directo desde una lancha que se bambolea, fuera de la zona marítima de exclusión. Esperamos que el brazo que se ha formado por el norte de la montaña de Todoque y que arrasa con nuevos cultivos llegue al océano para formar una segunda fajana. Tierra nueva que se forjará sobre las playas de mi niñez. Una isla más amplia, nacida de las brasas de nuestros recuerdos.

Al mirar a tierra puedo ver las luces de los servicios de emergencias y, no lejos de allí, el naranja resplandeciente abriéndose paso. Hoy se ha visto su incandescencia incluso de día. El desmoronamiento de parte del cono ha derramado un lago de lava que se había formado y que ahora lo anega todo.

Una voz me recuerda que entro en directo y reconecto con la

realidad a una velocidad pasmosa.

—Buenas noches. Hoy los acompaño desde el mar, donde me encuentro a la espera de que la nueva colada toque la costa y forme una segunda fajana. Los científicos han confirmado que este volcán ya ha emitido más roca líquida que el Teneguía y el San Juan juntos, y las circunstancias diarias no dejan de sorprendernos.

»Durante esta jornada, más de tres mil vecinos han sido confinados. Han revivido el miedo que esa reclusión nos trae a todos a la memoria.

»Mientras tanto, acompañadas del sonido del mar, nosotras no podemos evitar hacernos preguntas: ¿se terminará todo aquí?, ¿puede haber más? Para ello, hoy hemos entrevistado a don Ramón Casillas, catedrático de Geología, que nos cuenta cómo los científicos nos siguen cuidando pese a todo el caos, casi sin que nos demos cuenta.

Emitimos una grabación que realizamos por la mañana, donde don Ramón nos describe que tienen la isla monitorizada vía satélite, puesto que el riesgo de que se abra una nueva grieta es una realidad que ellos tienen muy presente. Nos cuenta cómo en la zona norte, en el monte, algunos pinos comienzan a entrar en combustión desde la base, desde las raíces. Esto es una consecuencia visible de lo cerca que está pasando el magma por debajo del suelo que pisamos y un recordatorio de que este puede abrirse de nuevo, por lo que no hay que cejar en el trabajo. Agradecemos de corazón, en nombre de todos los palmeros, la labor de los científicos que no han escatimado esfuerzos durante estos días.

—No quiero dejar pasar la ocasión de enviar un fuerte abrazo a los vecinos de La Restinga que ayer, hace diez años, sufrieron la erupción submarina que duró cinco meses y que tantas inquietudes generó en la zona. Según me he podido informar, no fue hasta cinco años después que se bautizó al volcán como Tagoro. Una palabra aborigen que significa «lugar de reunión», y me pregunto cuánto tardaremos en dar nombre a este demonio que nos atormenta. La verdad es que me gustaría que también ostentara un nombre

aborigen para la posteridad. Que al menos eso quede de bueno: una oportunidad para cuidar una cultura denostada y en el olvido. Nosotras vamos a permanecer aquí toda la noche. Si la lava llega, les mostraremos las imágenes; mientras tanto, los sentimos a todos cerca: «Todos somos La Palma».

Terminamos la transmisión con el programa para conectar con la naturaleza que nos rodea. Catha apaga la cámara y se deja caer a mi lado. Me pasa el brazo por detrás hasta meter las manos en los bolsillos de mi chaqueta, como si tuviera los brazos de goma. El sonido del mar nos envuelve, el aire sabe salado y la oscuridad es abrumadora.

—¿Quieren dormir un rato? Puedo avisarlas si veo que la cosa es inminente —sugiere Armiche, nuestro patrón, mientras le da una profunda calada a su cigarro.

—Pues no parece muy profesional —ríe Catha.

—No se lo diré a nadie. Mi madre no se pierde su programa, si se entera de que las tengo despiertas toda la noche, ¡es capaz de no volver a invitarme a Príncipe Alberto más nunca!

—Pues muchas gracias, Armiche, no seremos nosotras quienes te dejemos sin postre y provoquemos una tragedia familiar —nos reímos—. Vamos a dar entonces una cabezadita.

Nos tumbamos juntas en el suelo de la embarcación y reposamos las cabezas sobre un manojo de sogas húmedo. La visión estelar que nos arropa, pese a ser luna nueva, es tan impresionante que se siente mejor que cualquier cama de hotel.

—Cómo hemos cambiado, Fa. Ahora mismo no querría estar en ningún otro lugar. Gracias por convencerme para venir.

—A ti por acompañarme. Sí, es raro. Estaba desesperada por descansar y, sin embargo, los días en Tenerife se me hicieron largos. Me sentí como si traicionara a las personas que nos ven.

—Cuando todo esto termine, vamos a estar para que nos encierren, ya te lo digo: chifladas.

—Como una cabra harta de papeles —coreamos a la vez y nos

reímos.

—¿Cómo vas? —Me coge de la mano—. ¿Nau ha vuelto a llamarte?

—No. Solo la vez del barco y el martes. Yo creo que ya lo captó.

—Eres una idiota, lo sabes, ¿no? Como hermana madura de esta relación, tengo que decirte, Famara, que creo que esta vez te equivocas.

—Pues, como hermana con más experiencia de esta relación, tengo que decirte, Cathaisa, que lo que importa es que yo creo que no.

—Sabes que siempre he defendido tu postura. Que me parece genial todo ese rollo tuyo de que solo das una ficha a cada tío para jugar. Pero, Fa, a veces llega alguien bueno y merecen ambos una oportunidad, ¿no? No tiene por qué ser así siempre. Quizá deberías regalarle un buen montón de fichas a Nau, tú misma has dicho que lo que sientes con él no es lo habitual, que es mejor.

—Precisamente, fue de diez, ¿por qué complicarlo? Lo hemos pasado bien. Sin repetición ninguno se confunde y nadie tiene poder sobre nadie. Sabes lo que pienso de entregar la confianza, Catha. No voy a ceder por ahí. No pienso hacerlo.

—Pues espero que Nau no sea tan pollaboba como tú, mi niña. Como se ponga pico y pala, pienso trabajar en su equipo hasta que consiga que cedas.

—Eso es acoso, ¿lo sabes? —me río—. No, en serio: si es listo, captará la situación y dará un paso a un lado. A otra cosa, mariposa. Con lo tremendo que está, no creo que le falten voluntarias.

—Pues yo creo que Nau es más listo de lo que tú crees. Estoy convencida de que va a querer repetir.

—¿Y tú con Arure? —cambio de tema.

—Chachi. Congeniamos genial y, de momento, ninguna de las dos tiene miedo de avanzar. —Le pellizco el costado—. ¡Au!

—Te veo presentándosela a tu madre.

—Pues nunca he llevado a ninguna novia a casa, no sé.

—¿Novia? Esto se te está yendo de las manos, hermanita —me río.

—Es que me obligas a tener mucha madurez para compensar tu escasez. La verdad, Fa, es que va genial y no me da miedo seguir a ver qué pasa.

—Y siempre me tendrás a mí para recoger tus pedacitos si hiciera falta.

—Tú también me tendrías a mí si te atrevieras y algo saliera mal.

—No vuelvas por ahí, anda. Vamos a dormirnos, que la noche promete ser larga.



Dos días después, la lava continúa sin tocar el mar. Todo es muy cambiante. El segundo brazo de roca incandescente, que antes se deslizaba por nuestras vidas a toda velocidad, ha cedido la energía a un tercero, nuevo, que amenaza el barrio de La Laguna, y la agonía de los desalojos vuelve a hacerse presente.

¿No fue antes de ayer que pensé que, cuando ya esperaba una repetición continua de los hechos, la erupción me sorprendía cada mañana con una novedad? Pues así es la devastación: cada día nos sorprende, y hoy ha decidido que veamos repetida la escena que vivimos en Todoque como una pesadilla de la que no podemos escapar.

De nuevo, los camiones y las furgonetas atestan las calzadas. Familias enteras, incapaces de dar una declaración porque no pueden hilar una frase conexa sin romper a llorar. Un pueblo al completo formando una desgraciada cadena que espera poder

avanzar.

Enjambres de amigos que trabajan a destajo y en coordinación para rescatar todo aquello que sea posible. Hay quien carga electrodomésticos y quien atesora álbumes de fotos. Pasan coches con cabras, gallinas y perros, seguidos de otros en los que, tras los cristales, solo se intuyen cantos de libros. Cada cual salva de la quema lo más preciado que tiene. Muchos lloran sin consuelo, sus animales han huido por el pánico y quedan atrás ante la imposibilidad de alcanzarlos.

Hacemos la conexión con unos espectaculares rayos en el horizonte, sobre el cono. Parece una especie de chiste de la naturaleza, como si nos amenazara con que ahora será el cielo el que caerá sobre nuestras cabezas. Sin embargo, curiosamente no llueve, no es una tormenta: las centellas las genera el propio volcán. Son los gases, partículas y cristales que expulsa, cargados de electricidad, que chocan entre sí y provocan este paisaje pavoroso que nos envuelve como un telón.

Aporto los datos que me ha facilitado Arure antes de comenzar, números que no dan esperanzas a nadie. La ciencia es lo que tiene: no te dice lo que necesitas, te dice lo que hay.

—Es una pena no poder transmitir los olores por televisión, porque hoy, por si fuera poco, nos invade el aroma a huevos podridos propio del dióxido de azufre. Además, se cumplen veinticuatro días desde que comenzó todo; casi un mes llevan los palmeros soportando esta destrucción cada día, cada hora, cada instante. Veinticuatro días duró la erupción del Teneguía, un nuevo hito superado que marcar en nuestros apenados almanaques. Aunque aquella fue un espectáculo que, pese al impacto y al miedo, los vecinos disfrutaron desde lejos.

»Dicen los científicos, sin embargo, que este que vemos en nuestras pantallas no se parece al de Fuencaliente, sino que lo hace más al de San Juan, que fue mucho más explosivo y cuyas emisiones duraron casi el doble de tiempo: cuarenta y dos días. Esperemos que no lleguemos a tanto.

Doy paso a imágenes de archivo de 1971 que hemos recopilado, emparejadas con otras muy similares del evento actual. Se mezclan las fotografías sepia y en blanco y negro con las actuales, que son fiel reflejo de la realidad visual que contemplamos. El avance tecnológico es esclarecedor.

Para enlazarlo todo, montamos la voz de la admirada por todos Elsa López, que nos cuenta cómo vino desde Madrid, ciudad donde estudiaba en aquel momento. En aquella ocasión, la fascinó el espectáculo natural, pese al temor; sin embargo, nos dice que ahora es incapaz de posar la vista en este cráter que tanto daño hace a su isla querida, a sus vecinos y amigos. No lo puede soportar.

Termina nuestra primera conexión y se me encoge un poquito el corazón al escuchar la voz de mi compañero Zebenzuy entrevistando a Nau desde el cruce de la gasolinera de La Laguna. No puedo evitar acercarme a la pantalla del ordenador desde el que seguimos la retransmisión en la plaza.

Con su mejor sonrisa, aunque esta no puede esconder la extenuación que reflejan sus ojeras, explica cómo ha modificado los drones que les ha donado una empresa tecnológica. Con ellos, junto a otros compañeros que forman parte de su equipo de trabajo, están llevando alimentos que los vecinos dejan en la gasolinera donde se encuentran. Sucede que algunos animales se han quedado atrapados en pequeños espacios de tierra o azoteas, en medio de la lava. Es la solución que han encontrado mientras se estudian alternativas para rescatarlos. Solo de imaginar el pánico que deben sufrir esos pobres animalitos se me encoge el estómago.

Sin duda, Nau es una persona con un corazón extraordinario. Catha se acerca también a contemplar la imagen y me pasa el brazo por el hombro.

—A veces no sé si has dejado de ser la más lista de las dos o es que todo esto te hace vivir en una realidad completamente paralela. Espero no haberte sobrevalorado, amiga.

Me pica el ojo para volver con la cámara, para protegerla de la ceniza, y me deja sola con mis fantasmas. Sé que ella no me mira,

así que me atrevo a posar el dedo sobre la imagen de su boca en el cristal helado del portátil y sonrío. A veces yo tampoco encuentro defensa para lo que hago, pero algo dentro de mí me anima a seguir adelante sola. Si te entregas, algo de ti deja de ser solo tuyo, y con esa sola pieza de tu puzle, otra persona puede acabar contigo.

En la pantalla, Nau toma la palabra:

—Si me permites, Zeben, me gustaría aprovechar que tengo el privilegio de salir en televisión para enviar un fuerte abrazo a mis niños del Laguna, que hoy han visto cómo este demonio ha arrasado el campo de fútbol donde entrenamos casi cada tarde.

—Claro, Nauzet, la despedida es toda tuya.

—Chicos, el campo es solo eso; crearemos otro lugar igual de bonito donde jugar a la pelota y pasar tiempo con los amigos. Lo importante es que todos estamos bien para poder seguir jugando y divirtiéndonos. Ahora es momento de estar con las personas y no pensar en las cosas. Los visitaré a todos, no crean que con esto se van a librar de mí. Un beso enorme a quienes tienen un respiro al dejar a los niños en el entrenamiento, un espacio donde son felices y disfrutan de un ambiente sano. Buscaremos la manera de seguirnos reuniendo. Cuídense.

La reconexión me pilla con la sonrisa en la cara, contenta de que en un entorno tan hostil florezcan personalidades tan brillantes como la de Nau.

—Saludos de nuevo. Vaya nuestro abrazo también a todos esos niños y jóvenes que aprovechan las instalaciones del campo de fútbol para crear equipo y sentimiento de pertenencia al barrio. También a todas esas familias que han tenido que ser desalojadas sin saber si volverán, con apenas tiempo para decidir qué rescatar de todo aquello que conforma su historia personal. Para representar a todos esos vecinos, tenemos con nosotras hoy a Ico. Buenas noches.

—Buenas noches, Famara. ¡Representar a mis vecinos es mucha responsabilidad!

—Cierto. Podemos decir que tienes una historia con emoción y

valores que compartir con todos nosotros. Ico, al ver que la boca del volcán se abría en Cabeza de Vaca, tuviste claro que podía llegar a tu casa, ¿verdad?

—Sí. Es cierto que los primeros días parecía que la afectación se iba a concentrar más en el norte, pero algo dentro de mí me dijo desde el inicio que estuviera preparada.

—Y te preparaste. —Catha enfoca la imagen a una maleta antigua, de cartón piedra, con cierres de metal, que se encuentra a los pies de nuestra entrevistada—. Cuéntanos, ¿qué significa para ti esta maleta que vemos en pantalla?

—Pues esta maleta ahora soy yo, lo que queda de mis raíces; esta maleta es de dónde vengo.

—Explícanoslo para que todos en casa lo puedan entender y emocionarse con nosotras. ¿Nos lo enseñas?

—Esta maleta la conservábamos en casa porque es la que mi bisabuelo se llevó a Cuba cuando emigró allá, como tantos isleños. Y gracias a que lo hizo, la siguiente generación pudo regresar y tener una vida próspera. Con el tiempo, se fue convirtiendo en un baúl de recuerdos.

—Una historia preciosa la de esta maleta.

—No es menos bonita la historia que guarda dentro.

Ico se agacha, la abre con delicadeza y muestra su contenido a la cámara. Hay cintas de casete, cuadernos Rubio, una enagua bordada con esmero, algunas fotografías, paños calados con mimo, un pico-pico, unas pequeñas argollas canarias de oro, un naife, una libreta que reza «recetas familiares»… Saca una lámina de un tubo portaplanos y nos muestra el dibujo de su árbol genealógico, con impecable caligrafía inglesa, que se remonta, al menos, siete generaciones atrás.

—Cada noche, Ico, hay un detalle que me deja sin palabras desde que comenzó la erupción. Sin duda, hoy es tu maleta y tu capacidad para adelantarte a los acontecimientos y haber rescatado todos estos sentimientos.

—Estoy segura de que, si hubiera salido corriendo ayer, hubiera rescatado algunos muebles, las escrituras de la casa, el coche… Todo esto se hubiera calcinado bajo la lava y, de alguna manera, todo esto soy yo.

—Doy fe de la paz que transmite Ico al mostrar estas pertenencias. No resta valor a la terrible crueldad de perderlo todo, pero percibo de ella que ha hallado consuelo. Creo que me atrevo a animar a todos los palmeros de la zona a preparar este bolso de rescate de sus raíces, por lo que pueda continuar pasando.

—Sí, los animo a hacerlo. El tiempo correrá y, de un modo u otro, conseguiremos otro techo, otra cama, otra nevera… Sin embargo, lo insustituible para mis hijos está aquí: retazos de sus orígenes, de los bordados de las mujeres de la familia, de las tradiciones que grababa mi abuelo en su primer radio casete. Son cosas que, si se pierden, no regresan.

—Hoy ha sido un día duro para todos. Las nuevas evacuaciones y el terremoto más fuerte de los sentidos hasta ahora no nos permiten bajar la guardia. Gracias, Ico, por compartir tu luz con nosotros. Y a ustedes, gracias por acompañarnos cada noche. No se olviden: «Todos somos La Palma».

Capítulo 9

Santa Cruz de La Palma, isla de La Palma
Martes, 20 de octubre de 2021

Nauzet 

Hoy tengo la carga de trabajo especialmente por la noche; nos han pedido tomas nocturnas de la colada para la emisión del programa de diario de *Una hora menos.* Hace semanas que intento cruzarme con Fa, aunque, adrede o no, todas las colaboraciones han sido con las otras dos parejas que hacen conexiones.

La veo en la pantalla cada noche y no puedo creerme que ni siquiera me cogiera el teléfono. No será porque no me lo advirtió; lo que pasa es que me creí más listo y me caí con todo el equipo. Volveré a verla más allá de la televisión, aunque no he querido forzarlo. En esta isla, en estas circunstancias, sería imposible no hacerlo. Solo debo tener un poco de paciencia.

Termino de desayunar con Airam y la abuela. La acompaño dando

un paseo a la placeta Vandale, donde se reúne cada día con sus amigas para bordar en el patio de una de las antiguas casonas.

Es un enclave de la ciudad que me encanta, con sus banquitos siempre ocupados gracias a la sombra de los flamboyanes, cargados ahora de vainas después de un verano en el que el color naranja vibraba en contraste con el azul y blanco de las casas señoriales.

Me sorprendo al ver a algunas adolescentes que se han unido al grupo para aprender la labor: un arte que llegó a dar trabajo a más de veinte mil mujeres y que hoy está en peligro de extinción. Quién sabe si esta idea de querer donar la ropa de hogar, envuelta en cariño y tradición, rescate nuestro preciado bordado del desvanecimiento.

Me coge la mano y me aprieta fuerte mientras hace equilibrio con su bastón de tea para mantenerse en pie entre los adoquines.

—Ten fundamento, mijo. Y alegra esa cara, que últimamente rumias demasiado. Haces un trabajo buenísimo, estate contento. Yo estoy muy orgullosa de ti.

—Lo tendré, abuela. No te preocupes, todo está bien. Voy a acercarme al terrero de lucha para ver a alguno de los chicos que entrenaban en el campo de La Laguna, a los que han evacuado. A ver si paso un rato con ellos y se despejan un poco.

—Eso está bien. Ese eres tú. Siempre das todo de ti, mi Nauzet.

Me sonríe y se pierde en el interior de la casona. Yo también me voy sonriente. Ella es capaz de hacerme sentir bien siempre.

Cojo el coche y, como cada día, cruzo la cumbre; echo mucho de menos vivir al otro lado. Casi una hora de trayecto me separa del campo de lucha de Los Llanos, donde están evacuados muchos de los últimos afectados por la erupción.

Me dejo acompañar por otro de los casetes mágicos, regalo de mi padre: *Lost in the stars*, de la cantante noruega Radka Toneff. Su dulce y apagada voz hace que el paisaje parezca una película de fantasía.

El trayecto ha cambiado mucho en el último mes, ya no hay

grupos de turistas en el mirador de La Cumbre, como antaño. Ahora están todos, una auténtica masa, en el aparcamiento de la tienda de muebles del municipio de El Paso. Este parece haberse convertido, junto a la plaza de Tajuya, en el centro oficial de videollamadas, autofotos y vídeos para compartir. Ver a los visitantes sonreír para inmortalizarse, con el volcán como decorado, he de admitir que me revuelve un poco las entrañas. Comprendo el espectáculo natural, por supuesto; yo también lo veo. Aunque la sonrisa, rodeados de tanta calamidad, me cuesta digerirla, la verdad; aunque sepa que no es más que atrevida ignorancia exenta de maldad.

Por fin aparco delante de las oficinas de los servicios sociales municipales, que nunca había visto con tanto movimiento. Hay demasiado papeleo que gestionar para quienes lo han perdido todo.

Cruzo al edificio gris que hace honor al legendario luchador Camilo León. Una vez dentro, se repite la misma historia de desesperación que viví cuando nos desalojaron a nosotros de El Paraíso: niños desorientados que miran a sus padres buscando un ejemplo sobre cómo reaccionar; jóvenes en los rincones, abstraídos con sus móviles, huyendo de la realidad; y ancianos intentando colaborar en lugar de dejarse cuidar.

Me acerco al abuelo de Imobach, uno de mis chicos, que lleva unas cajas de leche a las personas que clasifican los alimentos.

—Buenas, don Heriberto. Déjeme que lo ayude.

—Buenos días, Nauzet. ¡Qué alegría verte por aquí, mi niño! Mi nieto se va a alegrar mucho de verte. Están todos amulados en una de las canchas del fondo.

—Normal. Para los críos, esto está siendo muy complicado.

—Sí. Demasiado. Pero aquí estamos, ¡en un terrero! Y eso nos tiene que inspirar.

—¿Y eso? ¿Fue usted, de joven, luchador?

—¡Qué va! Yo siempre he sido muy presumido, mijo, siempre con el peine en el bolsillo de la camisa. Imagínate yo con oreja de coliflor. No, ¡qué va! La luchada nunca ha sido lo mío.

—¿Entonces?

—Pues que mientras la agarrada no termina, ¡hay que seguir en la brega!

—Cierto, don Heriberto. Hay que seguir luchando hasta que el árbitro indique que ha llegado el final. Me gusta su símil, igual se lo copio.

—Ahora que sales tanto por la tele, lo puedes usar y te arrayas un millo —dice mientras se ríe—. ¡Quién verá a todos los peninsulares que te ven buscando las palabras en el diccionario!

—¡Nau! ¡Nau! ¡Has venido! —nos interrumpen los gritos infantiles.

De pronto estoy rodeado de Imobach, Beneharo, Aday y otros tantos niños que no conozco. Se me abrazan a las piernas y casi me tiran al suelo. Los abrazo y les reparto las golosinas que he traído para ellos. Buscamos entre los juguetes de las donaciones y pasamos el resto de la mañana revolcados por el suelo, jugando al Enredos. Durante un par de horas, ni los niños ni yo hemos pensado en nada más.

Me subo al coche en un vano intento de huir de la calima, que nos honra con su agobiante presencia desde hace días. Tengo las rodillas hechas polvo de arrastrarme por el suelo. Estoy feliz, hacía ya demasiados días que no me reía tanto. Es curioso que, en un centro de evacuación, nos regalemos risas sinceras como las que hemos compartido esta mañana.

Siento que dan unos golpecitos en el cristal y descubro a una anciana con aspecto triste al otro lado. Bajo el cristal enseguida.

—Buenos días, señora. ¿La puedo ayudar?

—Creo que sí, mi niño, soy América. ¿Tú eres Nauzet, el de Remedios? ¿El que lleva comida a los perritos por el aire?

—Sí, eso es lo que estamos intentando. ¿Conoce usted a mi abuela, doña América?

—¿Y quién no la conoce? A tu abuela la queremos todos. —Sonríe, aunque mantiene la mirada triste—. Me evacuaron de La Laguna y mi Prinse, mi perro querido, corrió lejos por el pánico y

quedó atrás. Le dije que volvería cada día a echarle de comer; sin embargo, Irveñe tenía otros planes. ¿Tú puedes buscar a Prinse? ¿Puedes llevarle de comer? Es un presa canario, pero no te dejes engañar por su envergadura; es tan viejo como su dueña y muy noble.

—Puedo intentarlo, doña América. ¿Me dice usted exactamente dónde está su casa?

—La casa no sé si estará ya, mi niño; aquí tienes la dirección. —Me entrega un papelito doblado mil veces.

—Una pregunta, doña América. Ha dicho usted… ¿Irveñe?

—Irveñe, sí. El diablo que nuestros ancestros asociaban al sol y al volcán; vida y destrucción. Así lo llamaban los benahoaritas. Lo leí de joven en una publicación del naturalista Sabino Berthelot y siempre procuro no olvidarlo; no muchos lo recuerdan. Todo lo que no se cuenta, se olvida, mijo.

—Nunca lo había oído. Intentaré usar el nombre yo también. Espero darle noticias de Prinse y de su casa; haré lo que esté en mi mano.

—Llevas anotado también mi teléfono. Con todo esto, mi hija me ha obligado a tenerlo. Si me llamas y no te lo cojo, insiste. A veces me cuesta un rato poder responder las llamadas; mis manos ya no son las que eran.

—No se preocupe, doña América, con lo que consiga la llamaré e insistiré hasta que logre hablar con usted. Me alegro mucho de conocerla.

—Lo mismo digo, aunque a ti, con tus fotos y ahora con la tele, te conocemos todos.

Cuánto daño está haciendo Irveñe. Conduzco a lo largo del paseo, guarecido por los laureles de indias, y pienso en que estoy apenas a tres minutos de la casa de las chicas. Sin embargo, sé que acercarme a Fa de esa manera sería dar un paso en falso, así que paso el cruce y continúo por la carretera LP-2 rumbo a Tajuya para recopilar novedades y continuar rumbo a La Laguna.

La destrucción ha llegado a la gasolinera desde la que, en los últimos días, se realizaban casi todas las conexiones, y donde yo mismo he sido entrevistado varias veces. Ya no existe, y queremos verificar si, tal y como se rumorea, la lengua de lava ha terminado también con la iglesia y el colegio. Cuando la tranquilidad vuelva a nuestras rutinas diarias, no sé cuánto me costará asimilar tantos lugares que recuerdo como si los estuviera viendo y que, simplemente, ahora son desierto y negrura.

Doy las indicaciones que me ha facilitado doña América al equipo que se encarga hoy de alimentar a los animales. No les pido ningún tratamiento excepcional; hacen cada acción con profesionalidad y cariño. Todo el equipo está muy comprometido.

Me centro en mi trabajo. Son horas duras. Se requiere mucha concentración, no solo para mover los aparatos a la altura adecuada para que no se sobrecalienten, sino también para verificar que estás en el lugar indicado, dado que las direcciones, en el estado en el que ha quedado el pueblo, sirven para bien poco. Trabajamos con coordenadas, no nos queda otra.

Al final, confirmamos que el demonio natural ha arrasado el colegio y, por el momento, la colada está a las puertas de la iglesia. Es curioso que este último edificio, dedicado a San Isidro Labrador, fuese construido con la roca que expulsó el San Juan. Como dice nuestro himno: «Somos volcán, salitre y lava». Llevo toda mi vida rodeado de material eruptivo sin ser consciente de que, en cualquier momento, podría cobrar vida de nuevo; no sé si recuperaré algún día mi ingenuidad.



A media tarde hago un descanso y voy a echar unos tiros a las canchas que hay junto al Camilo León, ya que el Severo Rodríguez, el pabellón al que suelo ir, es ahora un centro de distribución de donaciones y atención a evacuados. Llevo unos quince minutos cuando me parece oír un ruido al fondo y sujeto el balón para escuchar mejor.

Mis ojos no están seguros de que quien se escabulle del instituto sea ella, aunque mi corazón desbocado apostaría todo a una que sí.

—¡Eh, Fa! —grito, y se gira.

—¡Oh! ¿Qué pasó?

Aunque sonríe, creo que es por la vergüenza de que la haya visto huir. Esta vez no pienso darle la oportunidad de irse de rositas.

Me acerco botando sin mudar mi sonrisa. La alcanzo, le cojo la mano y la guío hasta el banco de cemento que hay en el lateral. Ella se suelta, aunque me sigue y se sienta a mi lado. No me sostiene la mirada; hace como si observase algo en el aro.

—¿Qué pasa, Fa? ¿Te ibas?

Me mira sin contestar.

—Quiero decir, ¿te ibas de nuevo?

Los recuerdos de nuestras miradas enganchadas la noche que pasamos juntos me encogen un poquito más el corazón; sin embargo, parece que ella no piensa darse por aludida.

—No sé a qué te refieres —me interrumpe sin quitar la vista del aro—. Es la primera vez que vengo a jugar aquí; solo quería variar un poco de deporte, no ir siempre al parque a correr. Catha me comentó que esta cancha estaba abierta.

—¡Venga ya, Fa! —Le doy un golpecito con el hombro—. Tú sabes tan bien como yo a qué me refiero, y yo sé que no fue una noche horrorosa. No como para que quieras escapar de esta manera. Yo también estaba allí, ¿recuerdas?

De nuevo, silencio. Me atrevo a cogerle la barbilla, aunque temo que sea demasiado y que en cualquier momento se levante y no la vea más, pero necesito que me mire a los ojos, y ella se deja hacer.

—Me dejé llevar y desperté con el deseo de que no creyeras que era un cabrón que solo quería follar por haber ido demasiado rápido. ¿Y resulta que ese papel lo tienes tú?

—No me digas que eres de esos tíos que no pueden soportar que una chica solo quiera divertirse.

Encajo el golpe como puedo y no reacciono demasiado bien.

—Es decir, que al final Xerach tenía razón.

—¿Xerach?

Me paso las manos por el pelo y, no sé por qué, me lanzo a terminar de fastidiarla. Al fin y al cabo, me equivoqué, ¿no? Está claro que, pese a que yo lo veo tan claro, ella no siente lo mismo que yo.

—Dijo que tú solamente das una ficha y que hay que saber usarla bien porque es una y nada más. Que juegas y sabes que no vas a repetir.

Clava los ojos en el suelo.

—Esa soy yo. Lo de las fichas es una tontería que dicen siempre los chicos, aunque es cierto, Nau. No me acuesto jamás dos veces con el mismo pibe. No me gusta generar expectativas ni tampoco tenerlas. Pensé que te lo había dejado claro: te dije que solo era aquella noche. No puedes decirme que no fui sincera contigo.

—¿Sabes? Cuando me lo soltó, pensé que era un bocachancla por decir eso de ti. Pensé… Pensé que quien hubiera estado contigo era un auténtico totufo si no se había asegurado un puto cargamento de fichas.

Le acaricio apenas la mejilla e intento sonreír. Por un segundo conectamos, pero enseguida aparta la mirada.

—No lo entiendes, Nauzet. Soy yo la que solo entrega una ficha por persona. Y no debería haber nada malo en eso. Soy joven, me divierto, no quiero obligaciones con nadie.

Apoyo los codos en las rodillas y me agarro con fuerza el pelo entre los dedos. Joder, qué bonita es. Me mira y me siento fatal por incomodarla.

—Perdona, Fa, tienes razón. De verdad, te pido disculpas. Te he visto entrar y casi me da un infarto. Pensé que a ti también te ocurría. Supongo que un par de semanas de silencio debieron de ser suficiente señal de que no era así. Lo siento.

Me levanto y vuelvo al aro. No soy capaz de mirarla ni un segundo más sin colapsar.

¿No está sintiendo ella esto? Estaba convencido de que sí. ¿Ha sido mi ego? Yo no suelo ser así; siempre tengo en consideración los sentimientos de los demás. Sin embargo, el corazón desbocado al mirarnos, el cosquilleo en el estómago si siento que ella está cerca… Hace bastante que no siento algo así y nunca me había pasado que no fuera recíproco. ¡La sentía receptiva! Está claro que no he sabido leer las señales y me siento desorientado por completo.

Se incorpora y se acerca a la cancha.

—No me ha gustado mantenerte en la distancia, pero no quería confundirte, Nau. ¿Crees que podrías… que podríamos seguir llevándonos bien?

Le cedo el balón y le sonrío. Por nada del mundo quiero que, encima, se sienta mal.

—Podemos comenzar con unos tiros, ¿te parece?

Durante más de media hora simplemente jugamos, hasta que caemos derrotados ambos en el suelo. Por supuesto, también juega de maravilla; es evidente que no voy a encontrarle a esta chica ningún defecto que me lo ponga más fácil, pero si esto es lo que me ofrece, quiero intentarlo.

—Eres un buen rival. —Sonríe—. Tengo que ir a ducharme si quiero llegar a tiempo para la conexión de hoy. Va a ser muy especial. ¿Puedo darte una primicia y no se lo dices a nadie?

No seré yo quien rompa este momento de confidencias entre los dos.

—Soy una tumba —le digo mientras me hago en la boca la señal como si cerrase una cremallera.

Se le cuajan los ojos y una sonrisa enorme, que me deja

noqueado, se expande por su rostro.

—¡Nos han dado el Premio Ondas! ¿No es increíble?

—¡Es fabuloso! Es que estás haciendo muy bien tu trabajo. Tienes que estar muy orgullosa. ¡Enhorabuena!

Me acerco y le doy un beso en la mejilla, aunque en realidad quiero levantarla por los aires y hacerla girar. Quiero gritar bien alto que estoy superorgulloso de la mujer que tengo delante, soy muy consciente de que es increíble. Aunque también sé que por ahí la pierdo, así que me mantengo con el perfil bajo.

Caminamos al exterior y nos despedimos en la calle.

—Nos iremos viendo. Tenemos un acuerdo para hacer tomas de rincones especiales de la isla, ¿recuerdas?

—Cuando quieras. El lunes tengo previsto ir a fotografiar la Caldera. Si te apetece, no te quiero agobiar.

Vuelve a sonreírme.

—Me parece bien. Hablamos.

Echa a andar unos metros y se para. Se gira mientras pronuncia mi nombre.

—¿Nau?

Creo que no se sorprende al ver que sigo allí parado, observándola.

—Dime.

—Sé que mañana, o en un par de horas, me voy a arrepentir de verbalizar esto, pero siento que no ser sincera del todo contigo no está bien.

—No tienes por qué decirme nada que no te apetezca, Fa. Soy mayorcito. Lo encajaré, es solo que… —Me llevo la mano a la nuca, desvío la mirada un momento y vuelvo a observarla—. Es solo que pensé que nos estaba sucediendo a los dos.

—Es así. —Baja la vista a la punta de sus tenis—. No recuerdo haber conectado antes así con nadie; tan de la nada. Pero no quiero que eso te confunda, Nau. Quiero estar sola, es mi elección; no

quiero tener dependencia emocional de nadie.

—Lo respeto. No pasa nada, de verdad. Déjame asumirlo.

—Podemos volver a pasar tiempo juntos, ¿verdad? Me apetece mucho.

—A mí también. Claro que sí. Me gusta tenerte cerca.

Vuelve a conectar su mirada con la mía. Sonríe de una forma que no termino de saber interpretar, porque parece triste, y se sube al coche. Entonces echo una carrerilla y le toco en el cristal. Lo baja.

—Me olvidé de que tenía un regalo para ti.

—Ese no es el camino, Nau.

—No, no. Déjame explicarte: ¿recuerdas una conexión en la que dijiste que parecía que Guayota se había trasladado desde el Teide hasta La Palma?

—¡Claro! ¿Cómo puedes acordarte de eso? Fue nuestra primera conexión. No encontraba palabras para describir el espectáculo dantesco que encontré al divisar el Valle de Aridane. ¡Estábamos tan asustadas!

—Pues te regalo esta palabra: «Irveñe». La he aprendido de una conocida de mi abuela. Es como llamaban los aborígenes palmeros al demonio. Ya tienes nombre para el que asoma entre las lenguas de fuego.

—Gracias. Me encanta nuestra nueva palabra. —Sonríe.

Arranca su coche y se va. Y yo me quedo un buen rato allí, mirando el hueco vacío de su aparcamiento, hasta que, por fin, me decido a andar. Me doy prisa para llegar a tiempo a las oficinas en Tajuya y me aseo. Al llegar, ya me esperan.

Como tantos días, un equipo de la UME me acompaña por la zona de exclusión para despegar los drones lo más cerca posible de las coladas, hacer las tomas aéreas para el programa en directo y tomar fotografías que nos ayuden con el nuevo cartografiado de la zona.

Me siento útil, incluso privilegiado. Sin embargo, daría todo lo que estoy consiguiendo a nivel personal y profesional para ir hacia atrás en el tiempo y que todo se diera de forma diferente aquella tarde,

mientras salía de casa rumbo al muelle para la inauguración de mi exposición. Todo porque mi abuela regresara a casa; todo porque tanta gente mantuviera su hogar.

Capítulo 10

Los Llanos de Aridane, isla de La Palma
Lunes, 25 de octubre de 2021

Famara 🎤

Nau volcán: «¿Todo preparado? Mañana paso a recogerlos a las siete 🚐».

Famara: «Todo lo preparados que se puede estar con esta panda metidos en casa. Menuda madrugada nos están dando».

Nau volcán: «No hagan bocadillos; les llevo una sorpresa. Descansa».

Famara: «😃 Buenas noches».

Tana, Xerach y Rayco han venido desde Tenerife a visitarnos. Es un poco raro que Tana sea la visita. Quiero decir, técnicamente, es él quien está en su casa. Sin embargo, han traído colchones inflables y

han montado el campamento en el salón.

Se plantaron en la plaza de Tajuya en mitad de la conexión y revolucionaron todo con su llegada. Los echábamos muchísimo de menos y, en cuanto terminamos la emisión, corrimos a abrazarlos, besarlos y darles algún que otro empujón cariñoso. Los días que estuvimos en Tenerife nos acompañaron mientras hacíamos las gestiones, y no nos dio tiempo a mucho más; nos supo a muy poco.

Al llegar a casa, los padres de Catha nos contaron una excelente noticia: con el dinero que les di y algo que tenían ahorrado, se han decidido a comprar un solarcito. Parece que el banco les ha concedido la hipoteca y quieren apostar por una casa prefabricada. Quizá en unos meses puedan tener un lugar al que comenzar a llamar hogar y en el que crear nuevos recuerdos familiares.

Lo celebramos cocinando arepas. Desde luego, aquí todo es más sabroso: con el pollo y el queso frescos, los aguacates de la huerta y el mojo picón casero, hecho con auténtica pimienta «puta la madre», como manda la tradición culinaria. Tomamos batido de plátano y canela, que está delicioso.

Entre lo tarde que salimos de trabajar, la celebración y ponernos al día, nos dan las mil. Los padres de Catha se van a la cama y nosotros nos juntamos a alegar en nuestra habitación. Es como cuando nos reuníamos los veranos en esta misma casa o en la de Santa Cruz durante Los Indianos, para reponer energía un par de horas y volver a divertirnos todo el grupo. Daida se une, aunque enseguida se queda dormida a los pies de Catha: los nervios de tener una casa nueva pueden con ella.

—Entonces, mañana, bañito en la Caldera. ¡Tengo un montón de ganas, hace mil que no lo hacemos! Qué pena que no nos dé tiempo para acampar.

—Puf, Tana, primero hay que llegar. Fa está en forma, aunque yo no sé si llego. Lo mismo Xerach me tiene que llevar a la pela un buen tramo —protesta Catha.

—¡Tienes que llegar o te vas a perder el bañador cojonudo que me he traído! Marca mogollón, ¡ya verás!

—Claro, Rayco, ¡es la ilusión de su vida ver tu bañador ajustado! —nos reímos.

—Coño, Xerach, que tenga ojos para la tal Arure ¡no significa que no sepa valorar a un tío espectacular como yo!

—Echaba mucho de menos estos ratitos, chicos. Pero necesito que se manden a mudar —los interrumpo, bostezando—. Mañana hay que madrugar y preparar todo para la emisión, necesito descansar.

—¡Eres una aguafiestas! —dice Tana mientras me abraza—. ¡Con las ganas que tengo yo de alegar contigo!

—Y yo, siento ser la gris del grupo. De verdad, estoy agotada.

Salen de la habitación a regañadientes y los oigo seguir vacilando en el salón. Escribo un último mensaje.

Famara: «Por fin, cada mochuelo a su nido. Me voy a dormir o mañana, al recogernos, seré una vampiresa».

No me contesta; debe estar dormido ya. Apenas faltan unas horas para que nos recoja y él tiene que madrugar más que ninguno. Me gusta que hayamos hablado. Desde que nos confesamos, nos escribimos todas las noches y no es incómodo; no ha vuelto a sacar el tema de un nosotros. Me gusta mucho sentirlo cerca; creo que es la primera vez que conozco a alguien que es aún más curioso que yo.



A las siete en punto está Nau en la puerta con un taxi-furgoneta que nos va a subir hasta el mirador de Los Brecitos. Nosotros somos

despojos humanos, muertos de sueño, así que hacemos la mayor parte del trayecto intentando descansar. Cuando ya subimos el último tramo, el conductor, para ambientarnos, nos pone de nuevo la canción que ya forma parte de nosotros *A la Caldera* de Taburiente, y, al llegar al estribillo, todos cantamos aquello de: «Catedral del sol, canto del amor a la naturaleza. Fortaleza azul, canto natural, que emerge de la tierra». El que no ha descansado, tiempo ha tenido. ¡Allá vamos, Caldera!

Hemos hecho esta excursión cada verano desde que nos alcanza la memoria. Primero con nuestros padres y después solos, una vez tuvimos edad para organizarnos y que no nos diera miedo. Sin embargo, nunca antes había pensado en este espacio natural espectacular como lo que es: ruptura y volcán. Y es que tiene que pasar lo que estamos viviendo para que se pueda disfrutar de lugares así. ¿Compensa? Miro a Nau y a Catha, que tanto han perdido, y creo que no; aun así, no me cabe duda de que antes de esta erupción mi respuesta hubiera sido otra.

Caminamos a buen ritmo por el sendero y nos paramos para que Nau y Catha inmortalicen el agua corriendo por el barranquillo del Ciempiés y las caídas vertiginosas de los profundos y escarpados barrancos mayores.

Como siempre, al llegar al mirador de Tagasaste, una familia de cuervos nos da la bienvenida y nos invita a disfrutar de la espectacular panorámica de la Caldera. Las tomas desde allí son de auténtica magia; es imposible asomarse y no sentirse insignificante con tan abrumadora belleza.

Seguimos en ruta mientras entonamos canciones de campamento y ofrecemos frutos secos a los cuervos, que aún nos acompañan durante un buen tramo. *Un flecha en un campamento* o *El gamusino negro* vuelven a nuestras memorias como si continuáramos teniendo diez años.

Las enormes ñameras, los pinos, la tranquilidad… Todo está como siempre, y a la vez hay algo impresionantemente diferente: estamos solos. Los palmeros no están para excursiones, y los turistas que

llegan a ver el volcán no salen de la ruta: plaza de Tajuya, mirador de El Time y puerto de Tazacorte. Espero que esto que estamos haciendo ayude y que los visitantes se animen a ampliar esa ruta sin miedo. Con La Zarza y La Zarcita funcionó: a la semana de la emisión nos llamaron para agradecernos el aumento de visitantes peninsulares con mucho interés por conocer más sobre los primeros pobladores, los benahoaritas, porque nuestra preciosa isla era Benahoare.

La bajada se hace complicada justo antes de llegar a la parte más profunda y, entre rocas, divisamos por fin el lecho del río Taburiente, envueltos por el olor a tierra húmeda. No puedo evitar una sonrisa emocionada en mi rostro.

—Somos muy afortunados de vivir aquí. —Oigo bajito a mi lado, como para no romper la magia del momento.

Me roza apenas el brazo con el suyo porque está muy cerca, y yo sabría que es él aunque no hubiera hablado, porque el vello se me eriza si me toca y no puedo evitar que mi corazón se acelere.

—Sí. Y, a la vez, es incómodo que seas tú quien diga eso, Nau. Lo has perdido todo.

—Bueno, sobre todo me duele por mi abuela. Y no ha sido todo; no lo importante. Es duro, claro, y a mí me cuesta ver la parte bella de esto, pero, a la vez, si pongo distancia, es como… No sé, como que es algo que va más allá de cada uno, algo grandioso, que nos supera y que quedará, como la Caldera, para que lo disfruten los que vengan detrás dentro de cientos, de miles de años.

Xerach rompe la magia del momento al gritar que el agua está helada, así que nos reímos y corremos nosotros también a encontrarnos con los demás, que ya se han deshecho de la ropa y se meten poco a poco en las pozas. Muy despacito, porque como venimos acalorados del pateo, resulta petrificante.

Nos reímos como si volviéramos a tener quince años, aunque nuestro aguante ha menguado y yo no me atrevo ni a mojarme la cabeza. Estamos poco rato y terminamos envueltos en las toallas, sentados en las enormes piedras, con los pies en el agua y las

manos y los labios arrugados y azules. Nau sale hacia las mochilas, y yo no puedo evitar fijarme en lo guapísimo que es cuando vuelve con los bocadillos, unas cervezas Gara bien fresquitas y esa sonrisa que parece dar luz a todo.

Los bocadillos son de sardinas, con su aceitito y su cebolla morada. Me siento como si viajara en el tiempo al primer mordisco.

—Mmm. ¡Está delicioso! ¡Al nivel de los que hacía Resbel en Puerto Naos!

—Es que nos los ha hecho el mismísimo Resbel, en persona. Me temo que para la niña de la tele todo les parece poco.

—¡Y qué bien nos va a venir a los demás! —ríe Xerach con la boca llena—. Fa, yo necesito unas botas nuevas de senderismo; vente conmigo a Santa Cruz a comprar, ¡seguro que me hacen precio!

—¡Serás cutre! Precisamente estamos aquí para mover la economía. ¡Gástate los euros, agarrado!

—Había que intentarlo.

—Oye, Tana —pregunta Nau—. Por tu nombre, te sabrás la historia, aquí fue donde resistieron los últimos aborígenes libres, ¿no?

Tana se recoloca sus gafas rojas y sonríe con cierto orgullo.

—Uff, de eso sabes tú más que yo. Sí sé que, durante la conquista, este fue el último terreno por anexionarse. Como el acceso era tan difícil, los benahoaritas se hicieron fuertes aquí, al mando de Tanausú, el jefe del bando de Aceró.

—No es difícil imaginarlos bajando estos barrancos, ¿no? Todo acompaña para dejar volar la imaginación —añade Catha—. Da mucha pena pensar en cómo terminó todo. Cuenta, Nau.

—Sé pocos detalles, la verdad. Como dice Tana, estaban guarecidos en la Caldera, que ellos llamaban Aceró, y el de Lugo, el conquistador, subió el barranco con su ejército para enfrentarlos. La primera intentona fue un fracaso; sin embargo, al día siguiente decidió reintentarlo y, engañando a Tanausú ofreciéndole parlamentaciones, lo hizo prisionero. Fue en lo que ellos llamaban el

barranco de Adamacansis, un topónimo que se perdió, así que no tengo certeza de dónde fue con exactitud. Creo que en la entrada oeste a la Caldera, por Tijarafe. Lo que sí se sabe es que no tuvieron piedad con el pueblo vencido. El conquistador envió a Tanausú a la Península, como muestra de lo acontecido y para postrarse ante los Reyes Católicos.

—Cabronazo —espeta Rayco.

—La ley del más fuerte. La siguiente sería Tenerife, y no les iría mejor. Estas dos fueron las que lo pusieron más duro; hasta hoy llega la fama de magníficos guerreros de sus habitantes —apunta Tana.

—Cierto. Y de su preferencia por la muerte a la pérdida de libertad. Cuentan que a de Lugo el regalo no le salió como quería, porque al llegar a la Península no tenía nada que mostrar, al menos no al gran guerrero. Tanausú, al ser encadenado en el barco, pronunció el *Vacaguaré*, «quiero morir». No se le volvió a escuchar, no volvió a probar bocado ni a beber. Murió de pena en aquel barco en mitad del océano.

—Dicen que algunos de los que sobrevivieron dibujaron su cuerpo en una de estas grandes rocas y que su espíritu aún sigue vagando por aquí. Yo no creo en esas cosas, pero, desde luego, aquí pervive su recuerdo —sentencio, totalmente imbuida por la historia y con los ojos anegados de lágrimas por lo mucho que me emociona nuestra infravalorada historia.

Ya con la ropa puesta, continuamos la ruta barranco abajo por el desnivel del Reventón. Un nombre asignado con destreza, porque pone a prueba la resistencia del más entrenado. Tenemos que hacer un par de paradas; Catha va bastante asfixiada, y Tana nos resucita repartiendo pequeñas pellas de gofio con miel y almendras que saben a gloria.

Seguimos la vereda, y la sensación de transitar por las entrañas de la isla es liberadora. Por fin vislumbramos el Roque de Idafe, un monolito grandioso que estaba vinculado a la religiosidad y la magia de los antiguos pobladores. Aquí nos desviamos Catha, Nau y yo por

el barranco de Los Limoneros. En un momento, llegamos a la Cascada de Colores, donde queremos hacer nuevas tomas.

En la grabación explico que el agua llega amarilla por su alto contenido ferroso y que, mezclada con el musgo de las paredes, crea este pequeño salto tan vistoso. Catha se separa para captar el sonido del agua, el viento y los cernícalos, así que nosotros dos nos quedamos solos por unos minutos.

La cadencia que marca el agua nos envuelve mientras observamos cómo cae. Con mucho cuidado, saco de la mochila unas ambrosías Tirma que he traído porque sé que a él le encantan. Le paso una sin decir nada. Nos sonreímos y las comemos en silencio, con los pies colgando en la roca en la que nos hemos subido para observar.

—Me encanta estar contigo —suelta de repente, y se me desboca el corazón.

—A mí también.

Y continuamos en silencio, degustando el chocolate. Es maravilloso poder verbalizarlo sin miedo a que ninguno pretendamos nada más, y eso me hace sentir en casa.

Terminadas las tomas, volvemos junto al grupo y seguimos hacia abajo por el barranco de Las Angustias, donde, poco a poco, los pinos dan paso a los matorrales y las tabaibas, hasta que llegamos al complejo basal. La larga caminata nos tiene agotados y ya nadie canta, así que este último tramo se convierte, de algún modo, en un rato de reflexión personal.

—¿Se acuerdan cuando, de niños, llegábamos aquí reventados y teníamos que aguantar el rollo a mi padre de que aquí comenzó todo? —recuerda Rayco.

—Es que estas rocas son muy interesantes. Surgieron en las erupciones submarinas con las que se inició el proceso de creación de la isla.

—Sí, Tana, es increíble que estén a la vista y que se distingan.

—Él siempre nos decía: «Fíjense bien, parecen alveolos y son

verdosas». ¡Como si nosotros supiéramos entonces cómo era un alveolo!

—¡Algunos siguen sin saberlo! —le contesta Xerach dándole un coscorrón.

Realizamos las que serán las últimas grabaciones y fotografías e intentamos que se refleje bien lo profunda que es la Caldera en el punto en el que estamos. Encontramos un buen encuadre y lo aprovechamos para la entradilla. Catha baja la cámara, Nau salta desde una roca cercana, me pasa la mano por el hombro y, con una sonrisa, nos saca una foto a ambos sin avisar.

—¿Qué haces?

—Necesito crear nuevos recuerdos, ¿no es eso lo que me dice todo el mundo?

Sonrío por su débil excusa y echamos a andar hasta el aparcamiento, donde el conductor nos espera para llevarnos de vuelta. Mientras recuesto la cabeza en el asiento, doy gracias por haber invertido en unas botas de goretex y tener mis pies secos, aunque sucios y doloridos. Me dejo acariciar por los brazos de Morfeo.



Al llegar a casa, todo son prisas, porque vamos muy justas de tiempo y tenemos que asearnos y hacer todo el montaje para la conexión de esta noche, además de estudiar la información que tengo que dar.

Las imágenes que hemos tomado hoy son bienvenidas; juegan un punto de equilibrio con las fatigosas malas noticias que aportan los

otros dos equipos, que hacen una importante labor de puesta en contacto entre familias evacuadas y personas que ponen a disposición viviendas o, a veces, incluso una habitación. Nosotras compartimos que la isla vive, es Benahoare, la Isla Bonita, y nos espera con los brazos abiertos; nos hace sentir a todos parte de ella.

Hoy ni siquiera entramos en la iglesia al terminar nuestro trabajo. Apenas recogemos, ponemos rumbo a casa. Pasamos sobre los colchones de los chicos, alumbrándonos con los móviles para cruzar el salón sin despertarlos, y nos dejamos caer en la cama con la ropa puesta. No me ha dado tiempo de desbloquear el móvil y ya escucho la respiración profunda y pausada de Catha.

Famara: «Los bocadillos de Resbel fueron un puntazo 🥪».

Nau volcán: «Los mimos siempre vienen bien y sus bocadillos son los mejores. ¿Ya en casa? Como dice mi hermano Airam, yo estoy deconstruido 🥴».

Famara: «🤣🤣🤣 Tres cuartos de lo mismo. No sé ni cómo puedo estar escribiéndote».

Nau volcán: «Gracias. Me gusta que nos escribamos antes de dormir. Descansa. Mañana, más y mejor».

Famara: «A mí también me gusta. Escribirnos y estar así. Ha sido un día fantástico. Ponte a programar la siguiente

excursión».

Nau volcán: «Ya la tengo en mente, te contaré. Ahora cierra los ojos y descansa, que mañana te quiero ver sonriente tras la cámara 📽».

Famara: «Abusador. Yo quiero saber. Buenas noches, descansa».

Capítulo 11

El Paso, isla de La Palma
Jueves, 28 de octubre de 2021

Famara 🎤

Nos levantamos temprano porque nos hemos apuntado todos para colaborar hoy con la UME. Vamos a limpiar la ceniza de las viviendas que han quedado dentro de la zona de exclusión y cuyos dueños, por ser personas demasiado mayores o no encontrarse en la isla, no se pueden encargar de ello.

Nos llevan en una camioneta. Me gusta el grupo que hemos formado: Tana, Xerach, Rayco, Catha, Daida, Nau, su hermano Airam y yo. Airam es un chico muy tímido, que apenas habla mientras mira absorto el paisaje. Tiene unos ojazos verdes como su hermano, aunque bajo ellos se derrama un mar de pecas mayor incluso que el mío. Además, es medio pelirrojo, de piel blanca y muy delgado; él sí que parece un extranjero en toda regla.

Una cosa es ver las imágenes de los drones o los vídeos que comparten las fuerzas de seguridad y vecinos en redes sociales, y otra muy diferente ver con tus propios ojos los hogares enterrados casi en su totalidad por un manto que parece nieve gris, solo que no se derretirá y desaparecerá por sí solo con los primeros abrazos del sol en verano.

Algunas zonas son insalvables, y nos acercamos exclusivamente para hacer reconocimiento y grabar imágenes. Pequeños detalles, como ver las sábanas tendidas, me rompen el corazón. Sé que no son importantes, pero son un símbolo de cómo estas familias tuvieron que salir corriendo en minutos.

Nos distribuyen para trabajar por casas que tienen las azoteas, balcones y canalones bloqueados, lo cual crea peligro de derrumbamiento o de atascos. También debemos intentar despejar los accesos a las viviendas.

Nos reparten sacos, palas y cepillos, nos dividen en cuadrillas y nos ponemos a trabajar pertrechados de mascarillas y gafas de seguridad. Es una labor agotadora e ingrata. Cuando limpias una zona, levantas la cabeza, ves la oscuridad infinita que te rodea y se te cae el alma a los pies.

Después de un par de horas, hacemos un pequeño descanso, y Catha y yo aprovechamos para preparar las tomas que compartiremos en el programa de hoy. Entrevistamos a algunas de las personas que colaboran: hay voluntarios y vecinos de la zona, agradecidos porque sus casas se están librando de lo peor, al menos por el momento, aunque hayan tenido que abandonarlas.

Sin embargo, entre los voluntarios también hay muchos que, como Catha, Daida, Nau y Airam, han perdido sus propias viviendas y sienten la necesidad de colaborar con quienes aún pueden hacer algo por proteger las suyas. Ojalá este trabajo no lo arrase, en unos días, una nueva colada.



Con estas imágenes, llegada la noche, intentamos enviar un mensaje optimista. La intención es hacer contrapeso con el orgullo por la solidaridad del pueblo y las noticias del día, que no son nada halagüeñas: la tercera colada ha arrasado con lo poco que se había salvado en el pueblo de Todoque. También se cumple un nuevo hito desafortunado: rebasamos la duración de la erupción del volcán San Juan, la que se contemplaba como más parecida a la presente. Parece que, a este bicho, la envergadura de lo malo conocido se le queda pequeña.

Los terremotos, el tremor, la emisión de gases… Todo continúa sin disminuciones. Hasta hace nada, ningún científico se mojaba respecto a una previsión de cuándo terminará este horror. Sin embargo, ya lo hacen: el final no está cerca; prevén que va a ser un despertar largo.

—Durante todo el día de hoy hemos sentido unas explosiones estrombolianas muy fuertes, las más ruidosas que recuerdo desde que comenzó este desastre. Y, para no perder su capacidad sorpresiva, la naturaleza hoy nos regala estas imágenes. Lo que ven en pantalla es una tolvanera: un remolino de polvo, cenizas y otras partículas. Y sí, de fondo, rayos. Parece que no nos falta de nada. Es como si este diablo supiera que se avecina el puente de Todos los Santos y quisiera dar un espectáculo de excepción a los curiosos que se están acercando de visita, aunque los lugareños estemos ya hastiados de su representación.

»Las autoridades, por cierto, informan de que durante el puente habrá restricciones de tráfico y se pondrán guaguas especiales desde el aeropuerto. Por favor, no hagamos la convivencia más difícil en esta tierra: utilicen estos medios de transporte a su disposición,

consuman productos de la tierra y vuelvan a casa con una experiencia constructiva.

»Esta fuerza de la naturaleza que vienen a visitar lleva más de dos mil cien edificaciones destruidas, ha provocado el desalojo de más de seis mil personas y arrasado novecientas hectáreas; pongámonos en la piel palmera. Buenas noches a todos, recuerden: «Todos somos La Palma».

Recogemos todo el material rápidamente; nosotras hemos sido hoy la última de las tres parejas en conectar con el programa en directo. Vamos a la iglesia, como casi todas las noches. La verdad es que cada vez me cuesta más verla como un edificio religioso. Aunque siempre hay familias que rezan, es una especie de refugio del pelete, del ruido, de la destrucción… Supongo que, para alguien creyente, es en pureza el carácter cristiano de un edificio como este, aunque a mí, a veces, me cuesta no separar las dos funciones.

Hoy, de hecho, la cabecera parece un centro de eventos con un servicio de abastecimiento de primer nivel. Airam y su abuela Remedios han hecho un bienmesabe de auténtico lujo, y la cola de periodistas, policías, vecinos y curiosos da la vuelta a la nave central.

Vemos a los chicos cerca del altar, que nos hacen señas; están ayudando a servir, pertrechados con mandiles y gorros como auténticos profesionales. Están muy graciosos. Catha, Arure y yo nos acercamos.

—Eh, menos mirar y más echar una mano, ¡que no damos abasto!

—Tana —le suplico—. Por favor, ponnos un fisquito y déjanos ir a un banco a descansar; estamos agotadas.

—Sí, claro, porque nosotros no. ¡Chiquita cara! —se arranca Rayco, que tiene aspecto de estar bastante agobiado.

Entonces, una señora muy mayor y muy guapa, que debe ser la famosa abuela Remedios, sale de la zona de detrás, cargando toda su vitalidad sobre un precioso bastón de tea. Me mira sonriente.

—¡Por fin tengo delante a la nieta de Úrsula! ¡Qué orgullosos estamos todos de ti, mi niña!

Catha se asoma por encima de mi hombro.

—Doña Remedios, no me creo yo que me esté usted haciendo este feo —se ríe.

—Claro que no, mi Cathaisa, bonita. Pero a Famara no le ponía yo hocico en persona y ya tenía ganas de conocerla. Todos hacen una labor maravillosa. —Mira a Arure y baja la voz—. Esto ya lo sabrás tú, que pareces la que manda y se te ve muy profesional: la verdad, mis dos niñas son las mejores del equipo, ¡dónde va a parar!

Nos reímos todos con la ocurrencia y me acerco a ella para que se apoye en mi brazo y acompañarla a que se siente en uno de los bancos. Nos distribuimos a su alrededor y Airam nos reparte unos tarritos de cristal con el delicioso dulce para que lo probemos.

—Mmm. —Saborea Catha—. Creo que hacía años que no probaba uno tan delicioso.

—Es que es con almendras de la tierra, mi niña. La receta no queda igual con almendra de esa que traen en paquetitos en esos supermercados tan grandes que hay ahora. Estas se las consiguieron a mi nieto en la venta de doña Luisa, la del barrio de toda la vida.

—Pues se nota la diferencia, ¡ya lo creo!

—Las almendras, los huevos de casa y azúcar de caña; todo de la tierra. Y la mano de mi nieto, claro. ¡No comerás nada mejor!

—Debe estar muy orgullosa de él —le digo—. Está haciendo una labor muy necesaria en la fundación.

—De mis dos nietos estoy orgullosísima, dos hombres que se visten por los pies; los crie pegaditos a mi falda como dos pollitos. Pero bueno, que mi Nauzet es muy especial, eso tú ya lo sabes, ¿no? —se ríe mientras me da unos golpecitos en el muslo.

Yo me pongo coloradísima y se me va el postre por el camino viejo. Arure me da unas palmaditas en la espalda y, tras toser un par de veces, vuelvo a sentir el aire llegarme a los pulmones.

—Sí, claro. Es un amigo estupendo.

Vuelve a reírse y, con la misma, se levanta y me mira.

—¡Qué bonito es ese tiempo en el que todo es evidente y el

protagonista ni se entera! Bendita juventud, ¡con toda la vida por delante! Encantada de conocerlas, Famara y Arure. Cathaisa, mi niña, me alegro mucho de verte tan contenta. Diles a tus padres que se pasen por casa un día, les vendrá bien cambiar de aires y dar un paseo por Santa Cruz.

Se va muy despacio, le dice algo a Airam y, enseguida, abandonan la iglesia. Imagino que, a estas horas, está agotada y necesita descansar. Aún le queda un buen trayecto hasta la que ahora es su casa.

—La verdad, no esperaba encontrarme con esta aglomeración.

Oigo una voz masculina que me es familiar, levanto la vista y tengo que parpadear porque no puedo creer lo que veo.

—No me extraña que tu madre esté tan preocupada. Es todo… —prosigue.

—¿Demasiado pueblerino para ti? —le bufa Catha—. ¿Qué se te ha perdido a ti por aquí?

—Yo también me alegro mucho de verte, Cathaisa. Hola, Famara, hacía tiempo que no coincidíamos. Hola, mi nombre es Yeray, encantado.

Se acerca a Arure, que le ofrece la mano en lugar del beso de rigor. Creo que ha percibido la tensión en el ambiente.

—¿Qué haces aquí? ¿Te lo ha pedido mi madre?

—Después de tantos días viéndote en televisión, estábamos preocupados. Me ofrecí a venir a comprobar que no necesitabas nada; sabes que no me gusta verla disgustada.

—No necesito nada. Te agradezco la preocupación, pero…

—¡¿Que le agradeces qué?! No puedo creérmelo.

Arure se levanta con discreción y se aleja tras decirle a Catha algo al oído.

—No eleves la voz, Cathaisa, no quisiera llamar la atención; estamos en una iglesia.

—Cierto. Yeray, ya has comprobado que estoy bien, puedes irte y así tranquilizas a mi madre.

—No me lo parece. Tienes un aspecto un poco descuidado. No es que no estés bonita, tú siempre lo estás, es solo que no tienes necesidad de estos horarios de trabajo, Famara. ¿Cuánto hace que no tienes un día de descanso?

—Mira, estoy tratando de ser amable, pero hasta aquí podíamos llegar. Yo, para ti, no estoy bonita; ni siquiera estoy. ¿Está claro? Te agradezco la preocupación y te lo agradeceré más si te vas.

—Pensé que podríamos cenar, aunque es muy tarde. ¿Quizá desayunar mañana en algún sitio especial?

—No voy a quedar contigo. Tengo mucho trabajo y, aunque no lo tuviera, no tengo ningún interés en pasar tiempo contigo. Puedes decirle a mi madre que me has visto y que estoy bien. Ya has cumplido.

—Bien, me voy entonces. Me pasaré mañana por casa de Tanausú por si cambias de opinión.

—Ni se te ocurra pasar por mi casa. Fa ya te ha dejado claro que no tiene ganas de verte y, la verdad, a los demás tampoco nos apetece —interrumpe Tana, que se ha acercado.

Levanto la vista y veo que Rayco, Xerach y Arure no pierden detalle de lo que ocurre desde una distancia prudencial. Decido actuar antes de que las cosas se tuerzan.

—Chicos, no saquemos esto de quicio. Yeray, ¿me acompañas fuera, por favor?

Me encamino hacia la plaza y me paro en el lateral norte de la iglesia, que está desierto, pues las vistas del volcán son al otro lado de la edificación.

Él me observa con esa sonrisa que antaño me hacía temblar las rodillas y que hoy me da repelús. Comparo su impoluto abrigo de paño oscuro con mi polar desgastado y polvoriento, y me pregunto cómo es posible que no quede absolutamente nada en común con alguien que lo fue todo para mí.

—Pese a todo, debo insistir, estás preciosa.

—Vete un poquito a la mierda, Yeray. Dime la verdad, ¿a qué has

venido? Si mi madre está preocupada, puede llamarme, y hace semanas que no sabemos nada la una de la otra.

—Siempre me gustaste así, una mujer directa.

No le contesto; le mantengo la mirada, seria. Por dentro estoy triste: sé que en cuanto decida abrir la boca con la verdad, me va a volver a decepcionar.

—Insisto, te invito mañana a desayunar y hablamos con tranquilidad; entiendo que ahora te ha causado sorpresa y que estás agotada. Es comprensible tu reacción.

Me mantengo firme en mi mala actitud, parpadeo un par de veces y cruzo los brazos, aunque sigo sin abrir la boca. Entonces él relaja la postura y sé que la decepción está a punto de hacer su entrada apoteósica; me preparo.

—La empresa para la que trabaja Bentor está buscando ingenieros para un nuevo proyecto en su planta.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—He pensado… Bueno, tu madre ha pensado que es una buena oportunidad para que salgas de este, ¿cómo decirlo? —Mira a su alrededor con desagrado—. De este trabajo.

—Vamos, que mamá quiere que te acompañe a Canadá para que mi padrastro te acoja bajo su ala.

—Dicho así, Famara… Parece que todo lo que digo lo tienes que interpretar siempre con un punto de vista egoísta, y sabes que no es eso. Ella sería muy feliz si fueras a verla, y hemos pensado que era una bonita oportunidad que nos puede venir bien a los dos.

Me froto la frente con la mano porque no quiero llorar ni ponerme a chillar, aunque lo necesite como el aire.

—Es impresionante, de verdad, la capacidad que tienen para defraudarme. Siempre que reapareces es igual.

—Entonces, ¿te importa?

Me río como si estuviera desquiciada.

—¡Me importa mi madre, Yeray! Tú no me importas nada en absoluto. ¡Y yo a ti tampoco! Pero no puedo evitar sentir pena,

porque podría tener un bonito recuerdo nuestro y tú te empeñas en que solo tenga basura para recordar. Te agradezco que te vayas y, por favor, no vuelvas mañana. Créeme, has cogido un avión para nada.

Se acerca, me da un beso en la mejilla y me susurra al oído:

—No ha sido en balde, las vistas son magníficas.

—Hay que ponerse muy poco en la piel de los demás para llamar a esta situación de mierda «vistas magníficas».

Se ríe y se aleja poco a poco por la carretera. Pisa con sumo cuidado; todo está cubierto por un manto de ceniza y estoy segura de que, por nada del mundo, se arriesgará a arañar sus lustrosos zapatos de piel. Sé muy bien que su socarronería no se refería al volcán, que ha aprovechado el doble sentido para dar la última puntada; sin embargo, no he podido dejar pasar la oportunidad de echarle en cara algo más. Me doy la vuelta para entrar de nuevo y me tropiezo con Catha, que está agazapada junto a la fachada.

—No creerías que me iba a perder el directo, ¿no?

—Eres de lo que no hay —me río y la abrazo—. Gracias. Y luego insistes en que me abra a más gente. Créeme, con ustedes cerca tengo más que suficiente. No necesito más decepciones. ¡Menudo machango!

—Amiga, sabes que esa conclusión es un fraude.

Mete la mano en el bolsillo de su plumas y saca una bolsa de fresitas de goma. ¡Qué bien me conoce!

—Puede que lo sea, no te digo que no, pero ¿vale la pena el riesgo? No lo creo.

—No te pongas filosófica y vámonos a dormir, anda. A ver qué guanajada se me ocurre para que te despejes y no tengas pesadillas con vampiros monísimos e imbéciles envueltos en abrigos de paño.

Nos reímos y nos abrazamos todo el camino al coche. La adoro.

Mientras Catha conduce, yo aprovecho para mirar el teléfono.

Nau volcán: «Me ha dicho un pajarito (en

realidad, una pajarita) que te ha gustado el bienmesabe 🐤».

El trayecto no es largo y lo paso mirando el infinito por el cristal. Son noches oscuras: la nubosidad y la ceniza no dejan ver las estrellas, y hoy lo siento como un agujero negro que me amenaza directamente, que me quiere engullir. Catha me coge la mano en algunos tramos; no hablamos más. Tampoco contesto el mensaje. ¿Para qué?



Por la mañana temprano me despierta el sonido del timbre de la puerta. Me levanto desorientada y descalza. Voy lo más rápido que puedo, en un intento combinado de no despertar a los demás y de no abrirme la cabeza. Estoy tan desorientada que ni siquiera utilizo la mirilla antes de abrir.

—Buenos días, bonita.

Intento enfocar a Yeray: guapísimo, con unos vaqueros, un jersey azul marino de cuello cruzado y su infalible sonrisa. No me sale ni una palabra.

—Las flores son de tu madre. —Me tiende un ramo enorme—. La invitación a desayunar, mía. Te doy tiempo para arreglarte. ¿Puedo pasar?

A este chico se le ha ido el baifo.

—¿Puedo pedirte algo, Yeray?

—Lo que necesites, claro.

Grito con todo lo que dan de sí mis pulmones.

—¡Mándate a mudar!

Doy un portazo, rabiosa, y me dejo resbalar hasta el suelo: contrariada, agotada, decepcionada con la vida. Encima, estoy llorando. Joder.

Capítulo 12

El Paso, isla de La Palma
Lunes, 1 de noviembre de 2021

Nauzet 

Una capa de cinco centímetros de ceniza amortigua mis pisadas. La emisión durante la semana de estos pequeños piroclastos está siendo de locos: clases suspendidas, vuelos anulados, todos de nuevo con las mascarillas.

He tenido que aparcar muy lejos y caminar unos veinte minutos; sin embargo, acercarme más era inviable. El coche patinaba, y el limpiaparabrisas no daba abasto para retirar la capa gris que se acumulaba una y otra vez.

Llego a Tajuya y tengo que acoplarme en un todoterreno de la UME para que me acerquen a mi destino de hoy. El cementerio de Los Ángeles ha quedado dentro de la zona de exclusión, y hoy los vecinos no podrán ir a honrar a sus muertos. Por ello, vamos a

tomar fotos aéreas para añadirlas a los paneles que se han expuesto en la plaza de España.

Nos acercamos lo más posible a la edificación, y preparo todo para volar el dron. Las imágenes que me devuelve son muy tristes. De algún modo, siento que toda mi cordura se está despedazando aquí. Lo que veo me exprime; me ahoga. En el camposanto, muchas cruces apenas asoman el brazo superior de entre la tétrica capa de oscuridad que lo abarca todo.

Las primeras filas de nichos no se sospechan y, poco a poco, al llegar a esa zona tan familiar para mí, siento un terror que lo abarca todo. El corazón se me desboca; intento llevarme la mano allí donde me falta el aire, pero no puedo controlarla: está empapada y no para de temblar. Empiezo a verlo todo desde fuera justo en el momento en el que mis piernas comienzan a flojear.

Escucho una voz masculina muy cerca. Me retiran la mascarilla y siento que me ponen algo en la boca a la vez que me sientan en el suelo.

—Respira despacio, Nauzet, no intentes hablar. Respira tranquilo.

Poco a poco vuelvo a sentir. El sudor frío me baja por la frente y también cruza mi espalda. Me llevo de nuevo las manos al pecho y aprieto. ¡Se va a salir!

—Tranquilo, chaval, es ansiedad. Es normal que nos sintamos sobrepasados con todo esto. Todos los días le pasa a algún compañero. Respira, concéntrate en respirar despacio. Verás que, poco a poco, vuelves a tomar el control.

Se sienta a mi lado. Es un hombre con ropa verde oscura; debe ser uno de los militares que me han acercado hasta aquí. Me cuesta concentrarme para ubicarlo.

—Él…

—Shhh. No hables, solo respira. ¿Tienes a alguien ahí?

Muevo apenas la cabeza. Un gesto afirmativo. Se me escapa una lágrima y, de nuevo, tengo que sujetarme el corazón.

—Mira al cielo, Nauzet. ¿No es increíble cómo el sol, hoy, parece

la luna? Podemos mirarlo directamente gracias a la cantidad tan grande de ceniza que hay en suspensión. ¿Te he dicho que han suspendido los vuelos de Binter con el resto del archipiélago? Lo que estáis pasando en esta isla es increíble.

Intento enfocar la vista. Debo estar algo mejor, porque el pensamiento de que este hombre intenta distraerme me ha cruzado la mente por un momento y he llegado a sonreír pese a la tristeza. Me siento afortunado: siempre estoy rodeado de gente buena.

—Creo que estoy mejor —pronuncio, no sin cierto ahogo.

Toso un par de veces y recupero algo de compostura, aunque me siento un poco mareado y no soy capaz de incorporarme por mí mismo.

—No soy ningún experto, aunque parece ansiedad.

—Casi se me ha pasado. Si me ayudas a recoger y llegar al coche, preferiría que nos fuéramos de aquí.

—De acuerdo. Hacemos una cosa: no te muevas, ¿de acuerdo? Recojo tus cosas y luego vengo a por ti.

—Gracias.

Apenas da unos pasos e intento levantar la voz:

—Cuidado con el dron, es muy delicado.

—No te preocupes. Mi zagal tiene uno de estos, sabré apañármelas.

Necesito sacar de mi cabeza la imagen de la ceniza cubriéndolo todo, pero ¿cómo escapar de la realidad?

El trayecto de vuelta se me hace muy corto. Todo el mérito es de Chazin, el voluntario de la UME que me ha ayudado. Ha venido desde Zaragoza a echar una mano. No para de hablar de lo diferentes que son los pinos aquí, la arena negra de las playas, los campos infinitos de plataneras… Me cuenta que es un aficionado colombófilo y que no quiere abandonar estos lares sin ver las palomas rabiche y turqué.

Paramos frente a las instalaciones que ocupa el PEVOLCA y ya puedo bajarme por mi propio pie. Me encuentro bastante mejor.

—Ha sido un placer acompañarte, chaval.

—Gracias por todo, Chazin. Es usted un magnífico trilero. —Le sonrío.

—¡Si te diste cuenta, es que entonces no soy tan bueno! Si me permites la pregunta, ¿tu familiar quedó bajo la ceniza?

Siento que los ojos se me empañan.

—No, no. Mi abuelo está en los nichos altos. No sé por qué me ha pasado esto; en realidad, soy afortunado. Con todo lo que está pasando, hay muchos vecinos que están peor.

—Chaval, que ellos estén muy mal no tiene nada que ver con cómo estés tú. Llevas una mochila muy cargada; no la infravalores y cuídate, o te puedes llevar un buen susto.

Se despide con la mano por la ventanilla mientras le doy de nuevo las gracias y continúa su camino sin perder tiempo. Esta isla tiene trabajo para que todos estos voluntarios no paren durante años y, aun así, no volverá a ser la que era.

En las oficinas, elijo las fotos más representativas, ocupándome de que no se distingan nombres ni fotografías de difuntos. Sé que es poca cosa porque, como me sucedió a mí, todos los que tienen personas queridas allí reconocerán las distintas zonas pese a la ceniza. Las imprimo en unas láminas adhesivas con la mejor calidad y las guardo con cuidado en un tubo portadocumentos.

De camino a la plaza de España, en Los Llanos, reflexiono sobre lo que me ha sucedido. Es curioso, porque en realidad no le encuentro ningún sentido. El nicho donde están los restos de mi abuelo está muy alto, al menos de momento, sigue visible. Y, aunque la ceniza lo cubriera, sus restos seguirán allí: ceniza con ceniza, al fin y al cabo. Sin embargo, de algún modo, duele. ¿Ni siquiera lo que queda de nuestros muertos puede escapar de todo este infierno? Me siento profundamente triste.

El trayecto se me hace más largo de lo normal. Pese a las guaguas que han puesto como lanzaderas, las carreteras están atestadas de curiosos que caminan por los arcenes sin precaución, y vehículos estacionados de cualquier manera en los lugares menos

adecuados.

Han despejado de ceniza las carreteras con quitanieves, aunque hay que continuar circulando con precaución, porque el coche patina todo el tiempo. Desde que me encuentro mejor, he recuperado la mascarilla; respirar se ha vuelto un ejercicio seco e incómodo.

Hablo con mi hermano para ofrecerle recoger a la abuela y acercarla a Los Llanos, pero me dice que esta mañana ha ido a rezar a la iglesia de El Salvador y que ella está bastante tranquila. Le ha dicho que «llorando no arreglamos nada» y se ha ido al acuartelamiento a echar una mano.

Al bajarme del coche, me pongo también las gafas de seguridad para protegerme los ojos, que ya comienzan a estar irritados, y me dirijo al otro lado de la plaza, donde se encuentra el párroco, para facilitarle las imágenes y que puedan colocar los últimos paneles.

Es un espacio siempre concurrido y bonito, un lugar de encuentro para los vecinos y visitantes que se ha reconvertido hoy en un rincón de la memoria, donde abundan las flores, las velas y grupos de familiares rotos por la emoción. Hay también numerosos paneles donde rezan los nombres de todas las personas cuyos restos descansan en el cementerio de Los Ángeles.

Paseo entre afectados y curiosos con las manos en los bolsillos y la mirada perdida. El ambiente huele a cera y a incienso. Entiendo que mi abuela no quiera estar aquí. Hay a quien le hace bien; sin embargo, es una herida que no va a curar, al contrario.

Distingo la figura inconfundible de Fa, sentada en el suelo de espaldas a mí. Los hombros se le mueven despacito y tiene la cabeza gacha. Sé que está llorando. La piel se me eriza mientras me acerco. Me quito los epis, me siento en silencio a su lado y le paso el brazo sobre los hombros. Me mira, y lo que hasta ahora era un llanto suave se convierte en un torrente ahogado que se derrama de sus bonitos ojos canelos. Me abraza fuerte, y yo intento acariciarle la cabeza y mecerla suavemente.

No hablamos durante largo rato; solo estamos allí, el uno para el otro, conocedores de lo que nos sucede y de la impotencia tan

terrible que sentimos.

—Ni siquiera esto ha respetado, Nau. Ha cubierto a la abuela de ceniza, y ahora ya no puedo ir. ¿Te acuerdas de que te dije que no sabía si visitarla? Debí hacerlo, Nau. Ahora ya no puedo.

—Eh, recuerdo que también me contaste que ella te decía que lo que se quedaba en el cementerio ya no sería ella, que no perdieras tu tiempo allí. Sé que no es justo, Fa. Tienes derecho a estar muy enfadada y muy triste. Pero lo que queda de tu abuela sigue allí. Nada cambia, salvo el decorado.

Me abraza más fuerte, y de nuevo se hace el silencio entre nosotros durante largos minutos en los que, de algún modo, me siento reconfortado y percibo que ella también respira más tranquila.

—Ha quedado bajo la ceniza —suspira—. ¿Y tu abuelo?

—De momento no, aunque todo es esperar. Prefiero no darte más malas noticias por hoy.

—Lo sé. Sé que el reboso de la colada once amenaza el cementerio. ¿Es que no puede tener consideración, al menos con los muertos?

—Ojalá no entre. No sé si la gente podrá hacer frente a eso. —Observo despacio a mi alrededor—. Hay días en los que, de verdad, creo que nos vamos a hundir todos.

Me observa muy de cerca, por entre esas pestañas enormes que están húmedas, como todo su rostro. Acerca su mano a mi boca y posa el índice sobre mis labios.

—Gracias, Nau. A veces creo que estás aquí para que vuelva a creer en la humanidad.

Sonrío y retira la mano. Mi respiración se ha hecho entrecortada; prefiero que no se dé cuenta.

—La humanidad me queda un poco grande, pero puedes creer en mí y en quienes te rodean.

—Bueno, en unos más que en otros.

—¿Por qué dices eso?

Sonríe con tristeza, aunque no me responde. Cojo su mano

suavemente, deseando no provocar su rechazo.

—¿Puedo invitarte a algo calentito? Nos va a venir bien a los dos.

—Porque tú no guardarás en el coche un poco del bienmesabe de tu hermano, ¿verdad?

Ahora sí se ríe de verdad. Intenta quitarle peso a lo que le sucede; sin embargo, cualquiera que la observe verá esa sombra bajo sus ojos que antes no acompañaba a sus pecas. Está agotada, da cada día todo de sí y son ya demasiadas jornadas.

Nos levantamos, nos sacudimos la ceniza que se ha colado dentro de los tenis y de los pantalones, nos colocamos de nuevo mascarillas y gafas en posición, y nos encaminamos al quiosco de madera de la plaza.

Me encantaría poder hacer algo para que se sienta menos rota por dentro. Valoro contarle lo que me ha pasado hace unas horas, pero pienso que entonces se retraerá para no preocuparme más, porque tiene un corazón de oro y se preocupa por todas y cada una de las personas damnificadas por este volcán.

A veces creo que nos cuida a todos los palmeros como si ella fuera solo una espectadora. Creo que aún no se ha dado cuenta de que ella es una damnificada más.

Así que decido coger aire y cederle el derecho a sentirse mal y a que la cuiden porque, al fin y al cabo, ella está más afectada y agotada que yo. Intento distraerla y cambio la conversación a cosas más banales.

—Hacía días que no sabía nada de ti; si no te viera por la tele, habría pensado que te habías ido a Tenerife con algún día libre.

—¿A Tenerife? —Casi escupe el café con leche.

—No sé, les pasa mucho a los canariones y a los tinerfeños: después de un tiempo aquí, necesitan acción, ruido. No hay muchos locales donde elegir, a la gente la tienes más que vista, y no es fácil acostumbrarse a que todo el mundo sepa tus pasos. En tu caso, con la tele, es aún más evidente.

—Te equivocas de pleno. Ni días libres, que falta me hacen, ni me

agobia esta isla, que siempre será mi favorita.

—Vamos, que como pitoniso no saco ni para pipas. ¿Entonces?

—No tengo ganas de hablar del tema. Aunque digamos que mi madre ha enviado a su ahijado para intentar convencerme de que salga de aquí, y que ese ahijado tiene el don de decepcionarme aun cuando ya no puede caer más bajo ni importarme menos. Es un bucle que se repite cada equis tiempo y, cada vez que pasa, tengo cierta tendencia a renunciar a la humanidad entera. Y sí, la humanidad entera te incluye a ti. Incluye a todos los que no sean Catha, Tana, Xerach y Rayco.

—Si te decepciona, te importa.

Le digo intentando evitar sonar dolido.

—No es exactamente eso. Juraré no haberlo admitido nunca en voz alta, ¿vale? Es solo que me gustaría poder tener una relación cordial con él y con mi madre. —Baja la mirada, avergonzada—. Sin embargo, por alguna razón, no logro hacerlo, ni con él ni con ella. Y me siento fracasada.

—Las relaciones familiares son muy complicadas, Fa. Parece que todos tienen que tener un núcleo feliz, donde todos se quieren y se cuidan; sin embargo, la realidad no es así. Y eso no significa que no haya amor, sino que cada persona intenta ser feliz a su modo, y a veces las maneras no son compatibles, aunque sean lícitas.

—Visto desde fuera parece más sencillo de lo que es.

—Bueno, algo sé de lazos poco corrientes: mi padre es pescador en Noruega, su país, y mi madre hace años que se fue a Perú con su ONG. Hace mucho que solo nos vemos por videoconferencia. Ellos no se soportan, pero no me cabe duda de que los dos nos quieren a Airam y a mí, cada uno a su manera. Y también creo firmemente que tienen derecho a ser felices.

Me mira con cierto aire de confusión.

—Eres una cajita de sorpresas.

—Y todas son sorpresas buenas. Te animo a investigar.

—¡Qué más quisieras tú! Te recuerdo que yo soy más de

quedarme en el envoltorio. ¿O no es el momento más bonito cuando aún no has abierto el paquete y tu imaginación echa a volar?

Niego con la cabeza y sonrío, feliz de distraerla.

Suena su móvil.

—Hola, Catha. —Presta atención—. Sí, estoy cerca. Perdona que desapareciera, estoy tomando un café con Nau en el quiosco. —Niega con la cabeza mientras escucha—. ¡No seas idiota, anda! Voy para allá, ya estoy mejor, gracias por cubrirme.

Cuelga la llamada.

—Te tengo que dejar. Catha me estaba cubriendo con las grabaciones, pero tenemos que comenzar a preparar la conexión.

—Nada, yo debería irme también. Tengo un montón de trabajo acumulado y quiero pasar a despedirme de los chicos antes de que se vayan mañana.

—Están en Santa Cruz, querían pasar hoy cada uno la noche en su casa. Los muy desastres no habían pasado ni a ver a sus familias.

—Sí, lo sé. Luego les doy un toque y me tomo una garimba con ellos.

Se levanta, posa su mano en mi hombro y me da un beso en la mejilla.

—Gracias, Nau, me hacía mucha falta.

—Si me necesitas, solo tienes que silbar.

—Lo tendré en cuenta. Al final te vas a ganar que te conteste los mensajes.

Se gira, comienza a irse y vuelve hacia mí. Tiene una mano en el bolsillo y con la otra toma la mía. No puedo evitar que se me erice la piel y me siento un fracaso por sentir estas cosas en un momento tan terrible. Deposita con cuidado, con la mano en forma de cuenco, un puñadito de fresitas de goma y me cierra el puño despacio. Me sonríe.

—Son mi medicina de rescate y son sin receta. —Me pica el ojo.

Me quedo con cara de bobo y, ahora sí, se va mientras yo la

observo hasta que la pierdo de vista. No mira hacia detrás ni una sola vez. Suspiro, tengo que centrarme. Estoy agotado y me espera algo más de una hora de conducción, porque las carreteras están atestadas. Me alegro por la economía, aunque a veces me gustaría que los curiosos que se sacan autofotos sonrientes con las casas arrasadas o el volcán detrás se dieran media vuelta y volvieran a casa.



Estamos en una tasquita en la avenida Marítima, bajo los preciosos balcones de madera que dan fama a la capital. Están cuidados con tanto mimo, con la pintura de colores impecable y las plantas en flor como recién traídas del vivero, que nadie diría que, al ser el rincón más ventilado de la casa, muchos cuentan con un tablero de cubrición en los extremos, porque ahí estaban los retretes, cuyas aguas sucias caían al mar, que llegaba hasta las propias viviendas.

Es el típico dato que le cuentas a los amigos que vienen de visita y no te hacen ni caso porque piensan que los estás vacilando, pese a que es tan cierto como que eran también un lugar privilegiado para otear el horizonte y detectar la llegada de los barcos. Las puertas de los bajos no se hicieron hasta mucho más tarde, cuando el hombre logró ganarle terreno al mar.

Quizá me equivoco, pero me imagino la escena decadente, sucia: una isla que intenta salir adelante, que escapa hacia Cuba o Venezuela. Nada que ver con la preciosa vista a la playa de la que disfrutamos hoy en día: limpia, abierta, negra; pura desconexión. Aunque siempre pienso que, algún día, el mar volverá para recuperar lo que es suyo.

—Vaya mierda lo del cementerio, tío. En casa está todo el mundo de bajón, y eso que, en realidad, que yo sepa, en días como hoy nunca van al cementerio porque dicen que hay demasiada gente. Aunque ya sabes, basta que no puedas para que quieras; hay que joderse —comenta Rayco.

—Mi madre lleva todo el día llorando y mirando unas fotos que tiene de sus abuelos en el salón; les ha puesto unas velitas. Me tuve que largar a darme caña porque estaba superagobiado; hice quince kilómetros de carrera como si nada.

—Tú todo lo arreglas machacándote con deporte, Xerach. Por cierto, Nau, esta mañana vimos a tu abuela, ella también fue un ratito a la iglesia. Acompañé a mi madre, pero no sé si fue buena idea. Le dije de ir a darnos un baño a Los Cancajos, para que desconectara, y no quiso ni oír hablar del tema —añadió Tana con la mirada baja tras sus gafas rojas.

—La verdad es que es un día muy triste. Subí a hacer una sesión a Los Ángeles, para los paneles que han puesto en la plaza y, bueno, me dio una especie de ataque de ansiedad. Absurdo, porque mi abuelo está en los nichos altos; sin embargo, fue ver las tumbas completamente cubiertas y me entró como una angustia. Hay zonas con más de un metro de ceniza. No sé, esta mañana, por un rato, sentí que perdí el control. —Me soplo nervioso el flequillo e intento no mostrarme tan afectado como en realidad me siento—. Fa estaba también destrozada; la tumba de su abuela sí que se quedó sepultada. La encontré llorando, sentada en la plaza. Creo que para ella fue una persona muy importante.

—La pobre, es que menuda semanita de mierda lleva —puntualiza Rayco—. Tenía una relación muy especial con su abuela. Yo creo que ella siente que era la única persona, aparte de nosotros, que la valoraba en sus años más difíciles. Y luego la aparición estelar del imbécil de Yeray, que siempre la saca de quicio.

—Bueno, para contextualizar, digamos que la madre de Fa no se parece en nada a su abuela. Vamos, que no nos cae muy bien a ninguno. El caso es que el novio de Fa del instituto es su ahijado y

ese sí que es un desecho. No tendría importancia, porque hace mil años de eso. Lo que pasa es que su madre tira de él una y otra vez para intentar controlar a Fa. Bueno, así es como yo lo veo. Yeray estuvo aquí hace unos días y ella siempre se queda jodida por no cumplir con lo que su madre espera de ella.

—Que no tiene importancia lo dices tú, Tana, porque por culpa de ellos dos tiene Fa esa coraza de mierda que no la deja desmelenarse y disfrutar. Vamos, Nau, que por eso no se enrolla contigo como Dios manda —sigue Rayco.

—Se enrolla otra vez. Una y otra vez, quiere decir —suelta Xerach a carcajadas.

—En serio, chicos. ¿No pueden hablar en serio de nada? No me gusta que hablen de ella así.

—Vamos, Nau —insiste Xerach—. Lo que yo diga, que estás hasta las trancas.

No lo desmiento, ¿para qué?

—A ver, centrémonos, que no estoy entendiendo nada de lo que están contando y me están poniendo nervioso. ¿Ese tío, cuando vino, le hizo algo?

—No, qué va. —Me tranquiliza Tana con la mano en mi hombro—. No es eso. Es que funciona como un recuerdo para ella de que no es como su madre quisiera, y de que su madre tampoco es como ella necesita. No es fácil de explicar: Yeray es como la gota que siempre la rebosa y que hace que se baje hasta la visera del casco de su armadura de acero galvanizado.

—O sea, que por eso no me ha contestado a los mensajes los últimos días.

—Chico listo —suelta Xerach mientras me lanza una croqueta, que cojo al vuelo.



Por la noche, ya en la cama, sucumbo a la tentación de probar suerte una noche más.

Nauzet: «Espero que el día haya terminado mejor de lo que empezó. Si necesitas hablar o más pastillas de goma, aquí estoy. Ahora que conozco tu secreto, he comprado un cargamento 🍓».

Aguanto la respiración al ver la indicación de «en línea» y suelto el aire a plomo, con el corazón disparatado, cuando se transforma en «escribiendo». Mis veinticinco años no se notan por ningún lado, pero es lo que hay, mejor empezar a asumirlo.

Famara lagunera: «Gracias, Nau. Siento haberte ignorado estos días. A veces dejo de creer en el mundo, y esta semana ha sido una de esas veces 😞».

Nauzet: «Pensé que yo ya no era solamente mundo para ti 🙄».

Famara lagunera: «Parece que te lo estás ganando. Estás siendo un buen amigo, y ese adjetivo no se lo daba a nadie desde hacía casi una década 😊».

Nauzet: «Demasiado tiempo; tenemos que

arreglar eso. Aunque no es el único calificativo que me interesa, tendré que poner todo de mi parte. Cuídate, Fa. Cuenta conmigo si decides dejarte cuidar».

Famara lagunera: «Gracias. Quizá te proponga retomar las excursiones para grabar material; necesito una escapada. Unas vacaciones, en realidad 🏞️».

Nauzet: «Sigo teniendo en el pensamiento nuestro próximo destino. Cuando estés lista, me avisas el día antes 🗓️».

Famara lagunera: «Se te da bien hacerte el interesante. Además, querrás decir que estemos listas, ¿o ya te olvidaste de Catha? ¿No piensas decirme a dónde vamos?».

Nauzet: «Tú ten a mano el bañador. Buenas noches 👙».

Famara lagunera: «Eres aún peor que yo. Buenas noches».

Capítulo 13

Los Llanos de Aridane, isla de La Palma
Jueves, 4 de noviembre de 2021

Famara 🎤

Amanece un día gris y ventoso, con la ceniza y la fina lluvia que impiden la visión nítida del cono. Ayer creíamos que la situación mejoraba; incluso el PEVOLCA se atrevió a comentar que había algunos signos positivos que podían indicar que el final estaba cada vez más cerca. Sin embargo, hoy, de nuevo, la emisión de gases y el tremor han aumentado exponencialmente. El volcán se ríe cada día de nosotros.

Catha, Daida y yo vamos en el coche, llevamos los cristales bajados, y la humedad caliente resulta agobiante. Nos hemos acostumbrado a transitar por carreteras completamente grises, las líneas ocultas bajo centímetros de ceniza. El paisaje de dunas y agobiante negrura tiene algo que me recuerda a la bella Lanzarote, que tanto sufrió para ser la isla que es hoy. ¿Por qué nunca había

hecho antes esta valoración? Era evidente y no lo veía; desconocía la mayor parte de la historia o, sin darme cuenta, no me puse en la piel de quienes la padecieron. Me quedé con la bella estampa actual.

Son apenas cinco minutos de trayecto desde nuestra casa en Los Llanos hasta el barrio de Argual. Seguimos la localización que los padres de Catha nos enviaron por mensaje a las siete de la mañana. Ponía que nos diéramos prisa, que se enfriaba el desayuno, aunque la única cafetería que vemos está cerrada. Es un barrio sencillo, con casas de colores de autoconstrucción cercadas por plataneras, una pequeña iglesia y bonitas residencias antiguas de toda condición.

Aparcamos con facilidad. Hace viruje y no hay nadie aún en las calles. Me arrepiento de no haber cogido el plumas cuando vemos a los padres de Catha, que nos miran sonrientes, sentados sobre la tierra de un solar junto a un precioso mantel de hilo calado.

—El volcán ya me los chifló —ríe Catha mientras nos coge a Daida y a mí de la mano y echamos una carrera hasta ellos—. ¿Se puede saber qué hacen aquí a estas horas?

—Es que, entre su trabajo y los nuestros, no había otra hora para estrenar la cocina.

—¿La cocina? Mamá, ¿seguro que estás bien? —pregunta Daida, preocupada.

—Hacía mucho que no estábamos tan bien, mi niña, ¿verdad, cariño?

—Verdad —confirma mientras le coge la mano y la mira con amor —. ¿De verdad no les gusta la cocina? ¿Tan corta tienen la imaginación, niñas?

Empiezo a sospechar lo que ocurre, aunque no me atrevo a verbalizarlo. Se me rayan los ojos.

—Dilo, Fa, estoy segura de que lo has adivinado.

—¿Este es el solar? ¿Aquí van a construir la casa?

—¡Exacto! ¿No es maravilloso?

Catha y Daida se ponen a dar saltos como niñas, gritamos y nos abrazamos. Pronto sentimos las miradas tras los visillos de las casas

de enfrente: todo es como debe ser.

—¿Voy a tener una habitación enorme para invitar a mis amigas a dormir?

—Bueno —reconduce el padre de Catha—, de momento este es el solar. La casa aún habrá que negociarla; tenemos idea de una prefabricada, tendremos que ver. Pero lo que es seguro es que tendrá un bonito cuarto de invitados porque, Famara —me mira emocionado—, esta también será tu casa.

Lloramos, gritamos de nuevo. ¿Es posible ser feliz rodeado de tantísimas desgracias? De algún modo, sí lo es, y eso nos ayuda a sobrevivir. No sé si es justo y, si lo reflexiono demasiado, es posible que hasta me sienta mal por ello, así que elijo no pensar. Elijo ser feliz por un rato: reír hasta que me duelen los cachetes.

Comemos gofio, queso, bizcochón; hay hasta plátano escachado con galletas y jugo de naranja. Una mezcla que no probaba desde las meriendas… ¿de hace cuánto?, ¿quince años? Tenemos las uñas azules del viruje y los ojos llenos de motas de ceniza; sin embargo, hace tiempo que no soy tan feliz, tan espontáneamente feliz.

El día continúa mejorando. En el reparto de los reportajes para esta noche, a Catha y a mí nos corresponde hablar de lo que la gente ha llamado «Nueva playa de la fajana». Necesitamos un dron, porque no podemos acercarnos ni por tierra ni por mar. El corazón se me desboca al ver llegar a Nau desde el otro lado del Mirador de Tajuya.

—Bien, Fa —me indica Arure—. Hoy vas a rodar las primeras tomas con Nauzet, porque no podemos utilizar cámara al uso para esa distancia y el nivel de detalle que necesitamos.

—De acuerdo.

—Catha, me gustaría que aprovecharas y te acercaras al ayuntamiento a grabar las declaraciones de la alcaldesa sobre el alcance de las ayudas y las necesidades más imperiosas. Luego lo rematas con una introducción o conclusiones que grabes con Fa, ¿les parece?

—Sí, claro —puntualiza Catha, que me pica el ojo y me da un

pellizco por detrás que de milagro no me hace saltar y quedar como una tonta—. ¿Nos vemos en dos horas y media aquí?

—¿Tres y media? —Se une Nau a la conversación.

—Dos y media, Romeo, que las chicas tienen que trabajar.

Se lleva la mano a la nuca y sonríe como si nunca hubiera roto un plato. Me encanta. A veces tengo muy claro por qué actúo como lo hago, y sospecho que no me entiendo ni yo.

—Venga, pues habrá que aprovechar el tiempo, ¿no? ¿Fa, nos vamos?

—Sí, claro.

Vamos cargados con el material de grabación rumbo al coche, acompañados del crujido que hacen nuestras botas de montaña al pisar la ceniza, que hace tiempo que no es una capa: es nuestro nuevo suelo, como si las edificaciones surgieran de una suerte de desierto gris.

No recuerdo la última vez que utilicé unos zapatos bonitos; desde que estoy en la isla, todo es practicidad. Aunque sí, en realidad sí que me acuerdo. Noto el calor conquistar mis orejas, levanto la vista y observo a Nau mientras recuerdo la noche en la que nos enrollamos. La última noche con zapatos. Sin duda, una gran noche.

—¿Sabes a dónde tenemos que ir exactamente?

—Sí, Arure me dio las indicaciones a primera hora.

—No nos había dicho nada.

—Ya, le pedí que fuera una sorpresa. Es trabajo, pero me apetecía tener un ratito los dos.

Me gusta porque no se esconde. Es como yo: franco. No tiene miedo a hablar de sus sentimientos; ese detalle a mí me está costando un poquito más.

—Buena idea. Gracias por el café y el mimo el otro día, estaba bastante agobiada.

—Me gustó mucho que me dejaras acompañarte. Yo tampoco tenía un buen día, y así nos aliviamos entre los dos. A veces no sé bien hasta dónde puedo llegar; no quiero hacerte sentir incómoda.

—No te preocupes por eso. Si te acercas demasiado, te daré un zarpazo; no tendrás dudas —nos reímos.

Subimos a su Ford Fiesta, y mientras él coloca todo con cuidado en el maletero, yo me ocupo de cotillear la famosa caja de zapatos con los casetes. La verdad es que no conozco casi ningún grupo. Elijo una cinta con dos corazones de Eurovisión dibujados: uno con los colores de la bandera noruega y el otro con la española.

Suena Keiino, con *Spirit in the sky*. Me encanta esta canción del festival de hace unos años; me parece ideal como banda sonora para una serie de fantasía y aventuras.

—¿Eurofán? —le pregunto cuando se sube.

—¿Acaso se puede no serlo?

—Te acercas demasiado a la perfección, chiquito.

Se ríe a carcajadas, y yo sonrío y respiro hondo porque hoy es un día precioso y quiero retener esta imagen en mi memoria.

—El año que viene tienes que venirte a nuestro piso para el festival. ¡Hacemos una fiesta tremenda y juntamos un montón de gente! Llenamos todo de banderas, ponemos una bola de cristales y luces en el techo… hasta hacemos fichas para valorar cada canción. —De pronto me resulta extraño hablar del futuro con normalidad—. Si en mayo se ha normalizado todo, claro.

—Espero que sí. Y si no, tendremos que aprender a vivir con ello. ¿Te ves en tu piso de La Laguna el próximo mayo?

—No lo he pensado. El otro día, Catha me dijo que quizá deberíamos pensar en realquilar el piso o en dejarlo. No sabemos bien cuánto tiempo va a durar esto, y es un dinero que nos vendría muy bien. Aunque no sé si estoy preparada: ese piso significa mucho de lo que soy.

—¿Cómo llegaste a un piso compartido si tú eres de La Laguna?

—No es mi tema favorito de conversación, ¿sabes? Pero me apetece que lo sepas. No me juzgues. —Lo miro a los ojos y me sonríe—. Mi madre y su pareja se trasladaron a vivir a Canadá el verano en el que entraba en la universidad. No me lo tomé bien. Me

lo tomé muy mal, de hecho. Llevaba muchos años esperando que llegara ese momento: los chicos vendrían de La Palma a estudiar sus carreras, me habían admitido en Periodismo, y mi abuela y el que era mi chico estaban allí, en La Laguna. Yo no quería dejar nada de aquello atrás.

—De momento me parece bastante razonable. A nivel emocional, no debió ser fácil.

—Tuve una discusión monumental con mi madre, rompí con mi novio, me fui de casa… Luego mi abuela murió y mi madre vendió la casa de mi abuela; eso todavía me duele. Estaba en su derecho, claro, pero me dolió. En aquellos días creo que me habría dolido cualquier cosa que hubiera hecho. —Siento que pone su mano cálida en mi muslo. No se la retiro, porque me gusta sentir que cuento con él—. Tenía un dinero de mi padre; no lo conocí. Parece muy de telenovela todo, aunque fue así como se dieron las cosas. Cogí un piso con Catha y alquilamos la tercera habitación para poder pagarlo sin tocar más el dinero de mi padre. Comencé a trabajar de camarera por las noches y me dediqué a estudiar y, un poco, a olvidar. Crecí de repente; fue mi elección y tuve que madurar de un día para otro.

—¿Nunca pensaste en unirte a tu madre? Es algo que me preguntan mucho: por qué no me fui con mi padre a Noruega o a Perú con mi madre. Airam y yo queríamos estar aquí.

—No. Qué bueno hablarlo con alguien que lo entiende; normalmente solo lo hacen los chicos. Los demás creo que me ven como una caprichosa, y a lo mejor lo soy, pero yo no estaba preparada para vivir en ningún otro sitio.

—No creo que lo seas. Igual que tu madre tenía derecho a elegir su futuro, tú también tenías, y tienes, derecho a elegir el tuyo.

—¿Sabes? El próximo día dieciséis nos entregan el Ondas en Barcelona. Nos han invitado a un buen grupo: a Catha y a mí.

—¿Me estás cambiando de conversación?

—No, no, está todo relacionado. El caso es que me han llamado de *Comando actualidad*, de Radio Televisión Española. Me han

ofrecido un trabajo al terminar la cobertura de la erupción.

—¡Eso es magnífico! ¡Hay que celebrarlo!

—Aún no he contestado. Me han dicho que hablaremos en la gala de los premios y, la verdad, no sé qué voy a decir.

—Desde fuera parece una oportunidad extraordinaria, ¿no te llama?

—¡Sí, claro! Nunca pensé tener una oportunidad así y menos tan pronto. La abuela ya no está, y estoy casi segura de que Catha, cuando todo pase, se quedará en La Palma. Es solo que… no sé. ¿No voy con mi madre porque no quiero abandonar la isla y ahora me mudo a Barcelona? Creo que la voy a herir. Que la voy a herir de nuevo, quiero decir.

—¿Sabes, Fa? Mi madre no nos pidió permiso para ir a Perú, y mi padre está en Noruega casi desde que me acuerdo. Tu madre tampoco te preguntó antes de irse a Canadá. Seguramente no somos las familias más normalizadas del mundo, aunque prefiero pensar que somos unos adultos que eligen cómo vivir su vida. Para mí eso es un privilegio, ¿sabes? Si respetas que ellos lo hagan, ¿por qué no ibas a hacerlo tú también?

—¿Quizá porque en realidad no lo respeto? Me gusta creer que sí, pero a lo mejor no lo hago.

—No seas tan dura contigo misma, Fa. Toma la decisión pensando solo en ti. Escucha qué tienen que proponerte y sé valiente. Nadie va a vivir por ti.

Circulamos por la carretera de La Costa hasta la zona más cercana a la playa del Perdido a la que nos permite llegar la Guardia Civil. Allí nos espera un experto geólogo que nos acompaña durante el tramo que nos queda a pie, siempre escoltados. Una vez situados en el recodo sin lava más cercano a la nueva fajana, Nau se concentra en trabajar con el dron y tomar imágenes sin que las altas temperaturas afecten al aparato.

Mientras, yo aprovecho para realizar una pequeña entrevista en la que aprendemos que, técnicamente, lo que se ha formado no es una playa de arena negra: es pura acumulación de ceniza. Para que se

forme una playa de verdad, por el desgaste incansable de la erosión, tendrán aún que pasar miles de años. Nosotros, desde luego, no lo veremos y, al ritmo al que va este planeta, dudo si alguien lo verá.

El tiempo se nos echa encima y tenemos que volver. En las últimas semanas todo es trabajo; estoy casi tan cansada como orgullosa de mí misma. Nau ha hecho unas tomas aéreas buenísimas, seguro que el público disfrutará muchísimo al ver este nuevo rincón escondido de nuestra geografía.

Volvemos en el coche. Hablamos de trabajo, de tomas de imágenes, de entrevistas, del éxito del programa y de lo realizado que se siente Nau aportando sus conocimientos a todo este caos que nos rodea.

Cuando aparcamos, me pide que no me baje aún. Sale un momento del coche y vuelve con dos bonitos tarros de cristal con bienmesabe.

No tardo en probar la delicia y los vellos de los brazos se me erizan con su dulzor.

—Podría alimentarme solo con esto, ¿sabes? ¡Gracias!

—A cambio, tendré que cocinar yo la cena las próximas dos semanas, así que me alegro de que te guste —sonríe.

—Me temo que no vas a lograr que me sienta culpable por eso. Dale a Airam las gracias de mi parte.

—¿Y a mí nada?

—A ti nada —contesto mientras me meto otra cucharada en la boca—. Nau…

—Dime.

—¿Querrías venir como mi acompañante a la entrega de los premios?

Se apoya en el reposacabezas y me mira a los ojos, sonriente.

—Seré el acompañante más orgulloso de la gala.

Capítulo 14

El Paso, isla de La Palma
Sábado, 6 de noviembre de 2021

Famara 🎤

Mañana se cumplen cincuenta días desde que comenzó la erupción y el volcán, en las últimas jornadas, nos ha vuelto a vacilar. Su intensidad descendió poco a poco; hemos tenido hasta cinco horas de tenso silencio, en el que todos andábamos con los dedos cruzados, soñando con que hubiera terminado y temiendo que saliera por otro sitio. Y entonces ha vuelto a remontar y a emitir toneladas de ceniza, sacudiéndonos con terremotos de mayor magnitud.

La calidad del aire ha sido tan mala que unos cinco mil alumnos se han quedado sin clase en el Valle de Aridane. Ni siquiera el ejército da avío para retirar las ingentes cantidades de ceniza que lo cubren todo. Amenaza lluvia. Dicen que esto hará que, mojada, pese el doble; así que todos sacan fuerzas de donde ya no quedan para

liberar de peso azoteas, tejados… Otra vez.

De nuevo, el aeropuerto ha suspendido vuelos; incluso Binter ha dejado de volar más allá de las seis de la tarde, puesto que, con el cambio de hora, en la oscuridad, la visibilidad con estos pequeños piroclastos no es segura para los traslados.

La mañana ha sido complicada: los vecinos se impacientan y comienza a haber grupos organizados que exigen el reparto de las donaciones recibidas por el Cabildo. Todo gira de una forma imprevisible. Recuerdo los primeros días, tan lejanos ahora, cuando las personas más afectadas tenían apuro de pedir. Sin embargo, ahora todo se ha vuelto tan perentorio, tan denigrante en ocasiones, que las voces se alzan con inconformidad, rabia e impotencia.

No dudo de que todas las instituciones lo hacen lo mejor que saben, porque… ¿quién en su sano juicio querría empeorar esta situación? Sin embargo, parece que el mejor saber no es suficiente; aquí, en la Isla Bonita, hace tiempo que nada lo es.

Tras la emisión de hoy, Catha se ha ido con Arure a comer unos bocadillos y yo he preferido quedarme en la plaza. Rodeada de turistas, ahora paso como una más. Atrás quedaron los días en que los curiosos me saludaban y los abuelos me abrazaban. Ahora nos rodean extranjeros en busca de la fotografía más efectista, entre algunos vecinos demasiado agotados incluso para levantar la mirada.

Repaso en mi móvil la emisión de hoy para buscar el reportaje de Yaiza y Hara. Han hablado de que, durante la mañana, el cráter ha emitido mineral de olivino. Es curioso cómo he aprendido tantísimo sobre vulcanología y geología en las últimas semanas y un pequeño dato como este vuelve a hacerme sentir perdida por completo.

Olivino. Me viene a la memoria un tarrito que había en casa con unas pequeñas piedrecitas verdes. Era de la abuela. Me contó que las recogió mi madre, de niña, en las únicas vacaciones que tuvo la familia que no fueran volver a La Palma, en años alternos, para visitar a los más allegados. El destino elegido para aquel extraordinario viaje fue la isla de Lanzarote y ella siempre se excusaba con vergüenza por haber cogido aquellos minerales.

—En aquella época no pensábamos en lo que significaba alterar el paisaje, Famara; ahora nunca haría algo así.

Como si yo necesitara una explicación para saber que ella jamás actuaría de forma incorrecta salvo por puro desconocimiento.

Lo cierto es que las olivinas solo me recuerdan a Lanzarote y a su idílico y verde Charco de los Clicos. Me da pavor pensar en la Isla de Fuego. Timanfaya es un lugar que recorrí con ojos ávidos de belleza, que significaba para mí amistad y risas, pues fue mi viaje de fin de curso de sexto de primaria. Ahora me parece un decorado dantesco, la prueba tangible de un horror inimaginable e indescriptible. Seis años de pánico y desolación; de hambruna, de miedo, de emigración.

¿Tendrán algo que ver las olivinas con la duración de un proceso eruptivo? ¿Por qué no sé estas cosas? ¿Por qué en el colegio no me enseñaron nada de lo que podía suceder, cómo actuar, cómo interpretarlo? Tengo demasiadas inconformidades en la cabeza. Cuando todo esto acabe, habrá que hacer un profundo trabajo de revisión. Tenemos mucho que aprender de este terrible suceso.

Una chica joven se sienta a mi lado. Lleva un bonito chándal en tonos tierra; es curioso cómo esta prenda, tras la pandemia, es adecuada para cualquier ocasión.

—¡Hola, me llamo Tiddara! Tú eres Famara, la periodista de la tele, ¿verdad?

—¡Hola, Tiddara! Pues sí, soy yo. ¿Puedo ayudarte en algo?

—En realidad, creo que sí. ¿Has oído eso que dicen de que, en La Palma, en el siglo XX, se hablaba en décimas?

Abro los ojos de par en par y me acomodo. Se me activa ese sexto sentido que me avisa de que aquí viene una buena historia.

—Mi abuela solía comentarlo. Siempre pensé que por eso se dice que los palmeros parecen hablar cantando.

—Pues no sé si tiene algo que ver; no que yo sepa. Pero creo que tengo algo que te puede interesar y que a nosotros nos vendría muy bien que te interesara.

—Soy toda oídos. ¿Quiénes son «nosotros»?

—Pues más de ochocientas personas de todas las edades, en un grupo muy peculiar de Telegram.

—¿Damnificados del volcán?

—No, aunque sí guarda una gran relación con lo que necesito de ti.

—No te cortes, cuéntame y pide. Tienes toda mi atención.

—Pues somos un grupo que nos hemos propuesto, durante los últimos años, proteger las décimas; ya sabes, poemas populares que antes eran la forma más práctica de transmitir las noticias de boca en boca y que permitían algún grado de queja y rebeldía. Hay personas de todas las islas.

—Cierto. Mi abuela me contó que ella y mi abuelo eran grandes apasionados y, a veces, hablaban entre ellos con esas rimas. ¿Y dices que hay personas de todas las edades, no solo mayores?

—¡Yo misma! Y en el canal, exclusivamente nos comunicamos en décimas. Algunos de los componentes lo han perdido todo y lo han contado de esta forma. Mira —me dice mientras me tiende el teléfono—. Léelas tú misma.

«Te abres paso por El Paso
arremetiendo sin furia.
Pero dejas gran penuria
e impotencia con tu abrazo.
Qué duro tu encontronazo
con La Palma, tierra mía,
que llora por la agonía
de un Tajogaite severo
que devora los senderos
que mi alma recorría».
Loreto Perera

Me emociono con cada verso que leo en la pequeña pantalla del teléfono. Es impresionante cómo hay almas que pueden crear

tantísima belleza desde la destrucción. No puedo evitar que se me escapen un par de lágrimas. Leer tanto dolor concentrado en tan bonitas rimas me encoge el corazón un poquito más, si cabe.

—Pero ¡esto es una maravilla!

—Queremos publicar una antología. Ya la hemos enviado a corrección, queremos que sea profesional: una publicación de calidad para dar visibilidad a las décimas y que la recaudación vaya a los damnificados. Ahí es donde entras tú.

—¿Buscas difusión?

—Difusión gratuita, en realidad; no sabemos si será posible. Te enrollas, ¿verdad?

—¡Por supuesto! ¡Si deberíamos pagarles nosotros a ustedes por una labor tan valiosa! Ven, vamos a tomarnos un café en la iglesia y concretamos la hora para que los entreviste mañana.

—¡Qué ilusión! No sabíamos cómo proponerlo.

—¿Crees que podrías reunir un grupito de cinco a diez integrantes, de diferentes edades, para mañana por la mañana?

—¡Claro! Lo difícil será elegir a quiénes entre tantos voluntarios.

Parece mentira cómo, a veces, una desconocida puede transformar el día más gris y borrarte las preocupaciones. Es increíble cómo los vecinos aún son capaces de encontrar espacio para proyectos bonitos.

Acordamos los detalles, nos damos los teléfonos y solo entonces caigo en que no lo he comentado con Arure, aunque estoy segura de que la idea le va a encantar. ¡El proyecto no puede ser más original ni más canario!

—Solo una cosa más, por curiosidad. Si alguien quisiera apuntarse, ¿cómo se accede al grupo? Creo que conozco a una señora que estaría encantada de formar parte.

—Pues muy fácil, te paso el enlace de invitación. Puedes compartirlo con quien quieras. Hay una única norma: solo se puede escribir en décimas. Algunas personas nunca escriben, solo están para leer, así que es un grupo muy abierto; aceptamos mirones —se

ríe.

—Genial. Muchísimas gracias, Tiddara. Hoy no tenía un buen día, que es nuestra nueva normalidad, pero me lo has arreglado. —Me despido con una sincera sonrisa.



Ya en casa, Catha no ha llegado; imagino que ya no vendrá. Últimamente, algunas noches se queda a dormir con Arure. Es algo que me reconforta, congenian muy bien; la veo feliz y se lo merece.

Me meto en la cama: sábanas de franela, pijama peludito, calcetines, y me apoyo en la almohada, contra el cabecero. Cojo el móvil de la mesita de noche y escribo:

Famara: «Esto es un regalo para doña Remedios. No vayas a ponerte tú la medallita a mi costa, Nauzet, que nos conocemos. 🏅».

Adjunto el enlace del grupo «Décimas». Lo veo en línea unos minutos; por fin escribe.

Nau volcán: «¿Te puedo llamar?».

Famara: «Dame un momento para poner el móvil en silencio».

Famara: «Ahora».

Suena la canción de *Todo de ti*, de Rauw Alejandro.

—Hola, ¿aún despierto?

—Como si ignoraras que no me duermo hasta que me das las buenas noches.

—Bien te gusta hacerme la pelota —me río.

—¿De dónde has sacado esta maravilla? Al final, mi abuela te va a querer más que a mí, y eso no me conviene.

—Una periodista no revela sus fuentes, y sí: ese es, sin duda, mi objetivo final.

—¿Qué tal hoy?

—Pues el día ha terminado bastante bien, aunque no sé… todo se me empieza a hacer enredado, rutinario, agobiante… Todo a la vez.

—Te entiendo. Hoy he charlado un rato con el psicólogo de Cáritas, me ha reconfortado bastante. Si en algún momento te animas, creo que a todos nos vendría bien.

—Me parece muy buena idea, Nau. Has perdido tu casa y trabajas sin descanso, no te has parado a llorar ni un momento, y eso no es bueno.

—El otro día, en el cementerio, me dio un ataque de ansiedad.

—¡No me dijiste nada! —lo interrumpo—. Y yo contándote mis penas.

—Pues ese es el caso, Fa: que todas las penas son importantes. He pensado todo el tiempo que son servicios que otras personas necesitan más que yo, que sería obstaculizar a quienes lo requieren de veras. Ni siquiera me di cuenta de que la ansiedad era una luz de alarma. Pero hoy, al llegar al trabajo, los voluntarios estaban informando en la plaza y, al verbalizar mi excusa, me di cuenta de lo ridícula que era.

—¿Sabes? Siempre sentí que me había hecho mayor demasiado rápido. Tenía problemas que mis compañeros no tenían: pagar facturas, despertarme a estudiar después de una noche agotadora de trabajo tras la barra… Y, sin embargo, creo que he madurado en estos dos meses como si hubiera venido una niña de colegio y la vida de adulta me hubiera atropellado.

—Supongo que es un poco así para todos; ninguno pensamos

nunca vivir en estas circunstancias, y es duro, durísimo. Aunque no hayas perdido tu casa, Fa, creo que todos tenemos el corazón tocado. Voy a volver la próxima semana, me he dado cuenta de que es importante. Creo sinceramente que todos los que estamos aquí deberíamos ir, todos estamos heridos de algún modo.

—Yo no estoy tan afectada como tú, Nau, no sé… ¿No será un abuso?

—Estoy seguro de que no. Cuando colguemos, te paso el enlace para pedir cita, por si te parece que te vendría bien; yo lo creo. Oye, y antes de que me olvide: dice mi abuela que tienes que decirme de qué color es tu vestido.

—¿Mi vestido? Ya me perdí.

—No sé, dice que tengo que saber de qué color es tu vestido para comprarme una corbata para la gala. Hoy me ha tenido de tienda en tienda por todos los comercios de la calle Real para elegir traje, camisa, zapatos… Con lo fácil que hubiera sido tener mi traje de graduación.

—Lo siento, Nau.

—¡No! No lo digo por eso. Perder el traje no tiene importancia, Fa, es solo que hubiera sido una solución muy cómoda. No soy un buen comprador, así que me dejo asesorar por mi abuela. Espero estar a la altura, hemos puesto mucho esmero.

—No tengo ninguna duda. El vestido es verde, que queda muy bonito con mi tono de piel. Eso decía mi madre —miento.

—¿Como mis ojos?

¿En qué momento pensé que nadie se daría cuenta?

—Sí, claro. No lo he elegido porque ese color me sienta de miedo, sino para destacar tu cara bonita —me río.

—Sabía yo que eras muy generosa, Fa. Te tengo que colgar. Estoy muerto y mañana madrugo.

—Sí, claro. Descansa. Buenas noches.

—Buenas noches, mi niña.

Suspiro mientras lo imagino con el brazo flexionado bajo su

cabeza y esa sonrisa que me hace la vida mucho más fácil. Siento ese pellizco traicionero en la parte inferior de mi vientre e intento desconectar.

Me arrebujo bajo las sábanas; la tensión con la que llegué a casa ha bajado, el día parece que fue ayer. Cierro los ojos, aún sonriente, y, poco a poco, me dejo llevar por el sueño de que todo puede ir mucho mejor. No puede quedar demasiado de esta tragedia, ¿no?

Capítulo 15

San Cristóbal de La Laguna, isla de Tenerife
Jueves, 11 de noviembre de 2021

Nauzet 

Estoy en Tenerife, me he pasado el día realizando gestiones; es lo que tiene vivir en una de las llamadas islas menores, que para mover casi cualquier papel, tienes que trasladarte a Tenerife o Gran Canaria.

Paseo sin rumbo por La Laguna, apreciando los conventos de Las Claras y Las Catalinas. Nunca me canso de cruzar por el callejón de La Caza. Los laguneros tienen una extraña costumbre de seguir llamando a sus calles por los nombres antiguos, lo cual me encanta.

Dice mi abuela que, si lo cruzas en silencio, los adoquines te susurran antiguas historias de pasadizos bajo los conventos y amores prohibidos. Su favorita es la de sor Úrsula, que terminó enclaustrada, y don Jerónimo, cuya cabeza fue expuesta durante

días en la plaza del Adelantado, tras casi conseguir fugarse en un barco con su amada.

Ojalá pudiera venir con Fa en Navidades y dar un paseo mientras vemos las luces y el bonito ambiente del casco; hay algo de magia en sus calles. La iluminación ya está colocada, en espera de que, a final de mes, brille en la gran fiesta de La Noche en Blanco. El callejón parece que está cubierto por un velo; hasta con las luces apagadas, con el atardecer, es precioso.

Paso los minutos perdidos entre los bejeques y oigo a lo lejos que las campanas dan las seis, así que pongo rumbo a la catedral, donde he quedado con Tana antes de volver al aeropuerto y coger el último vuelo a casa.

Lo encuentro sentado en el banco de piedra que está junto al antiguo estanque de los patos, comiendo laguneros de la mítica dulcería La Catedral. El olor a castañas asadas lo envuelve todo. Tana me tiende la bolsa de papel para que coja un dulce mientras traga, con los labios llenos de hojaldre y azúcar, y nos abrazamos.

—Oh, ¿qué pasó?

—Contento: se vendieron todas las fotografías extra que dejé tras la exposición, así que están encantados. Además de pagarme, hemos fijado otra muestra para el año que viene, en julio, para que coincida con los actos de las Fiestas de San Benito. Así que más que bien; en realidad, supercontento.

—¡Qué bueno! Es que las fotos eran una maravilla. Pena del momento, que andábamos todos todavía muertos de miedo esos días. ¿Y lo del Cabildo?

—Quieren que colabore en la nueva cartelería para señalar las zonas turísticas. No me he comprometido, pero voy a valorarlo porque creo, además, que puedo reutilizar mucho material.

—Me alegro de que todo te vaya bien, Nau; te lo mereces.

—Te veo cansado, Tana, ¿todo bien?

—Sin novedad en el frente, agotado por los estudios y esa sensación que tengo a veces de estarme perdiendo cosas

importantes. Algunos días me gustaría haber elegido una carrera más corta que Medicina o tomarme un año sabático. No sé.

Se quita las gafas y se pinza el tabique nasal con los dedos.

—Es que cogiste la más dura. ¡Menos mal que lo tuyo es vocación!

—Sí, pero no siempre estoy donde quiero estar. Además, ahora todos están ya con sus trabajos y aquí sigo yo, viviendo de mis padres.

—Tampoco es eso. Mira a Rayco y Xerach. —Sonrío—. No te vas a quedar solo durante un buen tiempo. Trae acá esos dulces, anda, que te vas a empachar.

Me lanza la bolsa y la pillo al vuelo. Cojo otro lagunero; están de muerte.

—Cambiando de tema. ¿Qué tal te va con Fa? Te está costando, ¿eh? No dirás que no te lo advertí —se ríe.

—Pues, en realidad, creo que nos va bastante bien. Soy un tío paciente, ya sabes.

—Pero te tiene a raya con el sexo, ¿no? —se carcajea.

—De los pibes me lo esperaba; de ti, no. ¿Ahora resulta que tienes dentro tú también un cavernícola? Aunque sí, eso es lo que hay y, de algún modo, no me importa. Estamos bien cuando estamos juntos. De verdad que, sorprendentemente, lo controlo. Hay algo que me dice que esto será al golpito. Ya pasó una vez, no es como si no supiera que le pongo.

—Anda, Romeo, ten esto, que ¡estás más colado! ¡No te queda nada que bregar! Te lo digo yo que la conozco bien. Valdrá la pena.

Me tiende una memoria USB.

—¿Y esto?

—Desde que aterrices, te me vas derechito para Tajuya, sin pasar por casa, a ver si llegas antes de terminar la conexión. Ya te he dicho que sé bien cómo es y debe estar hecha polvo. Desde ayer no nos coge el móvil, y eso es por Los Guirres.

—¿La playa de Los Guirres? Bueno, no sé cómo decirlo en pasado.

Ya no existe: hoy la lava terminó de cubrirla, ¿viste las imágenes? Parece increíble, no pude evitar echarme a llorar.

—Sí, menuda mierda todo, Nau. Esa playa es importante para ella, para el grupo, porque muchos de los días de verano andábamos hasta allí desde Puerto Naos, por la carretera de las plataneras. A Fa le encantaba aguantar allí hasta la noche y volvernos locos con los carteles que había en la entrada para situar las constelaciones.

—¿Y qué tiene eso que ver con esto? —Señalo la memoria.

—Pues ahí llevas un montaje con fotos y vídeos nuestros desde los siete u ocho años, padres incluidos, hasta ahora. Me ha quedado bastante chulo, aunque he pensado dejar que te lleves el mérito.

—¡Qué grande eres, Tana! Le diré que es de tu parte.

—Tú sabrás, yo te lo doy confiando en que vas a mimarla. El cómo es cosa tuya.

—¿Y tú? ¿Nadie a quien mimar?

—¿Cuándo, Nau? ¿Cómo? —Se revuelve el pelo, exasperado—. Si casi no veo la luz del sol; ya ni hablamos de salir de fiesta o apuntarme a ningún plan que dure más de una hora. No te voy a mentir: echo de menos tener a alguien.

—Quizá no tienes que terminar año por año, a lo mejor puedes hacerlo a otro ritmo.

—Sabes cómo soy, tío. No me planteo otra forma, sentiría que estoy abusando de mis padres. —Me palmea el hombro—. En fin, es lo que hay. Venga, espabila, que vas a perder el vuelo.

Se levanta, me da un abrazo y nos damos un beso de despedida. ¡Cómo echo de menos a este elemento!

—Todo sucederá, Tana. Estoy seguro.

—Nada, no te pongas profundo ahora, anda. Y llévate estos laguneros, que con las horas que paso en la silla, como me mande la bolsa entera, hoy no me va a librar nadie del empacho.

Me tiende la bolsa, que no tiene ya sino dos dulces. Me río y me voy esquivando los grupos de turistas que se arremolinan frente a la fachada. Si me dicen hace diez años que en La Laguna iba a haber

hordas de turistas, me hubiera muerto de la risa; sin embargo, aquí están. Queríamos que salieran de los hoteles, que no vinieran solamente en búsqueda de alcohol, todo incluido y sol; que conocieran los lugares con encanto… Y ahora colapsan todos los rincones.



La vuelta a casa se me hace larga. Ni me planteo comerme la Tirma cuando, por fin, aterrizamos, porque debe estar hecha gofio de tanto que la he manoseado. ¡Menudo viajecito! Esto se ha movido tanto que vengo agarrado al reposabrazos desde el aeropuerto de Los Rodeos, y no me extrañaría nada haber hecho un hueco con los pies en el suelo. He sudado de los nervios como en toda mi vida. No negaré que he agradecido que la ceniza y las nubes me eviten la imagen aérea del volcán. Menos mal que las azafatas son las más amables que surcan el cielo y vienen pendientes de todos durante el corto trayecto. Tendré que meter el chocolate en la nevera al llegar a casa, porque esta ambrosía no se puede desperdiciar.

Aunque ya tomamos tierra, me cuesta unos minutos centrarme. Me seco las manos en el pantalón y me concentro. Por mucho que corra, no llego antes de la emisión, así que tengo un par de horas para ponerle un poco de imaginación y cariño a lo que quiero hacer. Poco a poco, va tomando forma en mi cabeza.

Mientras espero el taxi que me lleve a casa, llamo a los padres de Catha. Salvo que recuerde mal, en la casa de la abuela de Tana debe haber un patio trasero con unos sillones y muchas plantas, así que les pregunto si me dejan utilizarlo esta noche y, desde que les digo que es para hacerle un mimo a Fa, no me ponen ningún problema.

Me comprometo a pasarme lo antes posible a preparar todo para que puedan acostarse temprano. Mientras les detallo lo que necesito, llego a casa. Le doy un beso a la abuela y a Airam y voy disparado a la habitación. En la casa de El Paraíso tenía un proyector; sin embargo, voy a tener que contentarme con el portátil. Prometo que no haremos ruido y cuelgo. Tengo que concentrarme: la sorpresa me va a quedar rudimentaria, pero confío en que sea efectiva.

—Abuela, me voy corriendo para Tajuya; volveré tarde, nos vemos mañana y hablamos, ¿vale? —le digo mientras la beso en la frente, como sé que le encanta.

—¿Así, tan rápido, mi niño? Espero que tenga algo que ver con mi chica favorita.

—Todo que ver, abuela. —Le pico el ojo.

—Tío, Nau, valiente calzonazos. ¡Da penita verte, disimula un poco, por favor!

—Ya te veré yo igual, hermanito, y me pienso reír a tu costa lo más grande —le digo mientras le doy un coscorrón—. ¿Alguno sabe qué bazar está abierto a esta hora?

—El de la avenida El Puente. ¡Pero no me seas cutre, Nauzet! ¡No pretenderás ganártela con un regalo de bazar! Mijo, ¿tú no ibas a Tenerife a cobrar un trabajo? Si necesitas dinero, yo te lo dejo.

—Confía en mí, abuela.

Salgo pitando a coger el coche y me enfilo hacia la tienda a comprar un buen montón de guirnaldas de lucecitas blancas. Después de media hora de conducir y repasar en mi cabeza todo lo que quiero hacer, paro en la gasolinera de El Paso y compro un cargamento de fresitas de pastilla de goma y todas las flores que tienen: un montón de crisantemos lila que, la verdad, están mucho más bonitos que lo que pensé que iba a encontrar a estas horas.

Aprovecho para llamar al restaurante Franchipani y encargar un repertorio de mis platos favoritos. No sirven comida para llevar, aunque, como me conocen y les digo que es para Famara, de *Una hora menos*, se ponen enseguida manos a la obra. No voy a negar

que me enorgullece lo agradecido que está todo el mundo con el trabajo que están haciendo las chicas.

En apenas diez minutos estoy por allí y espero en una de las mesitas de la terraza mientras tomo una copa de vino Tamanca, que me encanta, y disfruto de la bonita estampa del mar en el horizonte. Les pido que añadan una botella para el evento, que es como llamo en mi cabeza al nido de ideas que tengo intención de poner en marcha.



Dejo todo enjaretado para recogerla, justo a tiempo. Llego a la plaza de Tajuya y la veo retransmitiendo; no puedo evitar ponerme muy nervioso. Me siento en el suelo, en un lado, apoyado en la pared; curiosamente cómodo con el colchón de ceniza que me amortigua. La contemplo y sonrío con libertad: nadie me observa y ella no se ha dado cuenta de que estoy aquí, así que no tengo razones por las que disimular.

¡Es tan inteligente! Es bonita, simpática, buena… A veces creo que la vida me la ha enviado para compensar tantas cosas terribles que suceden a mi alrededor. Luego veo lo egoísta que es ese pensamiento y lo descarto, porque ella también sufre mucho con todo esto y no merece pasar por ello solo para que yo esté feliz.

Me fijo de forma detenida. Hoy ni siquiera se ha puesto máscara de pestañas. Tiene los ojos irritados; la voy conociendo bien y sé que, como bien anticipó Tana, mi niña ha estado llorando.

Termina la conexión, me levanto y sacudo los pantalones. Me acerco despacio y dejo que me descubra mientras pone en marcha

su rutina diaria de deshacerse de los cables y el micro. Tiene aspecto cansado y, a la vez, es la mujer más bonita del mundo. Me descubre y me sonríe, aunque no me parece que el brillo le llegue a los ojos.

—Oh, ¿qué haces aquí? ¿No volaste a Tenerife?

—Hola, mi niña. Sí, pero no se me ocurrió mejor forma de celebrar el éxito de la exposición que venir a verte. —Le pico el ojo y me acerco a darle el beso de rigor en el cachete.

—Pues estoy agotada, Nau. Hoy es un día un poco triste para mí, no veo la hora de llegar a casa.

—¿Me dejas que te lleve?

—Tengo el coche aquí. Si lo dejo, mañana será un lío para volver.

—Si me dejas las llaves, yo me encargo de eso. —Me mira extrañada, rebusca en sus bolsillos y me tiende las llaves.

—Dame un minuto.

Enseguida localizo a Arure, que está pendiente de todo; ya la puse al día de mis intenciones, así que, casi sin palabras, le extiendo las llaves y vuelvo deprisa al lugar donde quiero estar. Ella y Catha se encargarán de que mañana por la mañana el coche esté en la puerta.

—Todo listo, señorita. —Le ofrezco mi brazo a la antigua usanza —. ¿Me acompaña?

—¡Miedo me das!

Sonrío y le doy un paquete de fresitas.

Vamos en silencio hacia mi coche. Dejamos atrás la plaza, que ahora tiene algo así como una doble vida. Es un plató de televisión hasta esta hora, sobre las doce de la noche, en que el programa de las chicas, el último que se emite, apaga los focos y las cámaras. Entonces vuelve a ser un mirador, atestado de curiosos que se mantienen en vela toda la noche, para observar el diablo desde la seguridad que da la distancia y para aprovechar cada minuto de su visita.

En el coche escuchamos a Heilung, un grupo folk nórdico, con

Anoana, y nos dejamos transportar a lugares más fríos, con las ventanas abiertas y el aire en los rostros. Aparco, apago el motor, abro la puerta.

—Aquí hay gato encerrado. ¿A dónde crees que vas?

—A acompañar a la dama al castillo, por supuesto. No sé qué peligros podrían acecharla ahí dentro.

—Me parece a mí que aquí el único peligro que hay eres tú.

—No le falta razón, señorita, ¿entramos?

Sonríe, niega con la cabeza y nos bajamos. Llegamos a la puerta. El corazón me late desbocado y me sudan las manos. No paro de soplar el flequillo; es un tic que me da con los nervios. Me cuesta no tocarla, no cogerla por la cintura, no intentar besarla. Sin embargo, la intención de todo esto es mejorar su día, y eso, estoy seguro, no lo haría; así que me concentro en no traspasar las normas que ambos hemos aceptado.

La música que escuchábamos en el coche nos llama desde el interior de la casa. Me mira de nuevo. Seguimos en silencio y dirige sus pasos hacia el patio. Cuando me fui no estaba tan oscuro. El efecto de las luces, las flores y la música, ahora, he de admitir que es una pasada.

—¿Tú has hecho todo esto? —Me mira y sé que está un poco asustada—. Nau, sabes que yo no quiero…

La interrumpo.

—Eh, no te imagines nada más que lo que ves, Fa. Sabía que hoy era un día difícil para ti y solo pretendo mejorártelo. Tome asiento, señorita. Bienvenida al cine de Los Llanos. Hoy, en cartelera, un corto del director Tanausú Drago. Espero que disfrute nuestro menú.

Entonces destapo la mesa lateral con las croquetas de pescado, las ensaladas, los deliciosos quesos… y sirvo dos copas de vino. Le tiendo una a Fa y la invito a brindar.

—Por las nuevas playas que descubriremos juntos.

Su cara se entristece y, pese a eso, sonríe. Acerca su copa a la mía.

—Y porque todo termine pronto, Nau. Los Guirres ya no existe. —Le tiembla la voz—. No sé si puedo aguantar mucho más.

Chocamos nuestras copas y confío en que la vida nos regalará lo que necesitamos, de alguna manera. Quiero abrazarla, aunque no lo haré si ella no se acerca primero, así que le sirvo de todo un poco y le ofrezco el plato. Coloco el ordenador, bajo la música poco a poco hasta que desaparece, y la sonrisa de cinco niños totalmente cubiertos de arena negra toman la pantalla. Son todo dientes y ojos: felicidad de verano.

Me siento a su lado y le doy al «play». Suena *El final del verano*, de El Dúo Dinámico. Nuestro amigo es todavía más viejuno con la música que yo. Se suceden las imágenes y los vídeos cortos. La voz de Tana cuenta anécdotas del grupo, y yo descubro a una niña sonriente que es puro hueso y granitos en la frente y que, foto a foto, se convierte en la bonita mujer que tengo al lado. Tan cerca y tan inalcanzable.

No puede evitar llorar a la vez que sonríe.

—Ven aquí, anda, que no voy a meterte mano.

Sonríe, deja el plato sobre la mesa y se acurruca a mi lado. Le paso el brazo por los hombros y doy gracias a Tana por su generosidad con todo mi corazón.

Termina la composición y aquí está la prueba de fuego. No quiero que haga nada que no quiera. En realidad, me lo pone fácil enseguida.

—Nau.

—Dime.

—No quiero que te vayas. ¿Tienes alguna película en el ordenador?

—¡Por supuesto!

Pongo *Interstellar* y me siento el hombre más afortunado de la isla. ¡Qué digo! Del universo. Con su cabeza en mi regazo y mi mano en su pelo. Intento no hacer ruido ni para coger aire, temo que cualquier cosa rompa la magia. En un rato siento su respiración

acompasada y sé que se ha quedado dormida.

Pauso la película y me giro con cuidado para poder tomarla en brazos. La llevo despacio a su habitación. De forma instintiva, se ha cogido de mi cuello y reposado la cabeza en mi hombro. Estoy seguro de que tengo la cara de pibe feliz más brillante de la historia.

La dejo sobre la cama. Sé que pronto estará incómoda con la ropa y, aunque la he visto desnuda, y la recuerdo muy bien, no quiero que mañana se despierte sin saber si aproveché todo esto para algo que no debía. Por ello, cojo la manta de la cama de Catha, que no va a venir a dormir, y la tapo con mimo. Dejo otra bolsa de fresitas sobre la mesa de noche, la beso en la frente y salgo sigiloso.

Recojo los restos de la cena y el ordenador y lo guardo todo en el maletero del coche. Dejo las flores, las luces y las golosinas para que Daida se lleve una alegría mañana al despertar.

Cuarenta minutos me separan de mi destino en Santa Cruz. Hago el trayecto de forma instintiva; no voy en absoluto centrado en lo que debo: tengo esa maravillosa sensación de misión cumplida; voy flotando.

Capítulo 16

Villa de Mazo, isla de La Palma
Martes, 16 de noviembre de 2021

Famara 🎤

Cuando vives en las islas y tienes el privilegio de poder permitirte salir, asumes que un tiempo importante de tu vida vas a pasarlo entre las nubes. Dicho así, suena bucólico; la realidad es bastante más compleja. Hoy cogemos dos aviones para poder llegar a tiempo a la gala.

Esta noche no habrá programa, nos cubren los compañeros del especial de fin de semana, así que hemos dormido todos en Los Cancajos para estar temprano en el aeropuerto. Nuestro primer vuelo sale a las ocho.

Somos un grupo numeroso: de nuestro programa vamos Ancor, Hara, Victorio, el presentador, y Arure como regidora, acompañada por Catha. También viene Javier Sánchez, que dio la noticia en

directo desde el Cabildo el día de la erupción, además de los compañeros que ponen rostro a las conexiones de la mañana y algunos de los presentadores principales de la cadena, que se nos unirán en Tenerife.

Nos acompañan novios, hermanas, esposas… nadie quiere perderse el gran evento. Parecemos un viaje de fin de curso de instituto, excepto en el rango de edad, cargados con nuestras sonrisas, nuestros nervios y nuestras voces demasiado altas. Ojalá celebrásemos también un final; lamentablemente no es el caso. Y, pese a todo, también merecemos celebrar, así que aquí estamos, con los forros de nuestros trajes bien tiesos, porque nuestra hora de aterrizaje no da margen para planchados de último momento.

Nau está alegando con la gente, sonriente y, no lo puedo negar, monísimo. Se esfuerza por no agobiarme y, la verdad, lo hace muy bien. Ha logrado mantener ese ambiente entre nosotros en el que, aunque sabemos que nos gustamos, preferimos proteger nuestra amistad. No voy a negar que muchas veces, como ahora, con ese vaquero gris y ese suéter verde de cuello vuelto, que le destaca tantísimo los ojos, no me planteo acorralarlo en un rincón y ponerlo en un aprieto; sin embargo, sé que es mejor así. Si es mi amigo, lo tendré toda la vida, y sé que Nau vale la pena.

—Voy a llamar al servicio de limpieza —me suelta Catha por detrás; no la he oído llegar—. Se está formando un charco a tus pies que, agüita, mi niña… ¿Baba, quizá?

—Confirmado. Pero habla bajito, anda.

—Sí, porque a lo mejor queda alguien en La Palma que no sepa que mi mejor amiga está hasta los huesos por «el guiri».

Comienza el embarque de nuestro avión; Catha se va con Arure y, ahora sí, Nau se coloca sonriente a mi lado. Lo noto nervioso.

—¿Todo controlado?

—Sí, claro. —Se toca la nuca, clara señal de que no.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí. Bueno, más o menos. Volar no es mi actividad favorita.

Descuida, estaré a la altura. —Me pica el ojo.

—¿Eso era un chiste?

—Malo, ¿no? —Se pone colorado.

—¡Qué va! —Me da penita—. Es solo que me cogiste desprevenida.

Dejamos las maletas en los compartimentos superiores, nos sentamos y colgamos los trajes en los ganchitos del sillón.

—Ya veremos cómo nos embutimos en el próximo vuelo. ¡Qué ganas tengo de poder ir así de cómodo a la Península!

Nau me ha cedido la ventana y no para de darle vueltas a la ambrosía que nos han entregado al embarcar.

—La vas a destrozar.

—Sí, siempre me pasa en el avión. ¿Querías comerte esta también?

—No, no; aunque sería un enorme desperdicio que no la aprovecharas. ¡No nos van a dar más hasta mañana!

—Tendré que cuidarla, me tiene que aguantar el ritmo también en el próximo vuelo.

El avión despega y, hoy, desde el aire, la visión del penacho del volcán es espectacular; aterradora. Nau posa su mano sobre la mía, entrelaza los dedos y clava con fuerza los pies en el suelo.

—Hoy es un día para disfrutar; olvídate de eso —me dice.

Afirmo con la cabeza y me apoyo en su hombro.

En apenas veinticinco minutos entramos por la costa de Tacoronte y vemos a la derecha el litoral escarpado, con su escondido arenal negro. A continuación, giramos y tenemos de frente el majestuoso Teide, observándolo todo. Siento un escalofrío.

—No lo habías visto tras la erupción, ¿verdad?

—No, y… No sé, me cuesta mirarlo con los mismos ojos. No sé si podrá volver a ser mi «Padre Teide» de nuevo. Nunca fue un padre al que tuviera miedo, pero ahora no quiero imaginar qué nos pasaría si se despierta.

—Lleva mucho tiempo dormido, confiemos en que siga así.



El siguiente vuelo se nos hace largo. Leemos, dormimos, jugamos al ahorcado y, por fin, llegamos a Barcelona y al sencillo hotel en el barrio Gótico en el que vamos a quedarnos.

No tenemos mucho tiempo disponible, el justo para ubicarnos y arreglarnos, porque pasará una guagua a recogernos. Nau y yo tenemos una pequeña habitación compartida. Sé que es ridículo; sin embargo, la situación, de entrada, me da un poco de reparo. La bobería me dura pocos segundos porque él se ofrece a cambiarse en el baño.

Para la ocasión, me envuelvo en una preciosa falda larga de tul verde botella con volantes multicapa, más corta de delante para enseñar las preciosas sandalias doradas con taconazo, y una blusa sencilla ocre, muy masculina y favorecedora con mi piel morena. Me maquillo bastante, ahumando los ojos y añadiendo ese topo dorado en el lagrimal que Catha me ha enseñado a hacerme y que tan bien me queda. Un moño bajo, despreocupado. Guardo el móvil, la llave de la habitación, un pequeño monedero y la barra de labios en una discreta cartera dorada.

Se abre la puerta del baño y sale el hombre de mis sueños. ¿Para qué voy a llamar de otra manera a este tío moreno de ojazos verdes que me mira a través de las ondas negras que le caen sobre los ojos? Lleva un traje espectacular azul noche que le sienta como un guante y, sobre sus largas manos, asoman unos gemelos de oro con la forma de La Palma.

—Estás preciosa.

Me sonríe embelesado. Sé que el pulso se le acelera porque el mío también lo hace y ninguno puede despegar la mirada del otro. Su perfume, que me recuerda al olor del cuero, lo invade todo.

—Tú tampoco estás mal, guiri.

—¿Alguien quiere quedarse sin su regalo?

—¿Tengo un regalo? ¡Nada de guiri!

—Ven aquí, mi niña.

Me tiende la mano y me gira. Yo me dejo hacer y siento una cadenita de oro posarse en mi escote como una mariposa. Levanto la vista hacia el espejo: es la preciosa silueta de un Enano de La Palma, el emblema de la Bajada de la Virgen. Las fiestas atraen a miles de palmeros, incluidos los que viven en América, para los que esa visita cada cinco años es incuestionable.

—Muchísimas gracias, Nau. Es perfecta.

Apoya la barbilla en mi hombro y me coge de la cintura por detrás. Mi respiración se acelera y no sé si tiene sentido disimular, porque ambos sabemos lo que sentimos.

—Vas a ser el invitado más fotografiado de la fiesta. —Intento rebajar la tensión.

—Como diría doña Remedios: «Bonita pareja».

—¡No te vengas arriba, campeón, y vamos a recepción o se nos va a escapar la guagua!

Definitivamente, hay turistas celebrando despedidas de soltero en las piscinas de El Puerto de la Cruz, en Tenerife, con más saber estar que nosotros. Será porque llevamos casi dos meses de penas y angustias, que los nervios nos hacen a todos reír sin sentido y a algunos, incluso, reír mientras lloran. El caso es que montamos un tenderete que el chófer no nos ha dejado por el camino de purito milagro.

El triste horario de invierno nos acoge con oscuridad en esta ciudad siempre rebosante de vida, luces y tráfico. Al llegar al Teatro Coliseum, los nervios transforman la risa en tensión. Nunca he

estado en un acto tan importante. Confío en la educación que me transmitió mi abuela y espero estar a la altura.

Nau no me suelta la mano, y yo se la sostengo con firmeza; sé que no me va a dejar caer.

—Tranquila, mi niña. Estás aquí por el maravilloso trabajo que haces cada día, y hoy también lo vas a bordar. Estoy muy orgulloso de ti.

Se me empañan los ojos. ¡Es tan bonito sentir lo feliz que está por mí!

Nos bajamos y comienzan los destellos fotográficos. Casi parece que se ha hecho de nuevo de día. Sonreímos entre lágrimas. Aprieto la mano de Nau porque sé que él también se apoya en mí para hacer frente a un espacio con tanta gente. Alucinamos con el elenco tan espectacular que nos rodea: Carles Francino, Pablo López, Aitana, Iñaki Gabilondo, Jordi Évole, Javier Cámara… Da vértigo mirar alrededor. Algunos de los periodistas presentes son mis modelos a seguir.

La marea nos desplaza y, sin darnos cuenta, estamos todos frente a la lona, ¡posando para las cámaras!

Al decir «todos» me refiero a todos, acompañantes incluidos; somos un montón. Cuando el cámara hace su magia, gritamos: «¡Todos somos La Palma!», y el público que está tras las vallas para ver caras famosas se vuelve loco a aplaudir y nos hace sentir parte importante de todo el despliegue.

A los premiados nos sientan en una zona de fácil acceso al escenario, y el resto de los invitados pasa a ocupar sus asientos en la platea. Nau apenas me roza la frente al depositar un beso que es como la caricia de una pluma, me sonríe y me aprieta las manos antes de seguir a los demás.

Respiro profundo y me concentro en hacer bien aquello por lo que hemos venido hasta aquí. Catha y yo nos sonreímos: somos representantes de nuestra gente y debemos hacer todo lo que podamos para que, cuando el diablo se duerma y las cámaras se apaguen, no los olviden.

La voz de mi admirado Carles Francino me saca de mi concentración:

—El Premio Ondas a la mejor emisión por emisoras o cadenas no nacionales, a la Televisión Canaria por su cobertura relacionada con la erupción del volcán de La Palma.

¿Qué ocurre durante los siguientes minutos? No lo sé bien, estoy como si flotara en una nube. Con las luces apenas veo al público; la ovación y los aplausos me sobrecogen. Victorio toma la palabra en nombre del grupo y recuerda que el premio es para una isla de tan solo ochenta mil habitantes, que hoy continúa siendo sacudida, que llora a sus siete mil evacuados, dos mil quinientos de ellos para siempre sin su hogar.

Nos piden que no nos bajemos del escenario y Carles anuncia:

—Premio Ondas al mejor programa especial a los servicios informativos de La Ser en Canarias.

Nuestros compañeros de la radio local se incorporan al escenario; hay abrazos, llantos. A estas alturas, creo que he perdido la compostura por completo, aunque estoy segura de que mi abuela seguiría estando muy orgullosa de mí.

Nos fotografiamos todos juntos y ellos, de nuevo, dan voz a la importancia que tiene compartir esta terrible historia dando voz a lo concreto, cuidando el detalle y haciendo las cosas dedicándoles el tiempo y el mimo que requieren; como hacen los palmeros.

El resto del evento pasa volando; la tensión se ha evaporado y ahora solo nos queda la adrenalina. Pasamos a un sencillo cóctel muy espacioso. Durante el acto, el público ha llevado mascarillas; no he sido consciente casi hasta ahora. Los días encerrados en casa mientras esperábamos el parte diario de la pandemia parecen muy lejanos. Tras ellos, nuestras vidas han cambiado tantísimo que hemos normalizado acciones que hace apenas unos años nos hubieran parecido una auténtica locura.

Todo el grupo de la tele brindamos con champán, y al comenzar a formarse los primeros grupitos, se acerca a mí un hombre de unos cuarenta y tantos y me llama por mi nombre. La tensión vuelve a mi

cuerpo, me siento envarada. No hace falta que se presente para saber quién es.

—Buenas noches, Famara. Mi nombre es José Alfonso Reguera, de Radio Televisión Española. —Me tiende la mano.

Se la estrecho mientras busco a Nau con la mirada, nerviosa.

—Encantada de conocerle por fin en persona, José Alfonso. —Sonrío más tranquila porque siento una mano apaciguadora que roza mi cintura.

—Lo que decidas estará bien —me susurra Nau al oído.

—Pero me da miedo irme sola —contesto en el mismo tono.

—Si decides ir, no vas a estar sola. —Entonces sube su tono de voz, como si se despidiera de mí—. Claro, nos vemos en un rato; hasta ahora.

Me aprieta fuerte la mano mientras se aleja y, despacio, hago acopio de todo el aire de la habitación.

—Bien, José Alfonso, tenemos una conversación pendiente, ¿cierto?

—Le hemos hecho una generosa propuesta y nos gustaría saber si está usted interesada.

—La incorporación quedaría supeditada a la finalización de la erupción, ¿verdad?

—Sí, estamos de acuerdo en aceptar esa condición; pero, una vez eso suceda, que deseamos que pase lo más pronto posible, tendría usted que trasladarse inmediatamente a Barcelona para incorporarse al equipo.

—Creo que no habría ningún problema con eso.

—¿Tiene alguna duda con las funciones que esperamos de usted? ¿Quizá con las condiciones que le hemos ofrecido?

—No, en nuestra última conversación quedó todo muy claro y me parece un proyecto muy atractivo; no le negaré que es una oportunidad brillante, y tengo algo de miedo de no estar a la altura.

—Famara, no proponemos contratarla para una función de

prácticas. Es un puesto de carrera, y se lo ofrecemos de forma directa porque ya conocemos en profundidad su trabajo; la hemos seguido de cerca. Ha demostrado, estos últimos meses, que es capaz de desarrollar con creces el servicio que esperamos de usted. Solo necesitamos que se decida.

Busco a Nau con la mirada. El resto del local, para mí, no existe. Está al final de la sala, solo, con las manos en los bolsillos, sin dejar de mirarme; así que conectamos en cuestión de segundos. Me sonríe y afirma con un leve movimiento de cabeza. La autoconfianza que siento me llena de paz y sé con claridad lo que quiero hacer.

—Sí, José Alfonso, acepto su propuesta. ¡Espero cumplir sus expectativas!

Me estrecha de nuevo la mano, esta vez con las dos.

—Magnífico, Famara, permítame darle la enhorabuena. Como decía siempre el primer jefe que tuve en televisión: «Bienvenida a primera división».

—Muchísimas gracias, de verdad; todo esto es como un sueño.

—Pues aprovéchelo, bastante pesadilla está viviendo usted ya. La dejo para que disfrute con sus compañeros. Tendrá noticias nuestras en las próximas semanas para realizar las gestiones necesarias.

Tan rápido desaparece José Alfonso como tengo a Nau de frente. Me levanta de la cintura y me da vueltas y vueltas. Reímos, y a mí se me escapa una lágrima, que él me retira con un beso. Lo miro a los ojos y, al dejar de girar, apoyo la frente contra la suya y lo beso suavemente en los labios.

Permanezco así, quieta, feliz, temblando entre sus brazos; disfrutando de estar donde quiero estar. Siento que, poco a poco, el reto que me propuse con diecisiete años llega a su fin y que he conseguido construirme a mí misma. Soy la mujer que siempre he querido ser.

—¿Se puede saber qué más están celebrando ustedes dos? —Oigo a Catha a mi espalda.

Me giro radiante y rompo el momento íntimo que, sin darme

cuenta, creé.

—¡He dicho que sí, Catha! ¡Voy a trabajar para *Comando actualidad*!

—¡Esa es mi niña! ¡Por fin echas a volar!

Se me lanza encima y nos abrazamos, saltamos, lloramos. Es mi hermana del alma.

—Te voy a echar de menos.

—¿A mí? De eso nada, pienso venir a darte la murga cada vez que pille tres días libres seguidos.

—¿Me prometes que lo harás por mí?

—Te prometo que lo haré, pese a ti —se ríe.

Capítulo 17

Barcelona
Miércoles, 18 de noviembre de 2021

Famara 🎤

La música está a tope y la adrenalina y el sudor nos envuelven. La mayoría, incluidas Catha y Arure, han vuelto al hotel porque mañana quieren madrugar para hacer un poco de turismo antes de volver al aeropuerto. Sin embargo, un selecto grupito hemos decidido terminar haciendo cola para quemar el resto de la noche en Razzmatazz; todo un clásico.

El olor del hielo seco, el sudor, las luces ondulantes, los cuerpos apretados… Grito la pegadiza *Beggin*, de Måneskin, aunque no me escucho ni a mí misma. El ambiente se carga y mi corazón bombea al ritmo de la música; es ensordecedor. Bendita locura. ¡Cómo me hacía falta un tenderete!

Nau al principio estaba un poco tenso, pero ya se ha soltado.

Vuelve con otra ronda de ron Arehucas con limón; he perdido la cuenta. Una suerte encontrar nuestra bebida de cabecera en cada rincón del país. Ha dejado la chaqueta, el chaleco y la corbata en el vestidor y está completamente despelujado. Espero saber controlarme porque ahora mismo le haría un montón de cosas; casi todas contra la pared. Está tremendo, yo lo sé y todas las chicas de nuestro alrededor también lo saben.

Hemos perdido al resto de la resistencia, es posible que ya se hayan marchado. Yo salto descalza; Nau tiene mis sandalias enganchadas en la muñeca. No aguanto el dolor de pies. ¡Estoy a tope!

«Un beso de improviso… Te quiero y no lo digo… Y no sé si decirlo, tal vez sea el destino, es como un *déjà vu* que se repite sin querer». ¿Y cómo no vamos a mirarnos profundamente a los ojos con esta letra? ¿Cómo no vamos a dejar de saltar de repente y dejarnos mecer como si, en realidad, sonara una balada?

Siento sus labios calientes en los míos, el corazón galopante. Todo el cuerpo me hierve porque no deseo más que sentir su lengua abrazando la mía mientras me estrecha contra su cintura y yo termino de despeinarlo, dejándome llevar.

Cuando nos separamos, nuestras respiraciones están a tope y yo estoy tan mareada que me cuesta tenerme en pie. Me coge de la mano y tira de mí. Ha dicho algo, aunque no tengo ni idea de qué. Me dejo llevar porque hoy quiero hacer lo que me dé la gana y eso, sin duda, incluye relajarme y dejarlo hacer.

Recoge nuestras cosas en el vestidor y me compra unas lonas que venden allí mismo. Grito un «¡hurra!» para el que tuvo esta idea de negocio magistral. Me las calza mientras se ríe, me enfunda en su chaqueta y enfila la calle.

—No pensarás en volver andando, ¿verdad? —le digo mientras lo beso de nuevo.

Apoya su frente en la mía y sonríe.

¿Se ha hecho de día? Ah, no, es él, que resplandece.

—Me parece que aquí hay una personita que necesita que le dé

un poco de aire. Dios sabe que me va a costar no seguirte el rollo, pero tú y yo vamos a dar un paseo hasta el hotel.

Saca el móvil y consulta el Google Maps. Veo de reojo la pantalla y la línea azul que se dibuja se me antoja larguísima.

—¡Guiri, no! ¡Eso está muy lejos, tengo los pies destrozados! Anda, vamos en taxi. O lo cojo yo y te dejo aquí plantado. —Me río porque los dos sabemos que ahora mismo no puedo ni parar un taxi sola.

—Venga, vamos a hacer una cosa: cogemos un taxi hasta la catedral, damos un paseo por el barrio para despejarnos y ya luego vamos a la habitación. ¿Es este plan más de su agrado, señorita?

—Sí, así sí.

Y me cuelgo de su brazo porque ahora mismo lo único que quiero es disfrutar de su olor. Que sí, que el aroma a cuero está mezclado con el del sudor y el alcohol. Para qué engañarme, es que me parece que huele de maravilla; alguien debería embotellar este olor. ¿Le acabo de lamer la nuca?

—Venga, mi niña. —Me ayuda a subir al taxi y se incorpora por la otra puerta—. *Bona nit*.

—*Bona nit. On us porto*?

—Uy —me río—. ¡A ver cómo le contestas a eso!

—Si nos puede dejar lo más cerca posible de la catedral, por favor.

—Por supuesto. La *noia* parece que no puede dar un paso más esta noche, ¿eh?

—Sí —dice mientras me acurruco en su hombro y sigo la conversación intentando no perder pista—. Digamos que tenía mucha falta de desconectar.

—Eso dice él; yo estaba disfrutando y me ha sacado a rastras, caballero.

—Por el acento, sois canarios, ¿verdad?

—No podemos disimular, ¿eh? Venimos de La Palma.

Yo me arranco a cantar la canción de *La negra Tomasa*, porque me pongo sensiblera y esa melodía siempre me transporta al carnaval de Los Indianos en mi preciosa isla, que es el mejor carnaval del mundo, digan los chicharreros lo que digan; eso lo sabe cualquiera.

—Disculpad que me entrometa, es que me suena la cara de tu amiga y, al decir que venís de La Palma, ¿no será la *noia* de la Televisión Canaria que sale en el programa de la noche transmitiendo la erupción?

—¿Ves, Nau? Soy suuuuuuuuuuuuuuuper famosa.

—Sí, mi niña, super.

Se parte de la risa, no lo entiendo. ¿Soy o no soy famosa? A las pruebas me remito.

—Sí que lo es. No se lo tenga usted en cuenta. Lleva dos meses trabajando como una leona y la celebración de hoy se nos ha ido un poquito de las manos.

—Tengo un Ondas, ¿sabe? ¡Y un contrato con *Comando actualidad*! Ahora a ver quién se lo dice a mi madre, pero esos son problemas de la Famara del futuro, claro; ahora solo quiero bailar. ¿Vamos a bailar?

—Claro que sí, a bailar en la catedral. Mira, ya hemos llegado.

—¡Chachi, no conozco el local, hacía mil que no venía a Barcelona! ¡*Bona nit*, caballero!

—*Bona nit*, ¡que lo paséis muy bien y, enhorabuena por ese premio, te lo mereces!

El taxi debe ser un coche muy moderno, porque me cuesta la vida bajarme; el suelo sube y baja y hace que se me trabe el pie. Deberían revisar eso.

—Vamos, anda, a ver si con un paseo se te pasa el vacilón que llevas.

—Si te gusto igual, no mientas. Y ya has visto que soy un buen partido: ¡soy famosa!

Sostiene mi peso y me da un suave beso en los labios. Nada que

ver con el que yo quiero darle; aunque, antes de que sea capaz de coordinar los brazos para atraparlo, se me escapa.

—Pues claro que me gustas igual, boba. ¿Todavía no te has dado cuenta de que me gustas de todas las maneras?

—Algo he notado —me río—. Aunque te tengo a raya. No veas cómo me cuesta, pero soy una máquina, ¿sabes? ¡Llevo años de práctica!

Paseamos entre las callejuelas. Me enamoro de los frutos del árbol de magnolia, de las paredes labradas y del pasadizo volado. Cómo me gusta este barrio.

—¡Mira, Nau! —le grito y señalo hacia arriba—. ¡Gáááááárgolas! ¡Me encantan las gáááááárgolas! ¿Podemos subir? Vamos a tocar, anda; seguro que nos dejan subir, porque tú estás muy bueno y yo soy muy famosa. ¿Quién podría decirnos que no?

—¿El cura? Anda, vamos, que estás peor de lo que pensaba.

Este chico hace magia. No es una opinión, a los hechos me remito: lo dice y, al instante siguiente, estamos en la habitación del hotel. Eso sí, en nuestra ausencia han debido hacer algo con la decoración, porque ahora está todo mucho más difuminado. Mañana lo comentaré en recepción, estaba mucho más bonito esta tarde; esta nueva decoración marea bastante.

Juraría que… ¿Nau me está quitando la falda? ¡Esto empieza a ponerse interesante! Y… ¿me tapa con la manta?

—No, no, no, guiri, ven aquí, anda.

—Dame un minuto.

Y, vaya, ni un segundo tardó. Está ya en la cama y me mira a los ojos. ¡Cómo me gusta! Alargo mi mano hacia él y la atrapa con la suya. Me besa despacito, suave. Siento cómo todo mi cuerpo se eriza y me pego fuertemente al suyo.

—Nunca creí que te diría esto, Fa —suspira—. Vamos a dormir, ¿vale? No quiero que sea así; quiero que, si nos volvemos a acostar, te acuerdes de cada detalle al despertar por la mañana.

—Muy seguro de ti mismo estás si crees que tendrás otra

oportunidad, Naucito. Hoy es solo porque estamos de celebración; no es porque estés tremendo ni nada.

Y me acerco para besarlo de nuevo. Se deja hacer, pero en cuanto acerco mi mano a su sexo, la retira.

—Te juro que me muero de ganas, Fa.

¿Tiene los ojos cerrados? De lo que estoy segura es de que se le ha puesto la voz ronca y… A ver, por lo que he palpado, también estoy segura de que sí tiene ganas.

—Un guiri puritano, lo único que me faltaba por ver. ¡Vaya mala suerte la mía! ¿Sabes qué? Tú te lo pierdes. Ya vendrás a pedir.

Me doy la vuelta. No soporto el sueño, los ojos se me cierran solos tras darle la espalda. Me parece oírlo de fondo, aunque no estoy segura.

—De eso estoy seguro, Fa. De que me lo pierdo y de que te voy a pedir.



El intenso olor a café me saca del sopor doloroso en el que me encuentro sumida. La cabeza me late y soy incapaz de abrir los párpados. De lejos, escucho voces con acento familiar. Entreabro los ojos, regañada por la claridad que desprende la televisión que tengo enfrente, y escucho a los vecinos que llevo meses acompañando hablar de un terremoto terrible.

—Tranquila, todo está bien en casa.

Giro muy poco a poco la cabeza y, pese a que me cuesta enfocar, distingo a Nauzet sentado en la cama con una bandeja de desayuno. Recuerdo que anoche me rechazó. ¡No creerá que va a arreglarlo

con un poco de café caliente!

No le contesto. Me siento despacio contra el cabecero e intento prestar mi atención en las noticias, que ahora son lo importante. Un terremoto de magnitud 5.1 ha sacudido de nuevo los miedos de mi gente. ¿Es que no solo no va a parar, sino que va a empeorar? Las imágenes de la devastación de Timanfaya nublan otra vez mi mente y sacudo la cabeza para espantar las ideas terroríficas que me regala mi imaginación.

Siento su mano acariciando mi hombro y, aunque quiero apartarme, lo dejo estar.

—Tranquila, mi niña. Todo está bien, te lo prometo. Come algo, te vendrá bien.

Lo miro seria.

—Puede que estuviera borracha, Nauzet, pero no he olvidado lo de anoche. ¿Crees que me vas a engatusar con el desayuno?

—¿En serio? —resopla—. Menudo despertar, Fa. Venga, no lo estropees. Lo hemos pasado genial. Dame una tregua, ¿vale? Solo intento hacer las cosas bien.

Me toma la barbilla y me levanta el rostro para que nuestras miradas se crucen. La bajo a la bandeja: pan con tomate, fuet y un café que grita mi nombre. Igual sí que se merece una tregua. Le quito la bandeja y doy un sorbo a la bebida caliente, que está deliciosa.

—Mmm… Puede que sí que te perdone.

—No esperaba menos de una chica tan famosa como tú.

Abro los ojos de golpe y un montón de destellos me azotan. Me echo las manos a la cara y me la tapo.

—¡Qué ridículo! Espero que ese taxista no lo vaya a contar por ahí.

Me retira el pelo para que no lo meta en la taza.

—Estabas muy graciosa, Fa. Lo pasamos muy bien. Cuando todo esto pase, quiero un montón de noches disparatadas contigo.

Lo miro y no puedo evitar sonreír. Se acerca lentamente a mí y sé

que quiere besarme. Lo freno con la mano y poso mi dedo índice en sus labios. Intento parecer pícara para restarle importancia al asunto.

—De eso nada, guiri. Te lo advertí, la oportunidad pasó.

Imposta una triste sonrisa.

—Voy a la ducha. En una hora nos recoge la guagua para el aeropuerto. Después recogemos juntos.

Asiento y lo veo desaparecer tras la puerta del baño. Por la postura de sus hombros, sé que está decepcionado. Yo también intento cuidarlo a mi manera. Me voy a venir a vivir a Barcelona; no quiero que nos rompamos el corazón. No lo merecemos ninguno de los dos.

Me centro en la televisión y me dedico a intentar calmar mi estómago y mi cabeza con una elevada dosis de grasa y azúcar, que espero de corazón que hagan su trabajo.

Aparto la bandeja, saciada. Mi mano corre por instinto a la cadenita que me regaló ayer Nau y la beso antes de que él salga del baño. Los Enanos. Hace ya más de un año que se suspendieron las Fiestas Lustrales por el coronavirus, así que pasarán otros cuatro hasta que los veamos bailar la polca de nuevo. Cruzo los dedos como cuando era niña, como si este simple gesto pudiera garantizarme que en 2025 los veré de nuevo danzar.

Capítulo 18

Tazacorte, isla de La Palma
Miércoles, 24 de noviembre de 2021

Nauzet 📷

La barca se mueve, el tiempo está desapacible, amenaza con llover. He venido con el dron al límite de la zona marítima de exclusión para sacar imágenes de las fajanas. Sí, digo bien: fajanas. Antes de ayer se formó la segunda en la zona de la playa de La Viña, más al norte que esta primera donde intento grabar ahora mismo.

Las grandes cantidades de ceniza no me lo ponen fácil. Pese a todo, la imagen del vapor en el mar, al ser tocado por la piedra incandescente, es hipnótica. No obstante, lo que llevo peor es el mareo que me provoca el vaivén de las pequeñas olas, que no me deja concentrarme en el trabajo. Ya no queda nada de la bonita playa de Los Guirres. Calculamos un crecimiento de media hectárea diaria de esta nueva isla baja, unas cuarenta y tres por el momento.

Parece que va a llover en cuanto nos descuidemos, así que traigo el dron de vuelta: hoy no me es posible hacer mucho más.

—Podemos volver, Amaluige.

—Mucho estabas tardando en darte por vencido. Rumbo a Tazacorte, entonces. ¿Tienes buen material?

—¡Qué va! Con esta ceniza no se puede trabajar.

—Cinco días lleva el aeropuerto cerrado, y mira que los militares se están aplicando, pero, niño, limpian un par de metros y, al darse la vuelta, está todo igual. ¡Y a peor va la mejoría!

—¿Y eso? ¿Por qué lo dices?

—¿No lo has oído? Mañana recomiendan no salir de casa y dejar hoy todos los sumideros, canalones y azoteas lo más limpios posible; se espera tormenta y, con la ceniza, parece que la cosa puede ponerse peligrosa.

—Necesitamos buenas noticias pronto, Amaluige. Empiezo a sentir la fatiga de todo esto.

—Pues si estás triste tú, con esa piba tan bonita que tienes, imagínate los demás. ¡Alégrate, hombre, que a ti el volcán te ha hecho un buen regalo!

—¡Qué perra les ha dado a todos con Famara! Qué más quisiera yo, pero qué va. —Sonrío sin ganas.

Nos despedimos en el muelle y pongo rumbo a Santa Cruz. Todo el trayecto con los limpiacristales activos, no por la lluvia, que aún es apenas un chipi-chipi, sino por la ceniza, que no deja de caer.

Me cruzo con un grupo de excavadoras y otras máquinas pesadas; las utilizan para limpiar las carreteras como si se tratara de quitanieves: ese es el nivel ahora mismo.

La bruma en la cumbre no me deja disfrutar del paisaje. Llego a Santa Cruz cansado, frustrado y, tengo que admitirlo de una vez, triste: la erupción no da tregua, ayer superó la de Fuencaliente. No hace más que batir marcas de las que ninguno nos alegramos. Y, siendo más egoísta, concretamente desde que volvimos de Barcelona, Famara pasa de mí.

No es que no me hable; no somos dos niños pequeños. Aunque ya no me escribe por las noches antes de dormir y, las veces que he ido a verla después de la conexión, enseguida se va a casa. Algo le sucede.

Sé que está cansada; sin embargo, estoy convencido de que hay algo más. No sé si es que estoy un poco cenizo, como el ambiente; no estoy acostumbrado a sentirme así.

Me acerco a la farmacia a comprar la medicación de mi abuela.

—Buenos días, Nieves. ¿Tiene el encargo de mi abuela?

—Ay, Nauzet, mi niño, ¡qué vergüenza con doña Remedios! Pues es que el avión que trae su medicina sigue sin entrar.

—¿Y los barcos?

—Pues eso mismito digo yo —refunfuña con los brazos en jarras —. Pero parece que a la farmacéutica le compensa más esperar a que abran el aeropuerto que adaptarse a lo que hay. Mira, te he separado esta pomada. No es lo mismo en absoluto, aunque la ayudará a sentirse mejor mientras llegan las pastillas que necesita.

—¿Quizá debería ir al médico por si acaso?

—Yo creo que por un par de días no pasa nada, mi niño. Ahora, si te quedas más tranquilo así, no lo dudes.

—No, Nieves. Si crees que puede pasar un par de días, esperaremos. Aquí la experta eres tú.

—Pues ve tranquilo a casa y mímala un poco, que seguro que, como está incómoda, andará un poco atravesada.

—Gracias, Nieves.

Salgo convencido de que, por una cosa o por otra, ninguno tenemos una buena semana.

El sonido seco al pisar la ceniza me acompaña por toda la calle Real. Transito con la capucha puesta y los hombros levantados, en un vano intento de evitar que la ceniza se cuele por los pliegues. ¡Hasta aquí llega, es increíble!

Ya está colocada la decoración de Navidad. La verdad es que no podría importarme menos. El año pasado la pasamos medio

confinados; este año, el volcán. Nunca me gustó cumplir años el día de Navidad, más allá de que mi padre pasaba el invierno con nosotros y eso era un regalo, y de que mi abuela se desvivía por tener unas fiestas entrañables. Según he ido creciendo, cada vez me cuesta más encontrar la magia.

Entro en casa y escucho a mi abuela rezongar.

—¿Con quién hablas, abuela? —La beso.

—¡Contigo! ¿Con quién va a ser?

—Pero si estoy entrando y se te escucha desde el rellano —le digo con sorna.

—Nauzet Heraldsen Bethencourt, no me vaciles, que, aunque me saques dos cabezas, todavía te saco la chola.

—¡Venga ya, abuela! Que los dos sabemos que me adoras.

—Sí, sí, anda, déjate de historias y dame las pastillas, que las hemorroides no me dejan vivir.

—Lo siento, abuela, siguen sin abrir el aeropuerto. Nieves te manda esta pomada.

—«Nieves te manda esta pomada». ¡Yo no necesito pomada, necesito mis pastillas! ¿Será posible que estos totufos no las manden en barco?

—Vamos, abuela, como dices tú siempre: «De donde no hay, no se puede sacar y, además, es imposible». Así que ve al baño, date una ducha y ponte la pomada. Yo mientras cocinaré algo y vemos la tele juntos un ratito, ¿te parece?

—¡Tú te crees que yo soy boba!

—Abuela.

—Ni abuela ni abuelo. Cocinar, dice. ¡Si vas a calentar en el microondas la cena que ha preparado Airam! ¡Y ves la tele conmigo solo por ver a la niña!

Menos mal que pone rumbo al baño. La pobre está insoportable. Me dejo caer en la silla y me río solo por no llorar. En realidad, tiene razón. En el poyo está la fiambrera con un cartelito que indica «Carne fiesta - 5 min» y unos vasos de cristal con otro que pone

«Polvito uruguayo - Del tiempo».

El agua templada obra el milagro y la abuela tiene mucho mejor humor cuando vuelve. Vemos juntos el despegue del Falcon 9, el primer cohete lanzado al espacio para desviar un asteroide.

—Cuando era joven, anotaba en una libreta cada hito histórico que vivía, me hacía sentir importante. En casa debió quedar, en alguna gaveta. Era ocre, con unas florecitas encarnadas.

—¿Y por qué no lo seguiste registrando?

—No sé, con el 23F se me quitaron las ganas y, después… No las recuperé. Podrías hacerlo tú y comenzar una libreta nueva.

—Me iba a salir de pena, abuela. Últimamente, solo vivimos momentos históricos tristes.

—Eso no es verdad, Nauzet —me corrige mientras me posa su delgada mano en el muslo—. Lo que pasa es que estos días estás alicaído. Es normal que estés cansado, hijo, pero tienes que remontar; tú no eres así. ¿Qué me dices del levantamiento del confinamiento? Eso fue un hecho histórico positivo.

—Yo hubiera apuntado la fecha del confinamiento, más bien.

—¿Ves? Estás apático perdido. Mañana te compro una Moleskine de esas que te gustan, donde Mary, y te pones manos a la obra.

Por un pacto no verbalizado, los dos guardamos silencio. Suena el soniquete de *Una hora menos*. El presentador, por una vez, comienza el programa diciendo que tienen una sorpresa, que parecen ser muy buenas noticias.

La conexión con la plaza de Tajuya se percibe diferente. Apenas se distingue que la persona bajo el paraguas, el chubasquero, las gafas y la mascarilla es Fa, que saluda como cada noche al que se ha convertido en el geólogo de cabecera de los canarios.

—Mira, Nau, ¡qué día tan feo! ¿Así has estado trabajando hoy, mi niño? ¡Si ni siquiera se ve el volcán con las nubes!

—Es también por la ceniza, abuela. Hoy caía una barbaridad y era muy difícil trabajar. ¡Qué fuerte! Es verdad, se ve la lava incandescente, aunque no se distingue la montaña.

—Shhh, a ver cuál es la buena noticia.

Y así es como nos enteramos de que la sismicidad, el tremor, la deformación del suelo y la emisión de gases, sobre todo el dióxido de azufre, están disminuyendo.

—¿Crees que podremos tener unas Navidades tranquilas, abuela?

—¡Eso parece, mi niño! ¡Qué alegría! ¿Por qué no traes una botellita de mistela que tengo escondida en la alacena? Está detrás de los productos de limpieza.

—¿En serio, abuela?

—Bueno, en algún momento iba a haber que celebrar. ¡A ver si el bicho se duerme de una vez por todas y no vuelve a despertar más nunca!

Traigo la botella y le sirvo el vasito de licor hasta arriba; se lo tiene ganado.

—Brindemos por eso, abuela.

—Ya verás, Nau. De aquí en adelante todo serán buenas noticias.

—Seguro que sí.

Mientras, con disimulo, cambio de canal, porque Famara ha comenzado a entrevistar a una premiada apicultora que nos cuenta cómo perecen sus abejas por el peso de la ceniza en sus alas. Según transmite, aunque se las haya llevado de la zona de exclusión por los gases y las altas temperaturas, no parece que la situación mejore. No quiero que decaiga el buen ánimo, así que pongo uno de esos debates que tanto le gustan.

Parece que también la pesadez se despeja en mí desde que las he visto sonreír: a mi abuela a mi lado y a Fa en pantalla. Puede que me lo haya imaginado, llevaba mascarilla; sin embargo, lo sentí así.

Con la mistela, la abuela se queda dormida en el sillón. Le quito la mañanita, la recuesto y la tapo bien con una de esas mantas hechas a mano que aparecen cuando más las necesitas y que nadie recuerda a qué generación de la familia pertenecía la mujer que la tejió.

Me voy a la cama y pruebo suerte de nuevo:

Nauzet: «Me alegro de que hayas sido tú quien diera la buena noticia. Ya queda menos ✨».

Pasa un buen rato, unos diez minutos en los que los tres puntitos vienen y van. Ya admito que no me va a escribir, cuando, sin embargo, lo hace.

Famara lagunera: «Sí, deseando que termine todo esto y poder contar alegrías».

Nauzet: «Imagino que tendrás muchas ganas de ir a Barcelona y comenzar tu nuevo trabajo ✈️».

La doble marca enseguida pasa a azul, aunque no indica «en línea» ni vuelven a aparecer los tres puntitos para nada. Sí, estoy convencido: algo le pasa.

Capítulo 19

El Paso, isla de La Palma
Jueves, 25 de noviembre de 2021

Famara 🎤

Los pacientes que requieren radioterapia van en ambulancia a Tenerife, en las bodegas de los barcos, porque los aviones no salen. Han establecido alerta naranja por lluvias y esta vez han acertado: el aguacero cae sin dar tregua. Las alcantarillas están bloqueadas porque el agua con la ceniza se ha transformado en una suerte de cemento. Los vehículos derrapan en las vías por la misma mezcla. ¿Y mantenemos la felicidad de ayer, de que todo va a acabar pronto y por eso compensa tanto caos? No, porque el volcán también parece haberse disparatado de nuevo.

Aumentan el tremor y la emisión de lava de forma abrumadora. Una nueva boca efusiva, de la que emerge roca muy líquida y a gran altura. Una nueva fisura con varias bocas eruptivas. Una antigua fisura que se reactiva con una colada rápida y líquida, que se sale

del camino trazado por sus predecesoras. Los especialistas lo llaman «pulso». Yo lo llamo agonía, golpe por la espalda, traición, hacer leña del árbol caído… Y esto no es lo peor.

La conexión avanza. Ahora mismo tengo la visión borrosa, la boca seca y tengo que entrevistar al párroco de Las Manchas, porque esta mala bestia ha entrado en el cementerio de Los Ángeles, arrasándolo. También se ha llevado consigo casi todas las casas de El Corazoncillo; maldito sea por toda la eternidad.

Las personas mayores recuerdan hoy, con magua, el paso del San Juan, que en 1949 respetó el Cementerio Mancomunado y el templo de San Nicolás de Bari. Pasó entre ambos, como símbolo de su caballerosidad. Sin embargo, este que tengo enfrente es cruel, hiriente y vengativo.

Cuando me avisan por el pinganillo de que vamos a conectar ya, sigo mareada y con ganas de vomitar. Saludo al párroco y apenas escucho su respuesta. Me falta el aire. Un peso enorme se posa en mi corazón; un peso tan grande como las rocas incandescentes que veo en la pantalla. Poco a poco, convierten en un fortín inexpugnable la zona de las tumbas donde descansa mi insustituible abuela. La manta de ceniza que la cubría no era suficiente para este engendro.

—Nuestros seres queridos no están en el cementerio; están en el corazón de cada uno. Sus restos, hoy, han sido sepultados por segunda vez.

Es lo último que escucho antes de romper a llorar en antena y echar por tierra toda mi profesionalidad. Lloro de forma tan desbordante y tan alto que ni siquiera escucho el rugir del volcán. Lloro por todo lo que no lo he hecho en los tres últimos meses. Lloro porque no sé vivir sin mi abuela y la echo de menos cada día. Lloro por todas las familias sin hogar. Lloro porque no sé si podremos salir adelante: seamos sinceros, por más que repitamos el «Todos somos La Palma», mañana habrá otra desgracia en otro lugar, y los que hoy nos apoyan nos olvidarán para llorar por otros damnificados más recientes. Lloro.

Cuando mi respiración vuelve a la normalidad, estoy sentada, apoyada en la pared de la iglesia, con el párroco a mi lado, y es Arure quien está terminando la entrevista. Me paso las manos por la cara. No me lo puedo creer. Nunca me había pasado algo así. Siento, de verdad, que no puedo más.

Ayer osamos soñar con unas Navidades sin fuego, y hoy él nos escupe nuestras ilusiones en la cara.

Termina la conexión, el clérigo se retira discreto, y Catha y Arure se sientan frente a mí, a distancia, como si les diera miedo tocarme y, a la vez, quisieran estar a mi lado, bajo la lluvia de agua y piroclastos.

—¿Llamaditas de atención a estas alturas, Fa? Muy feo —tantea Catha.

—Una cosa es que te vayas a la competencia y otra que nos boicotees el programa, ¿eh? —me pincha Arure.

—No tienen gracia.

—¿Cómo que no? Lo que pasa es que no sabes apreciarnos. No, en serio, ¿necesitas algo?

—¿Que toda esta mierda termine de una puñetera vez, Catha?

—¡Eh, esa boca!

Lloro de nuevo y me río a la vez. Estoy agotada.

—Necesito descansar; escapar de todo esto.

—Hola, chicas. —No necesito levantar la cabeza para saber que es él, mi corazón me lo confirma bombeando sin tregua—. ¿Puedo?

Catha se hace a un lado y Arure se levanta.

—Tengo que regresar, Fa. Aprovecho que te dejo en buenas manos. Gracias, Nau.

Él se sienta a mi lado en silencio y se apoya en la pared. Lo miro a los ojos que, como los míos, están tristes, apagados, anegados de lágrimas. También su abuelo ha sido sepultado esta vez, y veo en su mirada que su corazón, como el mío, está hecho trizas.

Acerco mi mano poco a poco hasta él, y nuestros dedos se

entrelazan. Con las cabezas apoyadas en la pared, nos miramos sin dejar de llorar.

Catha se levanta, me acaricia el pelo suavemente y luego nos aprieta las manos a ambos.

—Chicos, sé que no puedo saber cuánto duele esto, pero no le dejen ganar la partida. Los dejo mientras recojo, ¿vale? Estaré aquí al lado, solo tienen que levantar un poco la voz y vuelvo corriendo. Enseguida vamos a casa, Fa.

La observo y asiento. Hay un montón de gente en la plaza, casi todos nos observan de reojo. Me acerco más a Nau, paso su brazo sobre mi hombro y me arrebujo contra él como si fuera un abrigo.

—Shh, tranquila, podemos llorar lo que queramos. De algún modo, todos nos lo hemos ganado.

—No quiero estar aquí, Nau; todo el mundo nos mira.

—Están preocupados, mi niña, es normal. Cuando te vi caer de rodillas llorando en televisión casi me da un infarto; menos mal que estaba trabajando aquí. No quiero pensar cómo debe haber sido en directo.

—No fue para tanto, ¿no?

Me acaricia la mejilla.

—Créeme, le has dado a todo el archipiélago un susto de muerte.

Se acerca y posa sus labios en los míos. Apenas un roce, y en lugar de apartarlo como hago siempre, me abrazo a él con todas mis fuerzas; es mi salvavidas.

—Vámonos, Nau, por favor. Sácame de aquí.

Nos incorporamos, apoyados el uno en el otro, siendo ambos herida y cura al mismo tiempo, sin dejar de mirarnos; porque, llegados a este punto de desconsuelo, ya no necesitamos palabras. Cada uno sentimos cómo el otro está roto por dentro, sin remedio. Porque no sentimos el leve consuelo de los inconscientes, que encuentran la calma en la certeza de que los demás están tan heridos como ellos.

Catha me mira y sé que ha entendido que nos vamos y que se

queda tranquila. Todo lo tranquila que se puede quedar después del espectáculo que he dado esta noche, en riguroso directo.

Subimos al Fiesta de Nau y no ponemos el radio casete ni hablamos. Apoyo la cabeza en el cristal y enredo mi mano con la suya sobre la palanca de cambios. Conduce un buen trayecto. Yo no pregunto a dónde nos dirigimos, y él tampoco me lo cuenta. En realidad, no tiene ninguna importancia; da igual cuánto nos alejemos, porque no podemos huir de aquí.

Llegamos al mirador de El Time y para el motor. Hace mucho que no vengo por aquí; se ha convertido en parada obligatoria para las guaguas que pasean a los turistas. Ahora, en lugar de un bar donde tomar una garimba o un barraquito con la tranquilidad de las majestuosas vistas al Valle de Aridane, es un hervidero de gente que posa con el volcán, sonriendo a la cámara, con la tierra lacerada de telón, como si fuera un escenario en un teatro, sin trascendencia alguna.

Sin embargo, a estas horas de la madrugada no hay nadie. Las sillas y mesas de aluminio se amontonan a la intemperie en un lateral, a la espera de que mañana las visitas las calienten mientras hacen alguna consumición.

Nau coloca dos, unidas, muy cerca de las jardineras, con vistas a la catástrofe. Sin soltarnos, nos sentamos y nos tapamos con un edredón hecho con retales que hemos cogido del coche. Abre dos Garas, que no veo de dónde saca, y me tiende una. Las chocamos y les damos un buchito. En absoluto silencio, miramos al frente. Miento: en silencio no. Las polillas y las corujas nos escuchan llorar.



El amanecer nos encuentra dormidos en las sillas. Vamos a pagar el precio de nuestra desconexión con lumbago y tortícolis. Nos desperezamos, y sonrío a un Nauzet desgreñado.

—Buenos días, dormilón.

—Si apenas son las siete y media —contesta mientras consulta su móvil.

—Caímos derrotados.

—No me extraña, estamos los dos hechos polvo.

Yo también miro mi móvil y veo un mensaje de Arure.

Arure La Canaria: «Hola, mi niña. Espero que hayas descansado, ya me ha dicho Catha que la has avisado de que no volvías a casa. He reorganizado los trabajos y tienes hoy el día libre; aprovecha y empata con el fin de semana, necesitas descansar. Cuídense mucho (que me imagino que estás bien acompañada)».

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Al final sí que debí darles un buen susto.

—¿Qué pasó?

—Me dan el día libre.

Nau se levanta y dobla el edredón, mientras yo amontono de nuevo las sillas en su sitio.

—Pues podríamos aprovechar para hacer algo juntos, si te apetece. Yo, hasta la tarde, no tengo ningún trabajo comprometido.

—No sé, me da cosa por tu abuela. La has dejado sola todo este tiempo, y yo, de verdad, me siento mucho mejor. Muchísimas gracias por acompañarme, Nau, eres un amigo estupendo.

Lo miro a los ojos y veo esa contradicción que siente cuando le digo estas cosas. Lo sé porque yo también la siento.

—Ella está bien. La acompañan mis tíos, que han venido de Tenerife. Y no la tengo abandonada; anoche estuvimos chateando. A

ella le gusta que nosotros nos cuidemos. ¿Conoces los charcos de la playa de Echentive?

—¡Pues claro! ¿Por quién me tomas? ¡Me encantan!

—Hay que ir por la cumbre, claro, pero hoy tenemos tiempo. ¿Paramos a que te cambies y cogemos carretera?

—Pues yo, por mí, vamos así mismo. ¡Vamos, Nau! —le grito mientras lo cojo de la mano y lo arrastro hacia el coche—. ¡A la aventura!

Algo más de una hora y media de trayecto nos lleva a nuestro destino: El Paso, el túnel de la cumbre, dejar atrás el cruce a Santa Cruz para seguir el camino en dirección a las salinas, rumbo al territorio del Teneguía.

Alegamos todo el camino, siento que hoy estamos como en una burbuja que nos protege de todo el horror exterior. Es como si, por unas horas, nada de lo que ocurre fuera pudiera tocarnos.

Llegamos a Fuencaliente, la tierra más al sur de esta Isla Bonita y la que más te hace recordar que La Palma es también tierra recién forjada y paisajes inhóspitos.

Nos adentramos en el monumento natural de los Volcanes de Teneguía, pisando la tierra regalada por la que hasta ahora era la última erupción en tierra. Ponemos dirección al mar, siguiendo el sendero entre el picón, hasta que el salvaje Atlántico nos da la bienvenida a su territorio.

—¡Buah! ¡Menudo espectáculo!

—Sí, ¡qué suerte vivir aquí! —le contesto riendo, con el eslogan de la famosa garimba chicharrera.

—¿Playa o charco?

—¡Estás como una cabra! ¿Con el mar como está? Yo no meto un pie en la playa ni loca.

—Yo tampoco —se ríe—. Aunque tenía que preguntar. Anda, vamos.

Dejamos atrás el camino principal y vemos unas cuantas familias de guiris sin fundamento envalentonarse en el agua con sus niños.

Continuamos el camino sobre la lava solidificada. Pasamos un primer charco con algunos turistas y continuamos nuestra ruta hasta llegar a una enorme piscina natural que nos regala un paisaje de color turquesa cambiante y mágico.

—Me encanta El Aljibe, es uno de mis charcos favoritos. ¡Qué gusto que hoy no hay nadie! Somos chicos con suerte —le digo a Nau mientras le doy un codazo y lo desestabilizo.

—¡Eh! ¡Que me tiras!

—¿Miedo a caer al agua con la ropa puesta?

—Miedo a jalar de ti y que te lleves un golpe, enterada.

Dejamos la ropa y los tenis en un rincón y nos metemos al agua con cuidado, en ropa interior y con los calcetines puestos. A falta de escarpines, nos protegen un poco del fondo puntiagudo.

El agua está tibia y, con un par de brazadas, ya estamos en el centro; flotamos bocarriba, admirando la imponente pared negra que nos separa del resto de la isla.

Nau se me acerca por detrás, así que dejo de flotar. Apoya su barbilla en mi hombro y me coge por la cintura.

—Pronto lo verán todo así. Quedará atrás todo el dolor, aunque nosotros no lo olvidemos, y la gente vendrá y solamente verá lo bello que la naturaleza ha creado estos días.

—¿Tú crees? —Me giro para tenerlo de frente y escrutar sus ojos —. ¿No piensas que el hecho de haberlo podido vivir todo tan de cerca, con la tele, la radio, las redes, puede marcar una diferencia?

—No lo creo, Fa. Ojalá me equivoque, pero, en el momento en que pare el volcán, habrá otras noticias y cada uno seguirá con su vida. Seguiremos siendo tierra para turistas, y los turistas no quieren problemas.

Me quedo rumiando sus palabras.

—Me recuerdas a mi abuela al decir esas cosas.

Una lágrima se mezcla en mi cara con el agua del mar.

—Eso es bueno, ¿no? —averigua mientras, con su pulgar, trata de secar mi cara.

—Sí, lo es. —Esbozo una sonrisa con pena—. Era experta en soltarme una frase filosófica e irse para que me quedara dándole vueltas durante horas. Nadie me ha enseñado a reflexionar más sobre la vida que ella. Me gustaría poder recordarla de nuevo sin entristecerme por el cementerio. El párroco tiene razón, Nau: tus antepasados, los míos… no están allí; están aquí.

Me llevo la mano al corazón y sonrío. Nau me abraza contra él con fuerza. Siento que su cuerpo reacciona al mío. Temo que me bese en cualquier momento. Justo cuando voy a separarme y nadar, coloca su mano en mi nuca y posa sus labios suaves en mi frente, dejándome sin aire.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso.

Y entonces es él quien se separa, con una sonrisa en los labios y tristeza en los ojos. Se aleja de mí con cada brazada.

Capítulo 20

El Paso, isla de La Palma
Martes, 30 de noviembre de 2021

Famara 🎤

Algunos días conectamos con el Telenoticias del mediodía. La erupción se está prolongando más de lo que ninguno pudimos imaginar, y mantener equipos en la isla, específicos para cada programa, cada vez se hace más complicado.

Hoy soy yo quien entra en directo. Lo que comenzó como un rumor hace apenas una hora, acaba de ser confirmado por las autoridades, y conectamos para contarlo.

—Buenas tardes. Hoy nos encontramos en la plaza de Tajuya, pendientes de las novedades que las autoridades nos faciliten. Desgraciadamente, aunque aún no se han confirmado los detalles, parece que hoy el volcán se ha cobrado su primera víctima. Según informan las fuentes oficiales, un varón que colaboraba en la

retirada de algunos enseres en una vivienda en Playa Chica ha sido hallado en estado grave tras inhalar dióxido de carbono. La víctima ha sido trasladada en una ambulancia medicalizada al Hospital Universitario de La Palma, desde donde se dará una rueda de prensa en la próxima hora para informar del estado del ingresado. Como no puede ser de otra manera, allí estaremos para contárselo, deseando poder darles las noticias menos graves posibles.

—Muchas gracias, Famara. Seguiremos de cerca esta noticia y deseamos la pronta recuperación del hombre afectado por la inhalación. Conectaremos de nuevo en directo si hubiera novedades.

Agradezco que se termine la conexión, porque se ha formado un revuelo en la plaza y no hay nada peor que saber que algo se está cocinando frente a mí y no enterarme de qué es.

Me quito el pinganillo y veo a Arure, que se dirige a mí con cara de pánico. Me coge las manos, y Catha viene también corriendo hacia nosotras.

—Todo va a ir bien, ¿me oyes? —me repite Arure varias veces—. Ven a sentarte. Catha, recoge tú todo y, sobre todo, lleva tú el coche.

—¿Qué va a ir bien? —pregunto mientras veo que Catha se afana en recoger a toda prisa.

—Ven, vamos a sentarnos primero.

Me paro en seco y sacudo mis manos para liberarlas.

—¡He dicho que qué coño es lo que va a ir bien, Arure, y quiero que me lo digas ahora mismo, porque no me gusta nada la cara con la que me están mirando las dos!

—Es Nau.

—¿Es Nau? ¿Qué es Nau? —contesto temblando, consciente de que la respuesta va a ser terrorífica.

Comienzo a llorar mientras escucho la voz de Arure como si fuera una ensoñación que me confirma lo peor.

—Es Nau quien está hospitalizado por la inhalación del dióxido de carbono.

Por un instante me quedo lacia, aunque de algún lado saco fuerzas y, de nuevo, me cargo de adrenalina y empiezo a dar órdenes.

—Catha, las llaves del coche.

—Tú no vas a conducir en este estado, yo te llevo.

—De acuerdo, bien. Arure, ¿te apañas sin nosotras esta noche?

—Sí, claro, despreocúpate; los otros equipos se hacen cargo.

—Te lo pido por favor. —La miro muy seria a los ojos—. No conviertas esto en contenido dramático para el programa. Sabes que ese chico se ha involucrado mucho en la cadena. Ahora es tu momento para agradecérselo; se lo debemos.

—No te voy a prometer lo que no está en mi mano, Famara; pero lo alargaré todo el tiempo que me sea posible.

Me agarro a esa promesa y salgo disparada para el coche, que ya Catha ha arrancado y dado la vuelta. Me subo y salimos en dirección a Breña Alta tan rápido como podemos.

—¿Qué haces?

—Busco sus mensajes. Quizá no sea él.

—Me ha llamado Airam. Fa, es él.

Como si su hermano pudiera confundirse, reviso sus últimas palabras esta mañana. Iba a ayudar a don Manuel a sacar algunos enseres y luego pasaría por la plaza antes de entrar a trabajar. No pasó. Y yo, en lugar de llamarlo, para no parecer una desesperada, lo dejé estar porque pensé que se habría liado más de lo previsto con don Manuel. Yo y mi mierda de teoría de la amistad. Siento la mano de Catha en el muslo y el viento en la cara.

—Te bajo la ventana, Fa. Estás pálida, el aire te vendrá bien.

—Si se muere, no sé qué voy a hacer, Catha. —Rompo a llorar, desorientada.

—Lo sé, Fa. Confía en que todo va a ir bien.

—Quiero hacerlo, pero ¿cómo voy a confiar, Catha? Últimamente nada va bien, ¡nada!

Son los veinte minutos más largos de mi vida. Por fin, el hospital se materializa en el horizonte. Respiro profundo y compruebo que he controlado el llanto. Nau no me puede ver llorar.

Catha me deja en la puerta, y en recepción me informan de que está ingresado en la UCI y que solo lo podrán ver dos familiares en el horario de visitas establecido. La próxima será a las seis. Son las tres; se me cae el alma a los pies.

Llega Catha y vamos juntas a la sala de espera de la unidad, en la tercera planta. Allí están doña Remedios, rota en llanto, y Airam, que la abraza mientras la acuna como si fuera una niña.

Él nos ve llegar.

—Hola, chicas, qué rápido han venido.

—Hola, Airam, doña Remedios, ¿cómo está? —pregunto, desesperada.

—Hola, preciosas. Dice el médico que aún no está fuera de peligro. Eso ya lo sé yo, por eso lo tienen aquí. Aquí murió mi Manolo. Por favor, no dejen morir a mi niño.

—Eh, doña Remedios, ya verá que todo va bien. Que lo tengan aquí y no lo hayan evacuado a Tenerife es buena señal. ¿Qué le parece si viene conmigo y nos tomamos una agüita guisada bien calentita en la cafetería? —le ofrece Catha—. Falta mucho aún para la próxima visita y así no le da vueltas a los recuerdos.

—Está bien, hija, está bien. Ayúdame a levantarme.

Se apoya en nosotras y coge su precioso bastón para alejarse por el pasillo, despacito, del brazo de Catha.

—Dime la verdad, Airam. ¿Está muy grave?

—Ha sido muy serio, pero aquí está bien vigilado. A la tarde nos dirán algo más. Solo nos han trasladado que no está fuera de peligro, Fa. Ojalá pudiera serte más concreto; es que no sé más. Yo no entiendo bien las palabras de los médicos y estamos muy nerviosos. A ver si con el próximo parte nos podemos hacer una idea mejor. —Se mira las manos—. Me siento muy impotente.

—¿Te importa que me quede? No pretendo quitarte el turno para

pasar ni nada parecido; sé que solo pueden acceder dos familiares. Aquí estoy más cerquita de él; no sé, quizá pueda ayudar en algo.

—No seas boba, Famara, pues claro. He avisado a Catha para que te trajera, ¿no? Este es tu lugar. Estoy seguro de que el papa frita de mi hermano se recuperará mucho antes si sabe que andas por aquí —me dice con la sonrisa más triste que he visto jamás, sujetándome la mano.

—Gracias.

No decimos nada más. Las horas transcurren lentamente, mientras el reloj de la pared observa nuestras lágrimas caer en silencio. El móvil hace rato que ha dejado de vibrar; supongo que se ha quedado sin batería. No quiero saber nada de nadie. No quiero nada. Nada, salvo que Nau sobreviva, porque, de lo contrario… No soy capaz de pensar siquiera en qué ocurriría si no lo hiciera.

A las seis en punto llega un médico a la sala de espera, y todos nos ponemos de pie. Hace unos minutos han llegado algunas otras personas que también tienen aquí a sus seres queridos.

—¿Familiares de Nauzet Heraldsen Bethencourt?

El doctor, al ver que a doña Remedios le cuesta mucho levantarse, se acerca a nosotros.

—No se preocupe, señora. Continúe sentada. En unos minutos podrán pasar dos personas a verlo. Ahora mismo duerme; le hemos administrado sedantes para que descanse y, sobre todo, para que no intente hablar. Las próximas horas serán muy importantes, puesto que las irritaciones que ha sufrido en la garganta son relevantes. Además, necesitamos tener bien controlados sus pulmones, su corazón y verificar que no haya daño neurológico. Ahora es momento de esperar.

—Dígame la verdad, ¿se va a morir mi nieto, doctor?

—Tranquila, abuela. —Airam la abraza con cariño—. Ya has oído, tenemos que esperar.

—No me venga con cuentos, doctor, que yo ya estoy muy vieja y lo he vivido casi todo. Usted alguna opinión tendrá. No tenga apuro,

que yo siempre he preferido mirar a las penas de frente y no esperar al taponazo.

—Es demasiado pronto, de verdad. Tenga un poco de paciencia. Si todo va bien, Nauzet saldrá adelante, pero no estamos libres de que haya complicaciones. Ahora vendrá la enfermera y los acompañará. Mañana, en la visita de las doce, volveremos a hablar.

El doctor se aleja, dejando la estela blanca de su bata y a nosotros sin aliento.

—Paciencia, dice. ¿Qué más paciencia hemos de tener, Señor? ¿Es que pueden sucedernos más desgracias? Te di mi hogar, mis recuerdos; me han dejado mis padres, mi marido, mis hermanos, mis amigas… ¿Qué más quieres? ¿No me puedes llevar a mí? Yo estoy cansada.

Doña Remedios se derrumba y, en ese estado, la encuentra la enfermera al acercarse para acompañarlos. Comienza una rutina silenciosa entre todos los presentes en la sala: gorro, guantes, cubrepiés y mascarilla. Airam y su abuela pasan despacito, y yo me enrollo como una cochinilla con los pies sobre el asiento. Me refugio bajo el brazo de Catha y dejo que me acune mientras las lágrimas surgen sin control y en silencio. Estamos solas en la sala.

Tardan algo más de media hora en regresar. Son los primeros del grupo. Los acompaña la misma enfermera, que sienta a doña Remedios con mucho cariño en la silla.

—Ahora se va a tomar usted esta pastillita y va a dejar que su nieto la lleve a casa. Aquí no pueden hacer más y no hay visitas hasta mañana a mediodía; tiene que descansar y cuidarse. No querrá que, cuando su nieto despierte, la encuentre con los ojitos como chernes, ¿verdad?

—Ay, mi niña, de eso nadita, yo no me muevo de aquí. ¿Qué le parece si mi Nauzet despierta y yo no estoy?

—Pues que no lo sabrá usted hasta mañana.

—Venga, abuela, sabes bien cómo funciona esto, y la enfermera tiene razón. Vámonos a descansar a casa, y mañana será otro día. Si pasa algo importante, nos avisarán.

A regañadientes, se levanta con esfuerzo y nos aprieta la mano a Catha y a mí antes de avanzar hacia el pasillo.

—¿Qué tal está? —pregunto, sin saber si quiero en realidad saber la respuesta.

—Dormidito, mi niña. Todo despeinado y con la piel apagada. Ni sabe que hemos estado con él. Conectado a todas esas máquinas del demonio que me ponen tan nerviosa.

—Esas máquinas del demonio, como tú las llamas, lo mantienen controlado, abuela. Vamos, anda, que tienes falta de sueño. ¿Vienen, chicas?

—No, Airam, necesito comer algo. Vamos a ir primero a la cafetería y ya después nos vamos.

—De acuerdo, Fa. Nos vemos mañana. Intenta descansar tú también. Parece que esto va a ser una carrera de fondo.

—Hasta mañana, descansen ustedes también.

Apenas se han alejado unos pasos, y Catha me observa con ojos curiosos.

—No piensas moverte de aquí, ¿verdad?

—No, Catha, vete tú, de verdad. Estaré bien. Si me voy, sentiré como si lo abandonase; no soy capaz.

—Te entiendo. Que no quiere decir que esté de acuerdo, pero lo respeto. Al menos, ven conmigo a hacer esa visita a la cafetería, para cerciorarme de que comes algo caliente.

—Está bien.

Bajamos a la entrada y siento cómo se me eriza la piel al ver al médico que nos ha atendido hace apenas una hora hablando a un grupo de periodistas. Localizo a Zebenzui y a Ancor y doy gracias de tener días pendientes de descanso en el trabajo y no tener que estar ahí.

—¿Has hablado con Arure?

—Sí, despreocúpate. Estamos de vacaciones oficiales. Anda que ya te vale, traerme a una cafetería de hospital en lugar de a un bar en la playita con dos mojitos.

—Eres boba. Lo sabes, ¿no?

—Será por eso por lo que te quiero.

Una vez en la mesa, veo las declaraciones a la prensa del médico en el móvil. No nos aporta nada nuevo, más allá de que ya han dado su nombre y aclarado que estaba ayudando a don Manuel; parece que, efectivamente, solo queda esperar.

Como sin ganas, me despido de Catha en la entrada y me dirijo de nuevo a la salita de espera. No hay nadie; es normal, no habrá visitas en toda la noche. Me viene bien. Me acurruco y me duermo mientras lloro y pido a un Dios en el que no creo que me dé la oportunidad de decirle a Nauzet lo mucho que lo quiero. No, le pido que viva, aunque yo nunca pueda contarle nada.



Me despierta el ruido que hace la señora de la limpieza al arrastrar el carro por la sala. Me incorporo. He dormido sobre las sillas con la chaqueta como almohada. Estoy hecha gofio y, a la vez, tranquila. Estoy donde quiero estar.

—Ay, mi niña, perdona, no quería despertarte.

—No se preocupe, si ya he dormido bastante. —Intento sonreír.

—Quedarse aquí nunca es un buen plan, te lo digo yo, que he visto amanecer muchas «torticulis».

—Tiene usted toda la razón, es que…

—Es que no hace ni caso porque es una cabezota —interrumpe Catha, que acaba de llegar, a la vez que me estampa un beso.

—¿Y eso? ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Alguien se tiene que hacer cargo de ti, y no pretenderás que pase mis vacaciones sola, ¿no? A veces parece que, cuanto mayor te haces, te comportas más como una niña chica. ¿Has visto las pintas que llevas? Anda, ve al baño a lavarte esa cara y vámonos a desayunar, que tengo jilorio.

Ponemos rumbo a Santa Cruz porque Catha se empeña en que tengo que desayunar algo decente y despejarme. Los quince minutos en coche se me hacen eternos. Solo pienso en que, si hay una urgencia, hay que deshacerlos, y me parece una distancia inmensa e innecesaria. Sin embargo, Catha insiste, y yo no tengo fuerzas para discutir.

Elegimos la terracita del Sputnik, en la Avenida Marítima. Se nota que es entre semana, casi no hay gente y podemos elegir mesa: resguardadas del sol, y con la brisa marina acariciándonos.

—¿Se puede saber por qué estás tan amulada?

—¿Lo preguntas? Ya me explicarás qué necesidad había de alejarnos tanto.

—Supongo que encuentras las cinco diferencias tú solita, ¿no? Sol, mar, vientecito, gente que sonríe, ausencia de batas blancas…

—Te has levantado muy graciosita tú hoy.

—Fa, solo intento cuidarte. Ya sabes que las formas no son lo mío. Necesitas despejarte un ratito; hasta las doce no vas a saber nada nuevo. Sé lo importante que es Nau para ti, y es mi amigo, ¿recuerdas?

—Lo sé, perdona, es que me siento fatal y, a la vez, pienso que no tengo ningún derecho a sentirme de esa manera.

Catha se ríe.

—¿Porque no eres su novia? ¡Ups, he dicho la palabra prohibida! ¡Venga ya! Tú siempre has estado por encima de todas esas etiquetas. —Se baja las gafas de sol a la punta de la nariz y me mira fijamente—. Sé lo que sientes, Fa; yo no necesito que me lo digas.

Se me cuajan los ojos, y aprovecho que la camarera nos sirve nuestros barraquitos y las pulguitas que hemos pedido para intentar

cambiar de tercio. No es fácil disimular que toda mi seguridad se quedó ayer tarde en el Mirador de Tajuya.

Capítulo 21

Breña Alta, isla de La Palma
Miércoles, 1 de diciembre de 2021

Nauzet 📷

Alguien me zarandea un poco.

—¡Eh, guanajo! No te hagas el dormido ahora, que ya nos ha dicho la enfermera que estás despierto.

—¡Airam, por favor! Que a lo mejor el niño está durmiendo.

—Solo bromeo, abuela, tranquila. Mira, ¿ves? ¡Si está despierto!

Abro los ojos con mucho esfuerzo; me siento agotado, como si viniera de correr una maratón. Mi abuela me mira expectante y le sonrío en un intento de expresar todo mi cariño; no quiero verla preocupada. Está toda forradita de blanco, entre la mascarilla, los guantes, el mono…

—Recuerden que no debe hablar. —Oigo una voz lejana—. Así que solo pueden contarle cosas bonitas mientras dure despierto, que no

será mucho rato.

—¿Y cuándo podrá hablarnos, mi niña? ¿Cuándo será él otra vez?

—Abuela, por favor, ni que fuera otro pibe.

—¿Me quieres dejar, Airam? Anda, dime, mi niña.

—Si esta noche todo va bien, quizá mañana el doctor autorice pasarlo a planta; es lo que tengo entendido. Si eso ocurre, es porque todo responde como se espera, y ya verá usted que en un par de días su nieto está como una rosa. Pero cada cosa a su debido tiempo. Ahora tenemos que ser pacientes y observar.

—Vamos, que no nos vamos a librar de ti tan fácilmente, hermanito.

Airam me aprieta la mano con fuerza. Me pongo sentimental y se me escapan un par de lágrimas. ¿En qué momento mi hermano pequeño se ha hecho mayor?

La abuela se sienta a mi lado y me coge la otra mano. Noto algo entre ellas; enfoco con esfuerzo y descubro su rosario de la Virgen de las Nieves. Se me encoge un poquito el corazón. Pobrecita mía, lo último que deseo en el mundo es darle más disgustos. No entiendo bien cómo he llegado a esta situación. Así que, como no puedo hablar, intento compensarla con una sonrisa enorme.

A ella parece que le han dado cuerda: que si seré totufo, que la voy a matar a disgustos, cuánto me quiere todo el mundo, que todos están pendientes de mí, la tele en la puerta, que Famara no se ha movido de la sala de espera…

Mi corazón se pone al galope; lo atestigua el pitido de la máquina. Está aquí. Tampoco a ella quiero darle disgustos, aunque, si está aquí, eso tiene que significar algo.

—Hay que ver cómo te has puesto nervioso, ¿eh? Tranquilo, que yo te tengo muy visto. Me salgo para que puedas verla, ¿vale? Seguro que tienes más interés en ella que en mí.

Airam me da un beso en la frente, como acostumbra a dárnoslo la abuela, e intento apretarle la mano de nuevo. Deseo que sepa lo mucho que lo quiero. Sonríe al mirarme antes de salir.

—Yo también me salgo, mi niño querido, para que tengan un ratito los dos solos, que esa muchacha se lo ha ganado a pulso. Te quiero con todo mi corazón. A la tarde te espero repuestito, ¿me oyes? Nada de excusas, que tengo que estar más tiempo contigo y no me gusta nada este sitio; me trae muy malos recuerdos. ¡Ah!, mi niño, no he llamado a tus padres, no he tenido corazón para darles el disgusto y, como veo que el médico tiene fe en que todo va a ir bien… Mejor los llamas tú cuando puedas hablar y se lo cuentas, así no se asustarán tanto. ¿Te parece bien que lo arreglemos así?

Afirmo con la cabeza y doy gracias por lo prudente que es.

—Vamos, abuela, para que Famara tenga tiempo —la anima Airam.

A partir de ese momento no puedo apartar los ojos de la puerta. La espera se me hace eterna hasta que cuatro ojitos asoman sobre unas mascarillas. Con las protecciones parecen todos iguales, aunque sé que son Catha y Fa.

Catha entra primero y se recuesta sobre mi pecho para abrazarme.

—¡Menudo susto nos has dado, muchacho!

Intento sonreír, la mirada fija en Famara; conectados.

—Bueno, yo solo he entrado a darte un achuchón de parte de los chicos y a decirte que te queremos mucho. Pero la de la puerta —baja la voz y hace un gesto con la cabeza— te quiere más aún, aunque no te lo diga, así que te dejo solo con ella.

Me pica el ojo e, igual de rápido que entró, se va.

Famara tiene los ojos cuajados y entra muy despacito. No puedo esconder los nervios; la maldita máquina se ha puesto a pitar otra vez. Me queda la tranquilidad de ver que ella también se sujeta las manos para disimular que está temblando, porque tampoco puede controlar la situación.

La enfermera se asoma, ve lo que hay, me hace una señal con el dedo de que todo va bien y se retira.

Vuelvo mis cinco sentidos a Famara. Esbozo una sonrisa para

intentar tranquilizarla. Solo puedo ver sus ojos hinchados, hundidos. Se la ve tan cansada. Todo por mi culpa. Siento tanto haberla asustado.

—Hola.

Aunque aún me siento flojo, cojo su mano, me la llevo a la cara y sonrío. Sonrío mucho, visto que es casi lo único que puedo hacer.

—No vuelvas a darme un susto como este, ¿vale? —Rompe a llorar—. Pensaba que te ibas.

La acerco a mí y la abrazo como buenamente puedo. También lloro. No nos movemos, nos quedamos así, Famara recostada sobre el terrible camisón que llevo puesto, nuestras respiraciones acompasándose.

Entrelaza su mano con la mía y cierro los ojos. Deseo con toda mi alma que mañana aún piense igual. Ojalá no sea otra de esas veces en las que parece que damos dos pasos para delante solo para luego dar otros dos para atrás y volver a encontrarnos girando en el mismo lugar que al principio. Parecemos el pasacatre de los bailes de magos.

La enfermera entra y rompe toda la magia.

—Lo siento, bonita, terminó la visita; Nauzet debe descansar. Veo que te estás portando muy bien y estás calladito. Eso ayudará, ya verás. Ojalá mañana puedan pasar más tiempo juntos. Esperemos que te pasen a planta.

Fa se incorpora y se limpia los ojos con las mangas.

—Muchas gracias. Ojalá mañana ya pueda hablar.

—Poder, puede, no te quepa duda. Pero está bastante irritado aún. Cuanta menos fuerza haga, mejor para que cure. Seguro que mañana ya pueden decirse lo mucho que se quieren, tortolitos. Venga, ahora fuera, que este muchacho tiene que recuperarse.

Cuando me mira, se ha puesto encarnada. Vislumbro señales a favor por todos lados, porque no se pone a la defensiva por el comentario de la enfermera. Me parece una prueba irrefutable de que mañana aún admitirá lo que siente, o a lo mejor es que estoy

desorientado. Elijo quedarme con mi versión esperanzadora.

Se lleva mi mano a su corazón.

—Hasta mañana.

Le sonrío y la sigo con la mirada. Nada más puedo hacer. Esperar a que mañana nada cambie.



Hay ajetreo en la habitación desde bien temprano. Entran y salen varias personas que consultan los aparatos, toman notas y se van. Ni buenos días, ni qué tal, ni nada de nada.

Me siento más despejado. Quiero preguntarles cómo voy, aunque no me atrevo a hablar y que me echen un responso.

Entra una de las enfermeras con la bandeja del desayuno. Estoy a suero y compotas; tengo un jilorio que me comería un cochino relleno.

—No me mires con esa cara, mi niño, que me temo que no traigo un bocadillo de pata y queso. Para ti, café con leche del tiempo y galletitas maría. Las mojas bien antes de comerlas, como los niños, que estén bien blanditas, a ver si, poquito a poco, tragas bien.

Me reajusta la cama para que quede sentado, recoloca los cables y mangueritas que tengo alrededor y posa la bandeja sobre mis piernas.

Me señalo la boca y hago un gesto de ignorancia con las dos manos.

—¿Hablar? De eso nada. Tú come y el médico te dirá. De momento, calladito como un tocino. Hoy están todos estudiando tu

estado para ver si te suben a planta. Hay mucha gente pendiente de ti, mi niño, así que nadie quiere cogerse las manos, pero yo creo que ya hoy te sacarán de aquí. ¡Cruza los dedos!

Me resigno y me concentro en las galletas; les falta la capa de mantequilla que les ponía mi abuela en mis meriendas de niño. Me encantaba mojarlas y luego beberme la leche con la grasita que flotaba. En cuanto me reponga, esa va a ser mi próxima merienda.

Apenas termino cuando entra un médico al que no había visto antes, cuaderno en mano. Observa, anota algo, me mira, vuelve a anotar.

—Bien, Nauzet. Parece que todo avanza conforme debe. Abre la boca, por favor.

Y, casi sin que me dé cuenta, tengo el típico palito desagradable en la boca y me enfoca con una linternita que se saca del bolsillo.

—Bien, sí. Por aquí todo cicatriza bien. ¿Te duele al tragar?

Junto los dedos pulgar e índice para darle a entender que solamente un fisco.

—Perfecto. Si te portas bien, hoy puede que almuerces algo mejor. Tendrás ganas.

Afirmo de nuevo con la cabeza.

—Bueno, ya va siendo hora de probar esa voz. ¿Y bien?

—Sssí.

Emito una voz ronca y baja, que no se parece en absoluto a la mía. Carraspeo.

—No, nada de carraspear. Comienza a hablar despacito; todo está bien, deberías poder hacerlo. Solo estamos tomando el máximo de precauciones. No fuerces la voz. Si ves que duele, pues silencio. ¿Cómo te sientes?

—Mo… molido. Mejor… que ayer.

—Perfecto. Toda esta maquinaria también dice que estás mejor que ayer. ¿Recuerdas lo que te ocurrió? ¿Sabes por qué estás aquí?

Niego con la cabeza.

—Mucho dolor de cabeza, mareo… Don Manuel... ¿todo… bien? —añado.

—Sí, tranquilo. Eres la única víctima. Entraste, en Playa Chica, en una casa con una alta concentración de dióxido de carbono.

Niego de nuevo.

—Pero… yo, mascarilla. Él… necesitaba… sus cosas. Sótano.

—¿Yo, mascarilla? —ríe a carcajadas—. ¿Y de qué creías tú que te iba a proteger una FP3? Para entrar en esas zonas se necesita un equipo de respiración autónomo. No te voy a mentir: estás aquí de purito milagro. Don Manuel se preocupó porque no subías del sótano y llamó al guardia civil que había en la zona. Da gracias a que tenían una ambulancia medicalizada muy cerca. Has dado lo mejor de ti para cuidar de todos, Nauzet, pero no vuelvas a hacer tonterías.

No puedo contestar, y esta vez no es porque me duela. Es la vergüenza, que me corroe. ¿He puesto mi vida en peligro? Estaba convencido de que había habido algún accidente que no podía recordar. ¿Y resulta que estoy aquí porque no he utilizado la protección adecuada?

—Añadiré que todos agradecemos a las personas que, como tú, están volcadas para cuidar a los afectados por la erupción. No seas demasiado duro contigo, Nauzet.

—Gracias. ¿Cómo volcán?

—Pues el día que te trajeron se batieron todas las marcas en número de terremotos. La gente se asustó bastante, ahora parece que vuelve a calmarse. No perdemos la esperanza de que acabe pronto. Bueno, te dejo descansar. Voy a avisar al personal para que te trasladen a planta; estarás más cómodo que aquí y podrás estar acompañado. Los medios insisten en entrevistarte, aunque no lo hemos autorizado. Recuerda: habla poco a poco, sin forzar.

—¿Me… puedo levantar?

—Mañana habrá tiempo para eso. Necesitas recuperarte, descansa. Tus pulmones y tu corazón están respondiendo bien; sin embargo, han sufrido mucho. Si es una necesidad imperiosa, puedes

dar un paseo, siempre acompañado.

—Puedo esperar.

La mañana se hace larga, estoy en eso que llaman estado de duermevela. Al llegar la hora del almuerzo, la bandeja con tortilla francesa y compota de manzana y canela viene acompañada del ansiado traslado; parece que eso me recarga la energía.

Mientras colocan mi cama correctamente en la nueva habitación, oigo el inconfundible golpeteo del bastón de mi abuela avanzar por el pasillo. Siento que las voces se acercan poco a poco y observo con ansiedad el dintel.

Entra acompañada de Famara, que me sonríe. Acceden despacito; qué caritas de cansadas tienen ellas también. No puedo perdonarme el disgusto que les he dado.

Fa la ayuda a sentarse en el sillón verde plastificado que hay junto a mi cama y la acerca a mí. Rompió la conexión visual nada más entrar y la incertidumbre me tiene temeroso.

—Lo… siento mu… chísimo, abuela. Me e… quivoqué.

—Ay, mi chico. Ya nos lo advirtió el médico. Nada de «lo siento». Guarda toda esa energía para recuperarte y salir pronto de aquí. ¡Ni que lo hubieras hecho adrede!

Le sonrío y le aprieto la mano, que sigue encadenada a su rosario.

Famara se acerca por el otro lado de la cama.

—¿Puedo?

Me señala con la cabeza un huequito a mi vera en la cama y soy el hombre más aliviado del mundo al afirmar y ver que se sienta junto a mí, sonriente, y me acaricia el brazo.

—Me… nuda he liado.

—No sabía yo que eras uno de esos chicos a los que les gustan las llamaditas de atención —se ríe.

—No, no, no. Mi niño es muy responsable. Nada de meterse con él, que bastante tiene con estar aquí. Mira esa bandeja, Famara. ¡Me lo van a matar de hambre! Acércame mi bolso, por favor.

Famara se levanta en un intento de disimular la risa y le acerca un bolso que no le he visto antes, bastante más grande de lo que en ella es habitual, y ¡saca una fiambrera!

—Doña Remedios, esto no se lo podemos dar.

—¿Cómo que no? ¿Quién lo dice? Yo soy su abuela y sé muy bien lo que le conviene a mi niño, que para eso lo he criado desde chinijo. ¡A ver si ya no me vas a caer tan bien, Famarita! ¿Qué mal puede hacerle una carne fiesta con sus papitas? —Me mira y me pica el ojo—. Bien churruscaditas, mijo, como a ti te gustan.

—Ahora, lleno…

Le señalo la mesita de noche para que la deje allí como si pensara comerla más tarde. Estoy seguro de que las enfermeras, en cuanto la huelan, se la rifan. No hay nada como la comida de mi abuela. Bueno, la de Airam, pero están ahí, ahí.

Mis ojos se van constantemente a Famara, que está tan bonita... Parece aliviada y no para de sonreírme.

—A ver, parejita. Voy a salir un poquito, que aquí sentada me entumezco y ustedes querrán hacerse sus arrumacos.

Famara abre los ojos de par en par de la sorpresa y se levanta para ayudarla a ponerse de pie.

—No hace falta que salga, doña Remedios.

—Yo también fui joven, ¿sabes? No creerás que siempre he estado tan retorcida. Y no imaginas lo que teníamos que hacer mi Manolo y yo para apenas rozarnos a escondidas, así que no voy a ser yo quien se lo ponga a ustedes difícil.

Creo que Famara no puede estar más encarnada; parece un tomate maduro. La abuela sale despacito y ella vuelve a mi lado. Se sienta y pasa con suavidad sus dedos por mis labios, erizando toda mi piel.

—Solo para cumplir los deseos de tu abuela —me susurra.

Posa sus labios sobre los míos, resecos, y los cubre de pequeños besos. Una y otra vez. Debo de tener el ánimo bastante blandito porque siento cómo me caen las lágrimas. Se separa y me las seca

con el pulgar mientras sonríe.

—¿Has visto? Nos ha llamado parejita.

—Qué más qui… siera yo… —le digo cabizbajo y algo avergonzado —. Habla… ré con ella.

—Creo que te he hecho sufrir con eso, ¿no? Tengo tanta necesidad de demostrarme que puedo hacer todo por mí misma, que creo que se me ha ido de las manos. Me asusté tanto al pensar que te perdía…

La miro esperanzado.

—Yo no qui… ero obligar… te a nada… Lo que quieras… estará bien.

—Lo sé, Nau. —Me acaricia el brazo sin soltarme la mano, sin dejar de mirarme a los ojos—. A veces creo que somos como unos novios que no se acuestan —se ríe.

—Porque tú… no quieres.

Vuelve a darme un beso ligero y no deja de mirarme, como si buscara mi alma. Respiro con profundidad y trago saliva para intentar hablar del tirón. Me envalentono.

—Me enamoré de ti por cómo eres… Me gustas independiente y fuerte… Yo te quiero, Fa… No me importa que no quieras ponerle nombre a esto. Sé lo que sentimos.

Ahora ella también llora. Me abraza con cierta desesperación; ha debido pasar mucho miedo y lamento con todo mi corazón ser el causante de ese daño. Y aunque todo se ha precipitado por mi irresponsabilidad, cuando me besa le respondo con pasión desbordada, porque ya no quiero seguir escondiendo que Fa es lo más bonito que se me ha cruzado en la vida.

Se recuesta sobre mí y posa la cabeza en mi hombro para levantarla enseguida y, con una sonrisa entre lágrimas, me hace feliz por completo.

—Yo también te quiero, Nauzet Heraldsen.

Le haría el amor allí mismo, pero apenas me llegan las fuerzas para levantar un brazo y acariciar su precioso mar de pecas.

Capítulo 22

El Paso, isla de La Palma
Miércoles, 8 de diciembre de 2021

Famara 🎤

¿Será normal sentirse plena mientras el mundo a tu alrededor se derrumba? ¿Que el darte cuenta de lo mal que estabas haciendo las cosas te haga, contradictoriamente, feliz? ¿Se puede ser dichosa mientras la pena y el dolor te corroen por dentro? Mi respuesta a todas estas preguntas es un sí rotundo.

Llevo tantos años aferrada a mi armadura de mujer independiente que desvestirme ha sido una liberación. Ese hierro fue mis alas durante muchos años; sin embargo, ahora era plomo en mi pecho.

Admitir mis bonitas emociones hacia Nau, tomar el riesgo de disfrutar el sentimiento que ahora nos abraza, es un privilegio. He elegido dejar que la vida fluya y que el mañana diga lo que tenga que decir, eso me ha dado esperanza. Parece que puedo hasta

confiar en que el pueblo valiente que tengo a mis espaldas va a levantarse, se sacudirá la ceniza y saldrá vibrante de tanta destrucción.

—Eh, Fa, vuelve. —Oigo a Catha, que me saca de mi ensimismamiento—. Conectamos en ocho minutos.

—Perfecto.

Hago señas a Guadalupe y su familia, que esperan resguardados en la iglesia, para que se acerquen. Enseguida estamos todos bajo enormes paraguas para protegernos de la gran cantidad de ceniza que cae. Miramos a cámara y aguardamos a que el piloto cambie a verde.

—Feliz Día de La Concepción a todos los que nos ven. Cómo no, el Tajogaite, Cumbre Vieja o Cabeza de Vaca, el cono que está a mis espaldas, ha batido estos días una nueva marca. Ha pasado por alto la duración de la erupción del Tigalate, en 1646. Ojalá pronto deje de cumplir hitos. Parece que hay un hilo de esperanza de que, con el 2021, termine también la erupción.

»Un puente que solemos aprovechar para comenzar las compras propias de estas fechas, disfrutar de las luces o hacer alguna escapada rápida a algún bonito mercado navideño, este año ha hecho que los isleños diseñen nuevos planes para estar unidos. Hoy me acompaña la familia Curbelo Peraza, recién llegados de la Isla Colombina: Guadalupe, José y sus hijos, Ayatima y Badayco. Buenas noches, Guadalupe. En primer lugar, gracias infinitas por invertir su tiempo de ocio en acercarse a ayudar a La Isla Bonita. Se les ve agotados.

—Lo estamos: agotados y felices. Está siendo una experiencia que nunca podremos olvidar; nos está uniendo mucho.

Se le escapan unas lágrimas, y Guadalupe se echa la mano a la boca a la vez que niega con la cabeza; no puede hablar de la emoción, y Badayco le da el relevo.

—La verdad es que cuando mi madre se empeñó en venir, a mí me costó. Para este puente tenía una quedada con mis amigos en Discord. Queríamos pasar el nuevo nivel del *Rolling Sky*, que es una

auténtica pasada, pero me obligó a venir y, no sé, creo que me he hecho mayor de repente. Ver a los pibes que lo han perdido todo y se inventan juegos con lo que tienen, comen lo que hay y visten con lo que les ceden…

—¿Cuántos años tienes, Badayco?

—Tengo trece, aunque voy a salir de aquí como si fuera un viejo de treinta —se ríe—. Ya hemos acordado con papá que mañana, antes de volver a La Gomera, vamos a dejar todo aquí, hasta las Jordan que me costó tanto que me compraran; solo nos llevaremos la muda puesta.

—Luego dirán que la juventud está perdida; sin embargo, yo tengo aquí a dos chicos maravillosos. —Ayatima, aunque es la mayor, abre los ojos muy grandes y me hace señas para que no se me ocurra preguntarle nada. Le sonrío con la intención de que esté tranquila—. José, deben sentirse muy orgullosos.

—¿Cómo no estarlo, mi niña? —se envalentona—. Vinimos con la furgoneta cargada de cosas; todos los vecinos se volcaron. Ahora, dejaríamos el corazón aquí si pudiéramos. Hemos estado limpiando ceniza y no creas que es tarea fácil. Termina uno agotado. No quiero imaginar lo que será tener que hacerlo todos los días. Aunque para nosotros ha sido uno de esos trabajos que después te dejan muy satisfecho. Estamos honrados de colaborar; ojalá pudiéramos quedarnos más tiempo, pero los trabajos y los colegios mandan.

—¿Y qué tal los han tratado? ¿Se han sentido bien recibidos?

—Más que bien. Los canarios somos acogedores por naturaleza, aunque lo de los palmeros, ¡esto es especial! Esta gente no tiene dónde dormir y se quitan lo poco que tienen para dártelo. Bueno, es que, como voluntarios, incluso si queríamos, nos daban las comidas. A nosotros, imagínate, ¡que lo tenemos todo! Muy agradecidos de que nos hayan tenido en cuenta, aunque hemos preferido comer en los bares de la zona y comprar en las ventas. Como dices siempre en tu programa, Famara, hay que ayudar a la economía. Así que, a quienes nos ven ahora mismo: anímense con un vinito de la tierra, un buen queso, una manilla de plátanos…

—Gracias, familia, son un orgullo. De verdad, muchísimas gracias. Siempre he tenido un sentimiento de pertenencia muy fuerte con las islas, y todo esto me hace sentir orgullosísima de cómo somos. —Miro de frente a la cámara—. Cuando vienes de visita con respeto, cuando compras productos palmeros, cuando nos nombras en tu día a día para que no nos olviden, tú también estás aquí colaborando, y a ti también te damos las gracias. Gracias infinitas por recordar que «Todos somos La Palma».

Terminamos la conexión las primeras y no esperamos a la finalización del programa para comenzar a recoger. Es tarde, y quiero ver a Nau antes de que caiga dormido y no molestar demasiado a su abuela. Aún me quedan cuarenta y cinco minutos de ida y otros tantos de vuelta, aunque vale la pena.

Desde que le dieron el alta, nos organizamos así. Debe hacer vida tranquila, sin esfuerzos. Así que vivimos de los paseítos, los mensajes de audio que parecen programas de radio y las visitas rápidas. Es tan poco y, sin embargo, es maravilloso. De pensar que lo perdía a pasear de su mano. Iba a decir «me siento», pero corrijo: soy muy afortunada.

Catha se ofrece a terminar de enjaretar todo para que pueda irme antes, así que enfilo la cumbre con las ventanas bajadas, un refresco Clipper de fresa bien frío y *Tú me dejaste de querer* a todo volumen en la radio. ¿Qué tiene su estilo que se me mete en las venas y me emociona el alma?

Voy cantando, feliz, llevo el ritmo con la cabeza y echo de menos los coros de Catha. Hacía mucho que no me sentía plena. ¿Feliz? Creo que sí, que esto debe ser sentirse feliz.



Llego al edificio silenciosa; es muy tarde. Aunque doña Remedios me ha dado llaves, solo las uso para el portal y toco con la mano en la puerta: un toc, toc, suave, en contraste con el bum, bum, bum, escandaloso de mi corazón.

El niño más bonito del universo me abre la puerta y me sonríe despelujado. Lleva un pantalón de pijama de rayas y una camiseta desvarada del Club Deportivo Mensajero, que hace mucho que vivió sus mejores años.

Le sonrío mientras lo beso en los labios.

—Ya te vale. Ni te has arreglado un poquito para mí.

—Ven aquí. —Tira de mí hacia dentro y me coge por la cintura para besarme mejor—. Da gracias a que no me he quedado tieso, estaba a punto de dejarme dormir.

Pasamos en silencio a su habitación, cogidos de la mano, y cerramos la puerta. Airam y doña Remedios seguramente ya duermen.

—Ven, que te enseño lo que he estado mirando.

—Vale. Pero ¿qué te ha dicho el médico?

—Todo en orden. El electro y la espirometría están bien; los resultados de la analítica me los darán el próximo lunes. Reposo relativo y bla, bla, bla…

—Después del susto que nos diste, te lo podías tomar más en serio —lo reprendo mientras dejo mi chaqueta en la silla del escritorio.

—Eh, me lo tomo muy en serio, créeme. Me estoy portando más que bien, ¿no? Es solo que no quiero que se preocupen más; ya lo han tenido que hacer bastante. Si el lunes todo está bien, me dejan incorporarme a trabajar.

Se sienta en la cama, con el portátil en los muslos, y da unas palmaditas en el colchón a su lado, por lo que yo me arrebujo allí, dichosa.

—A ver qué te parecen estos pisos.

—¿Qué pisos? ¿Tienen que dejar este?

—No, mujer. Este piso es de mi tío; con eso no hay ningún problema. He mirado en Barcelona: un pisito para los dos y que tenga sillón cama por si tenemos visita. Pequeñito, porque, mi niña, ¡están carísimos!

Y así de rápido me entra de nuevo el pánico; sin yo llamarlo.

—Nau, no tienes que verte obligado a venir conmigo, podemos buscar una manera.

—¡Eh! —me susurra mientras me levanta la barbilla para asegurarse de que no retiro la mirada—. Te lo dije en los premios: cuentas conmigo, no estás sola. Puedes viajar tú o puedes viajar conmigo, es algo que vas a elegir. Yo puedo trabajar a distancia sin ningún problema y ahora tengo un buen colchón por si vienen curvas. Solo tú decides si quieres vivir esta aventura conmigo allí o no. A mí me hace ilusión. También puedo ir y venir si lo prefieres.

—Es que yo no quiero que te sientas obligado a nada, Nau. Yo, claro que quiero tenerte a mi lado, pero no sé… ¿y tu abuela?

—Mi abuela nos crio para que voláramos sin remordimientos. Yo sé que este es mi nido, Fa. Puedo… podemos volver aquí siempre que queramos y volar lejos si el cuerpo nos lo pide.

—Sería un sacrificio enorme, Nau. No puedo pedirte algo así.

—Para que una relación funcione hay que ceder, y yo estoy dispuesto. Lo haré encantado. Hoy me arrastras tú a esta aventura y mañana yo te arrastraré a otra; para mí, lo importante, mi niña, es que lo hagamos juntos.

Lo miro, ¡tan enamorada que da vértigo!

—Gracias, guiri. —Lo beso—. Venga, enséñame esos pisos. Aunque un poco precipitado, ¿no?

—Quizá. Ojalá no. Me han dicho los compañeros que hay posibilidades de que el bicho se duerma antes de entrar en el 22. ¿Te imaginas? Me parece un sueño.

—Sí, eso hemos transmitido hoy en el programa, aunque con pies de plomo, que ya sabes cómo es este cabrito, y lo mismo resurge con más fuerza.

Apoyo de nuevo la cabeza en su hombro, y él me muestra las fotos de la pantalla.

—Mira, son todos muy discretos, pero, para empezar, para ti y para mí, yo creo que están bien.

—Uy, este es muy hortera, Nau.

—Bueno, pues ese descartado entonces.

—Nau.

—Dime.

—No te imaginas lo mucho que me gusta que esto te haga ilusión. Todo lo demás no es sino el vértigo del momento, ¿vale? Tú no te asustes de mis espantadas ni eches a correr. Es solo que tengo miedo.

Pone el portátil a un lado, me hace caer sobre la espalda y se recuesta sobre mí, besándome en la nariz.

—Ya te voy conociendo, mi niña. Los miedos tuyos los vamos a despachar juntos. Y los míos también, que seguro que vendrán en algún momento. —Me besa en la boca, despacio—. Pero vamos a contarnos siempre las cosas, ¿vale?

Poco a poco, baja la mano por la espalda hasta agarrarme el trasero.

—Necesitamos un hotel.

Apoya su frente, frustrado, sobre la mía, y luego me mira con picardía.

—O ser silenciosos.

—Ah, ah, de eso nada, Nauzet Heraldsen. Me muero si tu abuela o tu hermano entran por esa puerta.

Me muerde el labio y se reincorpora. Respira profundo.

—Pues a ver pisos que, desde que ese mierda-volcán expire, tú y yo echamos a volar.

—Me gusta ese. —Le señalo uno que se ve muy luminoso—. Pero no podemos reservar.

—No, aunque lo podemos guardar en esta carpeta por si nos

cuadra. De momento, nos dedicamos solamente a soñar ¿vale? ¿Te quedas a dormir?

—¡Estás bonito! A ver si al final sí que tienes afectación cerebral.

—Venga, a mi abuela le da igual. Ella está de vuelta y nosotros, granditos para tonterías. Vale, te prometo portarme bien; duerme conmigo.

Lo miro a los ojos y sonrío.

—¿Prometido? —Lo beso y lo acaricio sobre el ligero pantalón, que evidencia las ganas que él también me tiene.

—Prometido. —Me sujeta la mano—. Pero no me lo pongas más difícil de lo necesario.

Me río y lo abrazo.

—No puedo creerme que de verdad nos vayamos a ir a Barcelona.

—A donde haga falta. Ese no es uno de mis miedos.

—¿Y cuáles son tus miedos?

—Que te des cuenta de que soy un chico bastante normal. Hago buenas fotos, sí. En todo lo demás, una persona corriente con una suerte infinita.

—Ahora entiendo cuando Catha se desespera porque dice que hay cosas evidentes para ella que yo no veo de mí misma. Nau, eres extraordinario.

—Qué sabrás tú aún.

—Créeme, he conocido a muchos más tíos de los que pueda recordar. Y tú, mi Nau, no eres de este mundo. Por eso te quiero solo para mí.

Nos besamos de nuevo. Retiro el portátil de entre nosotros y me levanto. Cojo una camiseta de la gaveta y, sin apartar mi mirada de la suya, me deshago de la blusa, los vaqueros y el sujetador. Ambos estamos sonrosados y con la respiración intensa. Me río con coquetería, me pongo la camiseta y retiro un poco el edredón.

—Anda, vámonos a dormir, que te estás cayendo.

—No te lo voy a negar.

Nos acomodamos bajo la manta, cara a cara; nos acariciamos los dedos, los cachetes, el pecho. Nos besamos muy suavito. Excitados. Conformes y satisfechos con las circunstancias.

—Gracias.

—Como dice mi abuela: «Gracias las que te adornan».

Sonrío, estoy segura de que estoy encarnada, y nos dejamos dormir mirándonos, difuminados entre las pestañas que se unen minuto a minuto. No hay manera más bonita de entrar en el mundo de los sueños.

Capítulo 23

Los Llanos de Aridane, isla de La Palma
Lunes, 13 de diciembre de 2021

Famara 🎤

—Hoy nos encontramos en Los Llanos, con una noticia ilusionante que esperamos les haga tan felices como a nosotras. ¿Conocen esta imagen? —Espero unos segundos para que Catha amplíe el enfoque —. Sí. No están ustedes confundidos. Han oído bien: me encuentro en Los Llanos y sí, esta es la venta de Todoque. ¿No es maravilloso? Buenas noches, Isora, ¡enhorabuena!

Nos damos un sentido abrazo.

—Hola, Famara, gracias. ¿Quién me iba a decir a mí que, casi tres meses después, volverías a entrevistarme y sería para contar un final feliz? Estoy muy emocionada. ¡Tengo tanta suerte!

—Bueno, suerte… Lo que tienes es muchísimo trabajo y dedicación a tus espaldas. Cuéntanos, porque, en esta sencilla

puerta de garaje, has replicado la bonita fachada de tu tienda en Todoque.

—¿Te gusta? Me pareció que podía ser un bonito homenaje y, a la vez, un reclamo, porque ahora necesito que el negocio marche bien.

—Seguro que lo hará.

—Me encantaría mostrar los detalles que tenemos dentro para que todo el que se acerque a comprar sepa de dónde venimos.

Pasamos dentro para descubrir un comercio modesto y muy variado.

—Es impresionante lo que has conseguido transmitir en esta pequeña venta.

—Mira —me dice emocionada, hasta el punto de que le caen las lágrimas mientras describe—: aquí está el campanario de la iglesia, aquí el colegio, la tienda, su antigua dueña, que fue quien la trabajó tantísimos años… ¿Te gusta? Madre mía, ¡parece que no puedo salir en tu programa sin romper a llorar!

Le aprieto la mano para intentar transmitirle mi fuerza.

—¡Me encanta! Estoy impresionada y mira, Isora, que con todo esto me llaman la atención ya pocas cosas, pero ¡es tan emocional! Ojalá nuestros telespectadores lo vivan de forma tan intensa como yo lo hago y se acerquen a leer esta pared. Cuéntanos, ¿qué es lo que vemos?

—Son antiguos poemas a volcanes palmeros o escritos por poetas de la isla: *El volcán de mi alma*, de Félix Francisco Casanova; *La erupción del Teneguía*, de Pedro Lezcano; *Isla de lava*, de Elsa López; y *El volcán dormido*, de Antonio Arroyo. Son versos que han cobrado un significado muy especial para mí.

—Lo entiendo. Ya saben, no pierdan la oportunidad de parar en «La venta de Todoque» al pasar por Los Llanos y déjense deslumbrar por estos versos. Pasamos la conexión a mi compañera Hara, que nos pondrá al día con los últimos datos sobre esta triste erupción. Hoy, entre versos y antiguas fotografías, no olvidamos que «Todos somos La Palma».

Espero a que el piloto pase a rojo y me desmicrofono. Abrazo a Isora, es impresionante cómo ha sacado fuerzas de donde no había nada para volver a construir su negocio con lo poco que pudo rescatar.

Nos acercamos a la pantalla del portátil en la que seguimos la retransmisión en directo. Estamos todos expectantes, pues el bicho hoy ha tenido un comportamiento extraño por completo.

A las seis de la mañana nos sacó a todos de la cama un rugido, no habíamos escuchado nada igual durante todo el proceso. No lo admitiré en público, aunque no miento si digo que Catha y yo nos abrazamos llorando como dos chinijas desaladas de miedo. El resto del día estuvo calmado como un bebé satisfecho; sin embargo, por la tarde, de nuevo rugió y emitió rayos y ceniza y explosionó como si se fuera a acabar el mundo. Y ahora está en silencio otra vez.

La imagen en pantalla es llamativa incluso para nosotras, que lo miramos a los ojos a diario, porque, aunque no lo crean, casi ni se ve. Está como parado; apenas hay emisión de lava y, sin su incandescencia, de noche, el volcán parece no ser nada.

Explica el vulcanólogo en pantalla que hoy ha tenido incluso momentos de tremor en línea base. ¡Podríamos decir, aunque no sea correcto, cero! ¿Querrá decir eso que, efectivamente, se acerca el final? Pronto nos saca de nuestro sueño la realidad científica: aunque la sismicidad ha bajado y la deformación es estable, aún es demasiado pronto para establecer si se trata de un nuevo pulso o son los últimos coletazos de Irveñe intentando manifestarse.

Después de recoger, nos dirigimos de nuevo a la iglesia de Tajuya, porque allí he quedado con Nau que, tras recibir la ansiada alta médica, se ha reincorporado a su trabajo. Y aunque él termina bastante más temprano, se queda por allí cada día, remolón, y echa una mano hasta que yo termino.

Tras comprobar que la furgoneta que he pedido para hoy está donde la dejé, me despido de Catha y le entrego las llaves de mi coche para que luego se lo lleve. Ella va a dar con Arure, que se está ocupando aún del final del programa, y yo entro en la iglesia y me

siento en el último banco que, tras tantos meses, es lo más parecido para mí a tener una silla en una oficina.

Miro a la Sagrada Familia, con ese Jesús niño que me sonríe cada noche, como si supiera algo más importante y mejor que nosotros desconocemos. Me río bajito y, en mi cabeza, hablo con él.

«Pues aquí estoy de nuevo. Sigo pensando que parece que tú sí conoces la fecha de caducidad de toda esta desgracia y, sin embargo, mantienes el mismo gesto desde el primer día, ¿eh? ¡No me das ni una pista! Tú ya sabes que yo no creo en ti, ni en tu padre, ni en la paloma, pero, si hay algo de verdad en todo eso que veneran tantas personas, te lo ruego: no tengas en cuenta mis creencias y haz lo posible para que toda esta desgracia pase. No por mí, por todos ellos que desde aquí te rezan con fe. No los dejes solos.

Sí, ya sé que es ridículo. No sé dónde quedó mi discurso pragmático, y en realidad me da igual. Si no estás, a nadie le hace daño este pensamiento y, si estás, por favor, escúchame».

—¡Hola, mi niña! —Nau se sienta a mi lado y me da un beso suave en los labios.

—¡Hola! —Le sonrío.

—¿Llevas mucho?

—Nada, un par de minutos. Te esperaba para el chocolatito.

—Voy a servirlos.

—Voy contigo. —Me levanto para acompañarlo—. ¿Te parece si nos los tomamos fuera? Me apetece disfrutar del silencio.

—¡Claro! Fuera ya no queda nadie en directo; están terminando de recoger. Nos podemos poner en el lateral, hoy casi no hay turistas.

Nos servimos unos chocolates de los termos que dejan para los visitantes y cogemos dos rosquetes de yema, de los que damos cuenta sobre la marcha. Dejamos un billetito en la alcancía para colaborar en mantener estos detalles y la labor encomiable que hacen cada día los miembros de la parroquia.

Fuera es todo muy distinto a cómo era hace apenas unas semanas. La mayoría de las televisiones ya no emiten programas continuos, salvo nosotros. A nivel nacional, se hace conexión con los informativos, aunque ya no hay grandes presentadores desplazados y las televisiones extranjeras permanentes han desaparecido. A veces aparecen de improviso y, otras, compañeros locales les hacen la conexión.

Nos sentamos, como tantas noches, apoyados en la pared de la parroquia, los pies sobre la barandilla. Bien pegados y con las chaquetas abrochadas hasta arriba para esquivar el pelete. El volcán, camuflado en la oscuridad, toma aire frente a nosotros.

—No me gusta verbalizarlo, Nau. —Entrelazo los dedos con los suyos—. Pero ojalá sea ya el final, porque nos empiezan a olvidar. Pronto pasará algo importante en cualquier lugar y ya no seremos noticia. Todos se han acostumbrado a la erupción. Nosotros a convivir con él y ellos a que lo hagamos.

—Vaya, pensé que a lo mejor eran impresiones mías. —Le da un buchito al chocolate, que está hirviendo.

—No, mira. Ya en pocos lugares les interesa el directo más que en las islas. Se arrasan las casas, como ha sucedido hoy, y ya no sale en los titulares.

—Supongo que es inevitable. Bueno, tú conoces la profesión mucho mejor que yo.

Bebo yo también, despacio, y me quedo pensativa.

—Sí, lo es. En el momento en el que por fin confirmen que ha parado, volveremos a las portadas y después, se acabó. Alguna noticia suelta de relleno en la prensa local y las revistas de fin de semana.

—Espero que, si faltan ayudas, sí nos den alguna visibilidad.

Apuramos los chocolates para poder ponernos los guantes, porque la humedad, aquí quietos pegados a la pared, nos perfora los huesos.

—Sí, aunque será puntual y si interesa. Al menos, a nivel general.

Los medios nuestros entiendo que sí harán algún tipo de seguimiento. Sobre todo, para eso: grupos de vecinos que reivindiquen alguna ayuda y cosas así.

—Yo me imagino que, aunque sea, en los aniversarios. Pero de esta tendremos que salir arrimando el hombro entre nosotros. Vámonos al coche, anda, que te me vas a poner malita con este viruje.

Dejamos los vasos en la papelera y ponemos rumbo a la carretera. Voy colgada de su brazo y con una sonrisa en la cara.

—¿Y esto? ¿Qué has hecho con tu Montero? —suelta al comprobar que, donde debería estar mi coche, hay una furgoneta camperizada.

—¡Nos vamos de paseo!

—¿Estás chiflada? Si es tardísimo.

—No iremos muy lejos. Súbete.

Nos montamos y sonrío al ver la cara de emoción de Nau, que no da crédito. No siempre va a ser él el de las sorpresas. Ojalá le guste lo que he pensado para esta noche.

—¿De dónde has sacado esta joya?

—Me la han prestado unos amigos que vinieron a pasar unos días y que hoy descansan cómodamente en una cama de hotel. Un trueque, vamos.

—Eres increíble —me dice mientras aparta mi mano del botón de arranque y se acomoda para poder besarme mejor.

A veces parece que nuestros besos duran horas. Son puro placer suave, dulce, lento. Nau es un hombre sin prisas, que hace todo paso a paso, disfrutando. Y yo adoro disfrutar con él.

—Vamos —me anima al separarse.

Le doy un pico rápido.

—Sí, vamos.

Enlaza sus dedos con los míos en la palanca de cambios y yo pongo rumbo al mirador del Llano del Jable. Al llegar, no

encontramos a nadie. Pese a que desde aquí hay unas vistas privilegiadas del volcán, hoy cuesta distinguirlo entre la oscuridad.

Es un paisaje maravilloso; de noche parece que nos hemos transportado a las páginas de un mundo celestial de fantasía. Le doy una manta a Nau, yo cojo otra y andamos sobre el picón hasta la zona donde están los carteles que explican las constelaciones que pueden divisarse desde aquí en las distintas épocas del año.

—Me recuerda a los que estaban en la playa de Los Guirres. Les daba una murga tremenda a los chicos con las constelaciones si se nos hacía de noche en la playa.

Me abraza por detrás y nos cubre con su manta.

—Sí, me lo contó Tana la última vez que lo vi en Tenerife.

—¿Cuando el vídeo de la playa?

—Exacto.

—Menudo detallazo se marcaron con eso.

Me giro y lo beso. Sujeto su pelo entre mis dedos y él me aproxima apretándome las nalgas. Las mantas se nos caen. No tiene importancia, porque nosotros emitimos todo el calor que necesitamos, o eso nos parece. Me separo.

—Pero no hemos venido por eso, hemos venido a ver la lluvia de las Gemínidas.

—¿Vamos a pedir deseos?

—Vamos a pedir un montón de deseos. Ven.

Tiro de su mano y volvemos a la furgoneta. Descargamos todo lo que he preparado: estiramos un aislante en el suelo y colocamos sobre él las mantas y un montón de cojines. A continuación, una especie de saco de dormir de matrimonio que recuperé en casa de Tana. A los lados dejo dos termos de *gløgg*, un vino caliente especiado típico noruego. Lo he hecho yo misma, con las indicaciones de una receta de internet, y espero que dé el pego. También he traído salchichas y pan de centeno.

—Son de cochino. Me ha dicho el carnicero que están riquísimas. Es que, de reno y alce por aquí, como supondrás, me fue imposible

conseguirlas.

—Estás como una cabra. ¿En qué momento has preparado todo esto?

—Una, que tiene sus contactos. Pero el *gløgg*, que conste que lo he hecho yo con estas manitas. —Sonrío mientras revoloteo con mis manos frente a él—. En la cajita te he puesto un puñadito de almendras y pasas para que se las puedas poner dentro, que me han dicho que en Noruega se bebe así.

Le da un buche y cierra los ojos recreándose. Cruzo los dedos.

—Está buenísimo, Fa. ¡En serio! Si mi padre lo probara, te daría el visto bueno. Y mira que los productos noruegos, en casa, únicamente los cocina él.

Nos arrebujamos dentro del saco de dormir, con solo el cosmos frente a nosotros mientras degustamos las deliciosas salchichas con pan.

—¿Has probado alguna vez carne de reno, alce o ballena?

Me atraganto.

—¿Has dicho ballena?

—Sí. Eso he dicho —se ríe—. Ya veo que no.

—Me muero antes de probar eso.

—Qué va, ya verás; es muy rica. Sabe como a bistec, solo que la textura es algo más correosa, aunque con mucho más sabor. Seguro que mi padre traerá cuando venga para Navidad. Le encanta cocinar. Hace una *fiskesuppe* que te chupas los dedos. Es una sopa con nata, verduras y pescado. Cocinada con salmón fresco, pescado por él, está de morirse.

—Supongo que tendré que probar todo para caerle bien a mi suegro, ¿no?

—Le vas a gustar muchísimo; ya verás.

Nos besamos bajo las estrellas, con los labios llenos de aceite y el sabor de las especias y el vino en el paladar. No nos importa, porque necesitamos sentirnos como respirar. Nos recostamos en los cojines y disfrutamos de la lluvia de estrellas más bonita que he visto jamás.

Si lo importante son los deseos, yo no me corto en imaginar: el volcán seguirá dormido y ningún príncipe acudirá a besarlo para que despierte. La Palma volverá a ser la que era; mejor aún. Nau se quedará a mi lado para siempre. Él será un fotógrafo famoso y yo no decepcionaré a nadie en mi próximo trabajo. Catha será feliz con Arure. La casa de sus padres será preciosa. Tana terminará esa carrera sin acabar con su felicidad. Y la llamada a mi madre, cuando todo termine, para decirle que me voy a Barcelona, irá como la seda.

Contamos más de cien estrellas, en realidad no he pedido tanto.

Capítulo 24

El Paso, isla de La Palma
Martes, 14 de diciembre de 2021

Nauzet 

Pasamos buena parte de la noche pidiendo deseos a las estrellas como adolescentes, con la felicidad de quien no piensa en el mañana, salvo para imaginar posibilidades fabulosas.

Dormimos en la furgoneta, porque una lluvia de ceniza arrecia sobre nosotros. Parece un auténtico aguacero seco y, entre el vino y lo agotadísimos que estamos, nos dormimos abrazados enseguida.

Sobre las cinco abro los ojos. Es muy temprano, aunque es mi hora habitual para levantarme con calma, desayunar, dejar todo lo más recogido posible para descargar de labores a mi abuela y coger el coche para cruzar la cumbre e incorporarme a trabajar.

Soy de esos a los que les gusta despertarse con tiempo: hacer todo con calma y disfrutar de un café calentito mientras el resto de

la casa aún descansa en brazos de Morfeo. En esos momentos hago mis mejores retoques a las fotografías.

Sin embargo, hoy abro los ojos y la niña más bonita del mundo está frente a mí. Y no es que me parezca guapísima, que me lo parece, es que ella es bonita; es su esencia.

Dentro del vehículo, la oscuridad es tremenda. La ceniza que cayó anoche no ha dejado un resquicio de los cristales sin cubrir. Enciendo una lamparita de acampada que hay en un lateral, que me regala una luz muy tenue.

Por unos minutos pienso en aquel niño rellenito y paliducho que era, y en lo mucho que se esforzaba para que no le dijeran guiri. Para encajar. Si él supiera lo dura que va a ser la vida y, a la vez, lo bien que va a ir todo. Ahora es Fa quien me dice guiri, y yo sonrío si lo hace, porque ella podría llamarme baifo, que a mí me parecería maravilloso.

Duerme plácidamente, y como si supiera que la observo, sonríe. Le acaricio el rostro con mucho cuidado. Mi índice pasea por su boca y mi cuerpo entra en combustión con rapidez.

Abre los ojos con lentitud y me muerde el dedo.

—Buenos días, mi guiri.

—Buenos días, mi niña. Aún puedes descansar un ratito más, es temprano.

La beso en los labios, tierno, y la traigo con el brazo hacia mí.

—Creo que ya no tengo sueño.

Se enreda con mi cuerpo, colocándose sobre mí, y la cortina de su pelo me acaricia el cuello. Se estira para quitarse el suéter y yo ya estoy a mil. Acaricio su espalda para retirar el sujetador y gozar de la vista espléndida que me regala.

Me arranca la camiseta con ansia y, al incorporarme yo también, nos besamos con desesperación. Su suave cuerpo contra el mío es una química perfecta, un calor sofocante. Nos arrancamos los pantalones y la ropa interior casi a patadas, deseando rozar nuestros cuerpos por completo.

Frotarnos es electrizante y desesperante al mismo tiempo, porque estoy loco por entrar en ella. Necesito frenar si quiero que todo sea especial. Ya habrá tiempo de empotrarnos contra la pared en el baño de un bar. Veremos si soy capaz de lograrlo.

Así que, pese a sus reticencias, curvo mi espalda y le lamo el pecho con desesperación; lo introduzco en mi boca, lo masajeo. Joder, me voy a correr como un condenado pibe.

Sacudo la cabeza para dejar de pensar en ello y nos giramos. Le separo las piernas mientras me acerco a besarle el sexo tibio. Apenas duro unos minutos porque Fa me pide que la penetre entre gemidos, y yo pierdo la poca voluntad que tengo.

Cojo como puedo un preservativo de los vaqueros y me lo pongo lo más rápido que sé, mientras ella se coloca de nuevo sobre mí. La miro profundamente a los ojos y me pierdo en su calor mientras me deslizo, muy poco a poco, dentro de ella.

No sé si es su respiración o la mía la que retumba en lo más profundo de mi ser, mientras me consume la certeza de que no querré estar en ningún lugar que no sea dentro de su cuerpo, amándola, mirándola a los ojos, mientras ambos perdemos el control y nos dejamos llevar por el orgasmo que nos arrasa.

—Así da gusto comenzar la mañana —me dice mientras se cobija a mi lado y descansa la cabeza en mi hombro.

Estamos sudados, las respiraciones pesadas, los cristales empañados; satisfechos.

—Para ti, puedo hacer servicio a domicilio —le digo mientras observo cómo entrelazamos las manos de forma automática.

—Mira que eres bobo.

—Supongo que es un poquito de pánico escénico.

—Pues, si es eso, podemos ensayar; hasta que se te quite.

La beso de nuevo y la abrazo con todo mi cuerpo, hundiendo mi nariz en su pelo húmedo.

—Soy el pibe más afortunado de Canarias. ¡Qué digo, eres mi novia, soy el pibe más afortunado del mundo entero!

—Ah, ¿somos novios? —se ríe.

—¿Demasiado compromiso para la señorita libertad?

—No, bueno. —Me pica el ojo—. Supongo que podemos serlo.

—No te enteras, mi niña. —Le recojo el pelo detrás de la oreja—. Tú y yo somos novios hace tiempo. A ti y a mí nos unió el volcán.

—Yo sí que soy la niña más afortunada del universo.

Me abraza con los ojos cuajados y yo deseo con todo mi ser que las Gemínidas me hayan escuchado alto y claro para que todo esto acabe pronto y poder irme a Barcelona con esta mujer, para que todos la vean brillar.

Recogemos y nos pertrechamos con mascarillas y gafas de seguridad para limpiar la ceniza de la furgoneta, con cuidado de no rayar los cristales ni la pintura. El paisaje a nuestro alrededor es por completo diferente al que encontramos anoche: es negrura, una capa espesa que lo cubre todo. En unas horas, varios centímetros de pesar han cubierto todo a nuestro alrededor.

Fa pone rumbo a Los Cancajos, donde, por lo visto, están sus amigos y el coche. Las circunstancias nos obligan a hacer el recorrido por la carretera de la cumbre, en lugar de ir por la del Refugio del Pilar, que está cortada. Varios tramos han sido cruzados por el magma. Va a ser un reto importante restablecer las comunicaciones por carretera en la isla. Hay quien dice que, por las condiciones de densidad de la lava del Cabeza de Vaca, uno de los nombres que le dan al cráter, podría mantenerse incandescente en su interior durante meses; puede que incluso un año.

—Pon algo de música.

—Sin mi caja de casetes me declaro perdido. ¿La radio?

—Venga.

En la radio suena *Cold Heart*, con ese ritmo tan marcado que hace que parezcamos uno de esos perritos de salpicadero que mueven la cabeza.

—«I'll pick myself up off the floor and I'll be home before you know. I'm standing at your door».

Cantamos a coro riéndonos, y lo hacemos francamente mal, aunque estamos radiantes. No hay quien imite los tonos de Rocketman y Dua Lipa; ¡no es culpa nuestra!

—Recuérdame que, si nos vemos cortos de dinero en Barcelona, cantar en el metro no es una opción —me río.

—¡Tengo vértigo, Nau! ¡Puede que pronto nos vayamos a Barcelona! ¿Y si los decepciono?

—Tontos hay en todos sitios, pero no vas a decepcionar a nadie, Fa. Eres una grandísima profesional, lo has demostrado con creces todos estos meses. ¡Si tienes un Ondas!

—Bueno, yo no, la cadena.

—¿Y quién da vida al mejor programa de la cadena? Todos ustedes, y tú eres parte del equipo. Lo han hecho genial, de verdad. Puedo decirlo sin miedo a equivocarme, porque yo soy víctima y todos hemos apreciado el esfuerzo que han hecho por no hacernos daño con las informaciones y las imágenes. Y lo han explicado todo de forma llana, han recopilado datos históricos… Las circunstancias eran las peores y han conseguido un programa que ha ilusionado a muchos vecinos.

—Mira, ahí está mi coche —dice mientras activa el freno de mano —. Ten las llaves. Sácalo y yo aparco la furgoneta.

Sé que aprovecha para cambiar de tema y la dejo estar. Ya lo retomaré más adelante.

Vaciamos la furgoneta y metemos todo como podemos en su coche, para después dejar las llaves en la recepción del hotel.

Nos acercamos a casa para desayunar con mi abuela y Airam, que están en pleno debate cuando llegamos, con la radio, como siempre, como un comensal más.

—¿Ves, abuela? Todos están tensos menos tú.

—¿Y por qué iba yo a estar tensa, muchachito? ¿Se va a dormir antes el volcán porque yo me ponga hecha un manojo de nervios?

—No, abuela. Aunque algo de tensión tendrás, contra, la tenemos todos. ¿Se dormirá? Yo quiero saberlo.

—Pues claro que se dormirá, mijo. No puede durar toda la vida.

Damos los besos pertinentes, nos sentamos a la mesa y nos servimos el café.

—Supongo que Airam lo que quiere saber, abuela, es si va a acabar pronto.

—Eso es —confirma él.

—Pues habrá que esperar.

—Ya, abuela, que sí. Pero ¿tú no tienes como un runrún dentro? ¿Algo que te dice que ya se terminó? Ya sé que hasta Navidad no lo dan por extinguido, pero ¿de verdad no sientes nada? —insiste.

—¡Yo qué voy a sentir, Airam! A mi edad, solamente valen los hechos. Cuando se muera, se murió. Y mientras tanto, nosotros estamos vivos.

—Y después, ¿qué pasará? —sigue Airam con su angustia—. ¿Cumplirán las promesas que nos han hecho?

Mi abuela le coge la mano a Fa y la mira muy seria.

—Tendrán que hacerlo, porque de lo contrario, esta muchacha que está aquí, estoy segura de que nos devolverá la voz a todos para que podamos denunciarlo.

—Bueno. Yo cambiaré de trabajo. Siempre haré lo que pueda, claro. Aunque no sé si me van a permitir tener esa voz.

—Sé que encontrarás la manera, mi niña. La nobleza nos habita, uno no se la puede sacudir.

—Ay, doña Remedios. Cuando dice esas cosas, ¡me recuerda tanto a mi abuela!

—Úrsula y yo, dos cañas nacidas del mismo ingenio, mi niña.

—Oye, Airam, ¿por qué has dicho «hasta Navidad»? —pregunto.

—Lo acaban de decir en la radio: que si el día de tu cumpleaños no ha vuelto a resollar, declararán finalizada la erupción.

Fa me mira con esos ojitos luminosos que tiene.

—¿Te imaginas? ¡Menudo regalo de Navidad! Pero ¿cumples en Navidad? Eso no lo sabía yo. ¡No queda nada!

—Sí. Me temo que nunca tuve una fiesta de cumpleaños infantil muy multitudinaria.

—Si es que mi hermano hasta para nacer tiene que hacerse el especialito.

—Ñiñiñiñi.

—¡Niños!

—¿Niños? —contestamos los dos a coro.

—Me van a chiflar. —Se levanta, apoyada en su bastón, y nos besa—. Airam, venga. Termina ya, que quedé con las chicas para bordar.

—Las chicas, dice —comenta Airam por lo bajini—. ¡Ya quisiera alguna cumplir los ochenta!

—No seas ruin, hombre —le espeto—. ¿La acompañas o quieres que la acerquemos nosotros?

—No, qué va. Ya llego tarde a clase; me viene de camino. Desayunen tranquilos.

Le da un beso a Fa y desaparecen los dos.

—Qué serios nos hemos puesto. Mi hermano está nervioso. Con lo bien que arrancó la mañana.

Acerco su silla, le quito la tostada de la mano y la beso. Me apetece besarla a todas horas.

—Qué rico.

Se pone encarnada y se le encienden las pecas. Es tan preciosa. Vuelvo a besarla.

—No hagas caso a mi abuela. Te pone un peso en la mochila que no te corresponde.

—Bueno, es normal. De algún modo, nos hemos convertido en el canal de expresión de los vecinos.

—Ustedes no son el único canal, Fa. No cargues con esa responsabilidad.

—Es cierto que no somos los únicos. Aun así, no pienso salir de aquí a un trabajo que me ilusiona y olvidar todo lo que dejo atrás. Si

me necesitan, haré lo posible para que tengan un canal en el que expresarse.

—Y por eso te adoro.

Capítulo 25

Santa Cruz de La Palma, isla de La Palma
Lunes, 20 de diciembre de 2021

Famara 🎤

Apenas faltan cinco días para Navidad, para el cumpleaños de Nau, para que, en ausencia de contratiempos, se dé por extinguida la erupción. Todos aguantamos la respiración y cruzamos los dedos.

Se nota en las cafeterías, en las conversaciones por la calle. Hay cierta calma tensa: una especie de emoción colectiva contenida que esperamos que pronto explote. Un querer hacer planes y no terminar de atreverse a plantearlos. Nosotras no escapamos al ambiente general.

Desde que el volcán está en calma, ya no se hace la mayor parte del programa hablando del bicho, y el resto de las islas y sus historias ocupan de nuevo su espacio con sus problemas y curiosidades diarias.

Aunque en la cadena sabían de mi compromiso con *Comando actualidad*, me han ofrecido seguir como reportera desde Tenerife, pero lo he declinado. Catha tampoco va a volver, quiere intentar retomar su vida en La Palma, pese a que al principio tenga que dedicarse a otras actividades.

Así que, aunque hoy es lunes, tenemos el día libre, puesto que la conexión local la van a realizar Zebenzuy y Ancor. Nos hemos levantado con calma, desayunado como si el almuerzo nunca fuera a llegar y hemos venido a Santa Cruz.

Quiero encargar algo de comida para llevar a casa de Nau, ya que me han invitado a pasar con ellos la Nochebuena y la Navidad. Su padre llegó ayer desde Noruega y ha alquilado una casa en Tazacorte. En el piso no cabían todos, y van a celebrar allí las fiestas. He dicho que sí; me da un poco de corte y, al mismo tiempo, me hace mucha ilusión.

El día de Navidad, Catha y Tana se nos unirán por la noche para celebrar el cumpleaños y, espero, también el final de esta agonía. Nau no sabe nada, aunque pienso que le gustará porque seremos muy poquitos.

—¿Y Arure qué dice de que no vuelvas a Tenerife? La verdad es que creí que todo iba para delante entre las dos —le pregunto mientras caminamos por la calle Real.

—Y va. Ella entiende que, como dice, «haya sentido la llamada» de volver a casa. Es gomera, también echa en falta a su gente.

—¿Y entonces?

—¿Desde cuándo eres tú tan cuadriculada? ¿Dónde está mi amiga, la de «no te encorsetes y deja que todo fluya»?

—¿Y mi amiga, la de «ya tienes una edad para adquirir compromisos»?

—Ha evolucionado, como los Pokémon —se ríe.

—Jodida, no te tomas en serio nada de lo que te digo.

—No, venga. No lo tenemos claro. No sé si en un par de meses yo estaré asfixiada de vivir aquí y regresaré a Tenerife, o ella mandará

todo al carajo y se vendrá, o iremos y vendremos las dos, que para eso creó Dios los aviones y los barcos.

—No parece un plan muy desarrollado.

—Lo que yo te diga, Fa. Te dieron el cambiazo. ¿Quién eres tú? ¡Devuélveme a mi amiga!

Entramos en la tienda que buscábamos a carcajadas y don Alberto, el dueño, nos mira y se aguanta la risa, porque nos conoce desde niñas. Es uno de esos comercios que ha pasado de padres a hijos, donde hacen lo indecible para cubrir tus necesidades.

—Buenos días, don Alberto. ¿Cómo está? ¿Qué tal sigue su madre? ¿Mejor? —pregunto.

—Ahí anda. A sus noventa y seis años, lo raro es que haya algo que no le duela. Pero tiene su cabecita como una puncha, así que disfruto de ella y de sus batallas.

—¡Cómo me alegra oír eso! Dele recuerdos nuestros.

—¡Serán dados! ¿Y tus padres, Cathaisa? ¿Ya tienen la casita?

—Trabajando por ella con toda la ilusión. Ya tienen el solar, aunque la construcción aún se demorará un poco.

—Puñetero Tajogaite, maldito sea mil veces.

—No lo nombre, don Alberto, que capaz se nos despierta.

—Ay, no. Yo confío mucho en que, en unos días, estaremos todos de celebración. Confíen, juventud, la calma siempre vuelve. En fin, ¿en qué las puedo ayudar?

Me arranco.

—Don Alberto, quería ropa de indiano de caballero. La mejor que tenga. Es para un chico como —levanto la mano— así de alto.

—A ver, mijita, hablemos claro: ¿para Nauzet, el de doña Remedios?

Me pongo encarnada enseguida. Aquí no hay quien tenga un secreto. Que no es que quiera esconder nada, pero…

—Sí, don Alberto, para Nauzet.

—Dame un minuto. —Revuelve en una gaveta y saca un montón

de notas—. Por aquí debo de tener sus medidas de cuando se llevó el traje para acompañarte a los Ondas.

Nada, encarnada otra vez. Está visto que hoy no vuelvo a mi color natural. Catha, que está merodeando por la tienda, me mira partida de la risa. A ver qué cara pondrá ella en el momento en que todo el mundo empiece a cuchichear que sale con Arure; ahí la que me voy a reír voy a ser yo.

—Aquí está. Nauzet Bethencourt. ¿Lo mejor de lo mejor? Las ropas no son baratas.

—Sí, don Alberto. La suya la engulló el volcán; la había heredado de su abuelo. No será lo mismo, así que quiero que sea algo muy especial.

Vuelve con una funda y me muestra una ropa preciosa. No le falta detalle: tirantes, pajarita, pañuelo, chaleco… Casi toda ocre, con detalles canelos y blancos; ideal.

—¡Me encanta! Justo algo así es lo que buscaba. ¿Te gusta, Catha?

—Mucho. Y a Nau le va a encantar.

—Genial, pues nos la llevamos.

—Perfecto, te la envuelvo bien para que no se te estropee. Este traje merece ir acompañado de un buen puro Julio.

—Lo tendré en cuenta al pasar por San Pedro, para parar a comprarlos.

Mientras don Alberto coloca todo con cuidado, añado un sombrero magnífico y un bastón. Entonces me enamoro al ver una maleta de piel junto al escaparate.

—Don Alberto. ¿Esta maleta está a la venta?

—No, esa es de decoración, aunque…

Lo miro esperanzada mientras sale del mostrador y la trae hasta nosotras entre caricias.

—Esta maleta, niñas, es la que llevó mi abuelo a Cuba la primera vez que fue. Imagínense la de esperanzas y miedos de los que iba cargada. La encontró mi madre hace años, al vaciar la casa de mis

abuelos. Tenía dentro todas las cartas que su padre había enviado a su madre, que se quedó en la isla.

—Qué historia tan bonita.

Me hace señas con la mano para que lo deje continuar.

—Supongo que las dos saben que a mi hijo Irga se lo llevó la maldita droga hace muchos años, así que la tienda, si la quieren, la heredarán los nietos de mis hermanas. Pero esta maleta, para mí, sería un honor, Famara, que la aceptaras. Es muy importante para mí. Sé que tú vas a cuidarla y así te compenso mi parte.

—¿Compensar? Usted no me debe nada.

Deposita la maleta en el mostrador y coge mi mano entre las suyas.

—Todos te debemos mucho, Famara. Has sido esperanza durante ochenta y cinco días de erupción.

—Pero es mi trabajo.

—Y esta tienda es el mío. Te regalo la maleta; está hecho.

Salimos del local tremendamente impactadas. Estoy contenta porque esta maleta es un auténtico tesoro y sé que va a hacer muy feliz a Nau. Sin embargo, a la vez, una suerte de síndrome de la impostora me hace dudar de que, como periodista, yo merezca nada de esto. Solo he hecho lo que deseaba hacer y, en algunos momentos, lo que tenía que hacer.

Dejamos las compras en el maletero del coche y seguimos con nuestras gestiones. Aprovechamos para dejar una documentación que han pedido a los padres de Catha en el Cabildo para acceder a las ayudas, encargo unas bandejas con picoteo para Nochebuena, saludamos a conocidos y a desconocidos también.

Nos sentamos en el patio interior del Café Don Manuel. Me encantan sus balconadas de madera y sus enormes helechos colgantes. Nau se acerca a saludarnos antes de salir a trabajar.

Pasa entre las mesas llenas de gente con ese gesto tímido que lo caracteriza: la mano a la nuca. Me encanta lo transparente que es.

—¡Hola, chicas! —Me besa, saluda a Catha y se sienta a mi lado.

Le cojo la mano y le sonrío. Estoy feliz de tenerlo cerca.

—¿Quieres comer algo?

—Sí, voy a pedir un bocadillo, que voy un poco justo de tiempo.

—¿Dónde vas hoy?

—Tengo que entregar unos trabajos al Cabildo. Quiero cerrar todo lo que tengo a medio hacer para luego tener que dar la menor cantidad de viajes posibles desde la Península.

—¿Están nerviosos? —pregunta Catha.

—No.

—Sí —contesto a la vez que él y nos reímos—. Si todo continúa así, me incorporaré el dos de enero. Me da bastante vértigo —contesto.

Nau me pasa el brazo por encima y me abraza.

—Nada, Catha. Solo tenemos un poco de pánico escénico. Todo va a salir bien. Tú solo preocúpate de buscar billetes para el primer puente que puedas venir a vernos.

—¿Ya cerraron lo del piso?

—No. —Miro a Nau—. Igual deberíamos hacerlo, aunque nos arriesguemos a perder un mes de alquiler.

—Sí, justo eso pensé esta mañana. Solamente uno de los pisos que hemos visto sigue libre y, de los que podíamos pagar, era el que más nos gustaba. Si quieres, luego le escribo a la dueña y avanzamos con eso.

Lo miro a los ojos, nerviosa e ilusionada.

—Sí. ¡Ay, madre! ¡Que nos vamos a vivir a Barcelona! Por cierto, Catha, ¿has hablado con Yasmina?

—Sí, todo arreglado. Ella se encarga de poner el alquiler a su nombre y ya tiene varios compañeros que hacen la residencia en el hospital interesados en las habitaciones, así que, con un poco de suerte, ya no pagaremos más el alquiler de Tenerife.

—La idea era pagar un mes o dos más, hasta que encontrara reemplazo.

—Sí, sí, no te preocupes, se lo he dicho, aunque no cree que vaya a hacer falta. Da un poco de pena, ¿no? Ya nos hemos ido trayendo todo de allí. Cerramos una etapa, amiga.

Me levanto y me pongo de cuclillas junto a ella para abrazarla.

—La más importante de mi vida, Catha. Las cosas van a cambiar, pero tú siempre serás mi hermana elegida.

—Que no te oiga Daida, no le va a hacer ninguna gracia —suelta mientras se seca una lagrimita.

—Mira que eres boba.

La abrazo fuerte. Es mi pilar, mi café calentito, mi pluma de las cosquillas…

—Te quiero un montón, Catha.

—Yo a ti también.

Nau nos ha dejado a solas. Lo veo en la barra, mirando de reojo para ver si puede volver. Le hago señas con la cabeza; vuelve con tres bocadillos de queso ahumado y mermelada de pimientos, y el camarero tras él con tres Garas bien fresquitas.

—Y, para seguir con los temas complicados, ¿has hablado con tu madre?

—No —responde Nau, no sé si despistado o para sacarme del entuerto—. Donde está no tiene cobertura; le dejé recado en la central de la ONG al darme el alta, y ahí sí hablamos un rato. Ahora supongo que, hasta mi cumpleaños, que haremos otra vídeo, no sabré mucho más de ella.

—Me refería a Fa, pedazo de tonto.

—Vale, no coló. —Levanta las manos.

—No, no he hablado con ella. Lo voy postergando.

—A lo mejor se pone contenta, no sé, es Barcelona, una ciudad enorme y moderna.

—Sí, es posible. Puede que le busque alguna vuelta. No me apetece nada tener esa conversación, la verdad. Igual luego va como la seda. Había pensado aprovechar la llamada de Navidad para

decírselo.

—Nunca entenderé a tu madre, de verdad.

—Bueno, esta situación la construimos las dos, no es ella.

—Ya, claro.

—Venga —interrumpe Nau—. Vamos a cambiar de conversación, que hoy lo tienen libre y deberían estar disfrutando las dos. ¿Qué tienen pensado para el resto del día?

—Yo quiero pasear descalza por la playa al terminar aquí.

—Y yo iré a buscar algo para tu cumpleaños, que no se me ocurre nada. —Me hago la boba.

—Ya te dije que no quiero nada; guarda el dinero, que nos hará falta en nuestra nueva casa. —Sonríe—. ¿No suena maravillosamente bien?

—Sí, precioso. No te compraré nada, entonces —le miento mientras lo beso—. Después no me vengas con responsos.

Capítulo 26

El Paso, isla de La Palma
Sábado, 25 de diciembre de 2021

Famara 🎤

Cuando hace tres meses, mientras recogía el bar, tomamos la decisión de venir a La Palma a retransmitir la erupción del Cumbre Vieja, jamás imaginé todo lo que iba a vivir. El dolor lacerante en el corazón y las alegrías más sencillas. Aquella valentía me ha permitido madurar y valorarlo todo de forma diferente. Yo, que me creía ya una mujer con un gran bagaje a la espalda.

Nunca pensé que sería la persona elegida para realizar esta conexión tan importante por su simbolismo; y, sin embargo, aquí estoy, después de dar un montón de datos que resumen la situación.

—Pasamos la conexión en directo al Cabildo de La Palma, donde el director del PEVOLCA tiene importantes noticias que contarnos.

De nuevo se ha decretado la obligación de llevar mascarillas por

la COVID, aunque ese pedacito de tela negra no impide que todos los telespectadores vean la emoción en sus ojos:

—La erupción ha terminado —sentencia con voz temblorosa.

Continúa la conexión, pero nos es imposible seguirla. No puedo evitar ponerme a llorar, aunque ya todos lo supiéramos. Estoy en la calle y se escuchan los aplausos y silbidos en las casas. Algunos vecinos salen con cacharros a las ventanas. Catha suelta la cámara y nos abrazamos dando saltos. Por fin. Por fin ese diablo maldito nos ha dejado en paz.

Me recompongo como puedo para la reconexión cuando terminan las declaraciones. Explico que, aunque como han anunciado, ha terminado este proceso, no lo ha hecho la situación de emergencia y que, especialmente, es muy preocupante la emisión de gases en zonas como Puerto Naos y La Bombilla. Ahora es momento de trabajar en los realojos y en la recuperación de la isla tras este Tajogaite, que ha tenido la erupción más larga y más destructiva de las documentadas en la historia de La Palma.

Termina el programa de noticias y recogemos el material lo más rápido que podemos. Catha está deseando juntarse con los suyos, y yo necesito llegar a la casa donde se aloja Jonas, el padre de Nau.

Hemos pasado todos allí la noche. Cenamos tranquilos, en familia: doña Remedios, Jonas, Airam, Nau y yo. No faltaron el conejo en salmorejo ni las viejas guisadas con papitas arrugadas y riquísimo mojo picón. Para cuando sacaron el Príncipe Alberto y el bienmesabe, a mí ya no me cabía un gramo de nada más.

Hoy se unen los tíos de Nau, los dueños del piso en el que viven en Santa Cruz. Deben estar llegando ahora de Tenerife. Esta mañana, al salir a trabajar, dejé a todos en pleno zafarrancho de limpieza, preparando la casa para la llegada de los invitados. Me sentí bastante mal por tener que abandonarlos en plena faena.

Al llegar, ya está todo listo. Jonas debe llevar metido en la cocina desde que me fui, porque tiene todo lleno de bandejas con comida con una pinta espectacular.

Subo a cambiarme y encuentro a Nau recién duchado. Con su

pelo ondulado mojado y el torso desnudo, no puede estar más guapo. Me coge por la cintura y me levanta en peso para besarme.

—¡Se terminó!

—¡Por fin! Ahora todo solo puede ir a mejor.

—Estoy orgullosísimo de ti, mi niña, has hecho un trabajo impecable.

Nos besamos de nuevo, alegres, con los corazones a toda marcha, expectantes por todo lo que está por venir.

—Termina de vestirte, anda, que no me hago cargo si tu padre viene a buscarnos para comer.

—Claro, que se va a asustar. —Se acerca de nuevo.

—¿Te quedaste con ganas de repetir? Venga, va, que quiero ayudar a tu abuela.

—¿Ves? Esa sí es una buena razón; la pobre está feliz pero agotada.

Se pone la camisa mientras yo me cambio y me pongo un poco de rímel y colorete. Me abraza por detrás.

—¿Superada la conversación con tu madre?

Menuda tardecita pasé ayer.

—Superada. Ya está. Nada que no sea Quebec va a parecerle nunca bien. Lo asumo.

Me gira hacia él sin soltarme la cintura y ladea la cabeza para asegurarse de que le presto toda mi atención.

—Si quieres, cuando tengamos algo de dinero y unos días libres, podemos ir a verla. A lo mejor, si te parece bien, pasando algo de tiempo contigo, puede que se ponga en tu lugar.

Lo pienso.

—¿Me acompañarías?

—¿Todavía no te enteras de que, mientras tú quieras, yo no pienso separarme de tu lado?

—En realidad, puede que sea una buena idea.

—Si es que solo te doy alegrías. —Me pica el ojo.

Tocan al timbre.

—Nauzet, Famara, bajen. —Escuchamos a Jonas—. La familia ya está aquí.

Los tíos de Nau resultan ser un matrimonio encantador con una hija, Acerina. Es precioso cómo Tomás abraza a su madre y ella lo cubre de besos como si fuera un niño pequeño. La chica se une al abrazo. Yo me retiro a la cocina para dejarles intimidad.

—Bonita familia, ¿verdad?

—Sí, muy bonita.

—¿Tú estás triste?

Me seco una lágrima que se quiere escapar.

—No, ¡qué va! Es solo que echo mucho de menos a mi abuela, ella era mi familia bonita.

Jonas niega con la cabeza.

—Cabrón volcán, también sepultó a mi suegro Manuel. Gran hombre, como mi suegra Remedios.

—Sí, cabrón volcán. Pero olvidémonos de eso ahora, Jonas. ¿Qué llevo?

—Saca la sopera, verás que la *fiskesuppe* es muy rica.

—Tengo muchas ganas de probarla, Nau me habla maravillas de tus comidas.

—Mi hijo Nauzet siempre ha sido de buena boca.

Regresamos al salón riéndonos. Damos los besos de rigor y nos sentamos a la mesa. Hay salmón, embutidos de reno, arce y ballena, y langostinos con una salsita riquísima que nunca antes había probado.

Luego tomamos la *fiskesuppe*, que está deliciosa, y a continuación Gracia, la mujer de Tomás, nos sirve una pieza de reno al horno con bayas de eneldo y hojas de laurel. Aquí están todos muy acostumbrados; sin embargo, yo estoy alucinando.

Jonas regresa de la cocina con unos mini rollos de canela con el café y una botella de *aquavit*, un licor tradicional noruego. Mientras,

hacemos la sobremesa y esperamos a que Catha y Tana se nos unan. Estos rollos de canela están para dejar los ojos en blanco y no regresar a la realidad más nunca.

Cuando tocan a la puerta, ya estamos todos desperdigados por el salón. Me levanto a abrir y apago las luces, como hemos acordado.

Catha y Tana entran con la tarta en mano, con las velas encendidas, y comenzamos todos a cantar el cumpleaños feliz. Nau se pasa la mano por la cara y levanta las cejas; creo que no se lo puede creer.

—No creerías que te íbamos a dejar celebrar que te vas a la ciudad condal a ti solito, ¿no? ¡Felicidades! —Lo abraza Tana.

—¡Eh, salta para allá, que yo también quiero achucharlo! —Lo empuja Catha—. ¡Muchas felicidades, mi niño!

—Gracias, chicos, no me lo esperaba. ¡Habrá que probar esa tarta! Tomás, ahí detrás hay copas. Papá, trae la sidra de la nevera.

—A la orden, hijo.

Tana conecta su móvil a un pequeño altavoz que ha traído, y el salón toma vida con *Happy birthday* de Lenny Kravitz, mientras Nau abre, azorado, los regalos. Sé que está pasando un mal rato con tanta atención, porque no para de soplarse el flequillo. Lo tengo calado.

Doña Remedios le regala un álbum de fotos con copias de imágenes antiguas en las que aparecen personas queridas. Las ha recopilado entre los vecinos y la familia para que Nau no pierda sus raíces. Jonas le entrega un curso de fotografía que, por la cara que pone el homenajeado, debe ser una pasada. Sus tíos le dicen que es regalo de cumpleaños y Reyes, porque en esas fechas ya estaremos en Barcelona: entradas vip a la Casa Batlló, con concierto en la azotea para dos. Nau alucina y yo alucino más.

Le acerco mi regalo con muchísima ilusión. Hemos metido la maleta dentro de una caja de cartón de una mesa de Ikea y la hemos envuelto, así que la cara de Nau al desenvolver el paquete es todo un poema.

—Ya verás, es preciosa. No me pude resistir; ya he preguntado en la aerolínea y podemos facturarla. —Actúo entusiasmada.

—Seguro que es preciosa —contesta convencido.

Me mira extrañado al sacar la maleta. La pone sobre la mesa con mucho cuidado y saca las cintas de piel de las hebillas. Dentro, primorosamente colocada, su nueva ropa de indiano.

—Al final me hacen llorar. ¡Es una maravilla!

Las lágrimas le caen y no se molesta en secarlas. Sonríe. Nos abrazamos; qué contenta estoy de que le haya gustado.

—¡Eh, tortolitos! ¡Que falta el nuestro! —espeta Catha mientras Tana le entrega un discreto sobre.

—¿Y esto? —comenta, con unos billetes de avión en la mano—. Estas fechas… ¿son billetes para venir a Los Indianos?

—Hemos hecho un pacto. Xerach y Rayco también lo han puesto por escrito en la carta que llevas ahí. Nos comprometemos a juntarnos todos, siempre, en Los Indianos; estemos en el rincón del mundo en el que estemos. Ustedes también tienen que firmar.

—Chicos —no puede parar de llorar—, ¡es una pasada!

—Son desde Barcelona, pero se pueden cambiar, que, con el trabajo de mi amiga, la reportera famosa, a saber dónde los pilla. ¡Eso sí, nosotros les financiamos este año, los próximos se buscan la vida para venir, que me han dejado la alcancía rota!

Nos abrazamos todos. No se puede tener mejores amigos. Doy gracias infinitas a la vida por la suerte que tengo.

Airam y Acerina se quejan de que la música de Tana es de viejos y ponen el último disco de Navidad de Sia, así que *Snowman* y *Santa's coming for us* nos acompañan mientras brindamos por Nau, por la Navidad y porque el volcán no ha podido con nosotros.

Luego Tomás saca un timple y doña Remedios se arranca a cantar *Lo divino*, *Navidad guanche*, *Una sobre el mismo mar*… Poco a poco, todos vamos uniendo nuestras voces en este momento tan íntimo y tradicional.

Estoy sentada sobre el regazo de Nau y dejo que, poco a poco,

me abracen los recuerdos de mi niñez.

—Gracias por tu familia. —Lo beso.

—Ahora somos también tu familia, Famara. Te quiero.

—Te quiero, Nauzet. Mi familia.

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

Capítulo 27

Villa de Mazo, isla de La Palma
Viernes, 1 de enero de 2022

Nauzet 

Las despedidas, aunque sean temporales, siempre son difíciles. Papá se fue hace dos días y, aunque no recuerdo cuándo las cosas eran de otra manera, alejarme de él siempre me deja con magua unos días. Hoy somos Fa y yo quienes emprendemos un nuevo camino juntos, lejos de mi Isla Bonita.

Anoche nos despedimos de los chicos en Santa Cruz. Estarán aquí hasta el día de Reyes, y Fa y Catha no pararon de llorar. Ella y Tana ya tienen billetes para irnos a visitar en Semana Santa. Me hace mucha ilusión que vengan a vernos. Estoy seguro de que Fa va a necesitar a su amiga: son muchos años siendo la una el hombro de la otra.

Esta mañana, decir adiós a Airam fue relativamente fácil; mi

hermano está lleno de sueños y transita la senda correcta para comenzar a cumplirlos: la del trabajo constante y el continuo aprendizaje. ¿Quién no dice que pronto levante el vuelo él también? Estoy muy orgulloso del hombrecito en el que se ha convertido.

Otra cosa fue dejar atrás a mi abuela. Sonreía feliz a la vez que se le escapaban las lágrimas, porque sé que me quiere tanto que solo desea verme brillar y que me va a echar en falta tanto como yo a ella.

—Prométeme que me vas a hacer muchas llamadas con cámara, de esas que me ponías en el confinamiento para que pudiera hablar con las chicas, Nauzet.

—Claro, abuela, te lo prometo.

—Famara, no dejes que se despiste, que este chico es muy bueno, pero luego se apasiona con unas fotos en las que quiere trabajar y se olvida de que tiene una abuela.

—¡Cómo se va a olvidar de usted, doña Remedios! Si además el mes que viene ya son Los Indianos y venimos de visita. ¡Empiece a hacer acopio de polvos de talco!

La besamos y la dejamos con una bonita sonrisa. Es de una generación fuerte como el acero y suave como la guata. Todo al mismo tiempo.

Así que aquí estamos, una imagen de lo más cotidiana para un canario: cruzar el aeropuerto a pie para subir al Binter, nunca sin recoger tu Tirma antes de tomar asiento.

—¿Te he contado la anécdota del adolescente en el vuelo a Madrid con las Tirma?

—¿A Madrid? En los vuelos a Madrid no dan ambrosías, Nau, qué más quisiera yo.

—Mira, estaba en la cola para subir al avión y llevaba delante un pibe que estaba muy nervioso. Al llegar a la puerta de embarque, mientras esperábamos a que la fila avanzara, le dijo a la azafata que era su primer vuelo fuera de las islas, que estaba muy ilusionado y con un poco de susto en el cuerpo. Ella le dijo que vería que era

toda una experiencia y que seguro que disfrutaría mucho en Madrid, que era una ciudad impresionante.

—¿Y las Tirma?

—Ahora llegan, no seas impaciente. Pues le dice a la azafata que si puede preguntarle algo y ella asiente. Y va y le suelta: «¿Es verdad esa leyenda que cuentan de que en los vuelos fuera de Canarias no dan Tirmas?». La pobre azafata no sabía ni de qué le hablaba, pero todos en la cola nos morimos de la risa. Mi niño, ¡creía que era una leyenda y que volar incluía la ambrosía!

—¡Es que así debería ser! Cuando sea famosa de verdad, lo voy a proponer. ¡Hombre, ya! Los vuelos sin Tirma son una estafa. —Fa se parte de la risa.

El despegue, como siempre, lo hago con los pies clavados en el suelo y la mano aferrada al chocolate. Sin embargo, hay un cambio que marca la diferencia: mi otra mano está entrelazada con la de Famara, que mira emocionada cómo nos alejamos del suelo.

—¿No es emocionante? Tengo muchos nervios y, a la vez, estoy muy ilusionada.

—¡Claro que sí, Fa! Ahora nos toca vivir cosas bonitas; nos lo hemos ganado. Seguro que en Barcelona tendremos muchas oportunidades y que, con tu trabajo, podremos visitar lugares increíbles. Siempre que me dejes acompañarte, claro.

Fa no tiene tiempo de responder, porque nos interrumpe la megafonía.

—Estimados pasajeros, les habla el piloto. Aprovecharemos que el día está despejado para hacerles un regalo de Año Nuevo. Con la debida autorización de la torre de control, sobrevolaremos el volcán aún sin nombre. Yo soy del equipo Tajogaite, como llamaban al lugar los benahoaritas. Podrán verlo desde ambos lados del avión. Espero que disfruten de la perspectiva de la herida que la naturaleza abrió en nuestra tierra y nuestros corazones.

Fa me mira con los ojos como platos. Yo estoy alucinando.

—No sé si quiero verlo más. De algún modo, siento que ya me

despedí.

—Ya verás, mi niña, seguro que es impresionante. Una cosa es lo que hayamos podido emitir con los drones y las cámaras y otra cosa es esto: a diez o doce mil metros, con nuestros propios ojos; va a ser un espectáculo, ya verás.

—Ay, Nau, no lo llames espectáculo.

—Sabes que no quería decirlo en ese sentido.

—Lo sé, perdona. Además, tú te has ganado el derecho a llamarlo como te parezca.

—Si no quieres, no mires, pero —observo por encima de su hombro y la cicatriz en mi valle me emociona— es tremendo, Fa.

Se aferra con las dos manos a la mía y acerca su linda cara al cristal. Lloramos cogidos de la mano. Hay pasajeros que aplauden, algunos peninsulares y extranjeros. Supongo que a modo de agradecimiento hacia el piloto. Los entiendo, de verdad; esta vista no tiene precio. Sin embargo, yo tengo un nudo en el estómago que me impide separar mi mano de la de Fa, y estoy seguro de que a ella le ocurre lo mismo.

Me apoyo en el reposacabezas y cierro los ojos. La imagen de mi casa, que no evoco desde que la perdí, me ataca como fogonazos, y dejo que las lágrimas se derramen en silencio.

El resto de los treinta minutos pasan muy rápido: ni yo he podido trabajar en el ordenador ni Famara distraerse con su libro electrónico. Ahora nos espera otro vuelo de algo más de tres horas; ya habrá tiempo de mantener la mente ocupada en algo que no sea el volcán. Es extraño, nos está costando acostumbrarnos a no estar todo el día pendientes de con qué nos sorprenderá.

El padre Teide nos da la bienvenida a Tenerife. Nos susurra *sansofé*, como lo decían los aborígenes guanches.

—Espero que nunca tenga que contar que ha despertado. Ojalá siempre lo vea como un padre protector.

—Tranquila, Fa. —Le aprieto la mano—. Eso no va a pasar.

Los dos sabemos que no puedo estar seguro de ello, pero vivir

con miedo no nos va a llevar a ningún sitio. Debemos ser conscientes de nuestro entorno y prepararnos para lo peor, al mismo tiempo que vivir con pasión cada día, disfrutar cada paisaje y compartir con quienes queremos, como si nada malo fuera a pasar.

La escala en Tenerife Norte es breve. Lo justo para tomar un barraquito y unas truchas de batata, tan típicas de estas fechas.

—Para ser de aeropuerto no están mal. —Las saboreo.

—¡Ya les vale! Tres euros que me han chuchado por cada una. Si les pido jugo de naranja, me piden un aval.

Me río y casi me ahogo con el dulce.

—Estás como una cabra, ¿sabes? —Me quedo mirándola embelesado.

—Son los nervios. El humor no es mi fuerte, ese es el papel de Catha; ya lo descubrirás.

—¿Por el nuevo trabajo?

—Un poco. —Se pone encarnada y, como siempre que le sucede, se le encienden las pecas—. ¿Y si no encajo o no soy lo que esperan?

—Fa, ya te lo dijeron: han estudiado tu trabajo, esta gente no se mueve a ciegas. Te han buscado porque te quieren a ti. Estoy seguro de que vas a imprimir carácter a cada reportaje, y ese es el estilo del programa. Encajarás, ya lo verás. Y si algo no va bien, pues trabajaremos duro hasta que te adaptes o encuentres otro lugar.

Da un buche al café y me coge la mano sobre la mesa.

—Estoy muy feliz de que vengas conmigo, Nau. Nos merecemos una historia bonita.

—Claro que sí, mi amor. El volcán será el recuerdo de lo que nos unió, y haremos lo posible para que no se olvide.

—Quizá podría escribir unas crónicas, o una novela.

—Me parece un proyecto fantástico para mantener vivo en el recuerdo lo que ha sucedido. ¿Ves cómo estás rebosante de ideas fabulosas?

—¡Me estoy viniendo arriba! De momento lo llamaré *#ProyectoTajogaite*. En el vuelo me pongo a esbozar una escaleta. Y tú puedes buscar entre tus fotos y las imágenes del programa, que me encantaría que la portada fuera tuya. Podríamos incluir algunas ilustraciones basadas en tu trabajo.

Nos besamos, felices, orgullosos, conscientes… Guardianes de un recuerdo que no podemos ni queremos dejar morir.

Otro vuelo cargado de ilusiones, esta vez sin pilotos generosos, aunque con el sonido del teclado de Fa, que se ha sumergido en los recuerdos y trabaja para darles forma.

Al aterrizar, cogemos el metro y después una guagua para llegar al sencillo pisito que hemos alquilado. La dueña nos espera en el portal, nos acompaña a la entrada de la vivienda y nos cede las llaves.

—He encontrado algo de decoración canaria *al mercat* y la he colocado a modo de bienvenida. Espero que os guste. Si no, quitadla, sin compromiso. También os he dejado *neules* y cava de la tierra para que celebréis el Año Nuevo como corresponde.

—Muchísimas gracias, doña Carme. Es usted muy amable —le digo.

—¿Podría recomendarnos alguna cafetería en el barrio? Para desayunar mañana antes de ir a trabajar.

—Claro. En la esquina, al salir del edificio, a la derecha, tenéis *En patufet*. Allí desayunaréis bien. Y para las primeras viandas, id a la *xarcuteria La Masia*, en la calle de detrás. Pero bueno, vosotros encontráis todo enseguida con los móviles.

—Seguro que sí. Muchísimas gracias.

—*Adeu*.

—*Adeu*, doña Carme.

Cerramos la puerta a nuestras espaldas y tenemos de frente el salón, que, a diferencia de las láminas abstractas que lucía en las fotografías de la página de alquileres, ahora exhibe en las paredes un par de fotografías de playas majoreras y unas preciosas vistas del

Teide.

—Solo nos falta la bandera de las siete estrellas.

—Ahora somos ocho, Nau. —Me da un codazo.

La abrazo por la cintura y engancho su mirada. Llevo todo el día deseando llegar a nuestra nueva casa. La beso: primero despacio y después con pasión. La levanto en brazos y me dirijo al dormitorio.

—La tradición es pasarte así bajo el dintel, ¿no?

—¡Ay, Nau! ¡Pero qué viejales eres! ¡Menos mal que no me has entrado así desde la calle! —se ríe mientras me saca el suéter.

—¡Venga, que te voy a demostrar lo viejo que soy!

—Me parece un planazo.

Epílogo

Grindavik, Islandia
Tres años después
Martes, 1 de abril de 2025

Famara 🎤

—¿Doña Remedios? ¿Me escucha bien? No la veo.

—Sí, hija, te escucho y te veo bien. Pero ¿qué les dan ahí de comer? ¡Cada vez te veo más delgadita! ¿Tú estás segura de que no les puedo enviar unas fiambreras por correos? Voy a ir a preguntar, que no me fío de lo que me dices.

Me parto de risa.

—¿Ve una pestañita negra que hay en lo alto de la pantalla? Acuérdese de que tiene que abrirla para que nosotros también podamos verla.

—¿Y mi Nauzet? ¿Trabajando otra vez? ¡No me lo puedo creer!

—No, ya viene. Termina de recoger la cámara y se nos une.

—¿Cómo es esa gente, Famara? No te obligarán a acercarte demasiado al volcán, ¿Sunuc? Le he pedido a Airam que me lo busque, mija, porque vaya nombrecitos tienen por ahí; me recuerdan a los de la tierra de mi yerno.

—Son muy amables con nosotros, abuela —dice Nau, que acaba de llegar.

—¡Ay, Nauzet, mi niño, qué alegría verte! ¿Cómo están?

—Estamos genial, abuela; felices. —Me abraza por detrás—. Viviendo de lo que nos gusta y queriéndonos mucho.

—¿Y cuándo van a venir a visitar a esta pobre vieja?

—Pues esa es una de las sorpresas que queríamos darte hoy, ¿verdad, Fa?

—Sí, doña Remedios, confirmado. ¡Nos han dado los días libres y volvemos a casa para la Bajada de la Virgen de las Nieves! También se unirán el resto de los chicos.

—Ay, mis niños, ¡qué alegría! Casi diez años sin fiestas lustrales. La isla se está engalanando. ¡Ya verán! Van a ser las celebraciones más bonitas que se recuerden. Se quedan en mi casa nueva, que es pequeñita, pero la he puesto resultona. ¡Nada de dormir con Catha y Arure!

—Claro que sí, abuela. ¿Cómo no íbamos a quedarnos contigo?

—Si estoy deseando que me haga un buen puchero —añado, porque sé que lo de que comamos con fundamento la tiene atormentada.

—¡Ya mismo me pongo con ello, mi niña! En cuanto cuelgue, voy a hacer una lista: potajito de berros, conejo en salmorejo, tollos, arvejas compuestas… ¡Y papas negras y bonitas, claro! Ustedes pidan por esa boquita, que yo les cocino.

—¿Qué tal las vecinas, doña Remedios?

—Pues ya algunas han cobrado el dinerito y tienen su casita nueva, como yo, aunque todavía faltan. Y las que se fueron a las casas contenedor… ¡ay, mija!, eso fue pan para hoy y hambre para mañana. Fue un pan bueno y necesario, pero no sabes lo

estropeaditas que están ahora; ahí no se puede vivir. Las están reubicando porque tenerlas ahí era un pecado.

—Ojalá pronto cobren todos. Los padres de Catha lo han hecho también; están muy felices, porque así pudieron liquidar buena parte de la hipoteca.

—Una familia trabajadora, de los que no se dejan amedrentar ni por volcanes ni por nada.

—Abuela, mira dónde estamos, ¡nadie tiene mejores vistas que tú! Para que fardes con «Las Mosqueteras» en las reuniones.

Nau coge con cuidado el portátil y lo mueve de manera que la abuela pueda ver el infierno que se ha abierto en el cráter de Sundhnúk. Es muy diferente al Tajogaite; sin embargo, el dolor, el miedo y la desolación son los mismos.

—¡Qué parecidos, al fin y al cabo, somos todos! ¿Los vecinos están bien?

—Sí, doña Remedios, aquí tienen también todo muy controlado. Es la octava erupción desde 2023. Hay unas tres mil quinientas personas evacuadas, y como en casa, sin ningún fallecido.

—Y sin heridos, abuela. Que aquí ningún espabilado se ha metido en la zona de exclusión con protecciones de juguete.

—Mira que eres babieca, Nauzet. Pues hiciste lo que pudiste para ayudar a don Manuel, y bien orgullosa que estoy de ti.

—Por cierto, doña Remedios, ¿puede darle un recado de nuestra parte a doña América?

—Pues claro, Famara. Justo la próxima semana vamos a ir a verla. Le han regalado un presa canario cachorrito que es una preciosidad. Saben que su perro, el Prinse, se murió de viejito hace unos meses y ella, la pobre, estaba muy sola. Le hemos hecho unas mantitas de punto y una camita de retales, y se las vamos a llevar.

—Pues le dice que seguimos con nuestra lista de seres mitológicos relacionados con los volcanes; la que inició ella al hablarme de Irveñe. Luego te pongo el nombre en un mensaje, porque es bastante difícil. Aquí, en Islandia, tienen a Surtr, un gigante de

fuego. Todavía hoy es una figura importante; por eso, cuando en 1963 surgió una nueva isla volcánica la llamaron Surtsey, que es como decir Isla de Surt.

—Apúntalo todo en el móvil, sí, y yo se lo enseño. Lleva una libreta con todos los personajes que ustedes le han ido diciendo. Les hace unos dibujos muy vívidos y añade sus explicaciones. Se entretiene mucho buscando artículos de prensa donde salgan tus reportajes o las fotografías de mi Nauzet. ¡Se maneja mucho mejor que yo con el ordenador, y eso que es más vieja!

—¡Si eres una máquina, abuela! Cuando vayamos, volvemos a practicar para que aprendas a hacer un montón de cosas nuevas.

—Claro que sí. —Se le derraman unas lágrimas y se las seca enseguida.

—No llore, doña Remedios, si en nada nos tiene ahí. La vamos a llevar de tenderete todo el grupo.

—Lo sé, mis chicos, lo sé. Lloro porque estoy dichosa de verlos tan felices.

—Lo estamos, abuela.

Nos abrazamos.

—¿Vienen, entonces, todos los chicos?

—¡Todos! ¿No es fantástico?

—Tengo muchas ganas de verles el hocico a Tana, Xerach y Rayco, que hace mucho que no sé de ellos. Las niñas sí vienen de vez en cuando a tomar café a casa, ahora que vivimos cerquita. ¿Cuándo vuelven a llamar con vídeo?

—Pues parece que esta erupción será un visto y no visto, así que, si en dos días no hay novedades, Fa terminará el reportaje sobre el retroceso de los glaciares que vino a grabar y nos volvemos a Barcelona. Si es así, el sábado, seguro, te hacemos otra.

—Vale, me lo pongo en el almanaque de la nevera para no olvidarme.

—Un beso enorme, doña Remedios.

—Te quiero, abuela.

—Yo también los quiero, mis niños. ¡Tengan fundamento! Quiéranse mucho, que solo se tienen el uno al otro. ¡Y pónganse a encargarme un bisnieto de una vez, que quiero llegar a conocerlo!

—¡Abuela!

Se parte de la risa, la muy socarrona.



Fin.

Nota de la autora

Cuando, el 19 de septiembre de 2021, el avión en el que regresaba de Madrid junto a mi familia aterrizó en el aeropuerto de Los Rodeos, no imaginábamos que la vida iba a impactarnos de aquella manera.

Nada más tocar tierra, los móviles comenzaron a sonar como locos y alguien, unas filas más atrás, gritó: «Ha estallado el volcán en La Palma». Fuimos a casa lo más rápido que pudimos y no nos desenganchamos de la televisión hasta tres meses después.

Quizá yo sea una persona excesivamente emocional, pero fueron meses de muchas lágrimas: días en los que el orgullo de ser canaria se enredaba con un miedo ancestral en las entrañas. Porque el volcán nos quemó por dentro, pero también sacó lo mejor de nosotros. Cuando la calamidad no tenía remedio, Canarias, La Palma, dio lo mejor de sí.

A aquellas horas de televisión durante la tragedia se sumaron después muchísimas más, para documentarme. Porque, en algún momento, decidí que todas aquellas personas que nos estaban regalando un pedacito tan íntimo de sí mismos no podían quedar en el olvido, y yo también quise aportar mi pequeño granito de arena.

No fue hasta febrero de 2024 cuando, tras un proceso de votación popular, pudimos llamar al nuevo volcán Tajogaite, manteniendo así el topónimo que utilizaron los benahoaritas y regalando un nombre al proyecto que Famara y Nauzet comenzaban a susurrarme al oído.

He intentado que nuestro acervo cultural esté presente entre los párrafos de esta novela. Para mí es importante contar esta historia a nuestra manera. Como dice la abuela de nuestra querida

protagonista: ni mejor ni peor, diferente.

Ya casi nadie piensa en la erupción, pero, mientras escribo estas letras, septiembre de 2025, aún las familias de Playa Chica no pueden acceder a sus viviendas por la emisión de gases en la zona. Es un rincón al que tengo especial cariño porque, tras el confinamiento, cuando salíamos aún con miedo, me regaló un verano maravilloso; ojalá vuelva a pisar su arena negra.

No los olvidemos: todos fuimos La Palma; no dejemos de serlo.

Agradecimientos

Llega la hora de dar las gracias y la enfrento con temor: a extenderme demasiado y a quedarme demasiado corta. Esta novela no nació con ánimo de ver la luz; fue un intento de reencontrarme con mi tono, más de veinte años después de mi última narración larga. Sin embargo, la vida tenía otros planes: alguien te avisa de que un tren va a pasar, te acercas a mirar a la estación y allí está el vagón, esperando a que tú subas.

Gracias a Nauzet Pérez y a su equipo de B de Papel por invitarme a este viaje, especialmente a Lorena Pérez, que no me ha soltado la mano, y a Lara Martrus; me han hecho sentir especial. Por supuesto, a Gabriela Rey, nuestra ilustradora, que supo interpretar mis sueños desde el primer momento y reflejar a Famara, Nauzet y su entorno con tantísimo acierto. Cuando llegó su propuesta, no pude contener las lágrimas.

Pero, para poder llegar a ese tren, tuve que escribir mis primeros relatos y novelas de adolescente, alentada por Mercedes González, la mejor profesora de Lengua que tuve. Gracias también a Pablo Díaz por dibujarme las portadas en aquellos años, y a mis compañeras de clase por pasarse mis libretas y animarme a no parar de escribir.

Gracias a mis profesoras, las Rottenmeier, y a todas las compañeras que encontré en la Casa de las Escritoras. Ana González y Helen Rytkönen, paisanas, han sido ejemplo y soporte cercano; me hacen sentir que puedo.

Y no hubiera podido forjar este sueño si mi familia no hubiera estado dispuesta a no juzgarme por las horas de ordenador que,

agotada tras el trabajo, dediqué a esta novela en lugar de a ellos. Por los fines de semana tecleando en lugar de mimarlos. Su amor infinito ha hecho posible estas letras. Gracias a mi marido y a mis hijos por creer en mí como yo creo en ellos. Somos el mejor equipo.

A mis padres, gracias por regalarme mi canariedad. De niña no lo entendí, pero hoy es mi mayor tesoro. A mi hermano de sangre y a mi hermana de vida, porque, aunque están tan lejos, cuando los necesito solo tengo que silbar.

Y cuando crees que tu función ha terminado, necesitas lectores beta que te ayuden a hacer brillar tu novela y lectores de sensibilidad que te ayuden a no herir corazones. Gracias a Marta García, Cristina Arvelo, Támara Alemán, Ruth Rodríguez, Alexis Rodríguez, María Ferraz, Jessika Torres y Nuria Fernández por su generosidad al dedicarme su valioso tiempo. Esta erupción de letras no sería la misma sin ustedes.

Especial agradecimiento a Loreto Perera que, con tantísimo cariño, me regaló su décima al Tajogaite para bordar con ella mi narración.

A todas esas personas generosas a las que consulté datos o pedí que me pusieran en contacto con alguien y que, enseguida, movieron sus hilos: Laura Hernández, Tanausú Cruz, Yéssica Pérez, Ángel González, Javier Sánchez…

A mis queridos Susana García y Kim Salcedo, por regalarnos su cariño: Los Indianos, Playa Chica, la Caldera… Sin mi familia palmera favorita, la mitad de los paisajes de esta novela no tendrían la emoción que despiertan en mí.

A todos los que no han dejado de preguntar en estos años, a los que querían leerme cuando la novela no se iba a publicar: espero estar a la altura de sus expectativas.

Y, por supuesto, a ti, lectora, que has llegado hasta aquí. ¡Qué ilusión me hace! A quienes ya me conocían y a quienes me han dado una oportunidad, deseo sinceramente que mis chicos se hayan abierto paso hasta sus corazones; gracias por dejarlos entrar.

Esta historia es un acto infinito de amor, porque cuando La Palma

te mira a los ojos, se queda para siempre anclada en tu corazón.

Este libro ha sido editado en algún punto de los paisajes volcánicos que poseen nuestras islas, en donde emergen historias que sacan a la luz nuestro lado más humano.

Gracias por haber elegido estas páginas como compañía; tu lectura da vida a nuestro pequeño proyecto lleno de amor por los libros.

El Sauzal, Tenerife,
2026

